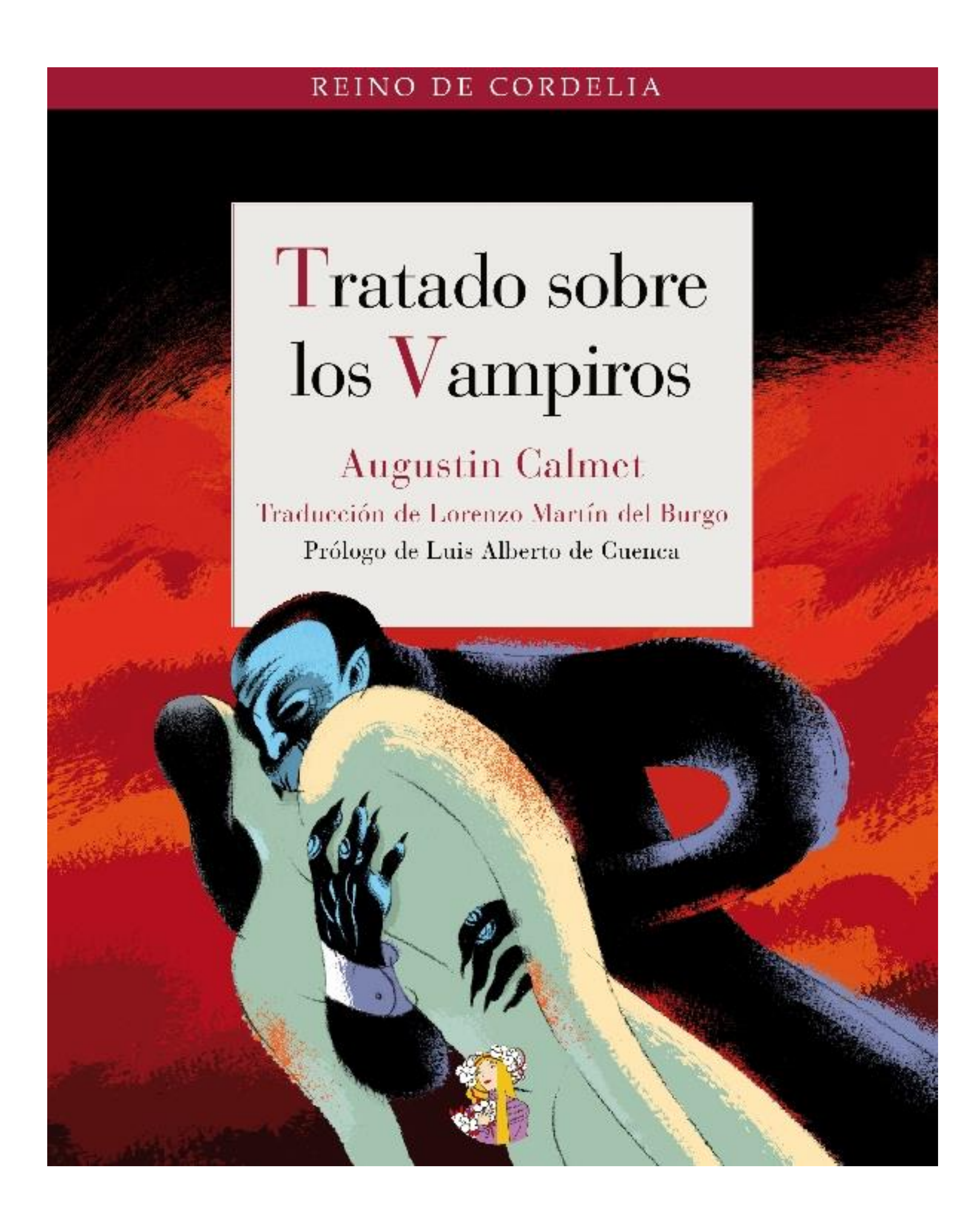

REINO DE CORDELIA
Tratado sobre los Vampiros
Augustin Calmet
Traducción de Lorenzo Martín del Burgo
Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

2

REINO DE CORDELIA

Tratado sobre los Vampiros



Título original: Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c.
[Edición basada en la publicada en París en 1751 por Debure el mayor]

Edita: Reino de Cordelia

ISBN: 978-84-938913-4-3

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

LIBRO SIN LIBRO, 2011

Tratado sobre los Vampiros



Augustin Calmet

Traducción de Lorenzo Martín del Burgo

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

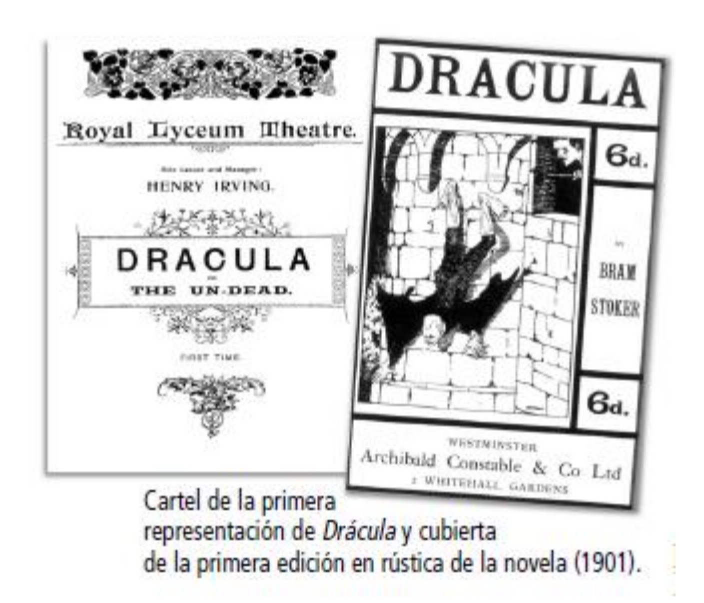




Los vampiros y el padre Calmet

por Luis Alberto de Cuenca

En su acepción más sencilla, el vampirismo es la práctica de la succión de sangre humana sobre persona viva, llevada a cabo con diversas finalidades, en ocasiones de índole religiosa. La literatura, sin embargo, ha popularizado un tipo muy concreto de vampiro, desde el descrito por John William Polidori, médico personal de Lord Byron, en su relato El vampiro (1819), pasando por la mujer vampira creada por Sheridan Le Fanu en Carmilla (1871), hasta llegar a la célebre y magistral novela Drácula, del irlandés Bram Stoker, que tanto éxito ha tenido desde que se publicara por primera vez en 1897, y que ha sido llevada al cine por directores tan prestigiosos como Tod Browning (1931, con el inolvidable Bela Lugosi en el papel de Drácula) y Terence Fisher (1958, con un espléndido Christopher Lee como protagonista). La novela de Stoker trata de un conde vampiro que conserva ad aeternum en su castillo de Transilvania una vida sólo aparente, ya que sus funciones de nutrición y desarrollo están suspendidas, siendo su única fuente de alimentación y energía la sangre que succiona de la yugular de sus víctimas, a las que no mata en seguida, sino que va llevándolas poco a poco a la muerte por extenuación. Y todo esto ocurre en el Londres fantasmagórico de finales del siglo XIX en la época de Jack el Destripador. Allí se ha trasladado el diabólico aristócrata transilvano desde sus lares patrios en busca de nuevas emociones que mitiguen su aburrimiento inmortal.



Cartel de la primera representación de *Drácula* y cubierta de la primera edición en rústica de la novela (1901).

El vampirismo reflejado en el texto de Stoker lleva aparejada la función de proselitismo, toda vez que el vampiro actúa solamente sobre aquellas víctimas que despiertan en él una cierta simpatía y que, al mismo tiempo, experimentan una cierta atracción por él, algo así como ocurre, por ejemplo, con el adicto a las drogas que busca compañero de vicio en alguien predispuesto a los fármacos. Como la acción crea el órgano, en la iconografía derivada del Drácula de Stoker el vampiro, además de tener las palmas de las manos repletas de vello, posee dos enormes colmillos de particular conformación que absorben la sangre de la víctima en una especie de beso-mordisco de efectos voluptuosos y adormecedores. No resulta gratuito, en materia de vampirismo, evocar la figura del Dr. Freud, sobre todo cuando las cosas adquieren estos tonos oníricos y escabrosos; por otra parte, Freud y Stoker fueron contemporáneos.

Otra catalogación del vampiro real e histórico comprende aquellos hombres o mujeres a quienes les complace la sangre humana, ya porque la consideren manjar imprescindible para su propia existencia, ya porque un brujo o curandero se la haya prescrito para la cura de ciertas dolencias que con su consumo remitirían, o para la conservación de una vida efímera que sólo puede perdurar con la aportación continua de sangre joven y vigorosa. Pero dejémonos de definiciones acerca de temas tan morbosos y viajemos con la imaginación al siglo XVIII. En 1749, el abad de Sénones, en Lorena, daba a las prensas sendas disertaciones sobre apariciones de espíritus y

sobre los vampiros o revenans (sic, sin la t final; es decir, "revinientes" o "redivivos") de Hungría, de Moravia, etc. El abad de Sénones era un sabio benedictino llamado Dom Augustin Calmet. Había nacido en Mesnil-la-Horgne, cerca de Commercy (Lorena), en 1672. Moriría en París en 1757.

Entre sus numerosas obras se cuentan un Comentario sobre el Antiguo y Nuevo Testamentos (París, 1707-1716, veintitrés volúmenes) que luego resumió en su Tesoro de las antigüedades sagradas (1722), un Diccionario crítico e histórico de la Biblia (cuatro gruesos volúmenes en folio), una monumental Historia universal sagrada y profana (Estrasburgo, 1735-1771; los últimos volúmenes aparecieron póstumamente) y un nutrido acervo de obras de erudición local referidas a la Lorena.



Este auténtico monstruo de la erudición bíblica corrigió y aumentó sus disertaciones sobre aparecidos y vampiros de 1749 dos años después, dando a la luz un Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c. en dos tomos (París, chez Debure, 1751) que constituyen un verdadero festín de dioses para el buen bibliófilo y que ahora tengo sobre mi mesa. Cuando Dom Calmet redactó este primer manual de Vampirología —el segundo tomo, ofrecido en esta edición, es el que se ocupa propiamente del tema vampírico— quizá no fuera consciente de que estaba iniciando, en pleno Siglo de las Luces, una corriente subterránea y oscura que amenazaba con prestigiarse mucho en años posteriores. La obsesión por lo sombrío, por lo nocturno, por lo irracional, por lo "gótico", alcanzaría pronto a la más rancia aristocracia británica: The Castle of Otranto, cuyas primeras copias salieron de los tórculos de Strawberry Hill en las Navidades de 1764, sería el primer fruto literario de esta nueva sensibilidad que tendría en su autor, Lord Walpole,

y en sus sucesores Mrs. Radcliffe, Clara Reeve, M. G. Lewis, Beckford, Maturin y tantos otros, cultivadores literarios de excepción.

"La fuerza más importante del vampiro radica en que nadie cree que existe", solía repetir Van Helsing en la novela de Stoker. Calmet no afirma ni niega nada, pero ofrece un sinfín de testimonios. Entre ellos, el del escritor francés Joseph Pitton de Tournefort, quien fue testigo de la gran epidemia vampírica que, entre los años 1700 y 1702, diezmó la población de Mícono, pequeña isla del archipiélago de las Cícladas, en el Egeo.

Empezaron a aparecer centenares de personas con pequeñas incisiones en el cuello y en las arterias de los brazos que daban de inmediato signos de agotamiento y que acababan por morir. Los afectados eran, indistintamente, hombres y mujeres jóvenes y niños de ambos sexos. Se utilizaron diferentes métodos curativos sugeridos por médicos y curanderos, pero sólo una acción fue eficaz para terminar con tan extraña epidemia: grupos de aldeanos armados con estacas de fresno afiladas en una de sus puntas recorrieron todos los cementerios de la isla y abrieron todas las tumbas; aquellos cadáveres que no se hallaban en evidente descomposición o que presentaban un aspecto saludable fueron atravesados con las estacas de fresno a la altura del corazón. Como la epidemia de vampirismo desapareció a partir de entonces, se generó entre los nativos y entre quienes presenciaron los hechos un argumento de peso en favor de la existencia de los muertos vivientes que, por las noches, abandonan sus tumbas para, en forma de vampiros, ir a buscar entre los vivos la sangre que les es necesaria para prolongar su precaria existencia ultraterrena.

Los anales históricos de la Baja Hungría —sigue contando el inefable Dom Calmet— relatan otro curioso ejemplo de vampirismo. El 10 de septiembre de 1720 un grupo de ciudadanos de Krislova pidieron al comandante austriaco de la zona permiso para exhumar y destruir por el fuego el cadáver de Pedro Plogojowitz, quien varias semanas después de su muerte había sido visto en aquella ciudad lanzándose al cuello de varias personas para chuparles la sangre. Todas las personas que habían tenido el fatal encuentro habían muerto al día siguiente, dictaminando el médico "falta total de sangre". El comandante austriaco no quiso dar crédito a tan fantástico relato y denegó el permiso de exhumación. Pero tuvo que reconsiderar su decisión cuando la delegación de ciudadanos de Krislova

volvió a visitarle informándole que otras nueve personas habían muerto durante los últimos días en las mismas extrañas circunstancias que las anteriores. Finalmente, el militar, precedido por el párroco, fue al cementerio e hizo abrir la tumba en que estaba enterrado el tal Plogojowitz, quien apareció intacto, con un aspecto sonrosado y con la boca llena de sangre fresca. Se trataba, por tanto, de un vampiro, y como tal se procedió con él: se afiló una estaca de fresno y se le clavó entre las costillas hasta alcanzar el corazón, y luego se quemó el cadáver.

En el pueblo de Blow, en Bohemia, un vampiro dio muerte a mucha gente. Los campesinos abrieron la tumba del monstruo y le clavaron en tierra con un palo afilado. "Qué amables sois —dijo el vampiro— al proporcionarme un bastón con el que ahuyentar a los perros." Esa misma noche, se levantó y ahogó a cinco personas. Al día siguiente, fue entregado al verdugo, quien le atravesó varias veces con un hierro. Cuando era llevado a la hoguera en un carro, fue rugiendo todo el camino y moviendo desordenadamente los brazos y las piernas.

Tras su ejecución, en 1706, el pueblo pudo vivir tranquilo. "Gracias a Dios —añade Dom Calmet— no somos crédulos como la gente sin cultivar. Pero debemos admitir, sin embargo, que la luz de la ciencia no ha sido capaz de iluminar con sus rayos un caso como éste."

Hasta aquí algunos casos de vampirismo expuestos por Calmet en su Tratado, cuya lectura es una auténtica delicia, como en seguida comprobarán. Quien lo leyó en su francés original, y muy poco después de que saliera de las prensas, fue Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, un gallego de Casdemiro (Orense) que nació en 1676 y moriría en su convento de Oviedo en 1764, siendo, pues, casi estricto coetáneo del vampirólogo francés.

En España, el siglo XVIII es, sin duda, el siglo de Feijoo. Fray Benito creyó que se podía erradicar la superstición desde una celda conventual (era benedictino, como Calmet). Con el pretexto de desterrar los errores del vulgo, nos ofrece en su Teatro crítico universal y en sus Cartas eruditas y curiosas una nutrida serie de textos fantásticos.

Las raíces del fantastique hay que buscarlas en nuestro país en la novela llamada "cortesana" (por Agustín González de Amezúa en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua) del siglo XVII, cultivada por escritores como María de Zayas, Juan Pérez de Montalbán, Abad de Ayala,

el propio Lope, Salas Barbadillo y otros, un género género que era ya muy proclive a lo que entendemos modernamente por literatura fantástica. La atmósfera de esas novelas, de tenso y denso realismo mágico, es la que recogerá en herencia más tarde el conde polaco Jan Potocki en Manuscrito encontrado en Zaragoza (admirablemente editado, por cierto, hace muy poco por François Rosset y Dominique Triaire: Lovaina, Peeters, 2006, y París, Flammarion, 2008). No deja de ser significativo el hecho de que en la primera mitad del siglo XVIII se reedite con profusión a autores como Calderón —el mágico prodigioso de nuestra escena barroca—, María de Zayas o Cristóbal Lozano (el fascinante colector de historias fantásticas que Entrambasaguas reeditó modernamente en la colección "Clásicos Castellanos"). Y la Edad Media, con sus brumas, sus amores lejanos y sus épicas espadas, también provee de imágenes fantásticas a la cultura occidental del XVIII. Un siglo en el que Tomás Antonio Sánchez dio a conocer textos hasta entonces desconocidos, como el Cantar del Cid, Berceo, el Libro de buen amor o el Alexandre, en su Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV (Madrid, 1779-1790). El siglo de los Relics de Percy en Inglaterra y del descubrimiento de los trovadores en Francia y Alemania. El siglo de Goethe, que empleó la expresión "perfume de los siglos" para aludir a aquello que le transmitía el hasta entonces vilipendiado Medievo.

Volviendo a Feijoo, hay en su obra títulos como "Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos: el anfibio de Liérganes", "Astro-logía judiciaria y almanaques", "Duendes y espíritus familiares", "Vara divinatoria y zahoríes", "Milagros supuestos", "Piedra filosofal" y "Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España" (pertenecientes a Teatro crítico universal), y "Entierros prematuros", "De la transportación mágica del obispo de Jaén" y "El judío errante" (de Cartas eruditas y curiosas). Del mismo modo que el Quijote no es más que otra novela de caballerías, no la última, la prosa de Feijoo, presuntamente debeladora de la superstición, no es más que otro ejercicio fantástico, no el comienzo de un orden racional nuevo. Atentar contra algo es, tantísimas veces, una sutil manera de prolongarlo.



Edición de las reflexiones de Feijoo sobre el *Tratado* de Calmet, publicadas por Artemisa en 2006.

Interesante al respecto resulta la carta XX del tomo IV de las Cartas eruditas y curiosas, editado por vez primera en Madrid, en la oficina de Francisco del Hierro, en 1753 (manejo la edición de Madrid, Blas Román, 1781). En esa vigésima carta del volumen IV de su epistolario erudito, Feijoo se refiere —que yo sepa, por única vez en toda su obra— al vampirismo.

Reza así el título de la carta: "Reflexiones críticas sobre las dos disertaciones que, en orden a apariciones de espíritus y los llamados vampiros, dio a luz poco ha el célebre benedictino y famoso expositor de la Biblia Don Agustín Calmet."

Evidentemente Feijoo tiene encima de la mesa la edición de 1749 arriba citada, puesto que la corregida y aumentada de 1751 se llama ya tratado, no disertación como hemos visto arriba. Parecía obligado que hablando de vampiros saliese a colación el inevitable Calmet, fuente de Feijoo en tantos temas y auténtico alter ego de su colega en la regla de San Benito.

Así que Feijoo leyó las disertaciones de Calmet de 1749 y se le ocurrió comentarlas en una de sus cartas. El Traité que tengo sobre la mesa (París, 1751) se reparte en dos tomos, y cada uno de ellos constituye una parte bien diferenciada de la obra. Concierne la primera a las apariciones de ángeles, demonios y otros espíritus, mientras que la segunda, que es la que aquí nos interesa, se ocupa de esos revenans a los que aludíamos arriba, en cuyo número se alinean tres categorías de —llamémoslos así— individuos: los vampiros, los brucolacos y los excomulgados por los obispos de la iglesia ortodoxa griega.

Hasta el párrafo 28 de su carta (página 320 de la edición de 1781 que tengo a la vista) no se topa Feijoo con tan singulares caballeros: "Con mucha razón advierte el Padre Calmet en el prólogo de su disertación sobre los vampiros y brucolacos que en ellos se descubre una nueva escena incógnita a toda la Antigüedad, pues ninguna historia nos presenta cosa semejante en todos los siglos pasados." Lo que confirma la modernidad del tema del vampirismo (si exceptuamos algún pasaje de los Mirabilia de Flegón de Tralles editados por Otto Keller: Leipzig, Teubner, 1877) y la responsabilidad de Calmet en su gestación y desarrollo.

Desde 1981 poseemos una maravillosa (por seguir con los mirabilia) bibliografía de y sobre Feijoo, publicada por el Centro de Estudios del Siglo XVIII de Oviedo, y obra de dos beneméritos dieciochistas españoles: el llorado profesor José Miguel Caso González, infatigable editor de Jovellanos en la misma serie, y el sacerdote Silverio Cerra Suárez. Pues bien, en las casi cuatrocientas apretadas páginas de tan ilustrado volumen no he creído ver, salvo error, alusión alguna a esta carta vigésima del tomo IV de las Cartas eruditas y curiosas ni a su contenido. Y no es Feijoo precisamente un escritor desasistido por la crítica, porque no faltan los estudios sobre su vida y obra, aunque sigamos sin contar con una edición moderna completa y fiable de su producción literaria.

Tras hablar de los vampiros como "muertos a medias", cuyas resurrecciones siempre son in ordine ad malum y a quienes se elimina por el conocido procedimiento de atravesarles el corazón con una estaca de madera cuando descansan en su tumba, Feijoo recapitula: "Acaso V. md., al pasar los ojos por todo lo que llevo escrito de los vampiros, imaginará estar leyendo un sueño, o un complejo de varios sueños; o que los que de aquellos países ministraron estas noticias serían unos hombres ebrios que tenían trastornado el seso con los vinos de Hungría y de la Grecia. Porque, ¿quién no ve que en esos cuentos de vampiros se envuelven tres imposibles? El primero, mantenerse el vampiro vivo en el sepulcro no sólo muchos días, sino muchos meses: de uno u otro se dice que pereció después de algunos años. Segundo imposible, salir del sepulcro sin apartar la losa ni remover la tierra, lo cual parece no puede hacerse sin verdadera penetración del cuerpo del vampiro con el interpuesto de la tierra y la piedra. Tercero de la misma especie, el regreso del vampiro al sepulcro, que tampoco puede ser sin penetración por intervenir el mismo estorbo" (edición de 1781, página 324).

Cuenta luego Feijoo la historia del brucolaco de Mícono referida por Pitton de Tournefort y recogida por Calmet, copia las distinciones que entre vampiros, brucolacos y excomulgados ortodoxos traza el benedictino francés, y pasa, ya al final de su carta, a formular su opinión personal acerca del asunto. Salta a la vista que el padre Calmet no desconfía de la posibilidad de que los vampiros existan, y hasta se diría que le parece excitante el hecho de que puedan existir. Para el racionalista Feijoo, sin embargo, siempre más enconado que el francés con todo aquello que suponga superstición o disparate, el acervo de historias vampíricas que se narran en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia, Grecia y las islas del Egeo no son más que burdas patrañas para consumo de ignorantes. El vampirismo, para el fraile gallego, no es sólo efecto de la ilusión, sino también del engaño. Ello conduce a Feijoo a considerar el hecho de la mentira social con no poca profundidad en unos luminosos párrafos de su carta que no tienen desperdicio: "Ya en otras partes he advertido que, siendo tan común la inclinación de los hombres a la mentira que dio motivo al santo rey David para proferir la sentencia de que todo hombre es mentiroso, omnis homo mendax, esa inclinación es mucho más fuerte respecto de aquellas mentiras en que se fingen cosas prodigiosas y preternaturales, porque hay en esas narraciones cierto deleite que incita a la ficción más que en las comunes y regulares. Aun sujetos que en éstas son bastantemente veraces, ya por el placer de ser oídos de los circunstantes con una especie de admiración y asombro, ya por la vanidad de que en alguna manera los particulariza y eleva sobre los demás haberlos el Cielo escogido para testigos de cosas que están fuera del curso regular de la naturaleza, caen en la tentación de mentir en éstas, aunque veraces en las de la clase común y trivial" (ibidem, páginas 333-334).

Y Fray Benito concluye, haciendo gala de un recio y estupendo humor hispánico: "Entre estos aterrados con esas vanas imaginaciones, habrá algunos a quienes el continuo pavor vaya debilitando y consumiendo hasta hacerlos enfermar y morir, y éstos serán aquellos de quienes se dice que los vampiros les chupan la sangre. Tal vez el vampiro que se sienta a la mesa donde hay convite será un tunante que, sabiendo las simplezas de aquella gente, en el arbitrio de fingirse vampiro halla un medio admirable para meter gorra" (ibidem, página 335).

En sus últimas consideraciones, Feijoo compara el caso del vampirismo al de la brujería y hechicería de los siglos anteriores, en los que todo el

mundo veía un hechicero en su vecino y una bruja en aquella mujer que despertaba su deseo. En eso, como en tantas cosas, muestra Feijoo su mejor máscara progresista, lo que no deja de tener valor en una España como la que le tocó vivir. Lástima, sin embargo, que la ignorancia del entorno radicalizara su rechazo del mito fantástico inaugurado por Dom Augustin Calmet en su Traité de 1751, uno de los mitos que hoy, en nuestro siglo XXI, goza de mejor salud literaria y mayor atractivo popular: el vampirismo.

Luis Alberto de Cuenca
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo (CSIC)



Dibujo a pluma de Goya titulado *Bruja maestra dando lecciones a su discípula del primer vuelo*.

Prefacio

CADA SIGLO, CADA NACIÓN, cada país tiene sus prevenciones, sus enfermedades, sus modas, sus inclinaciones que los caracterizan, y que pasan y se suceden las unas a las otras; a menudo lo que ha parecido admirable en un tiempo, se convierte en lamentable y ridículo en otro. Se han visto siglos en los que todo giraba en torno de ciertas devociones, ciertos géneros de estudios, ciertos ejercicios. Se sabe que durante más de un siglo el gusto dominante en Europa era el viaje a Jerusalén. Reyes, príncipes, señores, obispos, eclesiásticos, religiosos, todos en masa allí acudían. Los peregrinajes a Roma han sido muy frecuentes y muy famosos en otro tiempo. Todo esto ha pasado. Se han visto provincias inundadas de flagelantes, y de ello no han sobrevivido más que las cofradías de penitentes que subsisten en algunos lugares.

Nosotros hemos visto en estas regiones saltarines y danzantes, que a cada instante saltaban y danzaban en las calles, en las plazas y hasta en las iglesias. Los convulsionarios de nuestros días parecen haberlos hecho revivir: la posteridad se sorprenderá, como nosotros nos burlamos hoy. Al fin del siglo XVI y al comienzo del XVII no se hablaba en Lorena más que de brujos y de brujas. Desde hace mucho tiempo ya no se hace cuestión de ello. Cuando la filosofía del señor Descartes apareció, ¿qué boga no tuvo? Se despreciaba la antigua filosofía; no se hablaba más que de experiencias físicas, de nuevos sistemas, de nuevos descubrimientos. Acaba de aparecer el señor Newton: todos los espíritus se han vuelto de su lado. El sistema del señor Law, los billetes de banco, los furores de la calle Quinquampoix, ¿qué movimientos no han causado en el reino? Una especie de convulsión se había apoderado de los franceses.

En este siglo, desde hace alrededor de unos sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestra vida en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia: se ve, dicen, a hombres muertos desde hace varios meses, que

vuelven, hablan, marchan, infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus prójimos, los enferman, y, en fin, les causan la muerte: de suerte que no se pueden librar de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones, más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos revinientes el nombre de upiros o vampiros, es decir, sanguijuelas, y se cuentan de ellos particularidades tan singulares, tan detalladas y revestidas de circunstancias tan probables, y de informaciones tan jurídicas, que uno no puede casi rehusarse a la creencia que tienen en esos países, de que los revinientes parecen realmente salir de sus tumbas y producir los efectos que se les atribuyen.

La antigüedad ciertamente no ha visto ni conocido nada semejante. Por mucho que se recorran las historias de los hebreos, egipcios, griegos y latinos, no se encontrará en ellas nada que se le aproxime.

Es cierto que se observa en la historia, aunque raramente, que algunas personas, después de haber estado durante algún tiempo en la tumba y tenidas por muertas, han vuelto a la vida. Se verá, incluso, que los antiguos han creído que la magia podía dar la muerte y evocar las almas de los difuntos. Se citan algunos pasajes que prueban que en algunos tiempos se ha imaginado que los brujos chupaban la sangre de los hombres y de los niños, haciéndolos morir. Se ve también en el siglo XII en Inglaterra y en Dinamarca algunos revinientes semejantes a los de Hungría. Pero en ninguna historia se lee nada tan común ni tan marcado como lo que se nos cuenta de los vampiros de Polonia, de Hungría y de Moravia.

La antigüedad cristiana suministra algunos ejemplos de personas excomulgadas, que han salido manifiestamente y a la vista de todo el mundo de sus tumbas y de las iglesias, cuando el diácono ordenaba retirarse a los excomulgados y a los que no comulgaban con los santos misterios. Desde hace varios siglos no se ha vuelto a ver nada semejante, aunque no se ignora que los cuerpos de algunos

excomulgados, muertos en la excomunión y en las censuras, están inhumados en las iglesias.



Sanguina de Goya para la lámina 72 de "Los Desastres".

La creencia de los nuevos griegos, que pretenden que los cuerpos de los excomulgados no se pudran en las tumbas, es una opinión que no tiene ningún fundamento, ni en la antigüedad, ni en la buena teología, ni incluso en la historia. Esta convicción parece no haber sido inventada por los nuevos griegos cismáticos, más que para autorizarse y afirmarse en su separación de la Iglesia Romana. La antigüedad cristiana creía, por el contrario, que la incorruptibilidad de un cuerpo era más bien una marca probable de la santidad de la persona, y una prueba de la protección particular de Dios sobre un cuerpo que ha sido durante su vida el templo del Espíritu Santo, y sobre una persona que ha conservado en la justicia y la inocencia el carácter del cristianismo.

Los brucolacos de Grecia y del archipiélago son aún revinientes de una nueva especie. Apenas se persuade uno que una nación tan espiritual como Grecia haya podido dar con una idea tan extraordinaria como ésta. Es preciso que la ignorancia o la prevención sean extremas entre ellos, porque no ha habido ni eclesiástico ni

ningún otro escritor, que se haya propuesto desengañarlos en esta materia.

La imaginación de los que creen que los muertos mastican en la tumba, y hacen un ruido más o menos semejante al que los cerdos hacen al comer, es tan ridícula que no merece ser seriamente refutada.

Me propongo tratar aquí el asunto de los revinientes o vampiros de Hungría, Moravia, Silesia y Polonia, aun con riesgo de ser criticado sea cual sea la manera en que yo me comporte: los que los creen verdaderos me acusarán de temeridad y de presunción, por haberlos puesto en duda, o incluso haber negado su existencia y su realidad; los otros me echarán en cara haber empleado el tiempo en tratar esta materia, que pasa por frívola e inútil en el espíritu de muchas gentes de buen sentido. De cualquier manera que se piense, yo me sentiré satisfecho de haber profundizado una cuestión que me ha parecido importante para la religión: pues si el retorno de los vampiros es real, importa defenderlo y probarlo; y si es ilusorio, es por tanto de interés de la religión desengañar a los que los creen verdaderos, y destruir un error que puede tener muy peligrosas consecuencias.



1

La resurrección de un muerto es obra únicamente de Dios

DESPUÉS DE HABER TRATADO en una disertación particular el asunto de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas separadas del cuerpo[1], la conexión de la materia me invita a hablar

también de los revinientes, de los excomulgados que la tierra expulsa, según dicen, de su seno, de los vampiros de Hungría, de Silesia, de Bohemia, de Moravia y de Polonia, y de los brucolacos de Grecia. Referiré primero lo que de ellos se ha dicho y escrito; después sacaré algunas consecuencias, y alegaré las razones que se pueden dar a favor y en contra de su existencia y de su realidad.

Los revinientes de Hungría, o vampiros, que son el principal objeto de esta disertación, son unos hombres muertos desde hace un tiempo considerable, más o menos largo, que salen de sus tumbas y vienen a inquietar a los vivos, les chupan la sangre, se les aparecen, provocan estrépito en sus puertas y en sus casas, y, en fin, a menudo les causan la muerte. Se les da el nombre de vampiros o de upiros, que significa en eslavo, según dicen, sanguijuela. Uno no se libra de sus infestaciones más que desenterrándolos, cortándoles la cabeza, empalándolos, o quemándolos, o traspasándoles el corazón.

Se han propuesto varios sistemas para explicar el retorno y las apariciones de los vampiros. Algunos las han negado y rechazado como quiméricas, como un efecto de la prevención y de la ignorancia del pueblo de esos países en los que dicen que se aparecen.

Otros han creído que esas gentes no estaban realmente muertas, sino que habían sido enterradas vivas, y que volvían por sí mismas, naturalmente, y salían de sus tumbas.

Otros creen que esas gentes están realmente muertas del todo; pero que Dios, por un permiso o un mandato particular, les permite o les ordena regresar y volver a tomar por un tiempo su propio cuerpo; pues, cuando las desentierran, sus cuerpos están enteros, su sangre bermeja y fluida, y sus miembros flexibles y manejables.

Otros sostienen que es el demonio el que hace aparecer estos revinientes, y que hace por medio de ellos todo el mal que causan a los hombres y a los animales.

En el supuesto de que los vampiros resuciten verdaderamente, se puede formar al respecto una infinidad de dificultades. ¿Cómo se hace esta resurrección? ¿Se hace por las fuerzas del reviniente, por el retorno de su alma a su cuerpo? ¿Es un ángel o un demonio el que lo reanima? ¿Es por orden o permiso de Dios que resucita? Esta

resurrección ¿es voluntaria de su parte y de su elección? ¿Es para mucho tiempo, como la de las personas a que Jesucristo ha vuelto a la vida, o la de las personas resucitadas por los profetas y por los apóstoles? ¿O es solamente momentánea y por pocos días o por pocas horas, como la resurrección que S. Estanislao operó en el señor que le había vendido un campo, o aquella de que se habla en la vida de S. Macario y de S. Espiridión, que hicieron hablar a unos muertos simplemente para que diesen testimonio de la verdad, y después los dejaron dormir en paz, a la espera del día del juicio final?

Desde el comienzo pongo por principio indubitable que la resurrección de un muerto verdaderamente muerto es efecto de la sola potencia de Dios. Ningún hombre puede ni resucitarse, ni devolver la vida a otro hombre, sin un visible milagro.

Jesucristo ha resucitado, como lo había prometido: lo ha hecho por su propia virtud; lo ha hecho con circunstancias completamente milagrosas. Si hubiese resucitado en seguida de que fue bajado de la cruz, habría podido creerse que no había muerto del todo, que quedaban todavía en él gérmenes de vida, que se hubiesen podido despertar, reanimándolo o dándole cordiales o cualquier cosa capaz de hacerle volver el espíritu.

Pero no resucita sino al tercer día. Por así decir, había sido muerto incluso después de su muerte, por la abertura que se le hizo en un costado con una lanza, que le atravesó hasta el corazón, y que le habría causado la muerte, si no hubiese estado para entonces fuera de poder recibirla.

Cuando resucitó a Lázaro[2], esperó a que hubiese pasado cuatro días en la tumba, y que comenzase a corromperse, lo que es la más segura marca de que un hombre está realmente difunto, sin esperanza de volver a la vida si no es de forma sobrenatural.

La resurrección que Job esperaba tan firmemente[3]; y la del hombre que resucitó al tocar el cuerpo del profeta Eliseo en su tumba[4]; y el hijo de la viuda de Sunam, al que el mismo Eliseo devolvió la vida[5]; el ejército de esqueletos, de que Ezequiel predijo la resurrección[6], y que vio en espíritu realizarse a sus ojos, como un símbolo y un testimonio del regreso de los hebreos de la cautividad de

Babilonia; en fin, todas las resurrecciones relatadas en los libros sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento, son efectos manifiestamente milagrosos y atribuidos a la sola omnipotencia de Dios. Ni los ángeles, ni los demonios, ni los hombres más santos y más favorecidos por Dios, podrían por sus propios medios devolver la vida a un hombre realmente muerto. No pueden hacerlo más que por la virtud de Dios, que, cuando lo juzga a propósito, es dueño de acordar esta gracia a sus oraciones y a su intersección.



Ilustración para *Les Mémoires de Monsieur Claude* (1857).

2

Resurrecciones de gentes que

no estaban verdaderamente muertas

LAS RESURRECCIONES de algunas personas dadas por muertas, y que no lo estaban, sino simplemente dormidas o sumidas en un estado letárgico; y de las tenidas por muertas, habiéndose ahogado, y que se han reanimado por los cuidados que se han tomado, por los remedios que se les han dado, o por la habilidad de los médicos; este tipo de personas no deben pasar por verdaderamente resucitados: no estaban muertos, o no lo estaban más que en apariencia.

Nos proponemos hablar aquí de otro tipo de resucitados, que llevaban enterrados algunas veces desde hacía varios meses, o incluso desde hacía varios años; que deberían haberse ahogado en la tumba, en el supuesto de que hubiesen sido enterrados vivos; y en los que se encuentran todavía signos de vida, la sangre líquida, las carnes enteras, bermejas y de buen color, los miembros flexibles y manejables. Estas gentes que vuelven al día o a la noche, perturban a los vivos, les chupan la sangre, los matan, se aparecen con sus vestidos a sus familias, se sientan a la mesa, y hacen mil otras cosas, después de las cuales regresan a sus tumbas, sin que se vea cómo han vuelto a entrar. Son una especie de resurrecciones momentáneas; pues, mientras que los muertos de que habla la Escritura han vivido, bebido, comido y conversado con los demás hombres después de su resurrección, como Lázaro, el hermano de María y de Marta[7], y el hijo de la viuda de Sunam resucitado por Eliseo[8], estos otros no aparecen más que durante cierto tiempo, en ciertas regiones, en ciertas circunstancias, y no se vuelven a aparecer una vez que se les ha empalado o quemado, o que se les ha cortado la cabeza.

Si esta última especie de resucitados no estuviesen realmente muertos, no habría de maravilloso en su retorno al mundo más que la manera como se hace, y las circunstancias que lo acompañan. Estos revinientes ¿se despiertan simplemente de su sueño, o recobran el

sentido, como los que han sufrido un síncope o un desfallecimiento, y que al cabo de un cierto tiempo vuelven naturalmente en sí, cuando la sangre y la sensibilidad han vuelto a seguir su curso y su movimiento natural?

Pero ¿cómo salir de sus tumbas sin abrir la tierra, y cómo volver a entrar sin que se note? ¿Se han visto letargos, pasmos o síncopes que duren años enteros? Si se pretende que sean verdaderas resurrecciones, ¿se han visto muertos que se resuciten a sí mismos y por sus propios medios?

Si no han resucitado por sí mismos, ¿es por virtud de Dios que han salido de sus tumbas? ¿Qué prueba hay de que Dios se haya mezclado en ello? ¿Cuál es el objeto de esas resurrecciones? ¿Se hacen para manifestar las obras de Dios en los vampiros? ¿Qué gloria le viene de ello a la divinidad?

Si no es Dios quien los saca de sus tumbas, ¿es un ángel, es un demonio, es su propia alma? ¿El alma separada del cuerpo puede volver a entrar en él cuando lo quiera, y darle una nueva vida, aunque sólo sea por un cuarto de hora? ¿Pueden un ángel o un demonio devolverle la vida a un muerto? No sin duda, sin orden, o por lo menos sin el permiso de Dios. En otro lugar hemos examinado esta cuestión del poder natural de los ángeles y de los demonios sobre los cuerpos humanos, y hemos visto que ni la revelación ni la razón nos dan ninguna luz cierta sobre el asunto[9].

3
Resurrección de un hombre enterrado hacía tres años, resucitado por San Estanislao

TODAS LAS VIDAS de santos están llenas de resurrecciones de muertos, con las que se podrían componer gruesos volúmenes.

Estas resurrecciones tienen una relación manifiesta con la materia que aquí tratamos, porque se trata de personas muertas, o tenidas por tales, que se aparecen en cuerpo y en alma a los vivos, y que viven después de la resurrección. Me contentaré con referir la historia de san Estanislao obispo de Cracovia, que resucitó a un hombre muerto desde hacía tres años, con circunstancias tan singulares y de una manera tan pública que la cosa está por encima de la más severa crítica; si es verdadera, debe ser considerada como uno de los más insignes milagros que se leen en la historia. Se alega que la vida del santo fue escrita en el tiempo de su martirio[10], o poco tiempo después, por diferentes autores exactamente informados; pues el martirio del santo, y sobre todo la resurrección del muerto de que vamos a hablar, han sido vistos y conocidos por una infinidad de personas, por toda la corte del rey Boleslao; y este acontecimiento habiendo tenido lugar en Polonia, donde los vampiros son frecuentes todavía hoy, concierne por este respecto más particularmente al asunto de que tratamos.

El obispo san Estanislao, habiendo comprado a un gentilhombre llamado Pedro una tierra situada sobre el Vístula, en el territorio de Lublin, en provecho de su iglesia de Cracovia, le pagó el precio al vendedor en presencia de testigos y con las solemnidades requeridas en el país, pero sin escrituras; pues entonces no se escrituraban sino muy raramente en Polonia estas compraventas, sino que se contentaban con testigos. Estanislao tomó posesión de esta tierra por la autoridad del rey, y su iglesia gozó apaciblemente de ella alrededor de tres años.

En el intervalo murió Pedro, el que la había vendido. El rey de Polonia Boleslao, que había concebido un odio implacable contra el santo obispo, que le había reprendido libremente sus excesos, buscando la ocasión de hacerle daño, incitó a los tres hijos y herederos de Pedro para que reclamasen la tierra que su padre había vendido, so pretexto de que no había sido pagada; les prometió apoyar su

demanda, y hacer que recobrasen la tierra. Estos tres gentilhombres, en consecuencia, citaron al obispo en presencia del rey, que estaba entonces en Solec ocupado en impartir justicia en su tienda de campaña, según las antiguas costumbres del país, durante la asamblea general de la nación. Se citó al obispo delante del rey, y sostuvo que había comprado y pagado la tierra en disputa. Los testigos no se atrevieron a dar testimonio de la verdad. El lugar en que se celebraba la asamblea estaba muy cerca de Pietravin, que era el nombre de la tierra en discusión. El día comenzaba a ponerse, y el obispo corría gran riesgo de ser condenado por el rey y sus consejeros. De repente, como inspirado por el espíritu divino, prometió al rey llevarle en tres días a Pedro, su vendedor; la condición fue aceptada con burlas, como imposible de ejecutar.

El santo obispo se vuelve a Pietravin, donde permanece en oración y ayuno con los suyos durante los tres días. El tercero marcha en hábitos pontificales, acompañado del clero y de una multitud del pueblo, a la tumba de Pedro, hace levantar la lápida y cavar hasta que se encontró el cadáver del muerto descarnado ya y corrompido. El santo le ordena salir, para ir a dar testimonio de la verdad ante el tribunal del rey. Se levanta; se le cubre con un manto; el santo lo coge de la mano y lo lleva vivo a los pies del rey. Nadie tuvo la osadía de interrogarlo; pero él tomó la palabra, y declaró que había vendido de buena fe la tierra al prelado, y que había recibido el precio de ella; después de lo cual reprendió severamente a sus hijos, que habían acusado tan maliciosamente al santo obispo.

Estanislao le preguntó si deseaba permanecer en vida para hacer penitencia; él se lo agradeció, pero dijo que no quería exponerse de nuevo al riesgo de pecar. Estanislao lo condujo de nuevo a la tumba, habiendo llegado a la cual, se durmió de nuevo en el Señor. Se puede juzgar que una escena semejante tuvo infinidad de testigos, y que toda Polonia fue informada de ello al instante. El rey se irritó todavía más contra el santo. Lo mató algún tiempo después con su propia mano, cuando salía del altar, e hizo cortar su cuerpo en 72 partes, a fin de que no pudiesen reunirlas para darles el culto que les era debido, como al cuerpo de un mártir de la verdad y de la libertad pastoral.

Venimos ahora a lo que constituye la principal materia de estas investigaciones, que son los vampiros o revinientes de Hungría y de Moravia, y otros semejantes, que se aparecen solamente por poco tiempo en sus cuerpos naturales.



Ilustración de Gustave Doré para *El infiemo* de Dante

Tratado sobre los Vampiros



Augustin Calmet

4
Un hombre realmente muerto ¿puede aparecerse con su propio cuerpo?

SI LO QUE CUENTAN de los vampiros fuese cierto, la pregunta que aquí nos hacemos parecería frívola e inútil. Se respondería en seguida que se ve todos los días en Hungría, en Moravia y en Polonia a personas muertas y enterradas desde hace mucho tiempo, volver, aparecerse, atormentar a los hombres y los animales, chuparles la sangre, causarles la muerte.

Estas personas vuelven con sus propios cuerpos; se les ve, se les conoce, se les hace el proceso a resultas del cual los empalan, les cortan la cabeza, los queman. Es, pues, no solamente posible, sino muy cierto y real que se aparecen con sus propios cuerpos.

Se podría añadir, para apoyar esta creencia, que en la misma Escritura se encuentran ejemplos de estas apariciones: por ejemplo, en la transfiguración del Salvador, Elías y Moisés se aparecieron en el Tabor[11] hablando con Jesucristo. Sabemos que Elías está aún con vida, no lo cito de ejemplo; pero, por lo que respecta a Moisés, su muerte no es dudosa, y sin embargo se aparece junto a Elías con su propio cuerpo hablando con Jesucristo. Los muertos que salieron de sus tumbas en la resurrección del Salvador[12], y que se aparecieron a varias personas en Jerusalén, estaban en sus sepulcros desde hacía varios años: su muerte no era dudosa; y sin embargo se aparecieron y dieron testimonio de la resurrección del Salvador.

Cuando Jeremías se apareció a Judas Macabeo[13] , y le puso en la mano una espada de oro, diciéndole: “Recibe esta espada como un don de Dios, con la cual triunfarás de los enemigos de mi pueblo Israel”, fue al parecer este profeta en su propio cuerpo el que se le apareció y

le hizo el presente, porque se le reconoció por su aspecto que era el profeta Jeremías.

No hablo de las personas realmente resucitadas por milagro, como el hijo de la viuda de Sunam resucitado por Eliseo; ni del muerto que, habiendo tocado el féretro del mismo profeta, se puso en pie y resucitó; ni de Lázaro, a quien Jesucristo devolvió la vida de tan milagrosa y sorprendente manera. Estas personas vivieron, bebieron, comieron, conversaron con los hombres después, como lo habían hecho antes de su muerte y resurrección.

No es por esta clase de personas por las que aquí nos preguntamos. Hablo, por ejemplo, del Pedro resucitado por Estanislao por unas horas, de las personas a que me he referido en el tratado de la aparición de los espíritus[14], que han aparecido, hablado y descubierto cosas ocultas, y cuya resurrección no ha sido sino momentánea y solamente para manifestar el poder de Dios, a fin de dar testimonio de la verdad y de la inocencia, o de sostener la creencia de la Iglesia contra herejes obstinados, como se leen diversos ejemplos.

San Martín, estando recién nombrado arzobispo de Tours, concibió cierta sospecha contra un altar que los predecesores obispos habían erigido a un presunto mártir, del que no se conocían ni el nombre ni la historia, y del que ninguno de los sacerdotes ni de los ministros de la capilla podían decir nada con certeza. Se abstuvo durante algún tiempo de ir a ese lugar, que no estaba por otra parte alejado de la ciudad. Hasta que un día se fue allí acompañado de un pequeño número de religiosos y, estando rezando, pidió a Dios que le diese a conocer quién era el que estaba enterrado en ese lugar. Entonces apareció a su izquierda un espectro horroroso e inmundo; y, habiéndole ordenado que le dijese quién era, el espectro le declaró su nombre, y le confesó que era un ladrón muerto por sus crímenes y violencias, y que no tenía nada en común con los mártires. Los que estaban presentes oyeron muy bien lo que decía, pero no lo vieron. San Martín hizo derribar la tumba, y curó al pueblo supersticioso de su ignorancia.

El filósofo Celso, escribiendo contra los cristianos, sostenía que las apariciones de Jesucristo a los apóstoles no eran reales, sino que eran

simples sombras que se aparecían. Orígenes, volviendo contra él su razonamiento[15], le dijo que los paganos relatan diversas apariciones de Esculapio y de Apolo, al que ellos atribuyen el poder de predecir el porvenir. Si se admiten estas apariciones como reales, porque son atestiguadas por algunas personas, ¿por qué no reconocer por verdaderas las de Jesucristo, que son referidas por testigos oculares, y que son creídas por tantos millones de personas?

Relata a continuación esta historia. Aristeas, que era de una de las mejores familias de Proconeso, habiendo un día entrado en la tienda de un batanero, murió allí súbitamente. El batanero, luego de haber bien cerrado la puerta, corrió rápidamente a advertir a los padres del muerto; pero, como la noticia se había expandido en seguida por toda la ciudad, un hombre de Cícico, que venía de Ártace, aseguró que esto no podía ser, porque él se había encontrado con Aristeas en el camino de Cícico y había hablado con él, lo que sostuvo firmemente delante de todo el pueblo de Proconeso.

En esto llegan los padres a casa del batanero con todo lo necesario para llevarse el cuerpo; pero, habiendo entrado en la casa, no encuentran por ningún lado a Aristeas ni muerto ni vivo. Siete años después fue visto de nuevo en Proconeso, y allí hizo los versos que llaman arimaspeos, y desapareció después por segunda vez. Es lo que se cuenta en esas ciudades.

Trescientos cuarenta años después de este acontecimiento, el mismo Aristeas fue visto en Metaponto en Italia, y ordenó a los metapontinos que edificasen un altar a Apolo, y alzasen muy cerca una estatua en honor de Aristeas de Proconeso, añadiendo que eran los únicos de todos los pueblos de Italia que Apolo hubiese honrado con su presencia; y que, por lo que a él se refería, que había acompañado a ese dios bajo la figura de un cuervo; y, habiéndoles así hablado, desapareció.

Los metapontinos enviaron a consultar sobre esta aparición al oráculo de Delfos, que les dijo que siguiesen el consejo que Aristeas les había dado, y que así se encontrarían bien. En efecto, elevaron una estatua a Apolo, que se veía todavía en la época de Herodoto[16], y al mismo tiempo otra estatua a Aristeas, que se veía en un bosquecillo

de laureles, que estaba en medio de la plaza pública de Metaponto. Celso no veía ninguna dificultad en creer todo esto bajo palabra de Herodoto y de Píndaro; y rehusaba creer lo que los cristianos enseñaban de los milagros de Jesucristo narrados en el Evangelio, y sellados con la sangre de los mártires. Orígenes añade: ¿cuál habría podido ser el designio de la providencia, al hacer por este proconesio los milagros de que acabamos de hablar? ¿Qué fruto habría querido ella que los hombres sacasen de ellos? Mientras que lo que los cristianos cuentan de Jesucristo se ha hecho para confirmar una doctrina salvadora del género humano. Hay, pues, que rechazar como fabulosa la historia de Aristeas, o atribuir todo lo que se cuenta en ella a las operaciones del espíritu maligno.

5
Resurrección o aparición de una muchacha muerta hacía algunos meses

FLEGONTE, LIBERTO del emperador Adriano[17], en el fragmento del libro que había escrito sobre las cosas maravillosas, dice que en Trapes de Asia, un tal Macates, hotelero, tenía relación con una muchacha llamada Filinium, hija de Demóstrato y de Cárito; esta muchacha habiendo muerto y sido enterrada, continuó viniendo por las noches durante cerca de seis meses a ver a su galán, a beber, comer y acostarse con él. Un día la nodriza de la muchacha la reconoció, cuando estaba sentada al lado de Macates; corrió a avisar a Cárito, madre de la muchacha, quien, después de haber puesto muchas dificultades, vino al fin a la hostelería; pero, como era ya muy tarde, y todo el mundo estaba acostado, no pudo satisfacer su curiosidad. Ella reconoció sin embargo los vestidos de su hija, y creyó reconocerla acostada con

Macates. Volvió a la mañana siguiente; pero, habiéndose extraviado por el camino, no encontró a su hija, ya que se había retirado. Macates se lo contó todo, cómo desde cierto tiempo la muchacha venía a su encuentro cada noche; y, de prueba de lo que decía, abrió un cofrecito y le mostró el anillo de oro que Filinium le había dado, y la banda con la que ella se cubría el seno, y que le había dejado la noche precedente.

Cárito, no pudiendo por más tiempo dudar de la verdad de los hechos, se abandonó a los gritos y a las lágrimas; pero, como le prometieron avisarla la noche siguiente, cuando volviese Filinium, se volvió a su casa. A la noche la muchacha volvió como de ordinario, y Macates envió en seguida a avisar a su padre y a su madre; pues comenzaba a temer que alguna otra muchacha no hubiese tomado los vestidos de Filinium en su sepultura para engañarlo.

Habiendo llegado Demóstrato y Cárito, reconocieron a su hija y corrieron a abrazarla; pero ella exclamó: "Padres míos, ¿por qué habéis envidiado mi felicidad, impidiéndome permanecer aún tres días más con este hotelero sin hacer mal a nadie? pues yo no he venido aquí sin el permiso de los dioses", es decir, del demonio, porque no se puede atribuir a Dios ni a un buen espíritu una cosa semejante. "Vuestra curiosidad os costará cara". En ese instante cayó muerta en redondo a todo lo largo del lecho.

Flegonte, que tenía algún poder en la ciudad, detuvo a la muchedumbre e impidió el tumulto. Al día siguiente el pueblo, reunido en el teatro, convino en ir a visitar el panteón en que descansaba Filinium, que había muerto unos seis meses antes. Allí encontraron los muertos de su familia colocados por orden; pero ni rastro del cuerpo de Filinium. Solamente estaba un anillo de hierro que Macates le había dado, junto a una copa dorada, que también ella había recibido de él. Después de esto volvieron al albergue de Macates, en el que el cuerpo de la muchacha yacía por tierra.

Se consultó a un adivino, que dijo que había que enterrarlo fuera de los límites de la ciudad, apaciguar a las Furias y a Mercurio terrestre, hacer funerales solemnes a los dioses Manes, y sacrificar a Júpiter Hospitalario, a Mercurio y a Marte. Flegonte añade hablando a quien él escribe: "Si juzgáis oportuno informar de ello al Emperador,

escribídmelo, a fin de que yo os pueda enviar a algunos de los que han sido testigos de todas estas cosas”.

He aquí un hecho bien circunstanciado y revestido de todas las características que pueden hacerlo pasar por verídico. Sin embargo ¿cuántas dificultades no encierra? Esa muchacha ¿estaba verdaderamente muerta, o no estaba más que dormida? ¿Su resurrección se hizo por sus propias fuerzas y a su voluntad, o fue un demonio el que le devolvió la vida? Parece que no se puede dudar de que fuese su propio cuerpo; todas las circunstancias del relato de Flegonte lo persuaden. Si no estaba muerta, y todo lo que hacía no era más que un juego y una estratagema para contener su pasión por Macates, no hay nada muy increíble en todo este relato; sabemos de qué puede ser capaz el amor desordenado, y hasta qué punto puede llevar a una persona poseída por una pasión violenta.

El mismo Flegonte dice que un soldado sirio del ejército de Antíoco, después de haber sido muerto en las Termópilas, apareció en pleno día en el campo de los romanos, donde habló con varias personas.

Heraldo o Hrappe, danés, que se hizo enterrar a la entrada de su cocina, y que, apareciéndose después de muerto, fue herido por un tal Olaus Pa, que dejó el hierro de su lanza en la herida; este danés se aparecía, pues, en su propio cuerpo. ¿Era su alma la que lo removía, o era un demonio, que se servía del cuerpo muerto para inquietar y asustar a los vivos? ¿Lo hacía con sus propias fuerzas o con el permiso de Dios? ¿Y qué gloria a Dios, qué ventaja a los hombres podía venir de estas apariciones? ¿Negaremos todos estos hechos narrados de una manera tan circunstanciada por ilustres autores, que no tienen ningún interés, ni ningún propósito para engañamos?

San Agustín cuenta que, durante su estancia en Milán[18] , un joven era perseguido por la justicia por un particular que le reclamaba una deuda ya saldada por su padre, pero cuyo recibo no se encontraba por ninguna parte. El alma del padre se apareció a su hijo, y le enseñó dónde estaba el recibo que le causaba tanta inquietud.

San Macario de Egipto resucitó a un muerto[19] para testimoniar la inocencia de otro hombre acusado de haberlo matado. El muerto disculpó al acusado, pero no quiso nombrar al autor del crimen.

El mismo san Macario hizo hablar a otro muerto enterrado hacía algún tiempo, para descubrir un depósito que había recibido y ocultado sin saberlo su mujer. El muerto declaró que el dinero estaba escondido al pie de su lecho.

El mismo san Macario, no pudiendo de otro modo refutar a un hereje eunomiano, según unos, o hieracita, según otros, le dijo: "Vamos a la tumba de un muerto y preguntémosle, que nos instruya de la verdad con la que no queréis concordar". El hereje no se atrevió a presentarse allí; pero san Macario fue acompañado de multitud de gente; interrogó al muerto, que le respondió desde el fondo de su tumba que, si el hereje hubiese aparecido en la asamblea, se habría levantado para convencerlo y para dar testimonio de la verdad. San Macario le ordenó que se durmiese en el Señor, hasta el día en que J. C. venga a resucitarlo en el fin del mundo.

Los antiguos que han referido el mismo hecho varían en algunas circunstancias, como sucede de ordinario cuando se cuentan las cosas de memoria.

San Espiridión, obispo de Trimitonte de Egipto[20] , tenía una hija llamada Irene, que permaneció virgen hasta su muerte. Después de la cual un particular vino a reclamar a san Espiridión un depósito que había confiado a Irene sin el conocimiento de su padre. Buscaron por toda la casa sin encontrar nada; al fin Espiridión fue a la tumba de su hija y, llamándola por su nombre, le preguntó dónde estaba el depósito. Ella lo declaró, y Espiridión lo devolvió.

Un santo abad llamado Erricle resucitó por un momento a un hombre que había sido asesinado[21], y de cuya muerte acusaban a un religioso que era por completo inocente. El difunto hizo justicia al acusado, y el abad Erricle le dijo: "Dormid en paz, hasta que el Señor venga en el último día para resucitaros para la eternidad".

Todas estas resurrecciones momentáneas pueden servir para explicar cómo los revinientes de Hungría salen de sus tumbas, y vuelven a entrar en ellas, luego de haber sido vistos y sentidos por algún tiempo. Pero la dificultad estará siempre en saber: 1°, si la cosa es verdadera; 2°, si pueden resucitarse a sí mismos; y 3°, si están

realmente muertos o solamente dormidos. De cualquier modo que el hecho se afronte, siempre parece igualmente imposible e increíble.

6
Mujer sacada de la tumba

LEEMOS EN UN LIBRO nuevo una historia que tiene cierta relación con ésta. Un comerciante de la calle Saint Honoré de París había prometido su hija a uno de sus amigos, comerciante como él en la misma calle. Habiéndose presentado un financiero para desposarse con la muchacha, fue preferido al joven con el que había sido prometida. Se efectuó el matrimonio, y la joven, habiendo caído enferma, fue dada por muerta, amortajada y enterrada. El primer amante, dudando que hubiese sido víctima de un letargo o de un síncope, la desenterró durante la noche, la hizo volver en sí, y se casó con ella. Pasaron a Inglaterra, y allí vivieron tranquilamente por unos años. Al cabo de diez años volvieron a París, donde el primer marido, habiendo reconocido a su mujer en un paseo, la reclamó judicialmente, lo que dio lugar a un gran proceso. La mujer y su marido se defendían alegando que la muerte había roto los lazos del primer matrimonio. Acusaban incluso al primer marido de haber hecho enterrar a su mujer con demasiada precipitación. Los amantes, previendo que podían sucumbir, se retiraron de nuevo al extranjero, donde terminaron sus días. El suceso es tan singular que difícilmente encontrará crédito entre los lectores. Yo no lo doy sino por lo que es. Corresponde a los que lo exponen garantizarlo y probarlo.

¿Quién nos dirá si, en la historia de Flegonte, la joven Filinium no fue depositada en el panteón sin estar muerta del todo, y que todas las noches no vino a ver a su amante Macates? Esto sería más fácil para ella que lo hubiese sido el retorno de la mujer de París, que había sido amortajada y enterrada, y que había permanecido cubierta por la tierra y envuelta en el sudario durante bastante tiempo.

Otro ejemplo referido en la misma obra es el de una muchacha víctima de un síncope y dada por muerta, que quedó encinta en el intervalo, sin saberse el autor del embarazo. Era un religioso que, habiéndose dado a conocer, pretendía la anulación de su profesión alegando que había sido forzada. Hubo al respecto un gran proceso, del que todavía hoy se conservan las actas. El religioso fue dispensando de sus votos y se casó con la muchacha. Este ejemplo recuerda al de Filinium y al de la joven de la calle Saint Honoré. Estas personas podían no estar muertas, ni en consecuencia resucitadas.

7
Llegamos ahora al examen de los revinientes o vampiros de Moravia

HE SABIDO POR EL DIFUNTO señor de Vassimont, consejero de la Cámara de Cuentas de Bar, que, habiendo sido enviado a Moravia por su difunta alteza real Leopoldo, primer duque de Lorena, para los asuntos de monseñor su hermano el príncipe Carlos, obispo de Olmuz y de Osnabruch, fue informado por el rumor público de que era bastante ordinario en esos países el hecho de ver a hombres fallecidos algún tiempo antes, presentarse en las reuniones, y sentarse a la mesa con las personas conocidas sin decir palabra; pero que, haciendo un signo con la cabeza a alguno de los asistentes, el señalado moría infaliblemente dentro de unos días. El hecho le fue confirmado por varias personas, y entre otros por un viejo cura que decía haber visto más de un caso de esos.

Los obispos y los sacerdotes del país consultaron a Roma sobre hecho tan extraordinario; pero no tuvieron respuesta, porque se consideró manifiestamente todo ello como puras visiones o

imaginaciones populares. Se opinaba que había que desenterrar los cuerpos de los que volvían de ese modo, para quemarlos o consumirlos de alguna otra manera. Así se han liberado de la inoportunidad de esos espectros, que hoy día son mucho menos frecuentes en el país de lo que eran antes. Esto es lo que decía ese buen sacerdote.

Estas apariciones han dado lugar a una obrita titulada Magia posthuma, compuesta por Charles Ferdinand de Schertz, impresa en Olmuz en 1706 y dedicada al príncipe Carlos de Lorena, obispo de Olmuz y de Osnabruch. El autor cuenta que en cierto pueblo una mujer que había muerto luego de haber recibido los santos sacramentos, fue enterrada en el cementerio a la manera ordinaria. Cuatro días después de su fallecimiento, los habitantes del lugar escucharon un gran ruido y un tumulto extraordinario, y vieron un espectro que se aparecía, tanto bajo forma de perro como bajo forma de hombre, no a una persona sino a varias, a las que causaba grandes dolores, apretándoles la garganta y comprimiéndoles el estómago hasta sofocarlas; casi les rompía el cuerpo, y los reducía a una extrema debilidad, de suerte que se los veía pálidos, flacos y extenuados.

El espectro atacaba incluso a los animales, y se encontraron vacas abatidas y semimuertas; algunas veces ataba una vaca con otra por la cola. Los animales con sus mugidos manifestaban sobradamente el dolor que padecían. Se veía a los caballos como consumidos de fatiga, sudando, sobre todo en el espinazo, acalorados, sin aliento, echando espuma como después de una larga y penosa carrera. Las calamidades continuaron por espacio de varios meses.

El autor que he nombrado examina la cosa como jurisconsulto, y razona mucho sobre el hecho y sobre el derecho. Se pregunta si, supuesto que los trastornos, los ruidos, las vejaciones vengan de la persona de la que se sospecha, se la puede quemar, como se ha hecho con los cuerpos de los otros revinientes que son dañinos a los vivos. Refiere varios ejemplos de apariciones semejantes y de los males que se han seguido; como la de un pastor del pueblo de Blow, cerca de la

ciudad de Kadam de Bohemia, que se apareció durante cierto tiempo, y que llamaba a determinadas personas, las cuales no dejaban de morir dentro de ocho días. Los campesinos de Blow desenterraron el cuerpo del pastor, y lo clavaron en tierra con una estaca que le pasaron atravesándole el cuerpo.

El hombre, incluso en ese estado, se burlaba de los que le hacían sufrir trato semejante, diciéndoles que le hacían el favor de darle así un bastón para defenderse de los perros. La misma noche se levantó de nuevo y asustó con su presencia a varias personas, y sofocó a más todavía que hasta entonces. Se le entregó de inmediato al verdugo, que lo puso en una carreta para transportarlo fuera del pueblo y quemarlo. El cadáver aullaba furioso, y removía los pies y las manos como si estuviese vivo; y, cuando se le atravesó de nuevo con estacas, dio grandísimos gritos, y arrojó en gran cantidad sangre muy bermeja. En fin, lo quemaron, y la ejecución puso fin a las apariciones e infestaciones del espectro.



El vampiro de Edvard Munch, litografía fechada en 1895.

Se ha hecho lo mismo en otros lugares en los que se han visto revinientes semejantes y, cuando se les ha desenterrado, han

aparecido bermejos, con los miembros flexibles y manejables, sin gusanos ni podredumbre; pero no sin una grandísima fetidez. El autor cita a otros escritores que atestiguan lo que dice de los espectros, que se aparecen todavía, según él, bastante a menudo en las montañas de Silesia y Moravia. Se les ve tanto de día como de noche; las cosas que les han pertenecido se remueven y cambian de lugar sin que nadie las toque. El único remedio contra estas apariciones es cortar la cabeza y quemar el cuerpo de los que vuelven.

Sin embargo no se procede sin cierto aparato judicial: se cita y se oye a los testigos; se examinan las razones; se considera los cuerpos exhumados para ver si se encuentran las marcas ordinarias que hacen conjeturar que son los que molestan a los vivos, como la movilidad, la flexibilidad de los miembros, la fluidez de la sangre, la incorruptibilidad de las carnes. Si se encuentran estas marcas, se los entrega al verdugo para que los queme. Sucede a veces que los espectros se aparecen todavía durante tres o cuatro días después de la ejecución. A veces se difiere durante seis o siete semanas el momento de enterrar los cuerpos de las personas sospechosas. Si no se pudren, sino que los miembros permanecen flexibles y manejables como si estuviesen vivos, entonces los queman. Se asegura como cierto que las ropas de estas personas se mueven sin que nadie las toque; y se ha visto hace poco en Olmuz, continúa siempre nuestro autor, un espectro que tiraba piedras y causaba grandes inconvenientes a los habitantes.

8
Muertos de Hungría que chupan la sangre de los vivos

HACE ALREDEDOR DE QUINCE años que un soldado que estaba de guarnición, hospedado por un campesino haidamaque[22], en la

frontera de Hungría, vio entrar en la casa, cuando estaba sentado a la mesa con su anfitrión, a un desconocido que se sentó también a la mesa con ellos. El dueño de la casa fue extrañamente asustado de ello, lo mismo que el resto de la reunión. El soldado no sabía qué pensar, ignorante como estaba de la cuestión. Pero, habiendo muerto el amo de la casa al día siguiente, el soldado se informó de lo que era. Le dijeron que era el padre de su huésped, muerto y enterrado hacía más de diez años, quien así había venido a sentarse a su lado, y le había anunciado y causado la muerte.

El soldado informó primeramente al regimiento, y el regimiento lo hizo saber al cuartel general, que comisionó al conde de Cabreras, capitán del regimiento de infantería Alandetti, para que informase del hecho. Habiéndose trasladado al lugar con otros oficiales, un cirujano y un auditor, tomaron declaración a todas las personas de la casa, que atestiguaron de manera uniforme que el reviniente era el padre del dueño de la casa, y que todo lo que el soldado había dicho y referido era la verdad exacta, lo que fue también atestiguado por todos los habitantes del lugar.

En consecuencia, se hizo desenterrar el cuerpo del espectro, y se le encontró como el de un hombre que acabase de expirar, y su sangre como la de un hombre vivo. El conde de Cabreras hizo que le cortasen la cabeza, antes de volverlo a depositar en la tumba. Se informó además de otros revinientes semejantes, entre otros de un hombre muerto hacía más de treinta años, que había vuelto en tres ocasiones a su casa y siempre a la hora de la comida: la primera vez había chupado la sangre del cuello a su propio hermano, la segunda a uno de sus hijos, y la tercera a un criado de la casa; los tres habían muerto al instante. Basándose en esta declaración el comisario hizo desenterrar al hombre y, encontrándolo como al primero, con la sangre fluida como la tendría un hombre vivo, ordenó que con un clavo de gran tamaño le atravesasen las sienes, y que después lo colocasen de nuevo en la tumba.

Hizo quemar a un tercero, enterrado hacía más de dieciséis años, y que había chupado la sangre y causado la muerte a dos de sus hijos. El comisario habiendo hecho su informe al cuartel general, se envió

luego a la corte del emperador, que ordenó que enviasen oficiales de guerra, de justicia, médicos y cirujanos, y algunos sabios para examinar las causas de tan extraordinarios acontecimientos. Quien nos ha referido estas particularidades las había conocido del señor conde de Cabreras en Freiburg im Breisgau en 1730.

9
Historia de un vampiro, sacada de las Cartas judías, carta 137

HE AQUÍ LO QUE SE LEE en la nueva edición de 1738 de las Cartas judías, carta 137.

Acaba de tener lugar en el territorio de Hungría un suceso de vampirismo, que está debidamente atestiguado por dos oficiales del tribunal de Belgrado, que estuvieron en el lugar de los hechos, y por un oficial de las tropas del emperador en Gradisch, que fue testigo ocular de los procedimientos.

A principios de septiembre murió en el pueblo de Kisilova, a tres leguas de Gradisch, un anciano de sesenta y dos años de edad, etc. Tres días después de haber sido enterrado, se apareció durante la noche a su hijo, y le pidió de comer; habiéndole servido éste, comió y desapareció. Al día siguiente el hijo contó a los vecinos lo que había sucedido. Esa noche no apareció; pero a la noche siguiente se hizo ver de nuevo, y de nuevo pidió de comer. No se sabe si su hijo le dio o no, pero se encontró a éste al día siguiente muerto en el lecho; el mismo día, cinco o seis personas cayeron súbitamente enfermas en el pueblo, y murieron uno detrás de otro pocos días después.

El oficial o baile del lugar, informado de lo que había sucedido, envió una relación al tribunal de Belgrado, que envió al pueblo dos de

sus oficiales, acompañados de un verdugo, para examinar este asunto. El oficial imperial, del que tenemos esta relación, se trasladó desde Gradisch para ser testigo de un hecho del que tan a menudo había oído hablar.

Se abrieron las tumbas de todos los que habían muerto en las seis últimas semanas; cuando se llegó a la del anciano, lo encontraron con los ojos abiertos, la color bermeja, la respiración natural, aunque inmóvil, como muerto; de lo que se concluyó que era un vampiro señalado. El verdugo le atravesó el corazón con una estaca. Se hizo una hoguera, y redujeron el cadáver en cenizas. No se encontró ninguna marca de vampirismo ni en el cadáver del hijo, ni en los de los otros.

Gracias a Dios, nosotros no somos precisamente crédulos. Confesamos que todas las luces de la física con que podamos iluminar este hecho no nos descubren ninguna de sus causas. Sin embargo, no podemos rehusarnos a creer verídico un hecho atestiguado jurídicamente y por gentes de probidad. Copiaremos aquí lo que ha sucedido en 1732, y que insertamos entonces en el Espigador, nº XVIII.

10

Otros ejemplos de revinientes, continuación del Espigador

EN UN CIERTO CANTÓN de Hungría llamado en latín Oppida Heidonum, más allá de Tibisque, vulgarmente Teisse, es decir, entre este río que baña la afortunada tierra de Tockay, y la Transilvania, el pueblo conocido bajo el nombre de heiduque[23] cree que algunos muertos, que ellos llaman vampiros, chupan la sangre de los vivos, de suerte que éstos quedan extenuados a ojos vistas, mientras que los cadáveres, como si fuesen sanguijuelas, se llenan de sangre con tal

abundancia que les sale por los conductos y hasta por los poros. Esta opinión acaba de ser confirmada por varios hechos, de los que parece que no se puede dudar, en vista de la calidad de los testigos que los han certificado. Referiremos aquí algunos de los más considerables.

Hace alrededor de cinco años que un cierto heiduque habitante de Médreïga, llamado Arnold Paul, fue aplastado por la caída de un carro de heno. Treinta días después de su muerte, cuatro personas murieron súbitamente y de la manera que mueren, según la tradición del país, los que son perturbados por los vampiros. Se acordaron entonces que este Arnold Paul había contado a menudo que, en los alrededores de Cassova y en las lindes de la Servia turca, había sido atormentado por un vampiro turco (pues también creen que los que han sido en vida vampiros pasivos se convierten en activos después de su muerte, es decir, que los que han sido chupados chupan también a su vez); pero que había encontrado el medio de curarse, comiendo tierra del sepulcro del vampiro y frotándose con su sangre; precaución que no le impidió, sin embargo, llegar a serlo después de su muerte, porque fue exhumado cuarenta días después del entierro, y encontraron en su cadáver todas las marcas de un archivampiro. El cuerpo estaba bermejo; los cabellos, las uñas y la barba se habían renovado; y las venas estaban todas llenas de sangre fluida, que rezumaba de todas las partes del cuerpo en el sudario en el que había sido envuelto. El hadnagi o baile del lugar, en presencia del cual se hizo la exhumación, y que era un hombre experto en vampirismo, hizo clavar, según la costumbre, en el corazón del difunto Arnold Paul una estaca muy aguda, con la que le atravesaron el cuerpo de parte a parte, lo que le hizo dar, según dicen, un espantoso grito, como si estuviese aún con vida. Hecho lo cual, le cortaron la cabeza y lo quemaron. Después se usó el mismo procedimiento con los cadáveres de las otras cuatro personas muertas de vampirismo, por miedo de que fuesen a matar a otros a su vez.

Todas estas diligencias no han podido, sin embargo, impedir que hacia finales del último año, es decir, al cabo de cinco años, esos funestos prodigios no hayan empezado de nuevo, y que varios

habitantes del mismo lugar no hayan desgraciadamente perecido. En el espacio de tres meses, diecisiete personas de diferente edad y sexo han muerto de vampirismo, algunas sin estar enfermas, y otras después de languidecer durante dos o tres días. Se refiere que, entre otros, una tal Stanoska, hija del heiduque Sovitzo, que se había acostado en perfecta salud, se despertó en mitad de la noche toda temblando, gritando horriblemente, y diciendo que el hijo del heiduque Millo, muerto hacía nueve semanas, había estado a punto de estrangularla mientras dormía. A partir de ese momento no hizo sino languidecer, y al cabo de tres días murió. Lo que la muchacha había dicho del hijo de Millo fue el primer indicio de que lo reconociesen como vampiro; lo exhumaron y se lo encontró así. Los principales del lugar, los médicos, los cirujanos examinaron cómo había podido renacer el vampirismo, después de las precauciones que habían tomado años antes.



Ilustración para Lénore realizada por Louis Boulanger.

Se descubrió por fin, después de haber investigado bien, que el difunto Arnold Paul no solamente había matado a las cuatro personas de las que hemos hablado, sino también a varios animales, cuya carne habían comido los nuevos vampiros, y, entre otros, el hijo de Millo. Basándose en estos indicios, se tomó la resolución de desenterrar a todos los que hubiesen muerto desde hacía un cierto tiempo, etc. De unos cuarenta se encontraron diecisiete con los signos más evidentes de vampirismo; a todos se les traspasó el corazón y les cortaron la cabeza, quemándolos después y arrojando sus cenizas al río.

Todas las informaciones y ejecuciones de que acabamos de hablar han sido hechas jurídicamente, en buena forma, y atestiguadas por varios oficiales que están en guarnición en el país, por los cirujanos mayores de los regimientos, y por los principales habitantes del lugar. El proceso verbal fue enviado hacia finales de enero último al Consejo Imperial de Guerra en Viena, que había establecido una comisión militar para examinar la verdad de todos estos hechos.

Es lo que han declarado el hadnagi Barriarar y los ancianos heiduques, y lo que ha sido firmado por Battuer, teniente primero del regimiento Alejandro de Wurtemberg, Clickstenger, cirujano mayor del regimiento Frustemburch, por otros tres cirujanos de la compañía y por Guoichitz, capitán en Stallath.

11

Razonamientos del autor de las Cartas judías sobre los revinientes

HAY DOS MEDIOS DIFERENTES para acabar con la creencia en los pretendidos revinientes, y para mostrar la imposibilidad de los efectos

que se atribuyen a cadáveres enteramente privados de sensibilidad. El primero consiste en explicar por causas físicas todos los prodigios del vampirismo; el segundo en negar totalmente la verdad de esas historias, y este último partido es sin duda el más cierto y el más razonable. Pero, como hay personas para las que la autoridad de un certificado oficial expedido sobre el terreno parece una demostración evidente de la realidad del cuento más absurdo, antes de mostrar qué poco caso uno debe hacer de todas las formalidades de la justicia en las materias que únicamente conciernen a la filosofía, supondré por un momento que realmente diversas personas mueren del mal que califican de vampirismo.

Pongo primeramente el principio de que puede suceder que haya cadáveres que, aunque lleven enterrados varios días, expandan una sangre fluida por los conductos de su cuerpo. Añado además que es muy posible que ciertas gentes se figuren que son chupadas por los vampiros, y que el miedo que les causa esta imaginación haga en ellos una revolución tan violenta que les quita la vida. Estando ocupados toda la jornada con el miedo que les inspiran esos pretendidos revinientes, ¿resulta tan extraordinario que, durante el sueño, las ideas de esos fantasmas se presenten a su imaginación y les causen un terror tan violento que algunos hasta mueran al instante, y otros poco tiempo después? ¿Cuántas gentes no se han visto que hayan expirado al instante de miedo? La alegría incluso ¿no ha llegado a producir también a veces un efecto funesto?

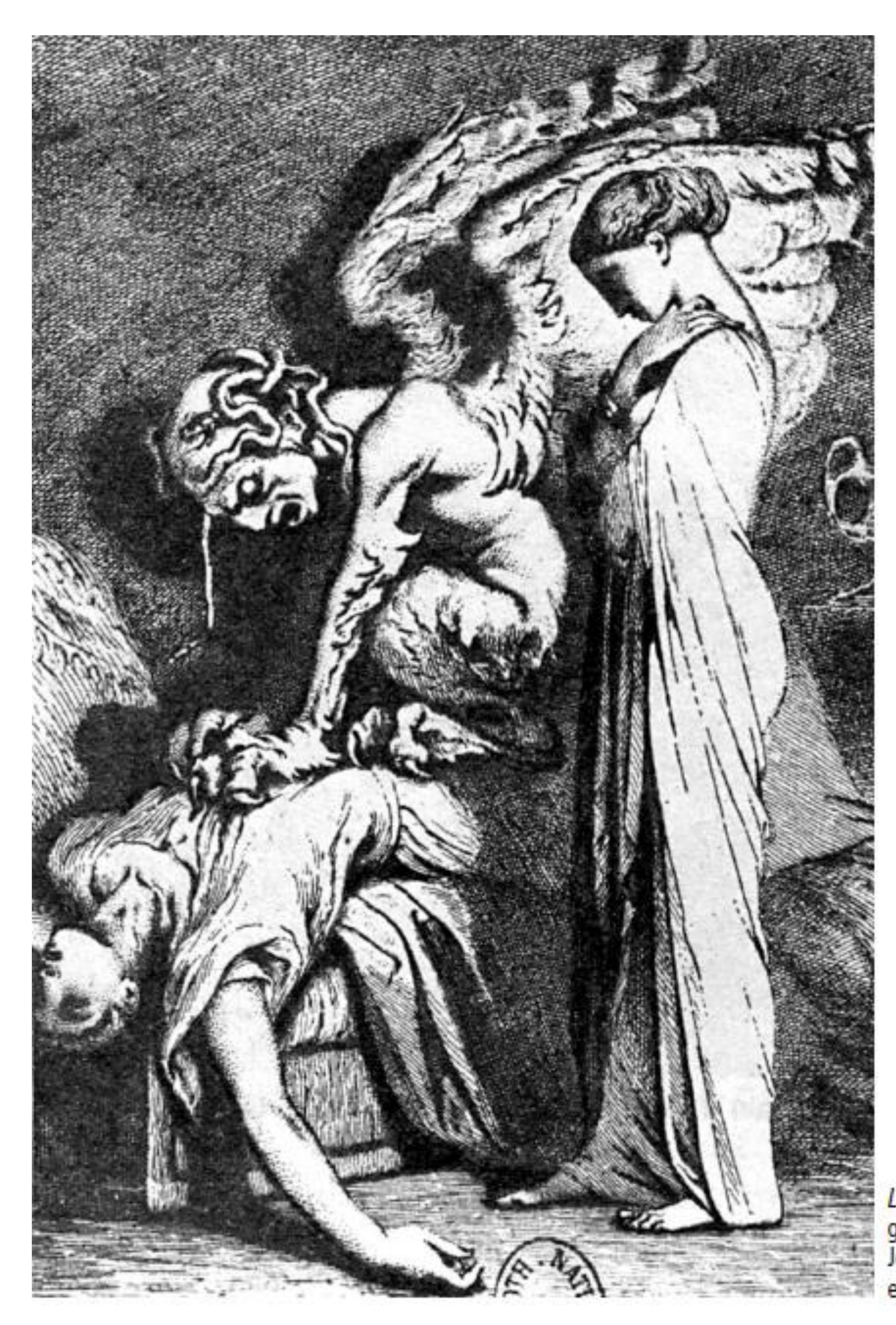
He visto en los diarios de Leipzig[24] el resumen de una obrita titulada Philosophicae et christianae cogitationes de vampiriis, à Joanne Christophoro Herenbergio, o sea Pensamientos filosóficos y cristianos sobre los vampiros, por Juan Cristóbal Herenberg, publicada en Gérolferliste en 1733, en 8°. El autor cita a un número bastante grande de escritores que ha tratado ya esta materia; habla al pasar de un espectro que se le apareció a él mismo en pleno mediodía; sostiene que los vampiros no causan la muerte de los vivos, y que todo aquello de que se les culpa no debe ser atribuido más que a las turbadas imaginaciones de los enfermos; prueba con diversas experiencias que la imaginación es capaz de causar grandes

perturbaciones en el cuerpo y en los humores; muestra que en Esclavonia se empalaba a los asesinos, y se atravesaba el corazón del culpable con una estaca que se le clavaba en el pecho; que se ha dado el mismo castigo a los vampiros, al suponerlos autores de la muerte de aquellos a los que se dice que han chupado la sangre. Da algunos ejemplos del suplicio que se les ha dado, uno del año 1337 y otro del 1347. Habla de la opinión de los que creen que los muertos comen en la tumba, creencia cuya antigüedad intenta probar citando a Tertuliano, al comienzo de su libro sobre la resurrección, y a san Agustín, 1. 8, c. 27 de La ciudad de Dios y el sermón 15 sobre los santos.

He aquí más o menos el resumen de la obra del señor Herenberg sobre los vampiros. El pasaje que cita de Tertuliano[25] prueba muy bien que los paganos ofrecían alimentos a sus muertos, incluso a aquellos cuyo cuerpo habían quemado, en la creencia de que sus almas los comían: defunctis parentant, et quidem impensissimo studio, pro moribus eorum, pro temporibus esculentorum, ut quos sentire quicquam negant, escam desiderare praesumant[26]; esto no concierne más que a los paganos.

Pero san Agustín en diversos lugares habla de la costumbre de los cristianos, sobre todo de los de África, de llevar carne y vino a las tumbas para hacer comidas de devoción, a las que se invitaba a los pobres, en favor de los cuales eran principalmente instituidas las ofrendas. Esta práctica está fundada en el pasaje de Tobías: “Pon tu pan y tu vino sobre las tumbas de los justos y no lo des a los pecadores”[27]. Santa Mónica, madre de san Agustín[28], queriendo hacer en Milán lo que tenía la costumbre de hacer en África, san Ambrosio, obispo de Milán, testimonió que no aprobaba la práctica, que por otra parte era desconocida en su iglesia; la santa se abstuvo de llevar una cesta con frutas y vino, de los que gustaba muy sobriamente con las que la acompañaban, dando lo demás a los pobres. San Agustín hace notar en el mismo lugar que algunos cristianos intemperantes abusaban de las ofrendas para beber vino con exceso: ne ulla occasio se ingurgitandi daretur ebriosis[29].

San Agustín[30] luchó tanto, sin embargo, con sus amonestaciones y predicaciones, que desarraigó por completo la costumbre, bastante común en toda África y de la que se abusaba generalmente. En los libros de La ciudad de Dios[31] reconoce que el uso ni es general ni está aprobado por la Iglesia; y que los que lo siguen se limitan a ofrecer alimento en las tumbas de los mártires, a fin de que por sus méritos las ofrendas sean santificadas, después de lo cual se las llevan y las emplean para su alimentación y la de los pobres: quicumque suas epulas eò deferunt, quod quidem à melioribus christianis non fit, et in plerisque terrarum nulla talis est consuetudo; tamen quicumque id faciunt, quas cùm apposuerint, orant, et auferunt, ut vescantur, vel ex eis etiam indigentibus largiantur. Parece, por dos sermones que se han atribuido a san Agustín[32], que en otro tiempo la costumbre se había introducido en Roma; pero no ha subsistido allí, sino que fue ridiculizada y condenada.



La muerte y el destino, grabado de Tony Johannot fechado en 1845.

En consecuencia, si fuese verdad que los muertos comiesen en la tumba, y que tuviesen ganas o necesidad de comer, como lo creían aquellos de que habla Tertuliano, y como parece que se puede inferir de la práctica de llevar carne, frutas y vino a las tumbas de los mártires y de los cristianos; creo incluso tener pruebas ciertas de que en algunos lugares se ponía al alcance de los cuerpos de los muertos enterrados en los cementerios o en las iglesias, carne, vino y otros licores. Tengo en nuestro museo varios vasos de arcilla y de vidrio, y

hasta platos en los que se ven huesecillos de cerdo y de aves, todo ello encontrado hace mucho tiempo bajo tierra en la iglesia de la Abadía de san Mansuny cerca de la ciudad de Toul.

Se me ha hecho notar que estos monumentos encontrados bajo tierra estaban sepultados en una tierra virgen, que no había sido nunca removida, y cerca de ciertos vasos o urnas llenos de cenizas y de trozos de huesos que no se habían consumido por las llamas; y como sabemos que los cristianos no quemaban a sus muertos, y que los vasos en cuestión estaban colocados debajo del terreno removido en el que se encuentran las tumbas de los cristianos, se ha inferido con bastante probabilidad que los vasos, los alimentos y la bebida que se enterraba a su lado estaban destinados no a los cristianos, sino a los paganos. Éstos al menos sí que creían que los muertos comiesen en la otra vida. No podemos dudar que los antiguos galos[33] no estuviesen persuadidos de ello; se les ve a menudo representados en sus tumbas con botellas en la mano, y con cestos llenos de fruta y otros comestibles, o con vasos y cubiletes de bebida[34]. Se llevaban incluso los contratos y obligaciones de lo que les debían para que se lo pagasen en los infiernos. Negotiorum ratio, etiam exactio crediti deferebatur ad inferos.

En consecuencia, si creían que los muertos comían en la tumba, que podían volver, visitar, consolar, instruir, inquietar a los vivos, y predecirles su muerte próxima, entonces el retorno de los vampiros no es ni imposible ni increíble para las ideas de los antiguos.

Pero como todo lo que se dice de los muertos que comen en la tumba o fuera de ella es quimérico y sin ninguna verosimilitud, como la cosa es incluso imposible e increíble, fuere cual fuese el número y la calidad de los que la han creído o parecido creerla, siempre mantendré que el retorno de los vampiros es insostenible e impracticable.

12

Continuación del

razonamiento del Espigador holandés

EXAMINANDO LA NARRACIÓN de las muertes de los pretendidos mártires del vampirismo, descubro los síntomas de un fantismo epidémico, y veo claramente que la impresión que el miedo hace sobre ellos es la verdadera causa de su pérdida. Una tal Stanoska, hija, según dicen, del heiduque Sovitzo, que se había acostado en perfecta salud, se despertó en medio de la noche toda temblando y gritando espantosamente, diciendo que el hijo del heiduque Millo, muerto nueve semanas antes, había estado a punto de estrangularla mientras dormía. A partir de ese momento no hizo más que languidecer, y al cabo de tres días murió.

Para cualquiera que tenga una mirada por poco que sea filosófica, esta sola narración ¿no debía mostrarle que ese pretendido vampirismo no es más que una imaginación alterada? He aquí a una muchacha que se despierta, que dice que han querido estrangularla, y que sin embargo no ha sido chupada porque sus gritos han impedido al vampiro hacer su colación. Al parecer tampoco lo ha sido después, porque sin duda no la han dejado sola las noches siguientes, y si el vampiro hubiese pretendido molestarla, sus quejas hubiesen advertido a los asistentes. Sin embargo muere tres días después. Su terror y abatimiento, la tristeza y languidez que manifiesta advierten con toda evidencia cuánto estaba alterada su imaginación.

Aquellos que se han encontrado en las ciudades afligidas por la peste saben por experiencia a cuántas gentes el temor cuesta la vida. Desde el momento en que un hombre se siente afligido del menor mal, se figura que ha sido alcanzado por la epidémica enfermedad, y se efectúa en él un movimiento tan turbulento que resulta casi imposible que resista esta revolución. El caballero de Maisin me aseguró, cuando yo estaba en París, que, encontrándose en Marsella durante la epidemia que reinaba en la ciudad, había visto morir a una mujer del

miedo que le provocó una bastante ligera enfermedad de una criada suya, que creía que había sido alcanzada por la peste; la hija de esta mujer se puso también enferma hasta la muerte.

Otras personas que estaban en la misma casa cayeron también enfermas; enviaron a buscar un médico, y aseguraban que tenían la peste. Llegado el médico, visitó primeramente a la criada y luego a los demás enfermos, pero ninguno tenía la enfermedad; se esforzó por devolver la calma a sus espíritus, y les ordenó que se levantasen y que hiciesen vida normal; pero todos sus cuidados fueron inútiles con la señora de la casa, que murió de solo terror dos días después.

Considerad la segunda narración de la muerte de un vampiro pasivo, y tendréis las pruebas más evidentes de los terribles efectos del miedo y de los prejuicios; mirad anteriormente el capítulo IX. El hombre, tres días después de haber sido enterrado, se aparece durante la noche a su hijo, le pide de comer, come y desaparece. Al día siguiente el hijo cuenta a sus vecinos lo que le ha sucedido. Esa noche el padre no se aparece; pero la noche siguiente encontraron al hijo muerto en la cama. ¿Quién no ve en este relato las pruebas más ciertas de la prevención y del temor? La primera vez que actúan sobre la imaginación de la presunta víctima del vampirismo no producen todavía el efecto completo, y no hacen más que predisponer su espíritu a que sea más susceptible de ser vivamente impresionado; lo que no faltó de suceder y de producir el efecto que naturalmente debía seguirse. Advertid que el muerto no vuelve la noche del día en que el hijo comunicó su sueño a sus amigos, porque, según todas las apariencias, éstos estuvieron velando con él, y le impidieron sucumbir al miedo.

Llego ahora a esos cadáveres llenos de sangre fluida cuya barba, cabellos y uñas siguen creciendo. Se pueden descontar los tres cuartos de esos prodigios; aun así, tengamos la bondad de admitir una pequeña parte. Todos los filósofos conocen demasiado bien cómo el pueblo, e incluso algunos historiadores, aumentan las cosas que parezcan por poco que sea extraordinarias. Sin embargo, no resulta imposible explicar físicamente la causa de ello.

La experiencia nos enseña que algunos terrenos resultan particularmente adecuados para conservar los cuerpos en toda su frescura. Las razones han sido explicadas a menudo, sin que valga la pena volver sobre ello. Se encuentra en Toulouse una cueva en la iglesia de un monasterio, donde los cuerpos permanecen tan perfectamente en su integridad que hay algunos que llevan allí casi dos siglos y, sin embargo, parecen vivos.

Se les ha colocado de pie contra el muro y con la indumentaria habitual. Lo más chocante es que los cuerpos que se ponen del otro lado de la misma cueva se convierten en dos o tres días en pasto de los gusanos.

En cuanto al crecimiento de las uñas, los cabellos y la barba, es cosa que se percibe muy a menudo en diversos cadáveres. Mientras quede todavía mucha humedad en el cuerpo no tiene nada de sorprendente que, por algún tiempo, se vean algunos aumentos en partes que no exigen la conservación de los espíritus vitales.

La sangre fluida, corriendo por los canales del cuerpo, parece ofrecer una mayor dificultad; pero pueden darse razones físicas de este flujo. Podría muy bien suceder que, recalentando el calor del sol, las partes nitrosas y sulfurosas que se encuentran en los terrenos aptos para conservar los cuerpos, y habiéndose incorporado estas partes en los cadáveres recién enterrados, empiecen a fermentar, descuajen la sangre coagulada, la vuelvan líquida, y le permitan así fluir poco a poco por los canales.

Esta opinión es tanto más probable cuanto que está confirmada por una experiencia. Si se hace hervir en una vasija de vidrio o de barro una parte de quilo o de leche mezclada con dos partes de aceite de tártaro, el licor pasará de blanco a rojo, porque la sal de tártaro habrá rarificado y disuelto por completo la parte más aceitosa de la leche, convirtiéndola en una especie de sangre. La que se forma en los vasos sanguíneos del cuerpo es un poco más roja; pero no es más espesa. No es, pues, imposible que el calor provoque una fermentación que produzca aproximadamente los mismos efectos que esta experiencia; lo que se encontrará mucho más factible si se considera que los jugos de las carnes y de los huesos se parecen mucho al quilo, y que las

grasas y las médulas son las partes más aceitosas del mismo. En consecuencia, todas estas partes, al fermentar, deben por la misma regla convertirse en una especie de sangre. Así, además de la que sería descoagulada y descuajada, los presuntos vampiros expandirían todavía la que se formaría al derretirse las grasas.

13
Narración extraída del Mercurio Galante de 1693 y 1694 sobre los revinientes

LAS MEMORIAS PÚBLICAS de los años 1693 y 1694 hablan de los upiros, vampiros o revinientes que se ven en Polonia y sobre todo en Rusia. Se aparecen del mediodía a la medianoche, y chupan la sangre de hombres y animales vivos en tan gran abundancia que a veces les sale por la boca, por la nariz y hasta por las orejas, y otras veces el cadáver nada en la sangre que llena por completo su ataúd[35]. Se dice que el vampiro sufre un hambre que le hace comer la mortaja que lo recubre. Este redivivo o upiro sale de su tumba, si es que no es un demonio bajo su misma figura, y va por la noche a estrechar y abrazar violentamente a sus allegados y amigos para chuparles la sangre, hasta que los deja debilitados y extenuados y les causa al fin la muerte. Esta persecución no se limita a una sola persona, sino que se extiende hasta el último miembro de la familia, a menos que no se interrumpa su curso cortándole la cabeza o abriendo el corazón del reviniente, cuyo cadáver se encuentra en el ataúd blando, flexible, henchido y rubicundo, aunque haya muerto hacía mucho tiempo. De su cuerpo sale gran cantidad de sangre, que algunos mezclan con harina para hacer pan, y este pan comido como de ordinario los inmuniza contra las vejaciones del espíritu, que de este modo no vuelve más.



Portada de la obra vampírica compuesta en verso por Jean Bal en 1901.

14
Conjeturas del Espigador de Holanda de 1733, nº IX

EL ESPIGADOR HOLANDÉS, espíritu poco crédulo, supone la verdad de estos hechos como ciertos, no habiendo ninguna buena razón para contestarla: pero razona de una manera poco seria, al pretender que los pueblos en los que se ven los vampiros son sumamente crédulos e ignorantes, de suerte que las apariciones de que hablan no son sino la resultante de sus alteradas imaginaciones. Todo ello está provocado y exacerbado por la mala alimentación de esos pueblos, en donde la mayor parte del tiempo no comen más que pan de avena, raíces y cortezas de árbol, alimentos que no pueden sino engendrar una sangre espesa y, en consecuencia, predispuesta a la corrupción y a engendrar en la imaginación ideas sombrías y enojosas.

Compara este mal al de la mordedura de un perro rabioso, que inocula su veneno a la persona a la que ha mordido. Del mismo modo los que son infectados de vampirismo inoculan esta peligrosa ponzoña a aquellos a quienes frecuentan. De ahí los insomnios, los sueños y las pretendidas apariciones de los vampiros.

Conjetura que esta ponzoña no es otra cosa que un gusano que se alimenta de la más pura substancia del hombre, que roe incesantemente su corazón, causando la muerte del cuerpo, al que sin embargo no abandona ni siquiera en el fondo de la tumba. Es cierto que los cuerpos de los que han sido contaminados, o que mueren de contagio, no se ponen rígidos después de la muerte, porque la sangre no se congela en las venas; al contrario, se rarifica y arde aproximadamente lo mismo que la de los vampiros, cuya barba, cabellos y uñas siguen creciendo, cuya piel permanece bermeja, y que parecen engordados debido a la sangre que se hincha y abunda en todas las partes de su cuerpo.

Respecto al grito que hacen los vampiros cuando les clavan una estaca en el corazón, nada resulta más natural; el aire que se encuentra encerrado y que se hace salir con violencia produce necesariamente ese ruido al pasar por la garganta. A menudo los cuerpos de los muertos hacen otro tanto sin que los toquen. Concluye que no es sino la imaginación, perturbada por la melancolía o la superstición, la que se figura que la enfermedad de que estamos hablando esté producida

por unos cadáveres vampiros, que vienen a chupar hasta la última gota de sangre.

Un poco antes dice que todavía en 1732 se descubrían vampiros en Hungría, Moravia y la Servia turca; que el fenómeno está demasiado bien comprobado para que se pueda dudar de él; que varios físicos alemanes han compuesto gruesos volúmenes en latín y en alemán sobre esta materia; que las academias y universidades germánicas vibran todavía hoy con los nombres de Arnold Paul, de Stanoska, hija de Sovitzo y del heiduqe Millo, todos ellos célebres vampiros del lugar de Médreïga en Hungría.

He aquí una carta escrita a uno de mis amigos para que me fuese comunicada, sobre los revinientes de Hungría[36], cuyo autor piensa de muy otra manera que el Espigador sobre el tema de los vampiros:

"Para satisfacer a las demandas del señor abad Dom Calmet concernientes a los vampiros, el infrascrito tiene el honor de asegurarle que no hay nada más verdadero y tan cierto como lo que habrá sin duda leído en las actas públicas e impresas, insertas en las gacetas de toda Europa; pero de todas las actas públicas que han aparecido, el señor abad debe fijarse sobre todocomo hecho verídico y notorio en la de la diputación ordenada por su difunta majestad imperial Carlos VI, de gloriosa memoria, y ejecutada por su difunta alteza serenísima el duque Carlos Alejandro de Wurtemberg, entonces virrey o gobernador del reino de Servia; pero yo no puedo por el momento citar el año, ni el mes ni el día, a falta de mis papeles, que no tengo al presente a mi alcance".

"Ese príncipe hizo partir una diputación de Belgrado, constituida mitad por oficiales militares y mitad por civiles, junto al auditor general del reino para que se trasladasen al lugar en que un famoso vampiro, muerto hacía varios años, causaba un estrago excesivo entre los suyos; pues advierta que sólo en su propia familia y entre su misma parentela estos chupadores de sangre se complacen en destruir nuestra especie. La diputación fue formada por gentes y sujetos reconocidos por sus costumbres e incluso por su saber, irreprochables y hasta sabios entre los dos órdenes; prestaron juramento y fueron acompañados por un teniente de granaderos del regimiento del

príncipe Alejandro de Wurtemberg y por 24 granaderos de dicho regimiento.

”Todas las personas de pro que se encontraban en Belgrado, incluido el duque, se unieron a la diputación para ser testigos oculares de la prueba verídica que iba a hacerse.

”Llegados al lugar en cuestión, se encontraron que el vampiro, que era tío de cinco sobrinos, había acabado ya con tres de ellos, además de con uno de sus propios hermanos. Iba a por la quinta víctima, una sobrina suya que era una muchacha muy hermosa, a la que ya había chupado dos veces, cuando se puso fin a esta triste tragedia por las operaciones siguientes.

”Fueron, a la entrada de la noche, con los comisarios diputados, públicamente, a la sepultura del vampiro, en un pueblo no lejos de Belgrado. Quien me ha informado no ha podido decirme las circunstancias del tiempo en el cual los precedentes muertos habían sido chupados, ni las particularidades al respecto. La persona, después de haber sido chupada, se encontraba en un estado lamentable de languidez, cansancio y debilidad, tan violento era el tormento. Hacía unos tres años que había sido enterrado; vieron sobre su tumba un brillo semejante al de una lámpara, aunque menos vivo.

”Abrieron la tumba, y encontraron un hombre tan entero y con tan sana apariencia como cualquiera de los asistentes; los cabellos y los pelos del cuerpo, las uñas, los dientes y los ojos, éstos semicerrados, con tan firme forma en él como lo están en nosotros que tenemos vida y que existimos, y, además, con el corazón palpitante.

”En seguida se procedió a sacarlo de la tumba, el cuerpo no siendo en verdad flexible, pero sin que faltase en él ninguna parte, ni carne ni hueso; después se le traspasó el corazón con una especie de lanza de hierro redonda y puntiaguda; salió una materia blancuzca y fluida junto con sangre, pero la sangre dominando a la materia blanquecina, y sin tener todo ello ningún mal olor; después de lo cual se le cortó la cabeza con un hacha semejante a las que usan en Inglaterra para las ejecuciones; salió también una materia como la que acabo de describir, junto con sangre, pero en mayor cantidad que antes.

”A mayor abundancia, se le arrojó en una fosa llena de cal viva para consumirlo más prontamente; desde ese momento su sobrina, que había sido chupada dos veces, mejoró visiblemente. En el sitio en que esas personas son chupadas, se forma una mancha azulada; el lugar de la succión no está determinado, tanto puede ser en un sitio como en otro. Es un hecho notorio atestiguado por las actas más auténticas, y que ha sucedido a la vista de más de 1.300 personas todas ellas dignas de fe.

”Quedo dispuesto a satisfacer más de lleno la curiosidad del sabio abad Dom Calmet, a detallarle más de lleno lo que he visto al respecto con mis propios ojos, y remitirlo al señor caballero de san Urbano para que se lo envíe, sumamente encantado en esto, como en todo, de encontrar una ocasión propicia para mostrarle que nadie siente hacia él tan perfecta veneración y respeto como

”Su muy humilde y obediente servidor L. de Beloz, anteriormente capitán del regimiento del difunto S.A.S. el príncipe Alejandro de Wurtemberg y su ayuda de campo, y actualmente primer capitán de granaderos del regimiento del señor barón de la Trenck.”

15
Otra carta sobre los revinientes

PARA NO OMITIR nada de todo lo que pueda aclarar algo esta materia, pongo también a continuación la carta de un hombre sumamente honorable e instruido en lo concerniente a los revinientes, carta dirigida a uno de sus parientes:

“Desea usted, querido primo, ser informado exactamente de lo que sucede en Hungría en el asunto de los revinientes, que causan la muerte a muchas gentes en aquellas regiones. Puedo hablarle con conocimiento de causa; pues he pasado varios años en aquellos

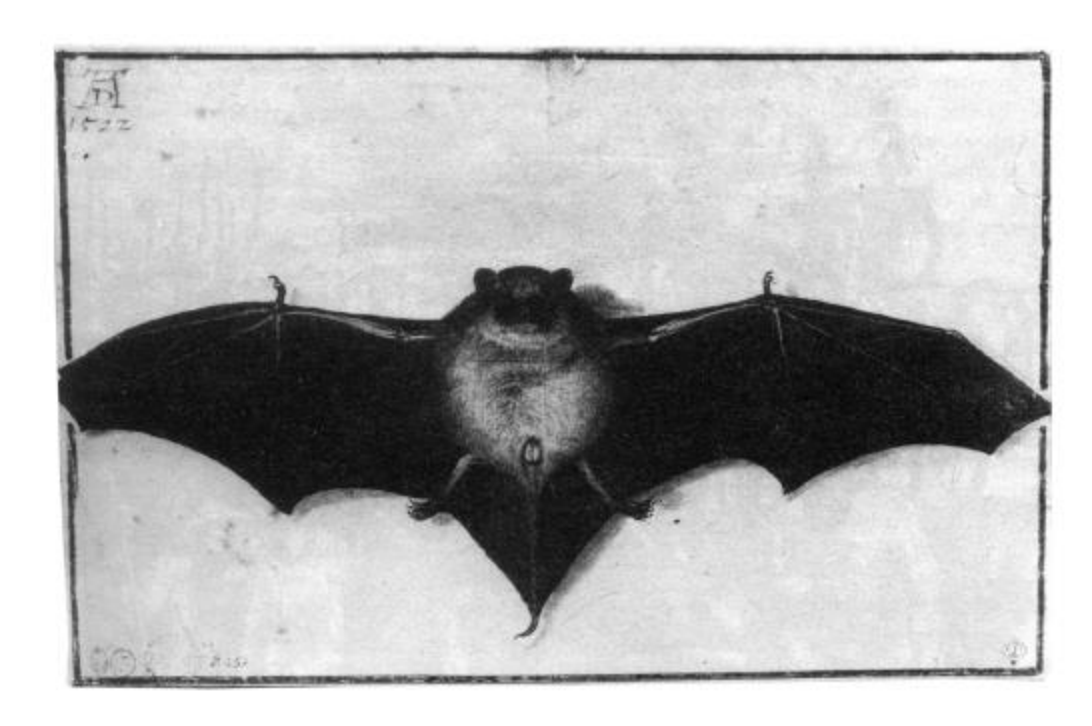
lugares, y soy por naturaleza curioso. He oído en mi vida contar una infinidad de historias, o pretendidamente tales, relativas a espíritus y sortilegios; pero de mil de ellas apenas si he concedido fe a una sola; pues no se puede ser nunca demasiado circunspecto en esta materia sin correr riesgo de que lo engañen a uno. Sin embargo, hay hechos tan comprobados que uno no puede evitar el creerlos. En cuanto a los revinientes de Hungría, he aquí cómo suceden las cosas. Una persona se encuentra padeciendo de languidez, pierde el apetito, adelgaza a ojos vista, y al cabo de ocho o diez días, quince algunas veces, muere sin tener fiebre ni presentar ningún otro síntoma más que la delgadez y la consunción.

”Se dice en ese país que es un reviniente que lo persigue y le chupa la sangre. La mayoría de los que son atacados de la enfermedad creen ver un espectro blanco, que los sigue por todas partes como si fuese su sombra. Cuando estábamos de cuartel entre los valacos, en el banato de Temeswar, dos caballeros de la compañía en la que yo era portaestandarte murieron de esta enfermedad, y varios otros que la habían contraído también hubiesen muerto de la misma manera si un cabo de nuestra compañía no hubiese atajado la enfermedad, utilizando el remedio que los habitantes del lugar emplean en un caso semejante. Es de los más particulares, y, aunque infalible, no lo he leído nunca en ningún ritual. Helo aquí. ”

”Se escoge a un muchacho de edad que no haya hecho todavía uso de su cuerpo, es decir, que sea virgen. Se le monta desnudo sobre un caballo que no haya nunca flaqueado, caballo que tiene que ser además completamente negro; y se le hace pasear por el cementerio, y pasar por encima de todas las fosas; aquélla sobre la que el animal rehúse pasar, por más golpes que se le aticen, se considera que está ocupada por un vampiro; se abre la fosa, y allí encuentran un cadáver tan grueso y tan hermoso como si fuese un hombre feliz y tranquilamente dormido; se le corta de un golpe de laya el cuello al cadáver, del que sale en cantidad una sangre bermeja de las de mejor aspecto. Se juraría que se ha degollado a un hombre enteramente sano y vivo. Hecho esto, se vuelve a tapar la fosa, y se puede contar con el

cese de la enfermedad, y con que todos los que estaban atacados de ella vayan recuperando sus fuerzas poco a poco, como gentes que escapan de una larga enfermedad, que por mucho tiempo los ha extenuado. Es lo que sucedió a nuestros caballeros atacados de ella. Yo era por entonces comandante de la compañía, al estar ausentes el capitán y el teniente; me molestó mucho que el cabo hubiese hecho la experiencia sin contar conmigo. A duras penas conseguí controlarme y no regalarle con una tunda de bastonazos, mercancía que se da a bajo precio en las tropas del emperador. Me hubiese gustado por todas las cosas del mundo haber estado presente en esa ocasión; pero, en fin, fue necesario pasarse de ello".

Un pariente de este mismo oficial me ha escrito el 17 de octubre de 1746 que su hermano, que ha servido durante 20 años en Hungría y que ha examinado muy curiosamente todo lo que se dice por allí sobre los revinientes, reconoce que los pueblos de ese país son más crédulos y supersticiosos que los demás, y que atribuyen las enfermedades que les suceden a los sortilegios. Que, en cuanto sospechan que una persona muerta les ha enviado esa incomodidad, lo denuncian al magistrado, que por la declaración de algunos testigos hace exhumar al muerto; se le corta la cabeza con una laya y, si sale alguna gota de sangre, concluyen que es la sangre que ha chupado a la persona enferma. Pero el que me escribe parece muy alejado de creer lo que se piensa en esos países.



Acuarela de Alberto Durero.

En Varsovia, un sacerdote que había encargado a un guarnicionero que le hiciese una brida para su caballo, murió antes de que la brida hubiese sido hecha; y como era de los que en Polonia llaman vampiros, salió de la tumba vestido como se acostumbra inhumar a los eclesiásticos, fue a la cuadra a coger el caballo, se montó encima y, a la vista de toda Varsovia se encaminó a la tienda del guarnicionero, en la que al principio no encontró más que a la mujer, que fue horrorizada y que llamó a su marido que viniese. Habiéndole reclamado el sacerdote la brida, el hombre respondió: "Pero, señor cura, si usted está muerto". A lo que éste replicó: "Yo te voy a hacer ver que no" y, al mismo tiempo, le golpeó de tal suerte que el pobre guarnicionero murió pocos días después, y el sacerdote regresó a la tumba.

Habiendo muerto el intendente del conde Simón Labienski, estarosta de Posnania, la condesa Douairiere de Labienski quiso, en reconocimiento por sus servicios, que fuese inhumado en el panteón de los señores de la familia, lo que fue ejecutado. Algún tiempo después, el sacristán que estaba al cuidado del panteón se apercibió que estaba desordenado, y advirtió de ello a la condesa, que ordenó,

siguiendo el uso recibido en Polonia, que le cortasen la cabeza, lo que fue hecho en presencia de varias personas, y entre ellas del señor Jouvinski, oficial polaco y tutor del joven conde Simón Labienski, que vio que, cuando el sacristán sacó el cadáver de la tumba para cortarle la cabeza, éste rechinó los dientes, y la sangre salió tan fluida como la de una persona que muriese de muerte violenta, lo que hizo que se les erizasen los cabellos a todos los asistentes. Se mojó un pañuelo blanco en la sangre del cadáver, de la que se hizo beber a todos los de la casa para que no fuesen atormentados.

16
Pretendidos vestigios del vampirismo en la antigüedad

ALGUNOS SABIOS han creído encontrar vestigios del vampirismo en la más remota antigüedad; pero todo lo que han dicho no se aproxima en nada a lo que se cuenta de los vampiros. Las lamias, las estrigas, los brujos a los que se acusaba de chupar la sangre de los vivos y causarles la muerte, las hechiceras que se decía que mataban a los niños recién nacidos por medio de encantamientos y de maleficios, no hacen de ningún modo lo que se atribuye a los vampiros. Y eso en el caso que aceptásemos que las lamias y las estrigas han existido realmente, lo que pensamos que no puede nunca probarse con absoluta certeza.

Confieso que los términos se encuentran en las versiones de la sagrada escritura. Por ejemplo, Isaías, al describir el estado a que debía ser reducida Babilonia después de su ruina, dice que se convertirá en la morada de los sátiros, de las lamias y de las estrigas, Lilith en hebreo. Este último término, para los hebreos, significa lo mismo que griegos y latinos expresan con las voces de strix y de lamia, que son unas brujas o hechiceras que tratan de matar a los niños

recién nacidos. De donde viene que los judíos, para alejarlas, tengan por costumbre escribir en los cuatro rincones de la habitación de una mujer que acaba de dar a luz "Adán, Eva, fuera de aquí Lilith".

Los antiguos griegos conocían a esas peligrosas brujas con el nombre de lamiae, y creían que devoraban a los niños o que les chupaban la sangre hasta matarlos. Según Horacio[37]:

Neu pransae lamiae vivum puerum extrahat alvo.[38]

Los Setenta en Isaías traducen el hebreo Lilith por lamia. Eurípides y el escoliasta de Aristófanes hacen también mención de ella, como de un monstruo funesto y enemigo de los mortales. Ovidio, al hablar de las estrigas, las describe como unos pájaros peligrosos que vuelan por la noche y buscan a los niños para devorarlos y alimentarse de su sangre:

Carpere dicuntur lactencia víscera rostris,
Et plenum poto sanguine gutuur habent.
Est illis strigibus nomen.[39]

Los prejuicios habían arraigado tan profundamente en el espíritu de los pueblos bárbaros, que mataban a las personas de las que sospechaban que eran estrigas o brujas y que se comían a los hombres vivos. Carlomagno, en las capitulares que compuso para sus nuevos súbditos los sajones[40], condena a muerte a los que crean que un hombre o una mujer sean brujos (striges esse) y se coman a los hombres vivos; del mismo modo condena a los que los hagan quemar, o den a comer su carne, o la coman ellos mismos.

De lo que podemos deducir, primero, que se creía que había gentes que se comían a los hombres vivos, que los hacían morir o quemar, que algunas veces se comían sus carnes, igual que hemos visto que en Rusia se comen el pan amasado con la sangre de los vampiros, y que otras ofrecían sus cadáveres a las bestias carroñeras, como se hace todavía en los lugares en que se encuentran los revinientes, después de haberlos empalado o de haberles cortado la cabeza.

Las leyes de los lombardos prohíben igualmente matar a la sirviente de otra por bruja, strix o masca. Esta última palabra masca, de donde viene máscara, tiene la misma significación que en latín larva, que es un espíritu, fantasma o espectro.

Se puede colocar entre el número de los revinientes aquél de que se habla en la Crónica de Sigeberto, en el año 858.

Teodoro de Gaza[41] tenía en Campania una pequeña granja que hacía cultivar por un labrador, el cual, cuando estaba labrando la tierra, descubrió una vasija redonda donde estaban encerradas las cenizas de un muerto; en seguida se le apareció un espectro, que le ordenó volver a enterrar la vasija con lo que contenía, y que, si no, haría morir a su hijo primogénito. El labrador no tuvo en cuenta estas amenazas, y pocos días después su hijo primogénito fue encontrado muerto en la cama. Poco tiempo después se le apareció el mismo espectro, reiterándole el mismo mandato, y le amenazó con hacer morir a su segundo hijo. El labrador advirtió de todo ello a su señor Teodoro de Gaza, que vino en persona a la alquería, e hizo volver a poner lo hallado en su lugar. El espectro al parecer era un demonio, o el alma de un pagano enterrado en ese lugar.

Miguel Glycas[42] cuenta que el emperador Basilio, que había perdido a su hijo bienamado, obtuvo por mediación de un monje negro de Santabaren el ver de nuevo a su hijo, muerto poco antes; lo vio y lo tuvo abrazado bastante tiempo, hasta que desapareció entre sus brazos. No era, pues, más que un fantasma que se apareció bajo la forma de su hijo.



¿Demonios o vampiros?, fresco de Giotto.

En la diócesis de Magancia se ha visto estos años un espíritu, que se manifestó primeramente arrojando piedras y golpeando las paredes de las casas, como en grandes mazazos, después hablando y descubriendo cosas desconocidas, a los autores de ciertos hurtos, y demás cosas propias para introducir el espíritu de discordia entre la vecindad. Al final concentró su furor en un particular, con el que se ensañó persiguiéndolo y tratando de volverlo odioso para el vecindario, pregonando que era él el que excitaba la cólera de Dios contra todo el pueblo. Lo perseguía en todo lugar, sin darle el menor respiro; quemó su cosecha almacenada en la casa, e incendiaba todos los lugares en que entraba.

Los sacerdotes lo exorcizaron, hicieron oraciones, echaron agua bendita; el espíritu les arrojó piedras e hirió a varias personas. Después de que los sacerdotes se hubiesen retirado, se le escuchó como lamentándose y diciendo que se había escondido bajo la capa de un sacerdote que nombró, y al que acusó de haber corrompido a la hija de un hombre de negocios del lugar. Continuó sus infestaciones durante tres años, y no cesó hasta que hubo incendiado todas las casas del pueblo.

He aquí un ejemplo que puede relacionarse con lo que se cuenta de los revinientes de Hungría, que vienen a anunciar la muerte a sus allegados. Evodio, obispo de Upzala de África, escribió a san Agustín

en el 415[43] que, habiendo muerto a la edad de veintidós años un joven que tenía con él y que le servía de escribiente, y que además era de una inocencia y de una pureza extraordinarias, una virtuosa viuda había visto en sueños a cierto diácono que, con otros siervos y siervas de Dios, adornaba un palacio que parecía brillar como si fuese todo de plata. Ella preguntó que para quién se preparaba ese palacio, y le dijeron que era para el joven que había muerto la víspera. A continuación vio ella en el mismo palacio a un anciano vestido de blanco, que ordenó a dos personas que sacasen al joven de la tumba para conducirlo al cielo.

En la misma casa en que el joven había muerto, un anciano medio dormido vio a un hombre con una rama de laurel en la mano, en la que había algo escrito.

Tres días después de la muerte del joven, habiéndose retirado su padre, que era sacerdote y que se llamaba Armenio, a un monasterio para consolarse con el santo anciano Teasio, obispo de Mamblosia, se apareció el hijo muerto a un monje del monasterio, y le dijo que Dios lo había recibido en el número de los bienaventurados, y que lo había enviado para buscar a su padre. En efecto, cuatro días después su padre sintió un poco de fiebre, pero tan leve que el médico aseguró que no tenía nada que temer. No dejó, sin embargo, de meterse en la cama, y, al mismo tiempo, cuando hablaba todavía, expiró.

No es que lo hubiese invadido el miedo, pues no parece que hubiese sabido nada de lo que había soñado el monje.

El mismo obispo Evodio cuenta que se han visto a diversas personas después de su muerte ir y venir por sus casas como antes, durante la noche o, incluso, a plena luz del día. Se dice también, añade, que, en los lugares en que hay cuerpos enterrados, y sobre todo en las iglesias, se escucha a menudo ruido a ciertas horas de la noche, como de personas que rezasen en voz alta. Me acuerdo, sigue diciendo Evodio, de habérselo oído decir a varios, y entre otros a un santo sacerdote, que fue testigo de estas apariciones, por haber visto salir del baptisterio a un gran número de almas con cuerpos brillantes de

luz, y haberlas escuchado después rezar en medio de la iglesia. El mismo Evodio dice además que Profuturo, Privado y Servilio, que habían vivido con mucha piedad en el monasterio, le habían hablado a él mismo después de su muerte, y que lo que le habían dicho había sucedido.

San Agustín, después de haber referido lo que decía Evodio, reconoce que hay que esforzarse mucho por distinguir entre las visiones verdaderas y las falsas, y confiesa que le gustaría disponer de un medio seguro para hacer entre ellas un justo discernimiento.

Pero ¿quién nos dará las luces necesarias para hacer este discernimiento tan difícil y, sin embargo, tan necesario, cuando no tenemos ni siquiera características ciertas y demostrativas para discernir infaliblemente los verdaderos milagros de los falsos, ni para distinguir las obras del Todopoderoso de las ilusiones del ángel de las tinieblas?

17
Revinientes de los países septentrionales

TOMÁS BARTHOLIN HIJO, en su tratado titulado De las causas del desprecio de la muerte entre los antiguos daneses, refiere[44] que cierto islandés llamado Hordus veía a los espectros con sus propios ojos y se batía luchando contra ellos. Esos pueblos no tenían la menor duda que las almas de los muertos volviesen con sus cuerpos, que luego abandonaban para regresar a la tumba. Bartholin cuenta en particular que un tal Asmond, hijo de Alfus, que se había hecho encerrar vivo en el sepulcro de su difunto amigo Asvito, llevándose provisiones para comer, fue sacado poco después todo sangrando, luego de haber

estado combatiendo con Asvito, que había vuelto y lo había atacado cruelmente.

Después de esto refiere que los poetas enseñan a evocar las almas por la fuerza de la magia, almas que vuelven en los cuerpos que no están corrompidos, aunque lleven mucho tiempo muertos. Muestra que los judíos han creído lo mismo, que las almas volvían de vez en cuando a visitar sus cuerpos muertos durante el primer año de su deceso. Hace ver que los antiguos pueblos septentrionales estaban persuadidos de que las personas que habían fallecido recientemente se aparecían a menudo con sus cuerpos, de lo que refiere diversos ejemplos. Añade que se atacaba a los espectros peligrosos que atormentaban y maltrataban a todos aquellos que tuviesen campos en los alrededores de sus tumbas; y que le cortaron la cabeza a un tal Gretter, que volvía de esta forma. Otras veces les atravesaban el cuerpo con una estaca, y así se les clavaba en el suelo:

Nam ferro secui mox caput ejus, peifodique nocens stipite corpus.[45]

Otras veces más se sacaba el cuerpo de la tumba y lo reducían a cenizas: es lo que se hizo con un espectro llamado Gardus, al que tenían por autor de todas las funestas apariciones que en el invierno habían tenido lugar.

18
Revinientes de Inglaterra

Guillermo de Malmesbury dice[46] que en Inglaterra se creía que los malvados volvían después de su muerte, y que el demonio, que los dominaba y dirigía, los restablecía en sus propios cuerpos: nequam hominis cadaver post mortem daemone agente discurrere[47].

Guillermo de Newbridge, que floreció en la segunda mitad del siglo XII, cuenta que en su tiempo se vio en Inglaterra, en el territorio de Buckingham, a un hombre que se apareció corporalmente, como si estuviese vivo, a su mujer durante tres noches consecutivas, y luego a

otros allegados suyos. No se evitaban las aterradoras visitas más que vigilando y armando ruido cuando advertían que pretendía aproximarse. Incluso se apareció a diversas personas durante el día. El obispo de Lincoln reunió para discutir de ello a su consejo, que fue de la opinión que en Inglaterra a menudo habían sucedido cosas semejantes, y que el único remedio del mal del que se tuviese constancia consistía en quemar el cuerpo del reviniente. La opinión no fue del gusto del obispo, al que le pareció cruel; por lo que escribió una cédula de absolución, que pusieron sobre el cuerpo del difunto, al que encontraron en el mismo estado que si hubiese sido enterrado ese mismo día; después de lo cual no se volvió a oír hablar más del asunto.

El autor de esta narración añade que esta clase de apariciones parecerían increíbles, si no se hubiesen visto varios ejemplos en su propio tiempo, y si no se conociese a diversas personas que daban fe de ellas.

El mismo Guillermo de Newbridge dice, en el capítulo siguiente, que habían enterrado en Berwick a un hombre que salía todas las noches de la tumba para causar grandes desórdenes en el vecindario. Se decía incluso que se vanagloriaba de que no cesaría de inquietar a los vivos hasta que no lo hubiesen reducido a cenizas. En consecuencia, escogieron a diez jóvenes audaces y vigorosos, que lo desenterraron y cortaron su cuerpo en pedazos, que después arrojaron a la hoguera para reducirlo a cenizas; pero, habiendo dicho uno de ellos que el fuego no podría consumirlo mientras no le hubiesen arrancado el corazón, le abrieron con una estaca una abertura en el costado, por la que le sacaron el corazón, antes de prender fuego a la hoguera en la que luego fue consumido por las llamas, sin que volviese a aparecerse en lo sucesivo.

Asimismo los paganos creían que los cuerpos de los difuntos no estaban ni en reposo ni a cubierto de las evocaciones de la magia mientras no hubiesen sido consumidos por el fuego o se hubiesen descompuesto bajo tierra:

Tali tua membra sepulchro.
talibus exuram Stygio cum carmine sylvis,
ut nullos cantata magos exaudiat umbra,[48]

decía en Lucano una maga a un alma que estaba evocando.

19
Revinientes del Perú

EL EJEMPLO que vamos a referir ha sucedido en el Perú, en la región de los ititanos. Una muchacha llamada Catalina murió a la edad de dieciséis años, de una muerte desgraciada y culpable de varios sacrilegios. Inmediatamente después de haber fallecido, se encontró su cuerpo de tal modo infectado que fue preciso sacarlo fuera de la casa al aire libre para librarse del mal olor que exhalaba. Se escucharon al mismo tiempo aullidos como de perros; y un caballo anteriormente muy tranquilo empezó a moverse y a agitarse, dando coces y tratando de romper sus ataduras. Un joven que estaba acostado fue sacado de la cama violentamente; una sirvienta recibió una patada en la espalda, de la que le quedaron las marcas durante varios días. Todo esto sucedió antes de que se inhumase el cuerpo de Catalina. Algún tiempo después, diversos habitantes del lugar vieron derribarse estrepitosamente gran cantidad de tejas y ladrillos en la vivienda en que ella había fallecido. Otra sirvienta de la casa fue arrastrada por el pie, sin que nadie la tocase, y eso en presencia de su señora y de otras diez o doce mujeres.

La misma sirvienta, al entrar en una habitación para coger unos vestidos, vio a Catalina, que se alzaba para coger una vasija de barro. La criada huyó rápidamente; pero el espectro cogió la vasija y la estrelló contra el muro, convirtiéndola en mil pedazos. Habiendo acudido al estrépito la señora de la casa, vio que arrojaban violentamente contra los muros un bloque de ladrillos. Al día siguiente y en presencia de todo el mundo, un crucifijo clavado en la pared fue de repente arrancado y roto en tres pedazos.

20
Revinientes de Laponia

SE ENCUENTRAN TODAVÍA vestigios de revinientes en Laponia, donde se dice que se ve a un gran número de espectros, que se aparecen a la gente, con la que hablan y comen, sin que puedan deshacerse de ellos; y como están persuadidos que son los manes de sus antepasados que vienen a perturbarlos, no disponen de medio más eficaz para ponerse a salvo de sus vejaciones que enterrar los cuerpos de sus allegados bajo la chimenea del hogar, al parecer a fin de que se consuman más pronto. En general creen que los manes y las almas salidas del cuerpo son de ordinario malhechoras hasta que han vuelto a entrar en otro cuerpo. Tributan un cierto respeto a los espectros y demonios, que creen que rondan en torno de las rocas y de las montañas, de los lagos y de los ríos, aproximadamente como en otro tiempo los romanos rendían honores a faunos, dioses de los bosques, ninfas y tritones.

Andrés Alciato[49] dice que lo consultaron sobre unas mujeres que la Inquisición había hecho quemar como brujas, por haber causado la muerte de niños con sus sortilegios, y haber amenazado a las madres de otros de matar también a sus hijos, los cuales, en efecto, habían muerto a la noche siguiente de enfermedades desconocidas por los médicos. He aquí otra vez a las estrigas y a las brujas, que se ensañan con la vida de los niños.

Pero todo esto no se relaciona con nuestra materia sino muy indirectamente. Los vampiros de que aquí tratamos son diferentes de todo esto.

21

Retorno de un hombre muerto hacía unos meses

PEDRO EL VENERABLE, abad de Cluny[50], refiere la entrevista que tuvo, en presencia de los obispos de Olerón y de Osma en España, y de varios religiosos, con un anciano religioso llamado Pedro d'Engelbert, que, después de haber vivido mucho tiempo en el siglo, donde había sido célebre por su valor y su sentido del honor, se había retirado después de la muerte de su mujer a la orden de Cluny. Habiendo venido a verlo Pedro el Venerable, Pedro d'Engelbert le contó que, un día que estaba en la cama bien dormido, vio en la habitación, en un claro de luna, a un tal Sancho, que hacía unos años que había enviado a sus expensas en socorro de Alfonso, rey de Aragón, que estaba haciendo la guerra en Castilla. Sancho había regresado de la expedición sano y salvo. Algún tiempo después cayó enfermo y murió en su casa.

Cuatro meses después de su muerte, Sancho se apareció a Pedro d'Engelbert, como hemos dicho. Sancho iba todo desnudo, únicamente con un jirón de ropa cubriendo lo que el pudor quiere que se mantenga oculto. Se puso a remover los tizones del fuego, como para calentarse, o para darse mejor a conocer. Pedro le preguntó quién era. "Yo soy, le respondió con una voz quebrada y ronca, Sancho, vuestro servidor". "¿Y qué vienes tú a hacer aquí?" "Voy, dijo, a Castilla con muchos otros para expiar el mal que hemos hecho durante la última guerra, en el mismo lugar en que lo hemos cometido. En mi caso particular, he robado los ornamentos de una iglesia, y por esto he sido condenado a hacer el viaje. Vos podéis ayudarme mucho con vuestras buenas obras; y vuestra señora esposa, que me debe todavía ocho sueldos de mi salario, me obligará infinitamente si los da a los pobres en mi nombre."

Pedro le pidió noticias de un tal Pedro de Fais, amigo suyo, que había muerto hacía poco; Sancho le dijo que se había salvado. “Y Bernier, nuestro conciudadano, ¿qué ha sucedido de él?”. “Se ha condenado, respondió, por haber abusado de su oficio de juez, y haber dañado y saqueado a la viuda y al inocente”. Pedro añadió: “¿Podríais darme novedades de Alfonso, rey de Aragón, muerto hace unos años?”. Entonces otro espectro, que Pedro no había visto todavía, y que advirtió distintamente al claro de luna sentado en el vano de la ventana, le dijo: “No le demandéis noticias del rey Alfonso, pues él no puede deciros nada, ya que no lleva suficiente tiempo con nosotros para poder saberlo. Pero yo, que morí hace cinco años, puedo daros algunas noticias. Alfonso ha estado con nosotros durante algún tiempo; pero los monjes de Cluny ya lo han sacado. No sé dónde estará en este momento”. Al mismo tiempo, dirigiendo la palabra a su compañero Sancho: “Vamos, le dijo, sigamos a nuestros compañeros, es tiempo de partir”. Sancho reiteró sus instancias a su señor Pedro y salió de la casa.

Pedro despertó a su mujer, que estaba acostada a su lado y que no había visto ni oído nada de todo este diálogo, y le preguntó: “¿No debes nada a Sancho, el criado que nos ha servido y que ha muerto hace poco?”. “Le debo todavía ocho sueldos”, respondió ella. Por estas señas Pedro no dudó de la verdad de lo que Sancho le había dicho, dio a los pobres los ocho sueldos, añadiendo mucho más de lo suyo, e hizo decir misas y oraciones por el alma del difunto. Pedro entonces estaba casado en el mundo; pero, cuando contó esto a Pedro el Venerable, era ya monje de Cluny.

San Agustín cuenta que, habiendo llegado Sila a Tarento[51], ofreció sacrificios a sus dioses, es decir, a los demonios; y habiendo notado encima del hígado de la víctima una especie de corona de oro, el arúspice le aseguró que esta corona era presagio de una victoria cierta, y le dijo que comiese sólo el hígado en que había visto la corona.

Casi al mismo momento, un servidor de Lucio Poncio vino a decirle: “Sila, vengo de parte de la diosa Belona; la victoria es tuya y, en prueba de mi predicción, te anuncio que muy pronto el Capitolio será reducido a cenizas”. Inmediatamente el hombre abandonó el

campamento con toda premura. Al día siguiente volvió con todavía mayor apresuramiento, y aseguró que el Capitolio había sido incendiado; lo que resultó cierto.

San Agustín no duda que el demonio, que había hecho aparecer la corona de oro en el hígado de la víctima, no haya inspirado al adivino, y que el mismo espíritu maligno, habiendo previsto el incendio del Capitolio, no lo haya hecho anunciar después del acontecimiento por el mismo hombre.

El mismo santo doctor refiere[52], siguiendo a Julio Obsecuente en su Libro de los prodigios, que en los campos de Campania, donde algún tiempo después los ejércitos romanos combatieron durante la guerra civil con tanta animosidad, se escuchó primero un gran estrépito, como de soldados que combaten, y después diversas personas aseguraron haber visto durante varios días como el choque de dos ejércitos; después de lo cual se advirtió en la misma campiña como los vestigios de los combatientes y las huellas de los pies de los caballos, como si el combate se hubiese efectuado realmente. San Agustín no duda que todo esto no sea obra del demonio, que quería tranquilizar a los hombres sobre los horrores de la guerra civil, haciéndoles creer que, al estar sus dioses en guerra entre sí, los hombres no debían moderarse más, ni ser más sensibles a los males que la guerra arrastra consigo.

El abad de Ursperg en su Crónica dice que, en el año 1123 y en el territorio de Worms, se vio durante varios días a multitud de gentes armadas a pie y a caballo, yendo y viniendo con gran estruendo, como si fuesen a una asamblea solemne. Marchaban todos los días hacia la hora de nona a una montaña que parecía ser el lugar de la cita. Alguien de la vecindad más audaz que el resto, y llevando consigo el signo de la cruz, se aproximó a una de las gentes armadas, y le conjuró en el nombre de Dios que le declarase qué significaba ese ejército y cuál era su designio. El soldado o fantasma respondió: “No somos lo que imagináis, ni vanos fantasmas, ni verdaderos soldados; sino que somos las almas de los que han sido muertos en este mismo lugar hace mucho tiempo. Las armas y los caballos que veis son los instrumentos de nuestro suplicio, como lo han sido de nuestros pecados. Todos

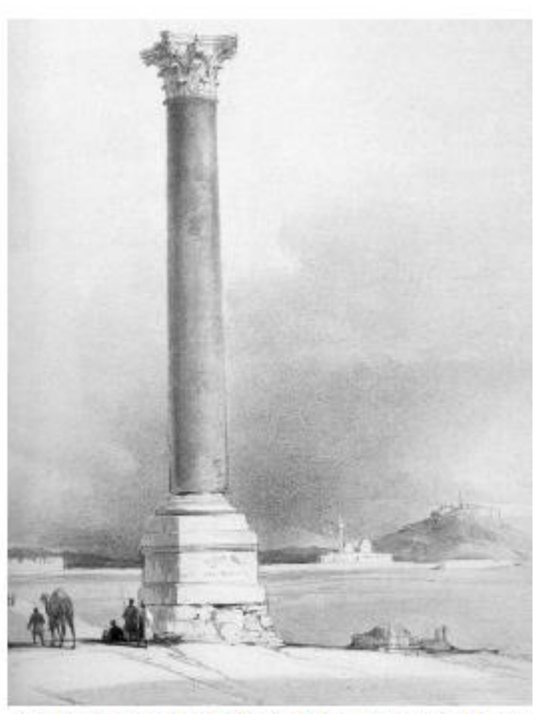
estamos ardiendo, aunque no veáis nada en nosotros que aparezca inflamado”. Dicen que reconocieron entre ellos al conde Emico, al que habían matado hacía pocos años, y que declaró que podían sacarlo de ese estado por medio de limosnas y de oraciones.

Tritemio, en su Crónica de Hirsauge, dice que, un cierto día del año 1013[53] , se vio en pleno día a un ejército de caballería e infantería descender de una montaña y colocarse en la llanura colindante. Les hablaron y les conjuraron; declararon que eran las almas de los que pocos años antes habían muerto con las armas en la mano en ese mismo lugar.

El mismo Tritemio cuenta en otra ocasión[54] la aparición en los campos con su jauría de perros del conde de Spanheim, muerto hacía algún tiempo. El conde habló con el párroco y le pidió que rezase por él.

Vipert, arcediano de la iglesia de Toul, autor coetáneo de la vida del santo Papa León IX, muerto en 1059, cuenta[55] que, unos años antes de la muerte del Santo Pontífice, vieron pasar por la ciudad de Narni a una multitud infinita de gentes vestidas de blanco, que avanzaban del lado este. El tropel estuvo desfilando desde la mañana hasta las tres de la tarde; pero al atardecer disminuyó notablemente. Toda la ciudad de Narni subió a las murallas a ver el espectáculo, temiendo que fuesen tropas enemigas, y contempló el desfile con extrema sorpresa.

Un burgués más resuelto que los demás salió de la ciudad y, habiendo advertido en la multitud a un conocido suyo, lo llamó por su nombre y le preguntó qué significaba esa multitud de viajeros; a lo que el otro le respondió: “Somos almas que, no habiendo expiado todavía todos nuestros pecados y no siendo por tanto bastante puros para entrar en el reino de los cielos, vamos así con espíritu de penitencia a los santos lugares; actualmente venimos de visitar la tumba de san Martín, y vamos ahora a Nuestra Señora de Farse”. El hombre se asustó de tal modo con la visión, que estuvo enfermo durante un año entero. Él mismo lo contó al Papa León IX. Toda la ciudad de Narni fue testigo de la procesión, que tuvo lugar en pleno día.



Detalle de una litografía de David Roberts sobre la columna de Pompeyo en Alejandría.

La noche que precedió a la batalla que se dio en Egipto entre Marco Antonio y César[56], mientras que toda la ciudad de Alejandría era presa de una extrema inquietud aguardando la acción que se avecinaba, vieron en la ciudad como a una multitud de gentes, que gritaban y aullaban como en las Bacanales, y escucharon el son confuso de todo tipo de instrumentos en honor de Baco, como Marco Antonio tenía costumbre de celebrar esa clase de fiestas. El tropel, después de haber recorrido gran parte de la ciudad, se salió por la puerta que conducía al enemigo y después desapareció.

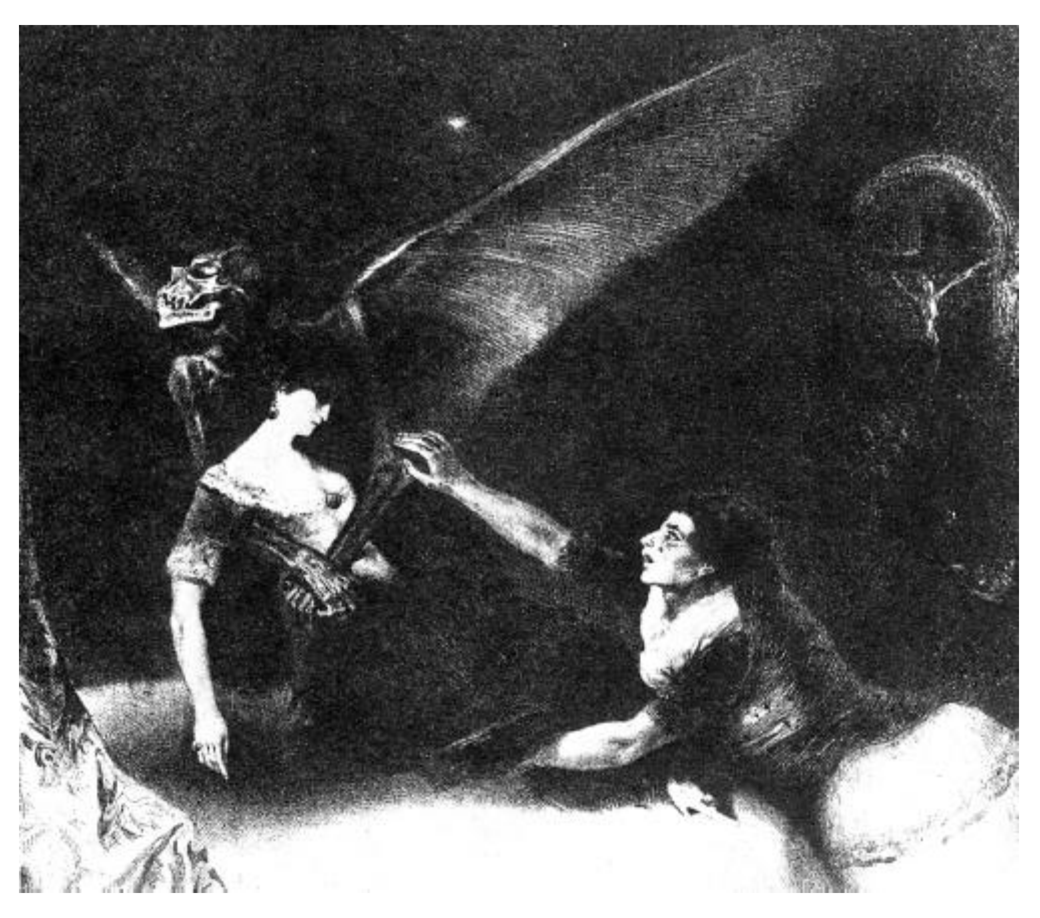
Esto es todo lo que ha venido a mi conocimiento sobre el hecho de los vampiros y de los revinientes de Hungría, Moravia, Silesia y Polonia, y sobre los otros revinientes de Francia y de Alemania. Más adelante comentaremos la realidad y las demás circunstancias de este tipo de redivivos o de resucitados.

Pero antes he aquí otra especie no menos maravillosa; se trata de los excomulgados que salen de la iglesia y de las tumbas con sus cuerpos, y no vuelven a entrar hasta que el sacrificio haya concluido.

22
Excomulgados que salen de las iglesias

SAN GREGORIO MAGNO cuenta[57] que, habiendo san Benito amenazado con excomulgar a dos religiosas, éstas murieron en ese estado. Algún tiempo después, la madre adoptiva de las religiosas veía que salían de la iglesia una vez que el diácono había exclamado: “Que se retiren los que no comulguen”. Habiendo la madre adoptiva hecho saber lo que sucedía a san Benito, el santo mandó una oblación en forma de pan, a fin de que lo ofreciesen por ellas en señal de reconciliación; y desde ese momento las dos religiosas permanecieron en reposo en sus sepulcros.

San Agustín dice[58] que se recitaba en los dípticos los nombres de los mártires, no para que rezasen por ellos, y luego los nombres de las vírgenes religiosas que habían fallecido, para que rezasen por ellas. Perhibet praeclarissimum testimonütm ecclesiastica auctoritas, in qua fidelibus notum est, quo loco martyres, et quo defunctae sanetimoniales ad altaris sacramenta recitantur[59]. Era pues, quizá, cuando las nombraban en el altar, cuando ellas salían de la iglesia. Pero san Gregorio dice expresamente que era cuando el diácono exclamaba en alto: “Que se retiren los que no comulguen”.



Los fantasmas, de Louis Boulanger.

El mismo san Gregorio cuenta que, habiendo salido del monasterio del mismo san Benito[60] un joven religioso sin el permiso ni la bendición del santo abad, murió en la desobediencia, siendo enterrado en tierra santa. Al día siguiente encontraron su cuerpo fuera de la tumba. Los padres advirtieron de ello a san Benito, que les entregó una hostia consagrada, y les dijo que la pusiesen con el respeto conveniente sobre el pecho del joven religioso. Así lo hicieron, y la tierra no volvió más a expulsarlo de su seno.

Este uso o, mejor dicho, abuso de poner la santa eucaristía en las tumbas de los muertos es muy singular, pero no resulta desconocido en la antigüedad. El autor de la vida de san Basilio el Grande[61], conocido por el nombre de san Anfíloco, dice que el santo se guardó la tercera parte de una hostia consagrada para que la enterrasen con él. La recibió, y expiró teniéndola todavía en la boca; pero algunos

concilios habían condenado ya la práctica, y todavía otros la han proscrito después, como contraria a lo instituido por Jesucristo[62].

No se han dejado en algunos sitios de poner hostias en las tumbas de ciertas personas de santidad reconocida, como en la tumba de san Otmaro, abad de Saint Gall[63], en la que encontraron bajo su cabeza varios panecillos redondos, que no se dudó que no fuesen hostias.

En la vida de san Cutberto, obispo de Lindisfame[64], leemos que encontraron sobre su pecho unas cuantas hostias. Amalario cita a Beda el Venerable, que dice que pusieron una hostia sobre el pecho del santo antes de inhumarlo: oblata super sanctum pectus posita[65]. Este detalle no se lee, sin embargo, en la historia de Beda, sino en la segunda vida de san Cutberto. Amalario nota que la costumbre venía sin duda de la Iglesia romana, que la había transmitido a los ingleses; pero el R. P. Menard[66] sostiene que no es esta práctica que los concilios de que hemos hablado habían condenado, sino la de dar la comunión a los muertos, introduciéndoles la hostia en la boca. Sea lo que sea de la práctica en cuestión, sabemos que el cardenal Humbert[67], en su respuesta a las objeciones del patriarca Miguel Cerulario, reprocha a los griegos que enterrasen la santa eucaristía, cuando todavía quedaba algo de ella después de que los fieles hubiesen comulgado.

23
Otros ejemplos de excomulgados expulsados del seno de la tierra santa

SE VEN TODAVÍA en la historia otros diversos ejemplos de cuerpos de muertos excomulgados expulsados del seno de la tierra santa; por

ejemplo, en la vida de san Gotardo, obispo de Hildesheim[68] , se refiere que, habiendo excomulgado el santo a ciertas personas por su rebeldía y sus pecados, éstos, a pesar de la excomunión, no dejaron de entrar en la iglesia y de permanecer en ella contraviniendo la prohibición del santo, mientras que los mismos muertos que llevaban allí enterrados varios años, y que habían sido allí puestos sin que les levantasen la excomunión, le obedecían, se levantaban de sus tumbas y salían de la iglesia. Después de la misa, el santo, dirigiéndose a los rebeldes, les reprochó su dureza de corazón, y les dijo que esos muertos se levantarían contra ellos en el día del juicio. Al mismo tiempo, saliendo de la iglesia, dio la absolución a los muertos excomulgados, y les permitió volver a entrar y reposar en sus tumbas como antes. La vida de san Gotardo la escribió uno de sus discípulos, canónigo de su catedral; y el santo murió e14 de mayo de 938.

En el segundo Concilio de Limoges[69] en 1031, en el que se encontraron gran número de obispos, abades, sacerdotes y diáconos, se refirieron los ejemplos que acabamos de citar de san Benito, para mostrar el respeto que se debe tener por las sentencias de excomunión pronunciadas por los superiores eclesiásticos. Entonces el obispo de Cahors, que estaba presente, contó una cosa que le había sucedido poco tiempo antes. “Habiendo muerto en la excomunión un caballero de mi diócesis, no quise acceder a las súplicas de sus amigos, que me rogaban vivamente que le diese la absolución; quería que sirviese de ejemplo, para que los otros fuesen temerosos de ello. Sin embargo, unos soldados o gentilhombres (milites) lo enterraron, sin mi consentimiento y sin presencia de ningún sacerdote, en una iglesia dedicada a san Pedro. A la mañana siguiente encontraron el cuerpo fuera de la tierra, que había sido arrojado desnudo lejos de allí, mientras que su tumba permanecía intacta, sin ninguna señal de que la hubiesen forzado. Los soldados o gentilhombres (milites) que lo habían enterrado, habiendo abierto la fosa, no encontraron más que el sudario en que lo habían envuelto; lo enterraron pues de nuevo, y cubrieron la fosa con una enorme cantidad de tierra y de piedras. Al día siguiente encontraron de nuevo el cuerpo fuera de la tumba, sin que apareciese ninguna señal indicativa de cómo había llegado hasta

allí. Lo mismo sucedió hasta cinco veces. Al fin lo enterraron como pudieron, lejos del cementerio, en tierra profana; lo que llenó a los señores de la vecindad de un terror tan grande que vinieron todos ellos a pedirme la paz”. He aquí un hecho revestido de todas las circunstancias que pueden hacerlo incontestable.



24
Ejemplo de un mártir excomulgado expulsado del seno de la tierra

Se lee en las *Intrigas de los griegos* del 15 de octubre que un religioso del desierto de Sheti, habiendo sido excomulgado por desobediencia por el que estaba a cargo de su conducta, se fue del desierto y se vino a Alejandría, donde fue detenido por el gobernador de la ciudad y

despojado de los sagrados hábitos, luego de lo cual le incitaron con encarecimiento a que sacrificase a los falsos dioses. El anacoreta se resistió generosamente, por lo que recibió tormento de diversas formas, hasta que al fin le cortaron la cabeza y arrojaron su cuerpo fuera de la ciudad para que fuese devorado por los perros. Durante la noche los cristianos se lo llevaron y, luego de haberlo embalsamado y envuelto en ricas mortajas, lo enterraron en la iglesia como mártir en un sitio de honor; pero, cuando se celebraba el santo sacrificio, y el diácono, como de costumbre, exclamó: "Que los catecúmenos y los que no comulguen se retiren", vieron de repente cómo se abría su tumba por sí misma y el cuerpo del mártir se retiraba al vestíbulo de la iglesia, donde permaneció hasta que, acabada la misa, volvió a entrar en su sepultura.

Una persona piadosa, que había rezado durante tres días, aprendió por boca de un ángel que el religioso había incurrido en excomunión por haber desobedecido a su superior, y que, hasta que el mismo superior le hubiese dado la absolución, permanecería ligado a ella. Fueron, pues, en seguida al desierto y trajeron al santo anciano, que hizo que abriesen el ataúd del mártir para que pudiera darle la absolución; después de lo cual el mártir permaneció en paz en su tumba.

Este ejemplo me parece muy sospechoso. 1.° En la época en que los anacoretas poblaban el desierto de Sheti no había ya persecuciones en Alejandría. No se molestaba a nadie, ni por profesar el cristianismo, ni por profesar en la vida religiosa; antes bien se habría perseguido a los idólatras y a los paganos. La religión cristiana, entonces dominante, era honrada en todo Egipto y sobre todo en Alejandría. 2.° Los religiosos de Sheti, más cenobitas, eran ermitaños, y, por tanto, un religioso no tenía la autoridad de excomulgar a su cofrade. 3.° No parece que aquél de que aquí se trata haya merecido la excomunión, al menos la excomunión mayor, que priva al fiel de la entrada en la iglesia y de la participación en los sagrados misterios. El texto griego dice simplemente que permaneció en la obediencia de su padre espiritual durante algún tiempo; pero que después, habiendo caído en la desobediencia, se alejó del mandato del viejo sin legítima causa, y

se fue a Alejandría. Todo esto merecería sin duda la excomunión, incluso la mayor, si el religioso abandonó su estado y se retiró del monasterio para vivir como seglar: pero entonces los religiosos no estaban como hoy ligados por los votos de estabilidad y de obediencia a sus superiores regulares, que no tenían el derecho de excomulgarlos con la excomunión mayor. Hablaremos más sobre esto poco después.

25
Hombre expulsado de la Iglesia, por haber rehusado pagar el diezmo

JUAN BROMTON, abad de Somat en Inglaterra[70], dice que se lee en historias muy antiguas que, queriendo san Agustín, apóstol de Inglaterra, persuadir a un gentilhombre para que pagase el diezmo, permitió Dios que, una vez que el santo, delante de todo el pueblo, antes de comenzar la misa, dijo: "Que ningún excomulgado asista al santo sacrificio", vieran a continuación a un hombre que llevaba enterrado unos 150 años salir de la iglesia.

Después de la misa, san Agustín, precedido de la cruz, fue a preguntar al muerto por qué había salido; el muerto respondió que era por haber muerto en la excomunión. El santo entonces le preguntó dónde estaba la sepultura del sacerdote que lo había excomulgado. Fueron allá, y san Agustín le ordenó que se levantase: el sacerdote volvió a la vida, y declaró que había excomulgado al hombre por sus crímenes y, en particular, por su obstinación en negarse a pagar el diezmo. Después, por orden de san Agustín, le dio la absolución, y el muerto regresó a su tumba. El sacerdote rogó al santo que le permitiese también retornar a su sepultura, lo que se le concedió. Esta historia me parece todavía más sospechosa que la precedente. En la

época de san Agustín, apóstol de Inglaterra, la obligación de pagar el diezmo no estaba recomendada bajo pena de excomunión, y mucho menos 150 años antes, sobre todo en Inglaterra.



La Isla de la Muerte (1880), de Arnold Böcklin.

26

Ejemplos de personas que han dado signos de vida después de muertos y que se han retirado por respeto para dejar sitio a otros más dignos

TERTULIANO REFIERE[71] un ejemplo de que había sido testigo (de meo didici). Una mujer que pertenecía a la iglesia, a la que había sido entregada como esclava, y que había muerto en la flor de su edad, después de un único y brevísimo matrimonio, fue llevada a la iglesia.

Antes de que la enterrasen, cuando el sacerdote que estaba ofreciendo el sacrificio elevó las manos en plegaria, la mujer, que tenía las manos extendidas en los costados, las levantó al mismo tiempo, uniéndolas en forma de suplicante; luego de dada la paz, volvió a su posición primitiva.

Tertuliano añade que el cuerpo de otro muerto, enterrado en el cementerio, se retiró hacia un lado para dejar sitio a otro muerto que querían enterrar a su vera. Refiere estos ejemplos siguiendo a Platón y a Demócrito, que decían que las almas permanecían durante algún tiempo junto a sus cuerpos muertos, que algunas veces ellas preservaban de la corrupción, y que hacían que todavía les creciesen los cabellos, la barba y las uñas en la tumba. Tertuliano no aprueba el parecer de estos filósofos, incluso los refuta bastante bien; pero confiesa que los ejemplos de que acabamos de hablar son bastante favorables a esa opinión, que es también la de los hebreos, como hemos visto antes.

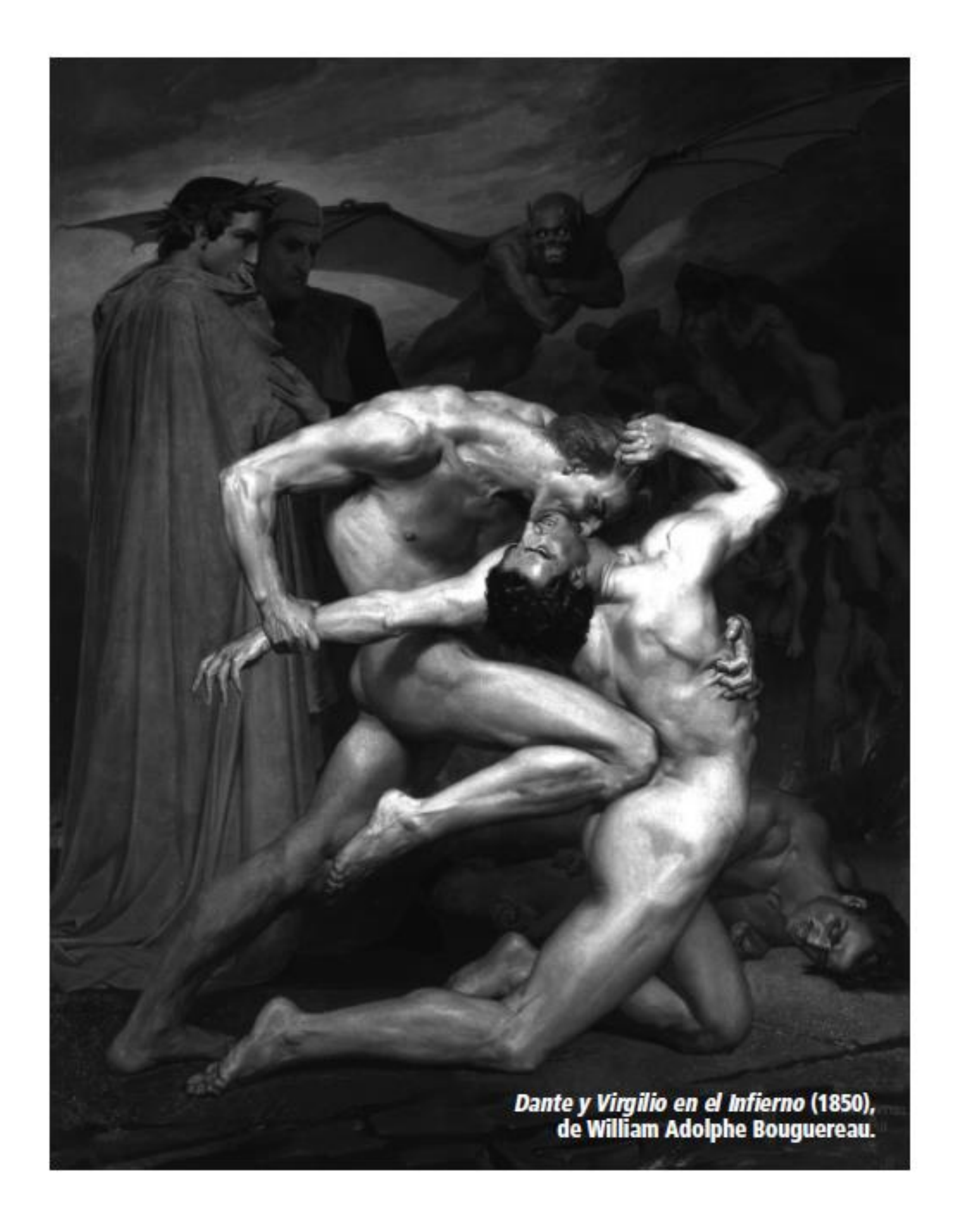
Se dice que, después de la muerte del famoso Abelardo[72], que había sido enterrado en el Monasterio del Paráclito, y habiendo muerto también su esposa la abadesa Eloísa, que había pedido que la enterrasen en la misma tumba, Abelardo, al tenerla cerca, extendió los brazos y la apretó contra su seno: elevatis brachiis illam recepit, et ita eam amplexatus brachia sua strinxit. Este hecho, ciertamente, ni está probado ni es verosímil. La crónica de que lo extraemos lo había tomado al parecer de algún rumor popular.

El autor de la vida[73] de san Juan el Limosnero, que fue escrita inmediatamente después de su muerte por Leoncio, obispo de Nápoles, ciudad de la isla de Chipre, cuenta que, habiendo muerto san Juan en Amatunte en la misma isla, colocaron su cuerpo entre los de dos obispos, que se retiraron por respeto de un lado y de otro para dejarle sitio, y ello a la vista de todos los asistentes: non unus, peque decem, neque centum viderunt, sed onmis turba, quae convenit ad ejus sepulturam[74] dice el autor citado. Metafrasto, que había leído la vida del santo en griego, refiere el mismo hecho.

Evagrio de Ponto[75] dice que, habiendo muerto en el hospital de Dafne, cerca de la ciudad de Antioquía, un santo anacoreta llamado

Tomás y apodado Salus, porque remedaba al insensato, lo enterraron en el cementerio de los extranjeros; pero todos los días lo encontraban fuera de la tierra, alejado de los cuerpos de los demás muertos, a los que evitaba. Los habitantes del lugar informaron de ello a Efrén, obispo de Antioquía, que hizo que lo transportasen solemnemente a la ciudad, y que lo enterrasen con todos los honores en el cementerio; y desde ese momento el pueblo de Antioquía conmemora todos los años la fiesta de su traslado.

Juan Mosch[76] refiere la misma historia; pero dice que fueron mujeres enterradas cerca de Tomás Salus las que salieron de sus tumbas por respeto del santo.


Dante y Virgilio en el Infierno (1850), de William Adolphe Bouguereau.

Los hebreos creen ridículamente que los judíos enterrados fuera de Judea rodarán bajo tierra en el último día para ir a la tierra prometida, no pudiendo resucitar en otra parte más que en Judea.

Los persas reconocen también a un ángel cuya misión consiste en transportar los cuerpos de los muertos, para situarlos en el lugar y en el rango correspondiente a sus méritos; si a un hombre de bien lo entierran en un país infiel, el ángel lo conduce bajo tierra al lado de

los fieles, y arroja al muladar el cuerpo del infiel enterrado en tierra santa. Los mahometanos piensan otro tanto; creen que este ángel colocó el cuerpo de Noé, y después el de Alí, en la tumba de Adán. No refiero estas ilusiones más que para hacer ver su ridículo. En cuanto a las historias relatadas en este mismo capítulo, no se deben aceptar sin examen, pues exigen que se las confirme.

27
Gentes que van en peregrinación después de muertos

HABIENDO MUERTO en la excomunión un estudiante de la ciudad de Saint-Pons, cerca de Narbona[77], se apareció a uno de sus amigos, y le rogó que fuese a la ciudad de Rhòdes a pedir su absolución al obispo. El amigo se puso en camino mientras estaba nevando; el espíritu que lo acompañaba sin que lo viesen le iba mostrando el camino y quitando la nieve que le estorbaba. Habiendo llegado a Rhòdes y obtenido la absolución para su amigo, el espíritu le condujo de vuelta a Saint-Pons, le dio las gracias por el servicio que le había prestado, y se despidió de él, prometiéndole testimoniar su reconocimiento.

He aquí una letra que me han escrito el 5 de abril de 1745, y que tiene cierta relación con lo que acabamos de ver: “Ha sucedido aquí una cosa estos últimos días relacionada con vuestra Disertación sobre los revinientes, que creo que debía escribíroslo. Un hombre de Létraye, ciudad a algunas leguas de Remiremont, perdió a su mujer a comienzos de febrero último, y se ha vuelto a casar la semana antes de cuaresma. A las once de la noche del día de su boda, su mujer se apareció y habló a la nueva esposa; el resultado de la entrevista fue obligar a la nueva desposada a cumplir siete peregrinaciones por la

difunta. A partir de ese día y siempre a la misma hora, la difunta se apareció y habló en presencia del cura del lugar y de diversas personas; el 15 de marzo, en el momento en que la mujer se disponía a partir para ir a san Nicolás, recibió la visita de la difunta, que le dijo que se apresurase, y que no se asustase por las penas que tuviese que sufrir en el viaje.

”La mujer se puso en ruta acompañada de su marido, su cuñado y su cuñada, sin esperarse que la muerta formaría también parte de la comitiva; hasta la puerta de la iglesia de san Nicolás no la abandonó. Habiendo llegado esas buenas gentes a dos leguas de san Nicolás, se vieron obligados a alojarse en el albergue conocido por La Barraca. Allí la mujer se encontró tan mal que los dos hombres se vieron obligados a llevarla hasta el hurgo de san Nicolás. En seguida que estuvo ella bajo la puerta de la iglesia, pudo marchar sin dificultad y no volvió a sentir ningún dolor. El hecho me ha sido referido, a mí y a nuestro padre sacristán, por las cuatro personas en cuestión; lo último que la difunta dijo a la nueva desposada fue que no volvería a hablarle ni a verla una vez que hubiese cumplido la mitad de las peregrinaciones. La manera simple y natural con que esas buenas gentes nos han contado el sucedido me lleva a creer que es cierto”.

No se dice que la joven mujer hubiese incurrido en excomunión, sino que, al parecer, estaba ligada por el voto o la promesa que había hecho de cumplir las peregrinaciones, de las que encargó a la otra joven que le había sucedido; también vemos que ella no llegó a entrar en la iglesia de san Nicolás, sino que acompañó solamente a los peregrinos hasta la puerta de la iglesia.

Podemos añadir aquí el ejemplo de la multitud de peregrinos que, en tiempos del Papa León IX, pasaron a los pies de las murallas de Narni, como lo he referido más arriba, y que cumplían su purgatorio yendo de peregrinación en peregrinación.

28
Razonamientos sobre los

excomulgados que salen de las iglesias

TODO LO QUE VENIMOS de referir de los cuerpos de las personas excomulgadas que se veían que salían de sus tumbas durante la misa, y que volvían a entrar acabado el santo sacrificio, merece que le dediquemos una atención particular. Parece que no se puede negar ni contestar una cosa que sucedía a los ojos de todo un pueblo, en pleno día, en medio de los más temibles misterios. Sin embargo nos podemos preguntar cómo salían esos cuerpos. ¿Estaban enteros o ya descompuestos, desnudos o vestidos, y, si vestidos, con sus propias vestiduras o con las mortajas que los habían envuelto en la tumba? ¿Adónde iban?

La causa de su salida está bien resaltada; era la excomunión mayor. Esta pena no se otorga más que por un pecado mortal[78]; esas personas habían, pues, muerto en pecado mortal y, en consecuencia, estaban condenadas en el infierno; pues, si no se tratase más que de una excomunión menor y regular, ¿por qué salir de la iglesia después de muertos, de una forma tan terrible y tan extraordinaria, teniendo en cuenta que esa excomunión eclesiástica no priva en absoluto de la comunión de los fieles ni de la entrada en la iglesia?

Si sostenemos que la culpa había sido perdonada, pero que no había sido levantada la pena de excomunión, y que las personas permanecían excluidas de la comunión de la iglesia hasta que el juez eclesiástico les hubiese dado la absolución, entonces hay que preguntarse si, a menos que se tengan pruebas inequívocas de su penitencia y de su conversión, que hayan precedido a su muerte, se puede absolver a un muerto y reintegrarlo en la comunión de la iglesia.

Además, las personas cuyos ejemplos acabamos de referir, no parece que hayan estado libres de culpa, como podríamos suponer. Los textos que hemos citado ponen bien de manifiesto que habían muerto con sus pecados; y lo que dice san Gregorio Magno en el lugar

citado de sus Diálogos, respondiendo a su interlocutor Pedro, supone que las religiosas habían muerto sin haber hecho penitencia.

Por otra parte es una regla constante en la Iglesia que no se puede comunicar, ni estar en comunión con un muerto, cuando no se ha estado en comunión con él mientras vivía. Quibus viventibus non communicavimus, mortuis communicare non possumus, dice el Papa san León[79]. Se conviene sin embargo con que una persona excomulgada que haya dado pruebas de una sincera penitencia, aunque no haya tenido tiempo de confesarse, puede ser reconciliada con la Iglesia[80] y recibir sepultura eclesiástica después de su muerte. Pero, en general, antes de recibir la absolución de los pecados, hay que recibir la absolución de las censuras y de la excomunión, si se ha incurrido en ella: Absolutio ab excommunicatione debet praecedere excommunicationem à prucatis; quia quandiu aliquis est excommunicatus, non potest recipere aliquod ecclesiae sacramentum, dice santo Tomás[81].

Según esta decisión, habría que absolver a esas personas de la excomunión, antes de que pudiesen recibir la absolución de la culpa por sus pecados. Aquí, al contrario, se les supone absueltos de la culpa de sus pecados, para poder recibir la absolución de las censuras.

No veo cómo puedan resolverse estas dificultades: 1.° ¿Cómo absolver a un muerto? 2.° ¿Cómo absolverlo de la excomunión, antes de que haya recibido la absolución por sus pecados? 3.° ¿Cómo absolverlo sin que pida la absolución, ni parezca que la haya pedido? 4° ¿Cómo absolver a unas personas que mueren en pecado mortal y sin haber hecho penitencia? 5.°¿Por qué esos excomulgados vuelven a sus tumbas después de la misa? 6.° Si no se atrevían a quedarse en la iglesia durante la misa, ¿es que eran más dignos antes que después del sacrificio?

Parece cierto que tanto las religiosas como el joven religioso de que habla el Papa san Gregorio habían muerto con sus pecados y sin haber recibido la absolución. San Benito probablemente no era sacerdote, y no los había absuelto de sus pecados.

Se podrá decir que la excomunión de que habla san Gregorio no era mayor, y en ese caso el santo abad podía absolverlos; pero esta

excomunión menor y regular ¿merecía que saliesen así de una manera tan milagrosa y sorprendente de la iglesia? Los excomulgados por san Gotardo y el gentilhombre mencionado en el Concilio de Limoges de 1031 habían muerto impenitentes y en la excomunión, y en consecuencia en pecado mortal, y sin embargo se les concede la paz y la absolución, incluso después de la muerte al simple ruego de sus amigos.

El joven anacoreta de que hablan las Intrigas de los griegos, que, por haber abandonado su celda por inconstancia y desobediencia, había incurrido en excomunión, ¿ha podido recibir en ese estado la corona del martirio? Y, si la ha recibido, ¿no se ha reconciliado con la Iglesia en ese mismo instante? ¿No ha lavado al falta con su sangre? Y, si su excomunión no era sino regular y menor, ¿merecía que, a pesar del martirio, todavía lo excluyesen después de su muerte de la presencia en los santos misterios?

Si los hechos son tales como los cuentan, no veo otro medio de explicarlos que sostener que la historia no nos ha conservado las circunstancias que les han valido la absolución a esas personas, y debemos presumir que los santos, sobre todo los obispos que los han absuelto, conocían las reglas de la Iglesia y no han hecho en esto más que ajustarse a lo que prescribían los cánones.

Pero resulta de todo lo que acabamos de decir que, como los cuerpos de los malvados se retiran de la compañía de los santos por un sentimiento de veneración y de la conciencia de su propia indignidad, del mismo modo los cuerpos de los santos se separan de los malvados por motivos opuestos, para que no parezca que tienen ninguna relación con ellos, incluso después de la muerte, ni que aprueban su mala vida. En fin, si es cierto lo que acabamos de contar, los justos mismos y los santos tienen deferencias los unos por los otros y se conceden honores en la otra vida, lo que resulta bastante probable.

Vamos a ver unos ejemplos que parecen volver equívoca e incierta la prueba que se extrae de la incorruptibilidad del cuerpo de un hombre de bien para establecer su presumible santidad, porque se sostiene que los cuerpos de los excomulgados no se descomponen en

la tierra, hasta que les hayan levantado la excomunión fulminada contra ellos.

29
¿Se descomponen los excomulgados en la tierra?

SEGÚN UNA OPINIÓN muy antigua, no se pudren los cuerpos de los excomulgados; esto aparece en la vida de san Libencio, arzobispo de Bremen, muerto el 4 de enero de 1013. Habiendo excomulgado este santo prelado a unos piratas, uno de ellos murió y fue enterrado en Noruega; al cabo de 70 años encontraron su cuerpo entero y sin descomposición alguna, no siendo reducido a cenizas más que después de haber recibido la absolución del obispo Alvareda.

Los griegos modernos, para autorizar su cisma y para probar que el don de milagros y la autoridad episcopal de ligar y desligar subsisten en su Iglesia más visiblemente incluso y más ciertamente que en la Iglesia latina y romana, sostienen que entre ellos los cuerpos de los excomulgados no se descomponen, sino que se inflan extraordinariamente, como si fuesen tambores, no pudiendo pudrirse ni reducirse a cenizas más que después de haber recibido la absolución de sus obispos o de sus sacerdotes. Refieren diversos ejemplos de esta clase de muertos encontrados así en sus tumbas sin signo de corrupción, y al instante reducidos en polvo, una vez que se les ha levantado la excomunión. No niegan, sin embargo, que la incorruptibilidad de un cuerpo no sea a veces indicio de santidad[82]; pero exigen que un cuerpo así conservado exhale un buen olor, que el cuerpo esté además blanco o bermejo, en vez de estar negro, hediondo, inflado y tenso como un tambor, como es el caso de los excomulgados.

Se asegura que los que han sido fulminados por un rayo no se pudren, y que es por esta razón que los antiguos no los quemaban ni los enterraban. Esa es la opinión del médico Zachias; pero Paré, siguiendo a Comines, piensa que la razón por la que no están sujetos a corrupción es que están como embalsamados en el azufre del rayo, que actúa como si fuese sal.

En 1727 descubrieron en una cueva cerca del hospital de Québec los cadáveres íntegros de cinco religiosas muertas hacía 20 años, los cuales, aunque cubiertos de cal viva, tenían todavía sangre.

30
Ejemplos que muestran que los excomulgados no se descomponen, y que se aparecen a los vivos

Los griegos cuentan[83] que, bajo el patriarca de Constantinopla Manuel o Máximo, que vivió en el siglo XV, el emperador turco de Constantinopla quiso saber la verdad de lo que los griegos aseguraban tocante a la incorruptibilidad de los hombres muertos en la excomunión. El patriarca hizo que abriesen la tumba de una mujer que había mantenido un comercio criminal con un arzobispo de Constantinopla. Encontraron el cuerpo entero, negro y muy hinchado; los turcos lo metieron en un cofre bajo el sello del emperador. El patriarca recitó una oración y dio la absolución a la muerta, y al cabo de tres días, cuando abrieron el cofre, vieron que el cuerpo se había convertido en polvo.

No veo en ello ningún milagro. Todo el mundo sabe que los cuerpos que encuentran a veces en perfecto estado en sus tumbas se convierten

en polvo una vez que los exponen al aire del exterior. Exceptúo a los que han embalsamado bien, como es el caso de las momias de Egipto, y los cuerpos enterrados en lugares extremadamente secos, o en un terreno abundante en nitro y en sal, que disipa en poco tiempo lo que hay de húmedo en los cadáveres tanto de hombres como de animales. Pero lo que no comprendo es que el arzobispo de Constantinopla haya podido válidamente absolver después de la muerte a una persona fallecida en pecado mortal y ligada por la excomunión.

Creen también que los cuerpos de los excomulgados se aparecen a menudo a los vivos, tanto de día como de noche, y que les hablan, los llaman y los molestan. León Alacio entra en gran detalle sobre esto; dice que en la isla de Quíos los habitantes no responden a la primera voz que los llama, de miedo que no sea un espíritu o un reviniente; pero, si los llaman dos veces, entonces no se trata de un brucolaco[84], que es el nombre que dan a esos espectros. Si alguien responde a la primera voz, el espectro desaparece, pero el que le ha respondido muere infaliblemente.

Para ponerse a salvo de esos genios malignos, no hay otra vía que desenterrar el cuerpo de la persona que se ha aparecido y quemarlo, después de haber recitado sobre él ciertas plegarias; entonces el cuerpo se reduce a cenizas y no se vuelve a aparecer más. No dudan de ningún modo que no sean los cuerpos de los malhechores y criminales los que salen de las tumbas para causar la muerte a los que ven y les responden, o que no sea el demonio el que se sirve de sus cuerpos para asustar a los mortales y provocarles la muerte.

No conocen medio mejor para librarse de sus funestas y peligrosas apariciones que quemar o convertir en pedazos los cuerpos que sirven de instrumento a su malicia, o bien arrancarles el corazón, o dejarlos que se pudran antes de enterrarlos, o cortarles la cabeza, o traspasarles las sienes con un grueso clavo.

31
Ejemplo de los retornos de los excomulgados

RICAUT, EN LA HISTORIA que nos ha dado del estado actual de la Iglesia griega, reconoce que la opinión de que los cuerpos de los excomulgados no se pudren es general no solamente entre los griegos de hoy, sino también entre los turcos. Cuenta un hecho que había sabido por un calógero candiota[85], que le había jurado que la cosa era cierta; se llamaba Sofión, y era muy conocido y estimado en Esmirna. Habiendo muerto en la isla de Milos un hombre excomulgado por una falta que había cometido en la Morea, lo enterraron sin ninguna ceremonia en un lugar apartado, en vez de en tierra santa. Sus parientes y amigos estaban sumamente afectados de verlo en ese estado, y los habitantes de la isla todas las noches estaban asustados por unas funestas apariciones que atribuían al desgraciado.

Abrieron su tumba, y encontraron el cuerpo íntegro y con las venas llenas de sangre. Después de haber deliberado sobre ello, los calógeros fueron de la opinión que había que desmembrar el cuerpo, convertirlo en pedazos y hervirlo en vino: pues así es como se comportan con los cuerpos de los revinientes.

Pero los parientes del muerto consiguieron a fuerza de rogar que se difiriese la ejecución de ello, y al mismo tiempo llevaron una instancia a Constantinopla, para conseguir del patriarca la absolución del joven. Mientras tanto, pusieron el cuerpo en la iglesia, en la que todos los días decían misas y rezaban por su reposo. Un día que el calógero Sofión de que he hablado celebraba el servicio divino, escucharon de repente un gran ruido en el ataúd; lo abrieron y encontraron que el cuerpo se había disuelto como si llevase muerto siete años; anotaron el momento en que habían escuchado el ruido, y resultó que había sido

precisamente a la misma hora en que el patriarca había firmado la absolución.

El caballero Ricaut, de quien tomamos este relato, no era ni griego ni católico romano, sino buen anglicano; hace notar en esa ocasión que los griegos piensan que un espíritu maligno entra en los cuerpos de los excomulgados que han muerto en ese estado, y que los preserva de la corrupción, animándolos y haciendo que se muevan, más o menos como el alma anima y mueve al cuerpo.

Se imaginan además que esos cadáveres comen por la noche, se pasean, hacen la digestión de lo que han comido, y se alimentan realmente; que han encontrado algunos que tenían la color bermeja, y cuyas venas, repletas todavía de cantidad de sangre, aunque lleven cuarenta días muertos, han soltado, cuando se las han abierto, un chorro de sangre tan ardiente y tan fresca como sería la de un joven de temperamento sanguíneo; y la creencia tan generalmente extendida que todo el mundo cuenta al respecto hechos pormenorizados.

El padre Teófilo Raynaud, que ha escrito un tratado particular sobre la materia, sostiene que el retorno de los muertos es una cosa indudable, de que se tienen pruebas y experiencias certísimas; pero que pretender que los revinientes que vienen a inquietar a los vivos sean siempre excomulgados, y que sea un privilegio de la Iglesia griega cismática el de preservar de corrupción a aquellos que han incurrido en excomunión y que han muerto en las censuras de su iglesia, que eso es una pretensión inadmisible, porque es cierto que los cuerpos de los excomulgados se corrompen como los otros, y que, al contrario, hay algunos que han muerto en la comunión de la Iglesia, tanto griega como latina, que permanecen incorruptos. Se ven incluso ejemplos de ello entre los paganos y entre los animales, cuyos cadáveres se encuentran a veces intactos en la tierra y en las ruinas de los antiguos edificios. Sobre los cuerpos de los excomulgados que se pretende que no se corrompen, se puede ver al padre Goar, Ritual de los griegos, p. 687-688, Matthieu Paris, Historia de Inglaterra, t. 2, p. 687, Adán de

Bremen, c. 75, Alberto de Stade, en el año 1050, y al señor Du Cange, Glossar. latinit., en la voz imblocatus.



Ilustración de D. M. Friston para una edición de Carmilla de Sheridan Le Fanu fechada entre 1871 y 1872.

32
Brucolaco exhumado en presencia del señor de Tournefort

EL SEÑOR PITTON DE TOURNEFORT relata la manera en que exhumaron a un presunto brucolaco en la isla de Micón, en la que estaba a comienzos de enero de 1701. He aquí sus palabras: “Presenciamos una escena muy diferente, en la isla de Micón, con ocasión de uno de esos muertos que se cree que vuelven después de que los han enterrado. El

de que vamos a contar la historia era un campesino de Micón, por supuesto despechado y pendenciero; es una circunstancia a observar respecto a tales sujetos. Lo mataron en el campo, no se sabe quién ni cómo. Dos días después de que lo hubiesen inhumado en una capilla del lugar, corrió el rumor de que se le veía por la noche pasearse a grandes zancadas, que venía a las casas a tirar los muebles, apagar las lámparas, abrazar a las gentes por atrás, y a hacer otras mil travesuras.

”No se hizo más que reír en un principio; pero la cosa se puso seria cuando las más honradas gentes comenzaron a quejarse; hasta los popes convenían en el hecho, y sin duda que tenían sus razones. No se dejó de decir misas; sin embargo el campesino continuó con la misma vida sin dar pruebas de enmienda. Después de varias asambleas de los principales del lugar, los sacerdotes y los religiosos, se sacó la conclusión que, según no sé qué antiguo ceremonial, había que esperar que pasasen nueve días después del entierro.

“El décimo día se dijo una misa en la capilla en que estaba el cuerpo, a fin de expulsar al demonio que creían que estaba dentro de él. Lo desenterraron después de la misa, y se sintieron en la obligación de arrancarle el corazón. El verdugo del lugar, bastante viejo y muy torpe, empezó por abrir el vientre en vez del pecho; buscó mucho tiempo en las entrañas, sin encontrar lo que buscaba. Por fin alguien le advirtió que había que perforar el diafragma, y extrajo el corazón entre la admiración de los asistentes. El cadáver, sin embargo, olía tan mal que hubo que encender incienso; pero el humo confundido con las exhalaciones de la carroña no hizo más que aumentar el hedor, y comenzó a recalentar el cerebro de esas pobres gentes.

”El espectáculo les había impresionado grandemente, hasta el punto de que empezaron a ver visiones; se les ocurrió decir que salía humo espeso del cuerpo. No nos atrevíamos a decir que era el del incienso. No gritaban más que «¡Brucolaco!» en la capilla y en la plaza que había delante. (Es el nombre que dan a esos presuntos revinientes.) La voz se extendía en bramidos por las calles, y el grito parecía a punto de quebrar la bóveda de la capilla. Varios de los

asistentes aseguraban que la sangre de ese desgraciado era muy roja; el verdugo juraba que el cuerpo estaba todavía caliente; de donde concluyeron que el muerto había cometido el engaño de no estar muerto del todo, o, mejor dicho, de haberse dejado reanimar por el diablo. Esa es precisamente la idea de un brucolaco; hacían resonar el nombre de una manera abrumadora. En ese instante entró una multitud de gentes diciendo a gritos que se habían dado bien cuenta de que el cuerpo no estaba rígido cuando lo llevaron del campo a la iglesia para enterrarlo, y que, en consecuencia, era un verdadero brucolaco; ése era el estribillo.

”No dudo que no hubiesen sostenido que no apestaba, si no hubiésemos estado presente, tanto esas pobres gentes estaban aturdidas por el asunto y se creían lo del retorno de los muertos. Por lo que a nosotros respecta, que estábamos junto al cadáver para poder observarlo más exactamente, estuvimos a punto de desmayarnos del gran hedor que despedía. Cuando nos preguntaron lo que pensábamos del muerto, respondimos que lo creíamos pero que muy muerto; pero, como queríamos curar, o, por lo menos, no agriar más sus imaginaciones alteradas, tratamos de hacerles ver que no resultaba sorprendente que el verdugo hubiese notado cierto calor al buscar en unas entrañas que se estaban pudriendo; que no era extraordinario que hubiesen salido algunos vapores, ya que salían al remover un estercolero; que, respecto a esa presunta sangre bermeja, se podía todavía ver en las manos del verdugo que no era más que cieno hediondo.

”Después de estos razonamientos, fueron de la opinión que había que ir a la marina y quemar el corazón del muerto, que, a pesar de este expediente, fue menos dócil y provocó todavía mayor alboroto que antes. Lo acusaban de pegar a la gente por la noche, de derribar las puertas y hasta las terrazas, de romper las ventanas, de rasgar las vestimentas, de vaciar las botellas y las garrafas. Era un muerto muy inquieto. Creo que no dispensó sino la casa del cónsul en que nos alojábamos. Con todo, no he visto nada tan lamentable como el estado en que estaba toda la isla.

”Todo el mundo tenía la imaginación trastornada. Las gentes de mejor espíritu aparecían tan alteradas como los demás; era una verdadera enfermedad del cerebro, tan peligrosa como la manía o la rabia. Se veía a familias enteras abandonar sus casas, y venir de las extremidades del lugar a plantar sus jergones en la plaza para pasar allí la noche. Cada cual se quejaba de algún nuevo insulto. No era más que gemir a la entrada de la noche; sólo los más sensatos se retiraban al campo.

”En un estado de prevención tan general tomamos el partido de no decir nada; no solamente nos hubiesen tratado de ridículos, sino hasta de infieles. ¿Cómo hacer volver en sí a todo un pueblo? Los que creían en su interior que dudábamos de la verdad del hecho se acercaban a nosotros para reprocharnos nuestra incredulidad, y pretendían probarnos que existían los brucolacos por algunas autoridades sacadas del padre Richard, misionero jesuita. «Es latino, decían, y por tanto lo debéis creer». No habríamos avanzado nada con negar la consecuencia; todas las mañanas nos daban la comedia con un fiel relato de las nuevas locuras cometidas por ese pájaro nocturno; lo acusaban incluso de haber cometido los más abominables pecados.

”Los ciudadanos más celosos del bien público creían que se había errado en el punto esencial de la ceremonia. Según ellos, no había que haber celebrado la misa más que después de haberle arrancado el corazón a ese desgraciado; pretendían que, habiendo tomado esa precaución, no habrían fallado en sorprender al diablo, que sin duda no habría tenido ocasión de volver, mientras que, habiendo comenzado por la misa, decían que había tenido todo el tiempo para huir y volver luego con tranquilidad.

”Después de todos esos razonamientos, se encontraron en el mismo atolladero que el primer día; se reunían mañana y noche, deliberaban, se hicieron procesiones durante tres días y tres noches, obligaron a ayunar a los popes, a los que se veía correr por las casas hisopo en mano, echando agua bendita y rociando las puertas; tenían siempre en la boca a ese pobre brucolaco. Insistimos tanto a la administración

del lugar que en un caso semejante no se dejaría en toda la cristiandad de hacer la ronda de noche, para observar lo que pasaba en el pueblo, que al fin detuvieron a algunos vagabundos, que seguramente tenían parte en los desórdenes. Pero al parecer no eran los principales responsables, o bien se les soltó demasiado pronto; pues dos días después, para compensarse del ayuno que habían hecho en prisión, volvieron a vaciar las garrafas de vino de los que eran bastante tontos para abandonar sus casas por la noche. Se vieron, por tanto, obligados a volver a las plegarias.

”Un día cuando recitaban ciertas oraciones, después de haber clavado no sé cuántas espadas desnudas en la fosa del cadáver, que desenterraban tres o cuatro veces al día, según el capricho del primero que llega, a un albanés que ocasionalmente se encontraba en Micón se le ocurrió decir con tono doctoral que resultaba ridículo en caso semejante que se sirviesen de espadas cristianas. «¿No veis, pobres ciegos, decía, que la guarda de las espadas, al hacer una cruz con la empuñadura, impide que el diablo salga del cuerpo? ¿Por qué no utilizáis mejor sables turcos?» La opinión de este hábil hombre no sirvió de nada. El brucolaco no se hizo más tratable, y todo el mundo continuaba en una extraña consternación; no sabían a qué santo encomendarse, cuando con una sola voz, como si hubiesen dado la señal, se pusieron a gritar por todo el pueblo que era demasiado esperar; que había que quemar al brucolaco completamente; que después de eso desafiaban al diablo a que volviese a anidarse; que más valía recurrir a este extremo que no dejar que se volviese la isla desierta. En efecto, familias enteras emprendían el vuelo en dirección a Sira o a Tine.



John Henry Fuseli, La pesadilla (1781).

”Llevaron, pues, el brucolaco por orden de la administración a la punta de la isla de san Jorge, donde habían preparado una hoguera enorme, a la que arrojaron los restos de ese desgraciado cadáver, que se consumieron en poco tiempo. Era el primer día de enero de 1701. Divisamos el fuego volviendo de Delos. Se le podía bien denominar una auténtica fogata de fiesta, porque no se volvieron a escuchar quejas contra el brucolaco; se limitaban a decir que esta vez sí que habían atrapado al diablo, y hasta se hizo alguna que otra canción para ridiculizarlo.

”En todo el archipiélago están persuadidos que el diablo solamente reanima los cadáveres de los griegos del rito ortodoxo. Los habitantes de la isla de Santorín tienen mucho miedo a los hombres lobos; los de Micón, una vez que se habían disipado sus visiones, temían igualmente tanto las indagaciones de los turcos como las del obispo de Tine. Ningún pope quiso estar presente en san Jorge cuando quemaron el cuerpo, temiendo que el obispo no exigiese una suma de dinero por haber desenterrado y quemado el muerto sin su permiso.

Respecto a los turcos, en la primera visita que hicieron no dejaron de hacerle pagar a la comunidad de Micón la sangre de ese pobre diablo que se había convertido en la abominación y el horror de su lugar. Después de esto ¿no hay que confesar que los griegos de hoy no son los grandes griegos de antaño, no encontrándose en ellos más que ignorancia y superstición?”. Hasta aquí el señor de Tournefort.

33
¿Puede el demonio causar la muerte después de devolverle la vida al muerto?

SUPONIENDO EL PRINCIPIO que hemos establecido como indudable al comienzo de esta disertación, que sólo Dios es el árbitro soberano de la vida y de la muerte, que sólo Él puede darle la vida a los hombres y devolvérsela después de habérsela quitado, la cuestión que aquí proponemos parecería fuera de lugar y absolutamente frívola, ya que apunta a una suposición notoriamente imposible.

Sin embargo, como algunos sabios han creído que el demonio tiene el poder de devolver la vida y de preservar de la corrupción durante cierto tiempo a algunos cuerpos de que se sirve para engañar a los hombres y atemorizarlos, como sucede con los revinientes de Hungría, la trataremos a continuación, y referiremos un ejemplo sorprendente suministrado por el señor Nicolás Remy, procurador general de Lorena[86], y sucedido en su tiempo, es decir, en 1581 en Dalhem, pueblo situado entre el Mosela y el Sarre. Un tal Pedro, pastor del lugar, casado y con un hijo, cayó perdidamente enamorado de una joven del mismo pueblo; un día en que estaba pensando en ella, la joven se le apareció en el campo, si es que no era el demonio con su misma figura. Pedro le descubrió su pasión; ella le prometió

corresponderle a condición de que se entregase a ella y la obedeciese en todas las cosas. Pedro consintió, y consumó su abominable pasión con el espectro. Algún tiempo después, Abrahel, éste era el nombre del demonio, le pidió en prueba de su amor que le sacrificase a su hijo único; y ella le dio una manzana para que se la diese a comer al muchacho, que, una vez que la hubo probado, cayó muerto en redondo. El padre y la madre, desesperados con el funesto accidente, se lamentaban inconsolables.



El vampiro exterminador y su maestro, grabado de Baron fechado en París en 1841.

Abrahel se apareció de nuevo al pastor, y le prometió devolverle al muchacho con vida, si el padre accedía a pedírselo, rindiéndole el culto de adoración que no se debe sino a Dios. El campesino se puso de rodillas, adoró a Abrahel, y en seguida el niño empezó a revivir. Abre los ojos, lo reaniman, le frotan los miembros, hasta que, al fin, empieza a andar y a hablar; era el mismo de antes, pero más delgado, más pálido, más descompuesto, los ojos hundidos, los movimientos más lentos y azorados, el espíritu más pesado y estúpido. Al cabo de un año el demonio que lo animaba lo abandonó con un gran estrépito;

el muchacho cayó fulminado, el cuerpo infectado despidiendo un hedor insoportable, hasta el punto de que tuvieron que sacarlo de la casa arrastrándolo con un gancho, y enterrarlo sin ceremonia en el campo.

Comunicaron el suceso en Nancy para que lo examinasen los magistrados, que se informaron del hecho con exactitud, escucharon a los testigos, y hallaron que la cosa era tal como acabamos de referirla. Por lo demás la historia no nos dice cómo castigaron al campesino, ni si lo hicieron siquiera. Quizá no pudieron constatar el crimen que había cometido con el demonio incubo, ni había probablemente ningún testigo. Respecto a la muerte de su hijo, resultaba difícil probar que fuese el autor.

Procopio, en su historia secreta del emperador Justiniano, dice con toda seriedad que está persuadido, así como varios otros, que ese emperador era un demonio encarnado. Sostiene lo mismo de la emperatriz Teodosia, su esposa. Josefo, el historiador judío, dice que las almas de los impíos y de los malvados entran en los cuerpos de los posesos, para atormentarlos y hacer que hablen y que se muevan.

Vemos por san Juan Crisóstomo que en su época diversos cristianos creían que las almas de los muertos de muerte violenta se convertían en demonios, y que los magos se servían del alma de un niño al que habían dado muerte para sus operaciones mágicas y para averiguar el porvenir. San Filastro incluye entre los herejes a los que creían que las almas de los perversos se convertían en demonios.

Según el pensamiento de estos autores, el demonio pudo entrar en el cuerpo del niño del pastor Pedro, moverlo y mantenerlo en una especie de vida, mientras que el cuerpo no se hubiese corrompido ni estropeado los órganos; no era el alma del niño el que lo animaba, sino el demonio que hacía las veces del alma.

Filón creía que, así como hay ángeles buenos y malos, había también almas buenas y malas, y que las almas que descienden a los cuerpos traen consigo sus buenas o malas cualidades.

Vemos por el Evangelio que los judíos del tiempo de Nuestro Señor creían que un hombre podía estar animado por varias almas. Herodes se imaginaba que el alma de Juan Bautista, al que había hecho

decapitar, había entrado en Jesucristo[87] y operaba en él los milagros. Otros se imaginaban que a J. C. lo animaba el alma de Elías [88] o de Jeremías o de algún otro de los antiguos profetas.

34
Examen de la opinión que pretende que el demonio puede devolverle el movimiento a un muerto

No podemos aprobar las opiniones de los judíos que acabamos de exponer. Son contrarias a nuestra santa religión y a los dogmas de nuestras escuelas. Pero creemos que el espíritu que animó a Elías, por ejemplo, descansó luego sobre su discípulo Elíseo; y que el santo espíritu que animaba al primero, animó también al segundo, e incluso a san Juan Bautista, que, según la palabra de J. C., vino con la virtud de Elías para preparar la venida del Mesías. Del mismo modo, en las oraciones de la iglesia se ruega a Dios que llene a los fieles con el espíritu de los santos, y que les inspire el amor de lo que han amado y el horror de lo que han odiado.

Que el demonio, o, incluso, un ángel bueno, con el permiso o por el mandato de Dios, puedan quitarle la vida a un hombre, parece indudable. El ángel que se apareció a Séfora[89], cuando Moisés volvía de Madián a Egipto, y que amenazó con matar a sus dos hijos porque no estaban circuncidados, Io mismo que el que mató a los primogénitos de los egipcios[90], y el que llaman las escrituras el ángel exterminador, que hirió de muerte a los hebreos que murmuraban en el desierto[91], y el que quiso matar a Balam y a su asna[92] , en fin, el que mató a los soldados del ejército de Senaquerib, y el que dio muerte

a los siete primeros maridos de Sara, hija de Ragüel[93] , y aquél con el que el salmista amenaza a sus enemigos[94] : Et Angelus Domini persequens eos.

San Pablo, hablando a los corintios de los que comulgaban indignamente[95] , ¿no dice que el demonio les causaba enfermedades peligrosas, de las que algunos morían? Ideo ínter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. ¿Creeremos que los que el mismo apóstol entregó a Satanás[96] no sufrieron nada en sus cuerpos, y que Judas, habiendo recibido del Hijo de Dios un bocado mojado en la salsa[97] , y habiendo entrado en su cuerpo Satanás, no le turbó el mal espíritu el sentido, la imaginación y el corazón, y no le condujo al fin a su destrucción y a colgarse de desesperación?

Podemos pensar que todos ésos eran ángeles malos; aunque no se pueda negar que no emplee Dios también algunas veces a los ángeles buenos para cumplir su venganza contra los malvados, y hasta para mortificar, corregir y castigar a los que quiere Dios hacer misericordia, como envía a los profetas para que anuncien buenas y malas noticias, para que amenacen y exciten a la penitencia.

Pero no leemos en ninguna parte que los ángeles, ni buenos ni malos, tengan nunca autoridad suficiente para dar o devolver la vida a nadie. Este poder está reservado sólo a Dios[98] : Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit. El demonio, según el Evangelio[99], en los últimos tiempos y antes del juicio final, hará por sí mismo o por el Anticristo y sus secuaces, prodigios capaces de inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos. Desde el tiempo de Jesucristo y de sus apóstoles, Satán suscitó falsos Cristos y falsos apóstoles, que hicieron diversos milagros aparentes, que incluso resucitaron a los muertos, o por lo menos sostenían que los habían resucitado. San Clemente de Alejandría y Hegesipo mencionan algunas resurrecciones operadas por Simón Mago[100]; también se dice que Apolonio de Tiana resucitó a una muchacha que llevaban a enterrar. Si creemos a Apuleyo[101], Asclepíades, que se había encontrado con un cortejo fúnebre, resucitó a un muerto que llevaban a la pira. Se asegura que Esculapio devolvió la vida a Hipólito, hijo de Teseo, a Glauco, hijo de Minos, a Capaneo, muerto en el asalto de

Tebas, a Admeto, rey de Feras en Tesalia. Eliano atestigua[102] que el mismo Esculapio unió la cabeza al cuerpo de una mujer, devolviéndole la vida.

Pero, cuando tuviésemos la certidumbre de todos los hechos que acabamos de citar, quiero decir, cuando estuviesen atestiguados por testigos oculares instruidos y desinteresados, lo que no es de ningún modo el caso, todavía sería preciso conocer las circunstancias de esos sucesos, y sólo entonces estaríamos en disposición de poder contestarlos o de asentir a ellos; pues existe toda la apariencia de que los muertos resucitados por Esculapio no eran más que gentes muy peligrosamente enfermas, a las que ese hábil médico devolvió la salud. La muchacha resucitada por Apolonio de Tiana no estaba muerta del todo; los mismos que la llevaban a la pira dudaban que hubiese fallecido. Lo que se dice de Simón Mago no es de ningún modo cierto y, aunque ese impostor hubiese hecho con ayuda de los secretos de la magia algunos prodigios en personas muertas o tenidas por tales, habría que imputarlo a sus artificios, por los que sutilmente habría sustituido por cuerpos vivos o puramente aparentes los muertos a que se vanagloriaba haber devuelto la vida. En una palabra, tenemos por indubitable que solamente Dios puede darle la vida a un muerto de verdad, bien inmediatamente por sí mismo, o por medio de los ángeles o de los demonios ejecutores de su voluntad.

Confieso que el ejemplo del muchacho de Dalhem es embarazoso. Que haya sido el alma del muchacho que haya vuelto al cuerpo para animarlo de nuevo, o el demonio que le haya servido de alma, me parece igualmente embarazoso; no se ve en todo ese suceso más que la obra del espíritu maligno. Dios no parece haber tenido parte. Entonces, si el demonio puede ocupar el lugar del alma en un cuerpo recientemente fallecido, o si puede hacer que vuelva el alma que lo animaba antes del fallecimiento, en ese caso no podremos contestarle el poder de devolverle a los muertos una especie de vida: lo que sería una terrible tentación para nosotros, que nos induciría a creer que el demonio tiene un poder que la religión no nos permite pensar que Dios comparta con ningún ser creado.

Diría entonces que, supuesta la verdad del hecho, del que no veo ninguna forma de dudar, que Dios, para castigar el abominable crimen del padre y para dar a los hombres un ejemplo de su justa venganza, permitió al demonio hacer en aquella ocasión lo que no ha hecho quizá nunca y no volverá a hacer, poseer un cuerpo y servirle de alguna forma de alma, para darle acción y movimiento mientras pudo conservarlo sin corromperse demasiado.

Y este ejemplo puede aplicarse de maravilla a los revinientes de Hungría y de Moravia, que el demonio mueve y reanima, haciendo que se aparezcan a los vivos para atormentarlos y causarles la muerte. Digo esto en el supuesto de que lo que se cuenta de los vampiros sea verídico; pues si todo es falso y fabuloso, es perder el tiempo buscar el medio de explicarlo.

Por lo demás, diversos autores antiguos, como Tertuliano y Lactancio[103], creyeron que eran los demonios los únicos autores de lo que hacen los magos al evocar las almas de los muertos. Dicen que hacen aparecer unos fantasmas o cuerpos de que se sirven para fascinar los ojos de los asistentes y hacerles tomar por verdadero lo que no es más que aparente.

35
Ejemplos de fantasmas que se han aparecido vivos y que han dado diversas señales de vida

LE LOYER, EN SU LIBRO de los espectros, sostiene[104] que el demonio puede provocar movimientos extraordinarios e involuntarios en los posesos. Puede, en consecuencia, con el permiso de Dios, darle el movimiento a un hombre muerto e insensible.

Refiere el ejemplo de Policleto, magistrado de Etolia, que se apareció al pueblo de Lócrida nueve o diez meses después de su muerte para pedirles que le mostrasen a su hijo, que era monstruoso y que querían quemar con su madre. Como los locrenses, a pesar de las reconvenciones del espectro de Policleto, persistiesen en su resolución, Policleto cogió al niño, le despedazó y lo devoró, no dejando más que la cabeza, sin que el pueblo pudiese hacer nada por impedirlo: después de lo cual desapareció. Los etolios querían enviar a consultar al oráculo de Delfos; pero la cabeza del niño empezó a hablar y a predecirles las desgracias que debían sucederle a su patria y a su propia madre.

Después de la batalla habida entre el rey Antíoco y los romanos, un oficial llamado Buptages, que había quedado muerto en el campo de batalla con doce heridas mortales, se levantó de repente y se puso a amenazar a los romanos con los males que debían sucederles por parte de los pueblos extranjeros que iban a destruir el imperio romano. En particular señaló que vendrían de Asia unos ejércitos para asolar Europa, lo que podía indicar la irrupción de los turcos en las tierras del imperio romano.

Después de esto, Buptages se subió a un roble y predijo que lo iba a devorar un lobo, lo que sucedió. Después de que el lobo hubo devorado el cuerpo, todavía habló la cabeza a los romanos y les prohibió que le diesen sepultura. Todo esto parece sumamente increíble, y no se cumplió, pues no fueron los pueblos de Asia, sino los del Norte, los que hundieron el imperio romano.

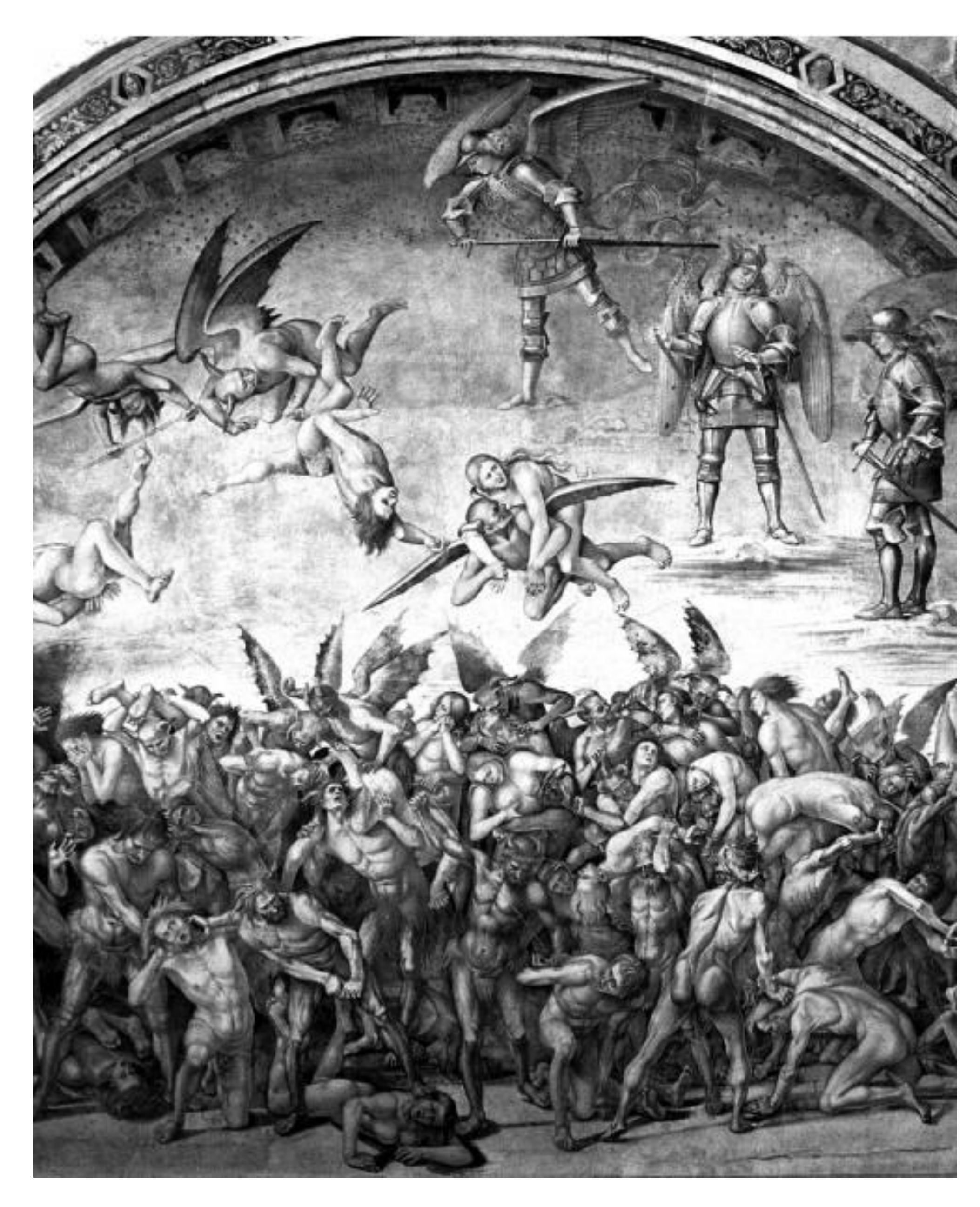
En la guerra de Augusto contra Sexto Pompeyo, hijo del gran Pompeyo[105], cortaron la cabeza por orden del joven Pompeyo a un soldado de Augusto llamado Gabinio, pero de tal suerte que todavía la cabeza permaneció unida al cuello por un leve hilo. Al anochecer oyeron quejarse a Gabinio. Acudieron. Gabinio dijo que había vuelto de los infiernos para descubrirle a Pompeyo cosas muy importantes. Pompeyo juzgó que no valía la pena venir; se limitó a enviar a alguno de sus gentes, al que Gabinio declaró que los dioses de lo alto habían

cumplido los destinos de Pompeyo y que triunfaría en sus designios. En seguida que hubo hablado así, quedó muerto en el acto. Tampoco se cumplió esta predicción. Pompeyo fue vencido, y César se llevó toda la victoria.

Habiendo muerto cierta charlatana, un mago de la pandilla le puso bajo las axilas un sortilegio que le devolvió el movimiento; pero otro mago que lo había visto exclamó que no era más que una vil carroña, y en el acto se murió y apareció lo que ella era en efecto.

Habiendo poseído varios diablos a Nicolasa Aubri, natural de Vervins, uno de los diablos, llamado Baltazo, cogió de la horca el cuerpo de un ahorcado cerca de la llanura de Arlon, y con el cuerpo vino al encuentro del marido de Nicolasa Aubri, al que prometió librar a su mujer de la posesión si quisiera dejarle pasar la noche con ella. El marido consultó al maestro de la escuela, que se entrometía a exorcizar, y que le dijo que se guardase muy mucho de conceder lo que se le pedía. Habiendo entrado en la iglesia el marido y Baltazo, la mujer posesa lo llamó por su nombre e inmediatamente Baltazo desapareció. Conjurando el maestro de escuela a la posesa, Belzebut, uno de los demonios, reveló lo que hubiese hecho Baltazo, el cual, si el marido le hubiese concedido lo que le pedía, se hubiese llevado a Nicolasa Aubri en cuerpo y alma.

Le Loyer refiere todavía[106]cuatro ejemplos más de gentes a las que el demonio pareció que devolvía la vida para satisfacer la pasión brutal de dos amantes.



Fresco de Luca Signorelli sobre el Juicio Final, pintado entre 1499 y 1505 en el duomo de Orvieto e inspirado en la Divina Comedia de Dante.

36
Conjuro para causar la muerte practicado por los paganos

LOS ANTIGUOS PAGANOS griegos y romanos atribuían a la magia y al demonio el poder de causar la muerte utilizando una especie de sacrificio, que consistía en formar una imagen de cera que se pareciese lo más posible a la persona a la que se quería quitar la vida: la consagraban a la muerte por los secretos de la magia, después quemaban la estatua de cera y, a medida que se consumía, la persona a la que estaba dedicada caía en un estado de languidez al cabo del cual moría. Teócrito[107] hace hablar a una mujer transportada de amor; ella invoca al aguzanieves, y ruega que el corazón de su bien amado Dafnis se funda como la imagen de cera que lo representa.

Horacio[108] nos muestra a dos magas que quieren evocar a los Manes para que anuncien las cosas por venir.

Primeramente ellas desgarran con los dientes a una ovejita cuya sangre vierten en una fosa para que vengan las almas cuyas respuestas pretenden. A continuación colocan junto a ellas dos estatuas, una de cera, otra de lana; ésta es más grande y la dueña de la otra; la de cera está a sus pies en posición suplicante, no esperando más que la muerte. Luego de diversas ceremonias mágicas, la imagen de cera fue abrasada y consumida.

Lanea et effigies erat, altera cerea: major lanea, quae poenis compesceret inferiorem. Cecea suppliciter stabat, servilibus ut quae jam peritura modis... Er imagine cerea largior ars erit ignis.

Habla de ello todavía en otro lugar; y después de haberle dado con un tono burlón sus quejas a la maga Canidia, diciendo que está dispuesto a hacerle reparación de su honor, confiesa que siente todos los efectos de su arte poderoso en demasía, como él mismo ha experimentado, para dar movimiento a las figuras de cera y para hacer que descienda la luna de lo alto del cielo.

Anque movere ceceas imagines,
ut ipse nosti curiosits, et polo
deripere lunam.

Virgilio habla también[109] de estas operaciones diabólicas, y de las imágenes de cera, consagradas por el arte de la magia.

Limus ut hic durescit, et haec ut cera liquescit
uno eodemque igni: sic postro Daphnis amore.

Hay un lugar para creer que los poetas no refieren estas cosas más que para mostrar lo ridículo de los presuntos secretos de la magia, y las vanas e impotentes ceremonias de los brujos.

Pero no se puede dejar de convenir que, por vanas que sean todas estas prácticas, no se hayan utilizado en la antigüedad, y que cantidad de gente no les hayan dado fe y temido con locura sus efectos.

Luciano cuenta los efectos[110] de la magia en un cierto hiperbóreo, que, habiendo formado con tierra un Cupido, le dio vida y lo envió a buscar a una muchachita llamada Criseida, de la que un joven se había enamorado. El Cupidillo la trajo, y al día siguiente al amanecer la luna, que el mago había hecho descender del cielo, volvió a él. Hécate, que había evocado del fondo del infierno, se alejó, y todo el resto de la escena desapareció. Luciano se burla con razón de todo ello, y hace notar que los magos, que se enorgullecen de tener tanto poder, no lo ejercen de ordinario más que con mendigos, y lo son ellos mismos.

Los más antiguos ejemplos de estos conjuros son los que se nos cuentan en el Antiguo Testamento. Dios ordena a Moisés que dé el anatema a los cananeos del reino de Arad[111] . Da también el anatema a todos los pueblos del país de Canán[112] . Balac, rey de Moab[113] , manda a buscar al adivino Balam para que maldiga y conjure al pueblo de Israel: "Ven, le dice por sus mensajeros, y maldíceme al pueblo de Israel, pues sé que es bendito aquel a quien tú bendices, y maldito aquel a quien maldices tú".

Hallamos en la historia ejemplos de maldiciones, conjuros y evocaciones de los dioses tutelares de las ciudades por obra de la magia. Los antiguos guardaban muy secretamente los nombres propios de las ciudades[114] , por temor de que viniesen en conocimiento de los enemigos, y que éstos pudiesen utilizarlos en sus evocaciones, las cuales, en su opinión, no tenían ninguna fuerza a menos que se expresase el auténtico nombre de la ciudad. Los nombres ordinarios de Roma, Tiro y Cartago no eran sus verdaderos

y secretos nombres. Roma, por ejemplo, se llamaba Valentía, nombre conocido por muy pocas personas; y castigaron severamente a Valerio Sorano por haberlo revelado.

Macrobio[115] nos ha conservado la fórmula de un conjuro solemne de una ciudad y de las imprecaciones que hacían contra ella, consagrándola a algún dañino y peligroso demonio. Encontramos en los poetas paganos un gran número de estas invocaciones y de estos conjuros mágicos para inspirar una pasión peligrosa o para causar enfermedades. Resulta sorprendente que estas supersticiones y abominables prácticas hayan pasado al cristianismo, y que las hayan temido personas que deberían reconocer la vanidad e impotencia de las mismas.

Tácito cuenta[116] que a la muerte de Germánico, al que decían que habían envenenado Pisón y Plautina, encontraron enterrados en las muralla huesos de cuerpos humanos, conjuros y encantamientos o versos mágicos, con el nombre de Germánico grabado en láminas de plomo embadurnadas con sangre corrompida, cenizas semiquemadas y otros maleficios, por la virtud de los cuales creían que podían evocar las almas.

37
Ejemplos de conjuros entre los cristianos

HÉCTOR BOECIO[117] en su Historia de Escocia cuenta que, habiendo caído enfermo el rey de este país, Dussus, de una enfermedad desconocida para los médicos, se consumía lentamente de fiebre, pasando las noches sin dormir y enflaqueciendo insensiblemente: el cuerpo se le inundaba de sudor todas las noches; se volvía cada vez

más débil, lánguido y moribundo, sin que sin embargo notasen en su pulso ninguna alteración. Hicieron todo lo posible por aliviarlo, pero inútilmente. Desesperaban por su vida, y sospechaban que hubiese habido un maleficio. Mientras tanto, los pueblos de Murray, cantón de Escocia, se amotinaron, no dudando que el rey hubiese de sucumbir pronto a su enfermedad.

Se extendió un sordo rumor de que el rey había sido embrujado por unas magas que moraban en Forrés, pequeña ciudad de la Escocia septentrional. Enviaron gentes para detenerlas; las sorprendieron en sus casas, cuando una de ellas rociaba la figura de cera del rey Dussus, colocada en un asador de madera puesto delante de un gran fuego, ante el cual ella recitaba ciertas oraciones mágicas, y aseguraba que, a medida que la figura de cera se fundiese, el rey iría perdiendo sus fuerzas, hasta que al fin moriría cuando la figura se hubiese fundido por completo. Las mujeres declararon que las habían comprometido a hacer estos maleficios los principales del país de Murray, que no esperaban más que la muerte del rey para hacer estallar la revuelta.

En seguida detuvieron a las magas, y las hicieron morir en las llamas. El rey fue mejorando desde entonces, y en pocos días estuvo por entero restablecido. La narración se encuentra también en la historia de Escocia de Bucanan, que dice haberla sabido por sus antepasados.

Se hace vivir al rey Dussus en torno al año 960, y el que ha anotado el texto de estos historiadores reconoce que el uso de hacer fundir por arte mágico imágenes de cera para causar la muerte de determinadas personas no era de ningún modo desconocido de los romanos, como se ve en Virgilio y en Ovidio, y en numerosos ejemplos que hemos referido. Pero hay que confesar que todo lo que se cuenta al respecto es muy sospechoso; no que se hayan encontrado magos y magas que han tratado de causar la muerte de personas de consideración por esta clase de medios, y que hayan atribuido su efecto al demonio; sino que no existe la más mínima apariencia de que alguna vez hayan conseguido sus propósitos. Pues, si los magos poseían el secreto de hacer perecer de esta forma a todos los que quisiesen, ¿cuál es el príncipe, señor o prelado que hubiese estado a salvo? Si podían

hacerlos morir a fuego lento, ¿por qué no exterminarlos de repente arrojando al fuego la figura de cera? Y ¿quién puede haber dado este poder al demonio? ¿Diremos que el Todopoderoso para que pueda así satisfacer la venganza de una mujercilla, o los celos de un amante desdeñado o de una amante?

El señor de S. André, médico del rey, en sus cartas sobre los maleficios, trata de explicar los efectos de estos conjuros, supuesto que sean verdaderos, por el flujo de los espíritus que salen de los cuerpos de los magos y de las magas, y que, unidos a las pequeñas partículas que se desprenden de la cera y a los átomos del fuego que los vuelven todavía más activos, se comunicarían a la persona a la que se trata de perjudicar, causándole sensaciones de calor y de dolor más o menos fuertes, según que la acción del fuego fuese más o menos violenta. Pero no me parece que este hombre hábil encuentre a muchos que compartan su opinión. Lo más sencillo sería, para mí, negar los efectos de los maleficios; pues, si sus efectos son reales, son inexplicables para la física, y no pueden ser atribuidos más que al demonio.



Grabado romántico de autor anónimo.

Leemos en la historia de los arzobispos de Tréveris que, habiendo amenazado Eberardo, arzobispo de esta iglesia muerto en 1067, con expulsar a los judíos de la ciudad, si en un cierto plazo no abrazaban el cristianismo, estos desgraciados llevados por la desesperación sobornaron a un eclesiástico, que, mediante dinero, les bautizó con el nombre del obispo una estatua de cera, a la que pegaron velas y mechas que encendieron el sábado santo cuando el prelado iba a dar solemnemente el bautismo.

Mientras estaba ocupado en este santo ministerio, habiéndose consumido la mitad de la estatua, Eberardo se sintió extremadamente mal; lo condujeron a la sacristía, donde expiró poco después.

El Papa Juan XXII en 1317 se quejaba en cartas públicas que unos malvados habían atentado Grabado romántico de autor anónimo. contra su vida con operaciones

semejantes; parece persuadido de su eficacia, y que solamente la protección particular de Dios lo ha preservado de la muerte. "Os hacemos saber, dice, que algunos traidores han conspirado contra nosotros y contra algunos de nuestros hermanos cardenales, y han preparado brebajes e imágenes para hacernos perecer, de lo que han buscado a menudo la ocasión; pero Dios nos ha preservado siempre". La carta es del 27 de julio.

Desde el 27 de febrero, el Papa había dado comisión de informar sobre estos envenenadores; su carta está dirigida a Bartolomé, obispo de Fréjus, que sucedió al Papa en la Santa Sede, y a Pedro Tessier, doctor en decreto, que después sería cardenal. El Papa dice en substancia: "Hemos sabido que Juan de Limoges, Jaime, alias Crabaçon, Juan d'Amant, médico, y otros se aplican con condenable curiosidad a la necromancia y a otras artes mágicas, de que tienen diversos libros; que se han servido a menudo de espejos e imágenes consagradas a su manera; que, metiéndose dentro de unos círculos, han invocado con frecuencia a los malos espíritus para hacer perecer a los hombres por la violencia de los encantamientos, o para enviarles enfermedades que abrevien sus días. A veces han encerrado a los demonios en espejos, círculos o anillos para interrogarlos, no solamente sobre el pasado, sino también sobre el porvenir y hacer

predicciones. Pretenden haber realizado diversas experiencias en estas materias, y no temen asegurar que pueden, no solamente con ciertos brebajes y comidas, sino por medio de simples palabras, abreviar o alargar la vida, quitarla por entero o curar todo tipo de enfermedades”.

El Papa dio una comisión semejante el 22 de abril de 1317 al obispo de Riès, al ya citado Pedro Tessier, a Pedro Després y a otros dos más para que informasen de la conjuración formada contra él y los cardenales, y en esta comisión dice: “Han preparado brevajes para envenenarnos a nosotros y a algunos cardenales, y, como no han encontrado el medio de hacérnoslos tomar, han fabricado imágenes de cera con nuestros nombres, pinchando estas imágenes en sus encantamientos mágicos y en sus invocaciones a los demonios; pero Dios nos ha preservado, y ha hecho que tres de estas imágenes cayesen en nuestras manos”.

Vemos la descripción de parejos maleficios en una carta escrita tres años después al inquisidor de Carcasona por Guillermo de Godin, cardenal obispo de Sabine, en la que dice: “El Papa os ordena que informéis y procedáis contra los que sacrifican a los demonios, los adoran o les rinden homenaje, dándoles en prueba un papel escrito o cualquiera otra cosa para ligar al demonio, o para hacer algún maleficio al invocarlo; que abusan del sacramento del bautismo, bautizando imágenes de cera o de otras materias con invocaciones a los demonios; que abusan de la eucaristía y de la hostia consagrada, o de los demás sacramentos, ejerciendo sus maleficios. Procederéis contra ellos junto con los prelados como hacéis en materia de herejía; pues el Papa os otorga el poder”. La carta está fechada en Avignon el 22 de agosto de 1320.

Al hacer el proceso de Enguerrand de Marigni, presentaron a un mago al que habían sorprendido fabricando imágenes de cera que representaban al rey Luis Hutin y a Carlos de Valois, y que pretendía hacerlos morir al pinchar o fundir las imágenes.

Se cuenta también que Cosme Rugieri, florentino, gran ateo y presunto mago, tenía una habitación secreta en la que se encerraba solo, y en la que atravesaba con una aguja una imagen de cera que

representaba al rey, luego de haberla cargado de maldiciones y conjurado con horribles encantamientos, esperando así hacer que ese príncipe muriese de languidez.

Que las conjuraciones, las imágenes de cera y las palabras mágicas produjesen o no sus efectos, en cualquier caso siempre pone de manifiesto la opinión que se tenía al respecto, la mala voluntad de los magos y el temor que se les tenía. Aunque sus encantamientos y sus imprecaciones no se hubiesen realizado, se cree al parecer tener sobre ello alguna experiencia, que hacía que se les temiese con razón o sin ella.

La ignorancia de la física hacía que entonces tomasen por sobrenaturales algunos efectos de la naturaleza; y como es cierto por la fe que Dios ha permitido a menudo a los demonios que engañen a los hombres valiéndose de prodigios y que les causen daño por medios extraordinarios, suponían sin examinarlo que existía un arte de la magia y reglas seguras para descubrir determinados secretos o provocar ciertos males por medio de los demonios, como si en Dios no hubiese estado siempre el poder de permitírselo o de impedírselo, o como si Él hubiese ratificado los pactos hechos con los malos espíritus.

Pero al examinar de cerca esa presunta magia, solamente se han encontrado envenenamientos acompañados de supersticiones y de imposturas. Todo lo que acabamos de referir de los efectos de la magia, de los encantamientos, de la brujería, de que se pretendía causar tan terribles efectos en los cuerpos y en los bienes de los hombres, todo lo que se cuenta de los conjuros, de las evocaciones, de las figuras mágicas que eran consumidas por el fuego, y que causaban la muerte de las personas conjuradas y encantadas; todo esto no se relaciona sino muy indirectamente con la materia de los vampiros que aquí tratamos: a menos que se diga que a los revinientes se les suscita y evoca por medio del arte mágico, y que las personas que se creen sofocadas y, en fin, heridas de muerte por los vampiros no sufren esas penalidades más que por la malicia del demonio, que hace que se aparezcan sus parientes muertos y que les produzcan todos esos efectos; o simplemente que altera la imaginación de las personas a las

que les suceden esas cosas, haciéndoles creer que son sus parientes muertos los que vienen a atormentarlos y a causarles la muerte, aunque no haya en todo esto más que la obra de una imaginación sumamente alterada.

Podemos también relacionar con las historias de los revinientes lo que se cuenta de ciertas personas que se prometieron volver después de la muerte, para darse noticias de lo que pasa en la otra vida y del estado en que en ella se encuentran.

38
Ejemplos de personas que se prometieron darse noticias del otro mundo después de la muerte

Es célebre en la historia del marqués de Rambouillet, que se apareció después de la muerte al marqués de Précy. Estos dos señores, conversando sobre las cosas de la otra vida, como gentes que no estaban muy persuadidos de lo que se decía al respecto, se prometieron el uno al otro que el primero de los que muriese vendría a darle noticias al otro. El marqués de Rambouillet partió para Flandes, donde entonces había guerra, y el marqués de Précy se quedó en París preso de una gran fiebre. Seis semanas después y en pleno día, escuchó correrse las cortinas de su lecho y, volviéndose para ver quién era, vio delante de él al marqués de Rambouillet. Se levantó de la cama para abrazar a su amigo; pero Rambouillet, retrocediendo unos pasos, le dijo que había venido para cumplir la palabra que le había dado; que todo lo que se decía de la otra vida era muy cierto, y

que debía cambiar de conducta, pues en el primer peligro en que se encontrase perdería la vida.

Précy trató de nuevo de abrazar a su amigo, pero no abrazó sino al viento; entonces Rambouillet, viendo que no se creía lo que le estaba diciendo, le mostró el lugar en que había recibido el golpe en los riñones, de donde todavía parecía que brotaba la sangre. Précy recibió poco después por correo la confirmación de la muerte del marqués de Rambouillet, y él mismo, combatiendo poco tiempo después en la batalla del arrabal de san Antonio en París, encontró allí la muerte.

Pedro el Venerable, abad de Cluny[118], cuenta una historia bastante semejante a la que acabamos de ver. Habiendo un día un gentilhombre llamado Humberto, hijo de un señor llamado Guichard de Belioc, de la diócesis de Mácon, declarado la guerra a otros señores de la vecindad, otro gentilhombre llamado Godofredo d'Iden recibió en la refriega una herida de la que murió al instante.

Alrededor de dos meses después, este mismo Godofredo se apareció a un gentilhombre llamado Milon d'Ansa, y le rogó que le dijese a Humberto de Belioc, al servicio del cual había perdido la vida, que padecía tormentos por haberle ayudado en una guerra injusta, y por no haber expiado sus pecados antes de la muerte por medio de la penitencia; que le rogaba que tuviese compasión de él y de su propio padre Guichard, que le había dejado tan grandes bienes, de los que él abusaba, y de los que una parte había sido mal adquirida; que en verdad Guichard, padre de Humberto, había abrazado la vida religiosa en Cluny, pero que no había tenido tiempo de satisfacer a la justicia de Dios por los pecados de su vida pasada; que le conjuraba, pues, que hiciese ofrecer tanto por él como por su padre el sacrificio de la misa, que diese limosnas y que emplease las oraciones de gentes de bien para que les procurasen a uno y a otro una pronta liberación de las penas que padecían. Añadió: “Decidle que, si no os escucha, estaré obligado a ir yo mismo a anunciarle lo que acabo de deciros”.

Milon d'Ansa cumplió fielmente la comisión; Humberto se horrorizó, pero sin que se portase mejor por ello. Sin embargo, temiendo que o bien Guichard, su padre o Godofredo d'Iden viniesen a inquietarlo, no se atrevía a permanecer solo y, sobre todo durante la

noche, siempre quería tener a su lado a alguno de sus gentes. Una mañana en que estaba acostado y despierto en su lecho en pleno día, vio aparecer en su presencia a Godofredo, armado como en el día de batalla, que le mostraba la herida mortal que allí había recibido, herida que parecía todavía completamente fresca. Le reprochó vivamente por su poca piedad con él y con su propio padre, que gemía en los tormentos. "Cuidad, añadió, que Dios no os trate con rigor, y que no os rehuse la misericordia que nos rehusáis; y sobre todo guardaos de ejecutar la resolución que habéis tomado de ir a la guerra con el conde Amadeo. Si la emprendéis, perderéis los bienes y la vida".

Estaba hablando y Humberto se dispondía a responderle, cuando llegó de oír misa el escudero Vichard de Marzcy, consejero de Humberto, y en seguida el muerto desapareció. Desde ese momento Humberto se esforzó con toda seriedad por aliviar a su padre y a Godofredo, y resolvió emprender el viaje a Jerusalén para expiar sus pecados. Pedro el Venerable se había informado muy bien de todos los detalles de esta historia, que había sucedido el año que hizo el viaje a España, y que había tenido mucha repercusión en todo el país.

El cardenal Baronio[119], hombre sumamente grave y sabio, cuenta una historia que le han referido diversas personas muy sensatas, que le han oído contar a menudo, y en particular al propio Miguel Mercati al que había sucedido. Miguel Mercati, protonotario de la Santa Sede, era un hombre de probidad reconocida y muy versado, sobre todo, en la filosofía de Platón, a la que se aplicaba sin descanso en compañía de su íntimo amigo Marsilio Ficino, tan celoso como él de la filosofía de Platón.

Un día estos dos grandes filósofos conversaban sobre la inmortalidad del alma, y si ella continuaba existiendo después de la muerte del cuerpo, después de haber mucho discurrido sobre este asunto, se prometieron uno a otro, estrechándose las manos, que el primero de los dos que partiese de este mundo vendría a darle noticias al otro del estado de la otra vida.

Habiéndose así separado, sucedió poco tiempo después que, estando Miguel Mercati bien despierto y estudiando en plena mañana las mismas materias de filosofía, escuchó de repente como el ruido de

un caballero que llegase apresuradamente a su puerta, y al mismo tiempo oyó la voz de su amigo Marsilio Ficino que le gritaba: “¡Miguel, Miguel, nada es más cierto que lo que se dice de la otra vida!”. En seguida Miguel abrió la ventana y vio a Marsilio montado en un caballo blanco que se alejaba corriendo.

Miguel le gritó que se detuviese; pero continuó la carrera hasta que desapareció de su vista.

Marsilio Ficino residía entonces en Florencia, donde había muerto a la misma hora en que se había aparecido y hablado a su amigo. Éste escribió en seguida a Florencia para informarse de la verdad del hecho, y le respondieron que Marsilio había fallecido en el mismo instante en que Miguel había oído su voz y el ruido del caballo en su puerta. Desde este suceso Miguel Mercati, aunque ya antes sumamente moderado en su conducta, se convirtió en otro hombre, viviendo de una manera por completo ejemplar, como un perfecto modelo de la vida cristiana. Encontramos gran número de ejemplos semejantes en Enrique Moro, y en Josué Grandville, en su obra titulada El saduceísmo combatido.

He aquí uno sacado de la vida del beato José de Lionnise, misionero capuchino, libro 1, página 64 y siguientes. Un día que conversaba con un compañero de los deberes de la religión, de la fidelidad que pide Dios a los que se han consagrado a ella, de la recompensa que reserva a los perfectos religiosos y de la severa justicia que guarda para los servidores fieles, fray José le dijo a su compañero: “Quiero que nos prometamos mutuamente que aquel de nosotros que muera primero se aparezca al otro, si Dios lo permite, para instruirle de lo que pasa en el otro mundo y del estado en que se encuentra”. “Me parece muy bien, respondió el santo compañero, te doy mi palabra”. “Y yo la mía”, replicó fray José.

Algunos días después, el pío compañero fue atacado de una enfermedad que lo condujo a la tumba. Fray José lo sintió tanto más cuanto conocía mejor que los otros la virtud del santo religioso; no dudaba que no se fuese a realizar el acuerdo que habían hecho, ni que el muerto no se le fuese a aparecer, cuando menos lo pensase, para cumplir la promesa.

En efecto, un día en que fray José se había retirado a su celda, a primeros horas de la tarde, vio que entraba un joven capuchino horriblemente descompuesto, con el rostro pálido y descarnado, que lo saludó con una voz aguda y temblorosa. Como a la vista del espectro José se turbase un poco, “No te asustes, le dijo, vengo aquí como Dios lo ha permitido, para cumplir mi promesa, y para decirte que tengo la felicidad de encontrarme entre el número de los elegidos por la misericordia del Señor. Pero que sepas que es todavía más difícil salvarse de lo que pensamos en el mundo; que Dios, cuya sabiduría descubre los más secretos repliegues de las conciencias, sopesa exactamente todas las acciones realizadas durante la vida, los pensamientos, los deseos y los motivos que se han tenido al obrar; y que tan inexorable es con los pecadores, como bondadoso, indulgente y rico en misericordia con las almas de los que lo han servido justamente en la vida”, y con estas palabras el fantasma desapareció.

He aquí ahora un ejemplo de un alma que viene después de la muerte a visitar a un amigo, sin que lo hubiesen convenido[120]. Pedro Gamrate, obispo de Cracovia, fue transferido al arzobispado de Gnesne en 1548, pero obtuvo dispensa del Papa Pablo III de conservar todavía el obispado de Cracovia. El prelado, después de haber llevado una vida desordenada en su juventud, se puso al fin de su vida a practicar diversas obras de caridad, dando todos los días de comer a cien pobres a los que enviaba platos de su misma mesa. Y cuando iba de viaje, iba seguido de dos carros cargados de vestidos y de camisas, que distribuía entre los pobres según su necesidad.

Un día en que se disponía a ir a la iglesia por la tarde, la víspera de una fiesta solemne, y que había permanecido solo en su gabinete, vio de repente que se aparecía en su presencia un gentilhombre llamado Curosius muerto hacía mucho tiempo, y con el cual había estado en otro tiempo en su juventud demasiado unido para hacer el mal.

El arzobispo Gamrate se asustó en un principio; pero el muerto lo tranquilizó, diciéndole que era del número de los bienaventurados. “¡Qué! Le dijo el prelado, después de una vida como la que has llevado; pues sabes bien qué excesos no habremos cometido tú y yo en nuestra juventud”. “Lo sé, dijo el muerto, pero vas a ver lo que me ha salvado.

Un día, estando en Alemania, me encontré con un hombre que estaba blasfemando e injuriando a la Santa Virgen. Me irritó sobremanera, y le di un bofetón; echamos mano a las espadas, y lo maté, y de miedo de ser detenido y castigado por homicidio, huí sin apenas reflexionar en lo que había hecho. A la hora de mi muerte me encontraba presa de terribles inquietudes y remordimientos por mi vida pasada, no aguardando más que una pérdida cierta, cuando la Santa Virgen vino a socorrerme, e intercedió tan poderosamente a Su Hijo por mí que obtuvo el perdón de mis pecados; por lo que tengo la felicidad de gozar de la beatitud.

”Por lo que a ti concierne, no te quedan más que seis meses de vida, y he sido enviado para advertírtelo, pues Dios, en consideración a tus limosnas y a tu caridad para con los pobres, quiere hacerte misericordia y esperar a tu penitencia. Aprovecha el tiempo que te queda y expía tus pecados pasados”. Después de estas palabras el muerto desapareció y el arzobispo, inundado de lágrimas, comenzó a vivir de una manera tan cristiana que fue la edificación de todos los que lo conocieron. Contó el suceso a sus más íntimos amigos, y murió en 1545 (sic), después de haber regido la iglesia de Gnesne alrededor de cinco años.

La hija de Dumoulin, famoso jurisconsulto, que había sido inhumanamente masacrada en su casa[121], se apareció de noche a su marido cuando éste estaba bien despierto, y le descubrió con nombres y apellidos a los que la habían matado a ella y a sus hijos, conjurándolo a que los vengase.

39
Extracto de las Obras políticas del señor abad de Saint-Pierre, tomo 4, página 57

ME HAN CONTADO estos últimos días en Valogne que un buen sacerdote de la ciudad que enseña a leer a los muchachos, llamado Bezuel, había tenido hacía unos diez o doce años una aparición en pleno día; como esto había causado en su momento mucha impresión debido a su reputación de probidad y de sinceridad, tuve la curiosidad de oírle contar a él mismo su aventura. Una dama pariente mía que lo conocía lo invitó a cenar ayer 7 de enero de 1708, y como, por un lado, mostré deseos de saber la cosa por él mismo y, por otro, era para él una especie de distinción honorable el haber tenido en pleno día una aparición de uno de sus camaradas, nos lo contó antes de cenar sin hacerse de rogar y de una manera bastante ingenua.

SUCESO

“En 1695, nos dijo el señor Bezuel, siendo joven estudiante de unos 15 años, trabé relación con los dos hijos del procurador Abaquene, estudiantes como yo. El mayor era de mi edad, el menor tenía dieciocho meses menos; se llamaba Desfontaines; siempre paseábamos y jugábamos juntos, y, sea que Desfontaines tuviese mayor amistad conmigo, sea que fuese más alegre, más complaciente, más espiritual que su hermano, el caso es que también yo lo amaba más que a éste.

”En 1696, cuando nos paseábamos los dos en el claustro de los Capuchinos, me contó que había leído hacía poco una historia de dos amigos que se habían prometido que el que muriese primero vendría a darle noticias de su estado al que quedase con vida; que el muerto había venido y le había contado al vivo cosas sorprendentes. En esto Desfontaines me dijo que quería pedirme un favor y que me lo pedía encarecidamente; era que le hiciese una promesa semejante, y que él me lo haría a su vez; pero yo le dije que no quería. Durante varios meses me estuvo hablando de ello y siempre con seriedad, pero yo me resistía siempre. En fin, hacia el mes de agosto de 1696, cuando él debía partir para irse a estudiar a Caen, me apremió tanto con lágrimas en los ojos que consentí a ello; sacó al instante dos trozos de papel que tenía ya escritos, uno firmado con su sangre, en el que me prometía que en caso de muerte vendría a darme noticias de su estado,

el otro en el que yo le prometía a él lo mismo. Me pinché en el dedo, y salió una gota de sangre con la que firmé con mi nombre; estuvo encantado de tener al fin mi billete, y abrazándome me dio mil veces las gracias.

”Algún tiempo después partió con su hermano. La separación nos causó mucha pena; nos escribíamos de vez en cuando, y no hacía más que seis semanas que yo había tenido carta suya, cuando me sucedió lo que voy a contaros.

”El 31 de julio de 1697, que era jueves, me acordaré de ello toda la vida, el difunto señor de Sortoville, con el que yo moraba y que había tenido conmigo tanta bondad, me pidió que fuese a un prado, cerca de los Franciscanos, y que ayudase a sus gentes que estaban segando el heno para que se apresurasen; no llevaba más que un cuarto de hora cuando, hacia las dos y media, de repente me sentí aturdido y sumamente débil; me apoyé en vano en mi horca de segar, hasta que tuve que tumbarme sobre un poco de heno, donde, estuve media hora hasta que me recuperé. La cosa se pasó; pero, como nunca me había sucedido nada semejante, quedé muy sorprendido, y me temía el comienzo de una enfermedad; el resto del día, sin embargo, no me queda más que una leve impresión, si bien es cierto que esa noche dormí menos que de ordinario.

”El día siguiente a la misma hora, cuando llevaba al prado del señor de Simon, hijo pequeño del señor de Sortoville, que tenía entonces diez años, me encontré atacado por el camino de una debilidad semejante; me senté a la sombra sobre una piedra. La cosa se pasó de nuevo, y continuamos el camino; ese día no me sucedió nada más, y por la noche apenas si dormí.

”En fin, al día siguiente, segundo día de agosto, estando en el granero en el que estaban guardando el heno que traían del prado, y precisamente a la misma hora, fui presa de un aturdimiento semejante y de una pareja debilidad, sólo que más grandes que las veces anteriores, hasta el punto de que me desvanecí y perdí el conocimiento; uno de los lacayos se dio cuenta de ello; me han dicho que entonces me preguntaron qué era lo que me pasaba, y que respondí: «He visto lo que nunca hubiese creído», pero no me acuerdo

ni de la pregunta ni de la respuesta; esto sin embargo concuerda con que recuerdo haber visto entonces como a una persona desnuda a medio cuerpo, pero sin que pudiese reconocerla. Me ayudaron a bajar por la escalera; me sostenía bien en los escalones; pero, cuando vi a mi camarada Desfontaines al pie de la escalera, volvió a invadirme la debilidad, mi cabeza se fue entre dos escalones y perdí de nuevo el conocimiento; me bajaron y me pusieron en una gran viga que servía de asiento en la gran plaza de los Capuchinos; me senté en ella; no vi entonces ni al señor de Sortoville ni a sus criados, aunque estaban presentes; pero, viendo a Desfontaines al pie de la escalera, que me hacía signos de que me acercase a él, me eché a un lado en el asiento como para hacerle sitio, y los que me estaban viendo y que yo no podía ver, aunque tuviese los ojos abiertos, advirtieron mi movimiento.”Como él no venía, me levanté para ir a su lado; me salió al encuentro, me tomó el brazo izquierdo con su brazo derecho, y me condujo a treinta pasos de allí a una calle apartada, teniéndome así sujeto. Los criados, creyendo que se me había pasado el aturdimiento y que yo iba a hacer mis necesidades, se fueron cada uno a seguir con su trabajo, excepto un pequeño lacayo que vino a decir al señor de Sortoville que yo estaba hablando solo. El señor de Sortoville creyó que estaba borracho; se aproximó, y me escuchó hacer algunas preguntas y dar algunas respuestas que después me dijo.

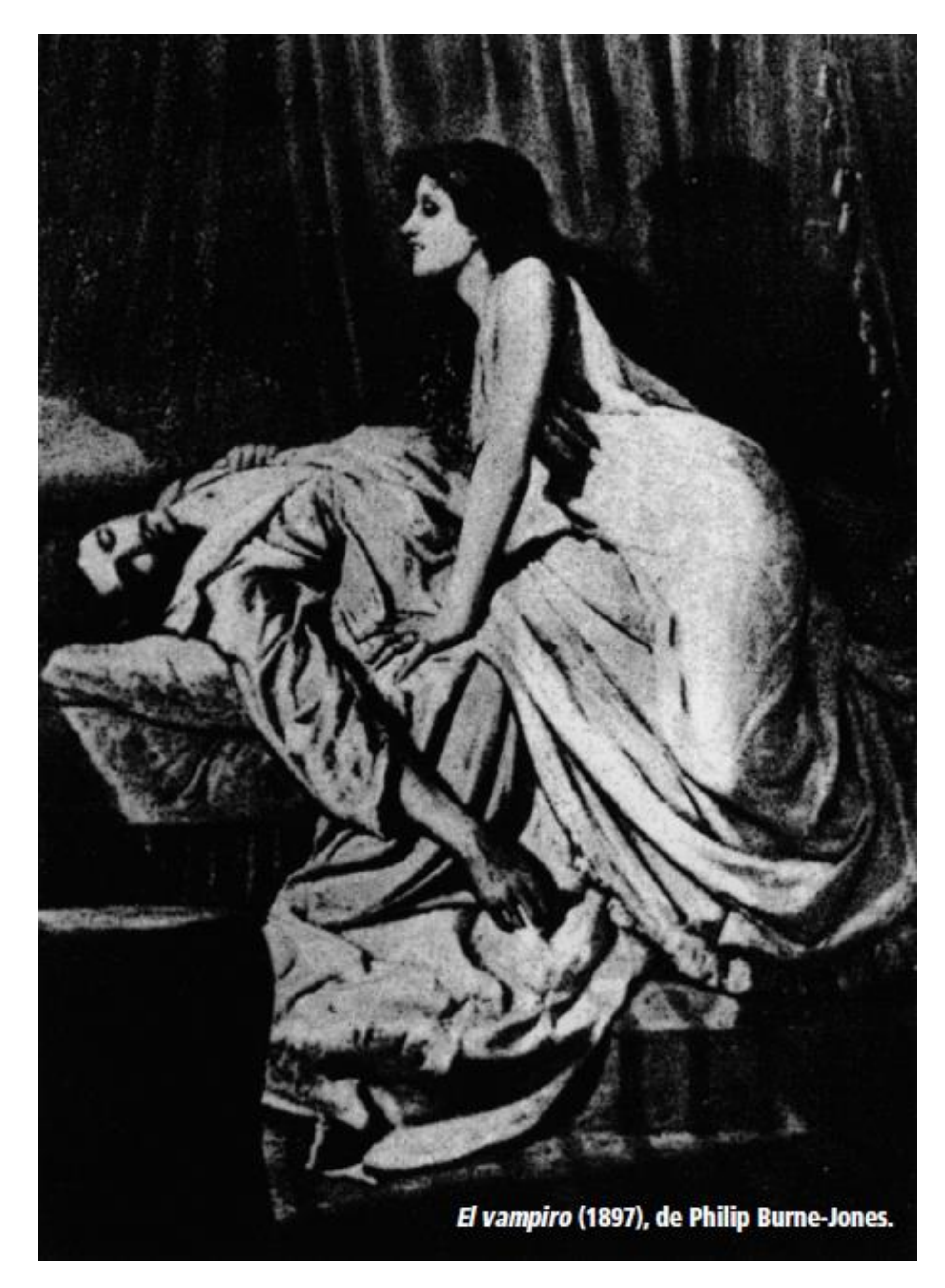
”Estuve cerca de tres cuartos de hora hablando con Desfontaines. «Te prometí, me dijo, que, si yo moría antes que tú, vendría a decírtelo. Anteayer me ahogué en el río de Caen, aproximadamente a esta misma hora; iba de paseo con Fulano y Mengano, hacía mucho calor, nos entró ganas de bañarnos, me vino una debilidad en el río y caí al fondo. Mi camarada el abad de Menil-Jean se zambulló para sacarme, yo me agarré a su pie; pero, sea que él hubiese temido que fuese un salmón lo que lo estaba apretando tan fuerte, sea que quisiese salir de nuevo rápidamente del agua, sacudió la pierna con tanta rudeza que me dio una patada en el pecho, arrojándome al fondo del río, que allí es muy profundo».”Desfontaines me contó luego todo lo que le había sucedido en el paseo y de qué habían conversado. Pero, por más que le preguntaba si él se había salvado, si se había

condenado, si estaba en el purgatorio, si yo estaba en estado de gracia y si le seguiría pronto, continuó su discurso como si no me hubiese oído, o como si no hubiese querido oírme.

”Me aproximé varias veces para abrazarlo; pero me pareció que no abrazaba a nadie; sin embargo sentía que me agarraba fuertemente el brazo y, cuando yo intentaba volver la cabeza para no verlo, pues el verlo me afligía, entonces me sacudía del brazo como para obligarme a que lo mirase y que lo escuchase.

”Me pareció en todo momento más grande que nunca, e incluso más grande que debía serlo a su muerte, por mucho que hubiese crecido en los 18 meses (sic) que no nos habíamos visto; siempre lo vi desnudo a medio cuerpo, la cabeza sin cubrir con sus bellos cabellos rubios, y una inscripción blanca enredada en los cabellos sobre la frente en la que había algo escrito, de lo que solamente pude leer las palabras In etc.

”Su voz tenía el mismo tono de siempre; no me pareció ni alegre ni triste, sino en una situación calma y tranquila; me rogó que, cuando hubiese vuelto su hermano, que le dijese ciertas cosas que tenía que comunicar a su padre y a su madre; también me rogó que dijese los siete salmos que le habían puesto de penitencia el domingo precedente y que todavía no había recitado; me insistió otra vez que le hablase a su hermano, y después me dijo adiós, se alejó de mí diciéndome Hasta, hasta, que era lo que solía decirme cuando nos separábamos luego del paseo para ir cada uno a su casa.



El vampiro (1897), de Philip Burne-Jones.

”Me dijo que, cuando se estaba ahogando, su hermano, que estaba escribiendo una traducción, se arrepentía de haberlo dejado ir sin acompañarlo, temiendo algún accidente; me describió tan bien el lugar en que se había ahogado, y el árbol de la avenida de Louvigni en el que había escrito unas palabras, que dos años después, encontrándome con el difunto caballero de Gotot, que era uno de los que estaban con él cuando se había ahogado, le señale el lugar exacto, y que, contando los árboles desde un cierto lado que Desfontaines me

había especificado, se iba derecho al árbol en que se encontraba su escritura. Gotot me dijo también que lo de los siete salmos era cierto, pues al acabar de confesarse, se habían dicho sus respectivas penitencias; también su hermano me dijo después que era cierto que a esa hora él escribía una traducción, y que se reprochaba por no haber acompañado a su hermano.”Como pasase casi un mes sin poder hacer lo que Desfontaines me había encomendado que dijese a su hermano, se me apareció todavía dos veces antes de cenar, en una casa de campo a la que había ido a cenar a una legua de aquí. Me encontré mal; dije que me dejasen, que no era nada y que en seguida volvía; fui a un rincón del jardín. Habiéndoseme aparecido Desfontaines, me reprochó que no hubiese hablado todavía con su hermano, y me entretuvo hablando aún un cuarto de hora más, pero sin querer responder a mis preguntas.

”Yendo por la mañana a Nuestra Señora de la Victoria, se me apareció de nuevo, pero por menos tiempo, y me volvió a apremiar a que hablase con su hermano; me dejó diciendo siempre Hasta, hasta, y sin querer responder a mis preguntas.

”Es una cosa notable que, hasta que al fin hube hablado con su hermano, tuve siempre un dolor en el brazo, en el sitio en que me había cogido la primera vez; estuve tres días sin dormir del sobresalto en que estaba. Al terminar la primera conversación, dije a mi vecino y compañero de escuela el señor de Varouville que se había ahogado Desfontaines, que se me había aparecido y que me lo acababa de decir él mismo; se fue corriendo a casa de sus padres para saber si era cierto; acababan de recibir la noticia, pero por un malentendido pensó que era el primogénito. Me aseguró que había leído la carta de Desfontaines, y así lo creía; pero yo sostuve que no podía ser, y que Desfontaines mismo se me había aparecido; fue de nuevo, volvió, y me dijo llorando que no era sino demasiado cierto.

”No me ha sucedido nada desde entonces, y ésta es toda mi aventura tal cual; la han contado de diversas formas; pero yo nunca la he contado sino como acabo de decíroslo. El difunto caballero de Gotot me dijo que Desfontaines se había aparecido también al señor

de Menil-Jean. Pero no lo conozco; vive a veinte leguas de aquí del lado de Argentan, y no puedo deciros nada más".

He aquí una narración bien singular y bien detallada, referida por el señor abad de Saint-Pierre, que no es nada crédulo, y que pone todo su talento y toda su filosofía en explicar los más extraordinarios sucesos por razones puramente físicas, por el concurso de los átomos, de los corpúsculos, por los flujos de los espíritus insensibles y de la transpiración. Pero todo esto está tan traído por los pelos, y hace una violencia tan manifiesta a los sujetos y a sus circunstancias, que ni siquiera logrará convencer a los más crédulos.

Es sorprendente que unos señores que presumen de fortaleza de espíritu, y que rechazan con tanta altivez todo lo que parezca sobrenatural, sean tan ligeros a la hora de admitir sistemas filosóficos mucho más increíbles que los hechos mismos que combaten. Se forman dudas a menudo mal fundadas, y las atacan por principios más inciertos todavía. Esto se llama refutar una dificultad con otra mayor, resolver una duda por principios más dudosos todavía.

Pero, diremos, ¿de dónde viene que tantas otras personas que se habían comprometido a venir a dar noticias sobre la inmortalidad del alma después de la muerte no hayan vuelto? Séneca habla de un filósofo estoico, llamado Julio Cano, que, habiendo sido condenado a muerte por Julio César, dijo altivamente que iba a conocer por fin la verdad de la cuestión que los dividía, a saber, si el alma era inmortal o no. Pero no leemos que haya vuelto. La Motte le Vayer había convenido con su amigo el bernabita Baranzan que el primero de ellos que muriese comunicaría al otro el estado en que se encontrara. Baranzan murió y no volvió.

De que los muertos vuelvan alguna vez, sería imprudente sacar la conclusión de que vuelven siempre. E igualmente sería un mal razonamiento decir que no vuelven nunca, porque, habiendo prometido volver, no hayan vuelto. Para esto sería preciso suponer que está en poder de las almas volver y aparecerse cuando quieran, y si ellas quieren; pero, al contrario, parece indudable que esto no está en su poder, y que solamente por un permiso muy particular de Dios pueden las almas separadas del cuerpo aparecerse a veces a los vivos.

Vemos en la historia del mal rico que Dios no quiso concederle la gracia que le pedía de enviar a la tierra a algunos de los que estaban con él en el infierno. Por razones semejantes debidas al endurecimiento o a la incredulidad de los mortales, se ha podido impedir del mismo modo el retorno de Julio Cano o de Baranzan. El retorno de las almas y su aparición no es una cosa natural, ni que dependa de la elección de los difuntos. Es un efecto sobrenatural y tiene que ver con el milagro.

San Agustín[122] dice a este respecto que, si los muertos se interesasen en lo que concierne a los vivos, y si estuviese en su poder venir a visitarlos, su madre santa Mónica que lo amaba tan tiernamente y que lo siguió por tierra y por mar durante toda su vida, no dejaría de visitarlo todas las noches y de venir a consolarlo de sus penas; pues no se debe imaginar que ella se haya vuelto menos compasiva desde que está entre los bienaventurados: absir ut facta sit vita feliciore credulis.

El retorno de las almas, sus apariciones, el cumplimiento de las promesas que algunas personas se han hecho de venir a dar noticias a sus amigos de lo que sucede en el otro mundo, todo esto no está en su poder. Todo esto se encuentra entre las manos de Dios.

40
Diversos sistemas para explicar el retorno de los revinientes

HABIENDO TENIDO tanta repercusión en el mundo el asunto de los revinientes, no resulta sorprendente que se hayan formado tantos sistemas, y que se hayan propuesto tantas formas de explicar su retorno y sus operaciones.

Unos han creído que era una resurrección momentánea causada por el alma del difunto que volvía a entrar en el cuerpo, por el demonio, que lo reanimaba y lo hacía obrar por algún tiempo, mientras la sangre guardase consistencia y fluidez, y los órganos no se hubiesen corrompido del todo.

Otros, preocupados por las consecuencias que se podrían extraer de este principio, han preferido suponer que los vampiros no estaban verdaderamente muertos, sino que conservaban todavía ciertos gérmenes de vida, y que sus almas podían de vez en cuando reanimarlos y hacerlos salir de la tumba para que se apareciesen a los hombres, y pudiesen tomar algún alimento, refrescarse y renovar su jugo nutritivo y sus espíritus animales, chupando la sangre a sus allegados.

Se ha impreso hace poco una Disertación sobre la incertidumbre de las señales de la muerte y el abuso de los entierros precipitados, por el señor Jaques Benigne Vinflow, doctor regente de la Facultad de Medicina de París, traducida y comentada por Jacques Jean Bruhier, doctor en Medicina de París, 1742, en 8°. La obra puede servir para explicar cómo personas que se ha creído que estaban muertas y que se ha enterrado como tales, se ha encontrado sin embargo que estaban vivas mucho tiempo después de sus exequias y de su entierro. Lo que quizá podrá volver el vampirismo menos increíble.

El señor Vinflow, doctor regente de la Facultad de Medicina de París, sostuvo en el mes de abril de 1740 una tesis en la que se pregunta si las experiencias de la cirugía son más aptas que las demás para descubrir señales menos inciertas de una muerte dudosa. Sostiene que hay diversos casos en que las señales de la muerte son muy dudosas; y presenta algunos ejemplos de personas que se ha creído muertas y que se ha enterrado como tales, que sin embargo luego se ha encontrado que estaban vivas.

El señor Bruhier, doctor en Medicina, ha traducido la tesis al francés, y ha añadido sabias adiciones, muy apropiadas para fortalecer la opinión del señor Vinflow. La obra es muy interesante por

la materia de que trata, y muy agradable de leer por la manera en que está escrita. Voy a extraer lo que pueda servir a mi materia. Recogeré sobre todo los hechos más ciertos y más singulares, pues, para referirlos todos, sería preciso transcribir el libro entero.

Se sabe que Juan Duns, apodado Escoto o el doctor Sutil, tuvo la desgracia de ser enterrado vivo en Colonia, y que, cuando abrieron la tumba algún tiempo después, encontraron que se había mordido el brazo[123]. Lo mismo se cuenta del emperador Zenón, que se hizo oír desde el fondo de la tumba por los reiterados gritos que dio a los que lo estaban velando. Lancisi, célebre médico del Papa Clemente XI, cuenta que fue testigo en Roma de una persona de distinción que todavía estaba viva cuando él escribía, la cual recuperó el movimiento y el sentido cuando estaban oficiando en la iglesia su servicio fúnebre.



Ilustración de Louis Boulanger para Las Orientales de Victor Hugo.

Pedro Zacchias, otro célebre médico de Roma, dice que en el Hospital del Espíritu Santo, un joven atacado por la peste cayó en un síncope tan total que lo creyeron absolutamente muerto. Cuando transportaban el cadáver, junto a muchos otros, más allá del Tíber, el joven dio algunos signos de vida. Lo trajeron de vuelta al hospital, en

el que se curó. Dos días después cayó con un síncope semejante. Esta vez lo reputaban ya muerto sin remedio; lo pusieron con los otros destinados a la sepultura, pero volvió en sí por segunda vez, y vivía todavía cuando escribía Zacchias.

Se cuenta que un tal Guillermo Foxlei, de 40 años de edad[124], habiéndose dormido el 27 de abril de 1546, permaneció sumido en el sueño por espacio de catorce días y de catorce noches, sin que lo hubiese precedido ninguna enfermedad. No podía persuadirse de que hubiese dormido más de una noche; no lo convencieron de su largo sueño más que cuando le hicieron ver un edificio empezado unos días antes de su letargo, que estaba acabado cuando despertó. Se dice que, bajo el Papa Gregorio II, un estudiante durmió siete años seguidos en Lubec. Lilius Giraldus[125] refiere que un campesino durmió durante todo el otoño y el invierno seguidos.

41
Diversos ejemplos de personas enterradas todavía con vida

PLUTARCO CUENTA que, habiéndose caído desde una altura un hombre sobre su propio cuello, lo dieron por muerto, aunque no tuviese la menor herida aparente. Cuando al cabo de tres días lo llevaban a enterrar, de repente recobró sus fuerzas y volvió en sí. Aselepíades[126], habiéndose encontrado con el cortejo fúnebre de una persona que llevaban a enterrar, consiguió que le dejasen ver y tocar al muerto, encontró señales de vida, y usando algunos remedios lo reanimó en seguida y lo devolvió sano a sus padres.

Hay diversos ejemplos de personas a las que se ha enterrado, pero que luego han regresado y todavía han vivido mucho tiempo en perfecta salud. Se refiere en particular[127] que una mujer de Orléans, enterrada en el cementerio con un anillo en el dedo que no habían

podido quitarle al meterla en el ataúd; a la noche siguiente un criado llevado por el deseo de ganancia abrió la tumba, rompió el ataúd y, no pudiendo arrancarle el anillo, iba a cortarle el dedo a la mujer, cuando ésta dio un grito enorme: el criado huyó al instante, la mujer se desembarazó como pudo de sus mortajas y volvió a su casa, sobreviviendo a su marido.

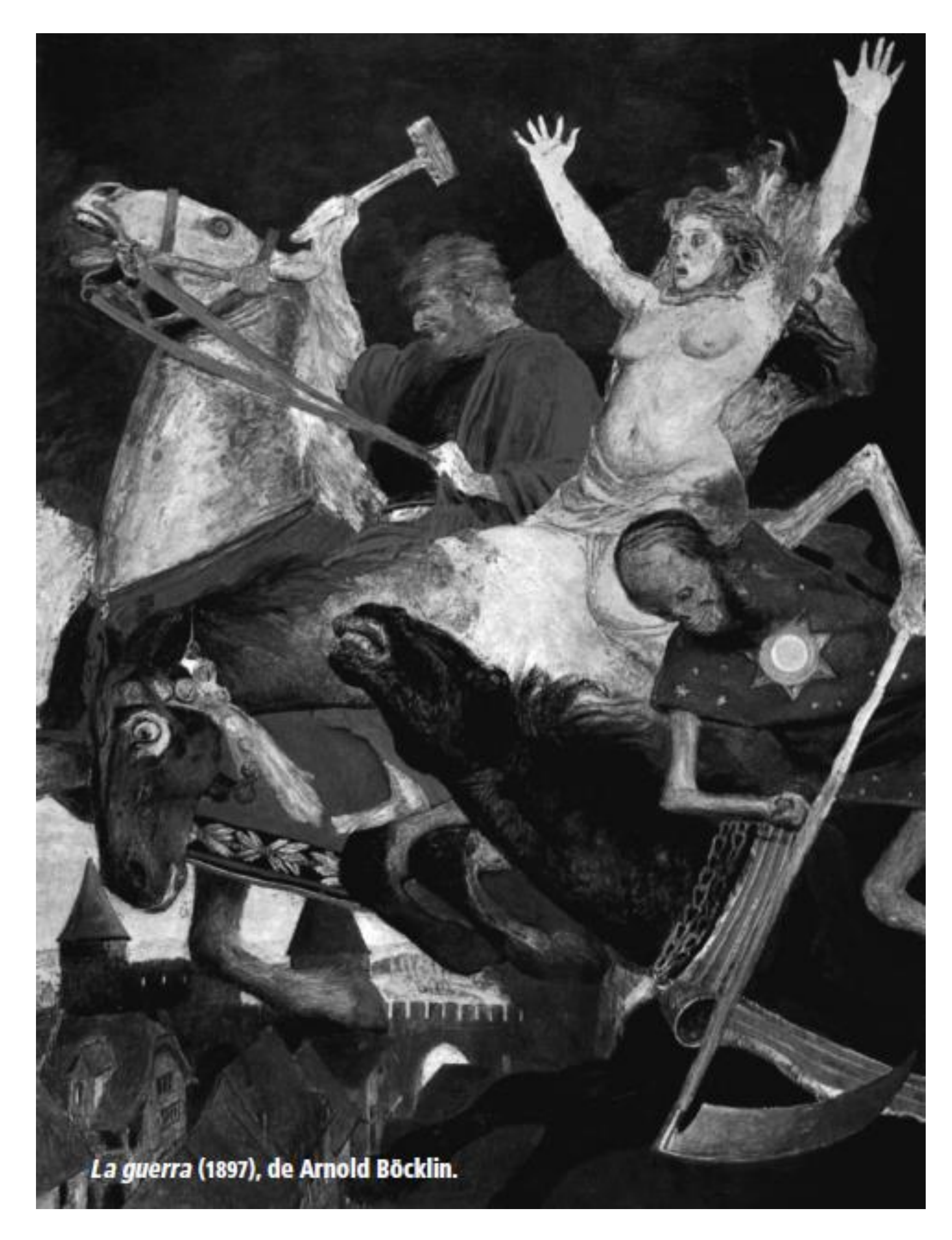
El señor Benard, maestro cirujano de París, atestigua que, estando con su padre en la parroquia de Réal, extrajeron de la tumba, vivo y respirando, a un religioso franciscano que llevaba tres o cuatro días enterrado, y que se había mordido las manos en torno a la ligadura con que se las habían sujetado; pero murió casi al instante en que se encontró al aire libre.

Varias personas han hablado de la mujer de un consejero de Colonia[128] que había sido enterrada en 1571 con un anillo de valor; el sepulturero abrió la tumba la noche siguiente para robar el anillo. Pero la buena señora le aferró el puño, obligándolo a que la sacase del ataúd. No obstante el sepulturero consiguió desasirse, y huyó rápidamente. La resucitada fue a llamar a la puerta de su casa; creyeron que era un fantasma, y la tuvieron bastante tiempo consumiéndose en la puerta; pero al fin le abrieron y la reanimaron, de tal modo que recuperó perfectamente la salud, y tuvo después tres hijos que fueron eclesiásticos. El suceso se representa en el sepulcro de la mujer en un cuadro en el que puede verse la historia, que además está escrita en versos alemanes.

Añaden que la dama, para convencer a los de la casa que era ella, dijo al criado que le abrió la puerta que los caballos estaban encerrados en el granero, como en efecto así era; y se ven todavía en las ventanas del granero de la casa unas cabezas de caballo en madera en señal de la verdad del hecho.

Francisco de Civile, gentilhombre normando[129], era capitán de cien hombres en la ciudad de Rouen, cuando fue sitiada por Carlos IX, y tenía entonces 26 años. Recibió una herida mortal en un asalto; y habiendo caído en una zanja, unos zapadores lo pusieron en una fosa junto con otro cuerpo, y lo cubrieron con un poco de tierra. Allí permaneció desde las once de la mañana hasta las seis y media de la

tarde, en que su criado fue a desenterrarlo. Este sirviente, habiendo notado en él algunos signos de vida, lo puso en un lecho, donde permaneció cinco días y cinco noches sin hablar ni dar ningún signo de sensibilidad, pero tan ardiente por la fiebre como frío había estado en la fosa. Habiendo sido tomada por asalto la ciudad, los criados de un oficial del ejército victorioso que debía alojarse en la casa en que estaba Civile lo echaron en un jergón en una habitación de atrás, de donde los enemigos de su hermano lo arrojaron por la ventana sobre un montón de basura, donde permaneció en camisa por espacio de tres veces veinticuatro horas. Al cabo de este tiempo, uno de sus parientes, sorprendido de encontrarlo con vida, lo envió a una legua de Rouen[130], donde lo trataron y se encontró al fin perfectamente curado.


La guerra (1897), de Arnold Böcklin.

En una gran peste que asoló la ciudad de Dijon en 1558, a una dama llamada Nicolasa Lentillet a la que habían dado por muerta de la enfermedad, la arrojaron a una gran fosa, donde enterraban a los muertos. La mañana del día siguiente de su entierro ella volvió en sí, esforzándose vanamente por salir: pero la debilidad y el peso de los otros cuerpos que la cubrían se lo impidieron. Permaneció en esa horrible situación durante cuatro días, hasta que los enterradores la sacaron y la llevaron a su casa, donde se restableció perfectamente.

Habiendo caído víctima de un síncope una señorita de Augsburg[131], depositaron su cuerpo en una bóveda profunda, sin que lo cubriesen de tierra: pero tapiaron completamente la entrada del subterráneo. Algunos años después murió alguien de la misma familia; abrieron la cueva, y encontraron el cuerpo de la señorita a la entrada misma de la cavidad, faltándole los dedos de la mano derecha, que había devorado de desesperación.

El 25 de julio de 1688 murió en Metz un joven peluquero de un ataque de apoplejía después de haber cenado por la noche. El 28 del mismo mes lo oyeron quejarse aún varias veces. Lo desenterraron; médicos y cirujanos Io visitaron. El médico sostuvo, después de que lo hubiesen desenterrado, que no llevaba muerto más allá de dos horas. El suceso lo extraemos del manuscrito de un burgués contemporáneo de Metz.

42
Ejemplos de personas ahogadas que han vuelto sanas

He aquí unos ejemplos de personas ahogadas[132] que han vuelto varios días después de que se las hubiese dado por muertas. Peclin cuenta la historia de un jardinero de Troninghalm, en Suecia, que estaba todavía vivo con sesenta y cinco años de edad cuando el autor escribía. Estando el hombre sobre el hielo para socorrer a otro que había caído al agua, se rompió el hielo sobre el que estaba y se hundió en el agua a una profundidad de dieciocho varas; habiéndose quedado sus pies pegados al légamo del fondo, permaneció en el agua durante dieciséis horas hasta que lo sacaron fuera. En este estado perdió todo el sentido, excepto que creía escuchar las campanas de Estocolmo; sintió que el agua le entraba no por la boca sino por las orejas. Después de haberlo estado buscando durante dieciséis horas, le agarraron la

cabeza con un gancho y lo sacaron del agua: lo envolvieron en unas mantas, lo acercaron al fuego, lo frotaron, lo movieron, hasta que al fin lo hicieron volver en sí. El rey y la reina quisieron verlo y escucharlo, y le dieron una pensión.

Una mujer del mismo país, después de haber estado tres días en el agua, fue asimismo vuelta a la vida por los mismos medios que el jardinero. A otro llamado Janas, que se había ahogado a la edad de diecisiete años, lo sacaron del agua siete semanas después; lo reanimaron, y le hicieron recobrar el espíritu.

El señor d'Egly, de la Real Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, cuenta que, habiéndose sumergido un suizo, que era un hábil buceador, en la parte más profunda de un río, donde esperaba cobrar buenos ejemplares de pescados, permaneció allí alrededor de nueve horas; lo sacaron del agua después de haberlo herido en varias partes con ganchos. El señor d'Egly, viendo que el agua burbujeaba al salir de la boca, sostuvo que no estaba muerto. Le hicieron devolver tanta agua como pudieron por espacio de tres cuartos de hora, lo envolvieron en ropas calientes, lo acostaron en la cama, lo sangraron, y lo salvaron.

Se han visto casos de gentes que han vuelto después de haber estado hasta siete semanas en el agua, y otros que han estado no tanto tiempo. Por ejemplo, Gocellin, sobrino de un arzobispo de Colonia, y que se había caído en el Rhin, permaneció allí quince horas antes de que pudiesen localizarlo. Al cabo de este tiempo lo llevaron a la tumba de san Suitberto, y recobró la salud[133].

El mismo san Suitberto resucitó también a otro joven ahogado hacía varias horas. Pero el autor que cuenta estos milagros no es de una gran autoridad.

Se refieren diversos ejemplos de ahogados que han permanecido en el agua durante varios días, y que luego han recobrado la salud. En la segunda parte de la Disertación sobre la incertidumbre de las señales de muerte, del señor Bruhier, doctor en medicina, impresa en

París en 1744 (sic), páginas 102 y siguientes, se dice que se han visto algunos que han estado 48 horas bajo las aguas, otros durante tres días, y otros hasta ocho días. Añade el ejemplo de las crisálidas de los insectos, que pasan el invierno entero sin dar el menor signo de vida, y de los insectos acuáticos, que permanecen todo el invierno en el légamo sin moverse, lo que también sucede a las ranas y a los sapos; las mismas hormigas, contra lo que suele pensarse, pasan el invierno en estado de muerte que no cesa hasta la primavera. Las golondrinas de los países septentrionales se hunden por grupos en los lagos y en los estanques, y también en los ríos, en el mar, en la arena, en los agujeros de las murallas, en los huecos de los árboles, en el fondo de las cavernas, mientras que otras golondrinas pasan la mar para buscar otros climas más cálidos templados.



Ophelia (1851-1852), de Sir John Everett Millais.

Lo que acabamos de decir de las golondrinas que se encuentran en el fondo de los lagos, de los estanques y de los ríos, se advierte sobre todo en Silesia, Polonia, Bohemia y Moravia. Incluso a veces pescan cigüeñas como muertas, que tienen el pico metido en el ano las unas de las otras; se han visto muchas de esta manera en los alrededores de Ginebra, e incluso en los alrededores de Metz en el año 1467.

Podemos añadir el ejemplo de las codornices y de las garzas; también se han encontrado durante el invierno gorriones y cuclillos en los huecos de los árboles sin movimiento y sin apariencia de vida, los cuales recalentados han vuelto a volar. Se sabe que los erizos, las marmotas, los lirones y las serpientes viven bajo tierra sin respirar, y que la sangre no circula en ellos sino muy débilmente durante el invierno. Se dice incluso que los osos duermen casi la mayor parte del invierno.

43
Ejemplos de mujeres dadas por muertas, que luego han vuelto

ALGUNOS SAGACES MÉDICOS pretenden que en la sofocación de matriz[134] una mujer puede vivir treinta días sin respirar. Sé que una honesta mujer estuvo durante treinta y seis horas sin dar ninguna señal de vida. Todo el mundo la creía muerta, y querían sepultarla: únicamente se oponía su marido. Al cabo de treinta y seis horas volvió en sí, y ha vivido mucho tiempo desde entonces; contaba que oía muy bien todo lo que se decía sobre ella, y sabía que querían sepultarla; pero su entumecimiento era tal que no podía superarlo, y habría dejado que le hiciesen todo lo que hubiesen querido sin la menor resistencia.

Esto recuerda lo que decía san Agustín del sacerdote Pretextato, que en sus ausencias de espíritu y en sus síncopes oía como de lejos lo que se decía, y sin embargo se habría dejado quemar y cortar las carnes sin oposición y sin sentir nada.

Comeille le Bruyn[135] en sus viajes cuenta que vio en Damieta, en Egipto, a un turco al que llamaban el Niño Muerto, porque, cuando su

madre estaba preñada de él, cayó enferma, y como la creyesen muerta, la enterraron en seguida, siguiendo la costumbre del país, donde no dejan a los muertos sino muy poco tiempo sin enterrarlos, sobre todo en tiempos de peste. La pusieron en una cueva que el turco tenía como sepultura de su familia.

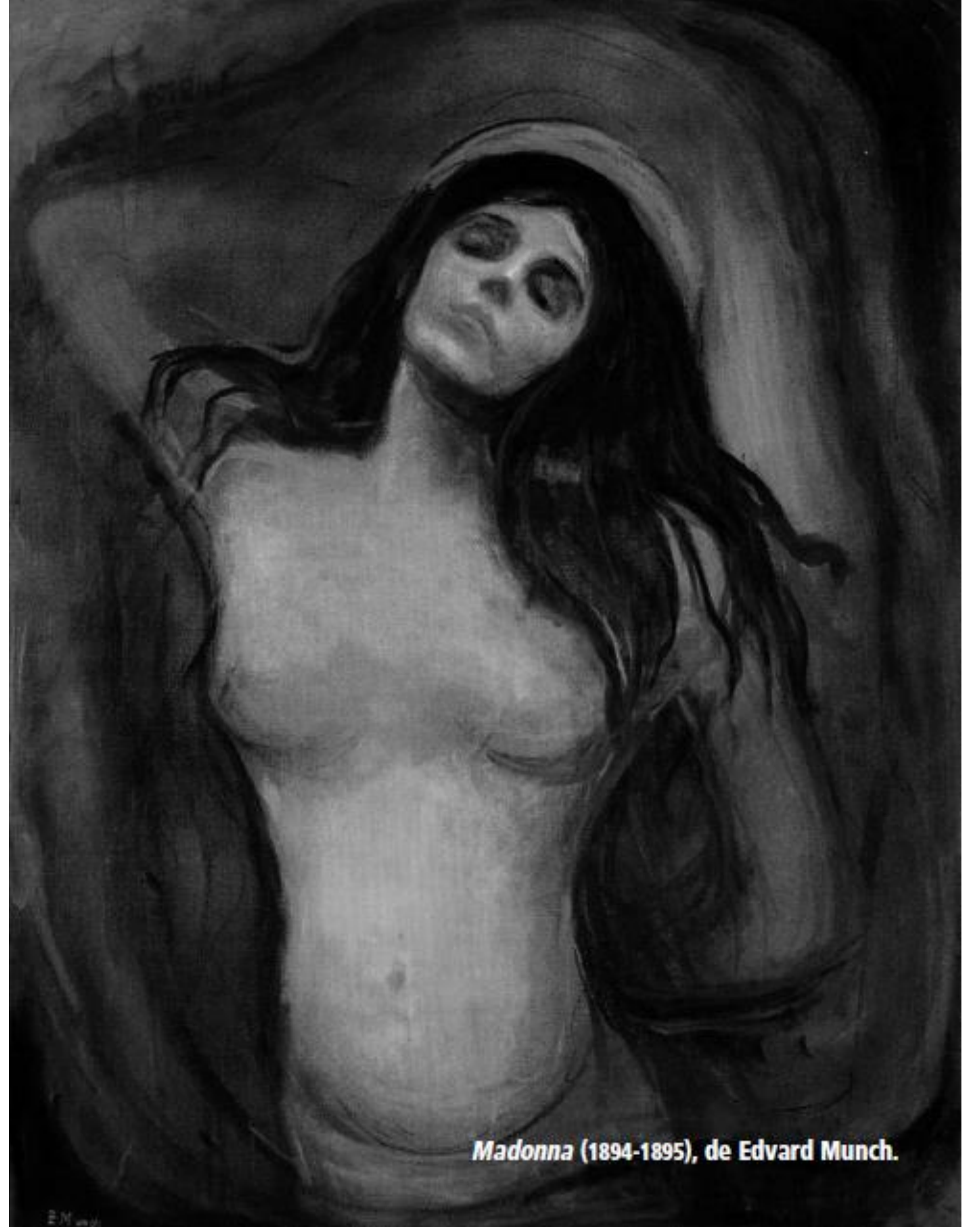
Por la tarde, unas horas después del entierro de la mujer, su marido el turco dio en pensar que el niño de que ella estaba encinta podía muy bien estar todavía con vida; hizo, pues, que abriesen la cueva, y encontró que su mujer había parido, y que el hijo vivía, aunque la madre estaba muerta. Algunos decían que se había oído gritar al niño, y que, sobre el aviso que se le dio de ello al padre, éste había hecho abrir la tumba. El hombre apodado el Niño Muerto vivía todavía en 1677. Le Bruyn piensa que la madre estaba muerta cuando le parió. Pero no hubiese sido posible que, estando muerta, hubiese traído el hijo al mundo. Se debe recordar que en Egipto, donde sucedió todo esto, las mujeres tienen una facilidad extraordinaria para parir, como lo atestiguan los antiguos y los modernos, y que la mujer estaba simplemente encerrada en una cueva, sin que estuviese cubierta de tierra.

Enterraron en un subterráneo a una mujer embarazada de Estrasburgo dada por muerta[136] . Al cabo de algún tiempo, habiendo abierto la cueva para enterrar otro cuerpo, encontraron a la mujer echada en tierra fuera de su ataúd, y sosteniendo entre las manos a un niño que había parido y uno de cuyos brazos tenía en la boca, como si ella hubiese querido comérselo.

Otra mujer, española, esposa de Francisco Arevallos de Suaso[137], habiendo muerto, o creído tal, en los últimos meses de su embarazo, fue enterrada; el marido, al que habían enviado a buscar al campo, donde estaba por asuntos de negocios, quiso ver a su mujer en la iglesia, e hizo que la exhumasen; apenas hubieron abierto el ataúd se escucharon los gritos de un niño que se esforzaba por salir del seno de su madre.

Lo sacaron vivo, y vivió mucho tiempo después con el apodo de Niño de la Tierra. Llegó a ser teniente general de la ciudad de Jerez de la Frontera en España. Se podrían multiplicar hasta el infinito los

ejemplos de personas enterradas vivas, y de otros que han vuelto en sí cuando los llevaban a la tumba, o a los que se ha sacado de la tumba por puro azar.



Madonna (1894-1895), de Edvard Munch.

Se puede consultar al respecto la nueva obra de los señores Vinflow y Bruhier, y los autores que han tratado la materia expresamente[138]. Los médicos sacan de ahí una consecuencia sumamente sabia y sensata, que es que no se debe enterrar a los hombres más que cuando está uno bien seguro de que han muerto, sobre todo en tiempos de

peste y en ciertas enfermedades que hacen perder por completo el movimiento y el sentido.

44
¿Se pueden aplicar estos ejemplos a los revinientes de Hungría?

SE PUEDE SACAR VENTAJA de estos ejemplos y razonamientos en favor del vampirismo, diciendo que los revinientes de Hungría, de Moravia, de Polonia, etc., no están realmente muertos, sino que viven en la tumba, aunque estén sin moverse y sin respirar; la sangre que presenta un buen color bermejo, la flexibilidad de los miembros, los gritos que dan cuando les traspasan el corazón o les cortan la cabeza, todo esto prueba que viven todavía.

No es ésta la principal dificultad que me embarga; es saber cómo salen de sus tumbas, y cómo vuelven a entrar, sin que parezca que han removido la tierra y que la han vuelto a poner como al principio: cómo se aparecen vestidos con sus ropas habituales, y van, y vienen, y comen. Si esto es así, ¿por qué regresan a la tumba? ¿Por qué no permanecen entre los vivos? ¿Por qué les chupan la sangre a sus parientes? ¿Por qué perturban y atormentan a las personas que deberían serles más queridas y que no los han ofendido? Si todo esto no es sino fruto de la imaginación de los que son molestados, ¿de dónde viene que los vampiros se encuentren en la tumba sin signo de corrupción, llenos de sangre, flexibles y manejables, y que además tangan los pies salpicados de barro al día siguiente de aquél que han corrido y asustado a las gentes de la vecindad, y que no se advierta nada semejante en los otros cadáveres enterrados en el mismo cementerio? ¿De dónde viene que no vuelvan más a molestar a nadie

cuando los han quemado o empalado? ¿Será todavía la imaginación y los prejuicios de los vivos, que los tranquilizan después de hechas estas ejecuciones? ¿De dónde viene que estas escenas se renueven tan a menudo en esos países, que no se sobrepongan nunca a sus prejuicios, sino que la experiencia diaria, en lugar de destruirlos, no haga más que aumentarlos y fortalecerlos?

45
Muertos que en la tumba mastican como los cerdos y que devoran su propia carne

Es una opinión muy extendida en Alemania que ciertos muertos mastican en la tumba y devoran lo que se encuentra a su alrededor; que se les oye incluso comer como los cerdos con un grito sordo y como gruñendo.

Un autor alemán llamado Miguel Rauff[139] ha compuesto una obra titulada De masticatione mortuorum in tumulis (Sobre los muertos que mastican en las tumbas). Supone como cosa probada y cierta que algunos muertos han devorado las mortajas y todo lo que estaba al alcance de su boca, y que incluso se han comido su propia carne en la tumba. Señala[140] que en algunos lugares de Alemania, para impedir que los muertos mastiquen, les ponen en el ataúd bajo el mentón un montoncillo de tierra; que en otras partes les meten en la boca una moneda de plata o una piedra; y en otros lugares les aprietan fuertemente la garganta con un pañuelo. El autor cita a algunos escritores alemanes que mencionan este uso ridículo, y nombra a varios otros que hablan de los muertos que han devorado su propia carne en la sepultura. La obra ha sido impresa en Leipzig en 1728.

Habla de un autor llamado Felipe Rehrius, que imprimió en 1679 un tratado con el mismo título, De masticatione mortuorum.

Habría podido añadir el caso del conde Enrique de Salm[141], al que, creyendo que estaba muerto, inhumaron vivo; se oyeron durante la noche en la iglesia de la abadía de Haute-Seille, en la que había sido enterrado, grandes gritos, y cuando abrieron la tumba al día siguiente, lo encontraron volcado con el rostro hacia abajo, en vez de boca arriba como había sido enterrado.

Hace algunos años en Bar-le-Duc, habiendo sido inhumado un hombre en el cementerio, oyeron un ruido que salía de la fosa; lo desenterraron al día siguiente, y encontraron que se había comido las carnes de los brazos, lo que nos ha sido referido por testigos oculares. El hombre había bebido aguardiente, y dado por muerto había sido enterrado. Rauff habla de una mujer de Bohemia[142]que en 1355 se había comido en la fosa la mitad de su sudario. En tiempos de Lutero un hombre muerto y enterrado, y también una mujer, se royeron las entrañas. Otro muerto, en Moravia, devoró las mortajas de una mujer enterrada a su lado.

Todo esto es bien posible; pero que los muertos de verdad muevan las mandíbulas en la tumba, y se diviertan masticando todo lo que encuentran a su alrededor, es una imaginación pueril, semejante a lo que los antiguos romanos decían de su Manducus, que era una figura grotesca de hombre con una boca enorme y dientes proporcionados, que hacían mover con resortes y crujir los dientes unos con otros, como si esta figura famélica estuviese pidiendo que le diesen de comer.

Se asustaba a los niños y se les amenazaba con el Manducus:

Tandemque cenit ad pulpita nostrum
exodium, cum personae pallentis hiatum
in gremio matris fastidit rusticus infans[143]. [144]


Apariciones fantásticas,
grabado de J. J. Grandville.

Vemos restos de esta antigua costumbre en algunas procesiones en que se lleva una especie de serpientes que abre y cierra a intervalos

una bocaza enorme armada de dientes, en la que echan dulces, como para saciarla.

46
Singular ejemplo de un reviniente de Hungría

EL EJEMPLO MÁS NOTABLE que cita Rauff[145] es el de un tal Pedro Plogojovits, que llevaba enterrado diez semanas en un pueblo de Hungría llamado Kisolova. El hombre se apareció por la noche a algunos de los habitantes del lugar cuando dormían, y les apretó de tal modo la garganta que murieron en 24 horas. Así perecieron nueve personas, tanto viejos como jóvenes, en el espacio de ocho días.

La viuda del mismo Plogojovits declaró que su marido había venido a pedirle sus zapatos después de muerto, lo que la horrorizó de tal modo que se marchó de Kisolova para irse a vivir a otra parte.

Estas circunstancias determinaron a los habitantes del pueblo a desenterrar el cuerpo de Plogojovits para quemarlo, y poder librarse así de sus acechanzas. Se dirigieron al oficial del emperador, que mandaba sobre el territorio de Gradisca en Hungría, y al cura de este lugar, para que les permitiesen exhumar el cuerpo de Plogojovits. Tanto el oficial como el cura pusieron muchas dificultades para conceder el permiso; pero los campesinos declararon que, si les rechazaban que pudiesen desenterrar el cuerpo, que en ese caso ya no dudarían que se trataba de un vampiro (pues así es como llaman a los revinientes o redivivos) y que entonces se verían obligados a abandonar el pueblo y a irse a vivir donde pudiesen.

El oficial del emperador que escribió la relación del hecho, viendo que ni con promesas ni con amenazas podía detenerlos, se trasladó con el cura de Gradisca al pueblo de Kisolova, y, habiendo hecho

exhumar a Pedro Plogojovits, encontraron que el cuerpo no exhalaba ningún mal olor; que aparecía entero y como con vida, excepto la punta de la nariz que estaba marchita y reseca; que le habían crecido los cabellos y la barba; y que, en lugar de las uñas que había perdido, le habían vuelto a salir otras nuevas; que, bajo la piel primitiva, que parecía como muerta y blancuzca, aparecía otra nueva, sana y con buen color; los pies y las manos estaban tan enteros como se podía desear en un hombre bien vivo. Advirtieron también sangre bien fresca en la boca, que el pueblo creía que el vampiro había chupado a los hombres a que había causado la muerte.

Habiendo examinado diligentemente el oficial del emperador y el cura todas estas cosas, y habiendo concebido el pueblo que estaba presente una renovada indignación, y estando cada vez más persuadidos que era la verdadera causa de la muerte de sus compatriotas, corrieron en seguida a buscar una estaca bien puntiaguda, con la que le atravesaron el pecho, del que salió cantidad de sangre fresca y bermeja, lo mismo que por la nariz y por la boca, y hasta por la parte del cuerpo que el pudor no permite que se nombre. A continuación los campesinos echaron el cuerpo a la hoguera y lo redujeron a cenizas.

El señor Rauff[146], del que tenemos estas particularidades, cita a diversos autores que han escrito sobre la misma materia, y referido ejemplos de muertos que han comido en la tumba. Cita en particular a Gabriel Rzaczinoki en su Historia de las curiosidades naturales del reino de Polonia, impresa en 1721 en Sandomir.

47
Razonamiento sobre esta materia

LOS AUTORES HAN RAZONADO mucho sobre estos sucesos.

1. Unos los han creído milagrosos.

2. Otros los han visto como puro efecto de imaginaciones fuertemente alteradas o de arraigados prejuicios.

3. Otros han pensado que no había en todo esto sino algo muy simple y natural, al no estar esas personas verdaderamente muertas y, por tanto, poder obrar naturalmente sobre los otros cuerpos.

4. Otros han pretendido que era obra del mismo demonio. Entre éstos algunos han mantenido[147] que hay demonios benignos, diferentes a los demonios malhechores y enemigos del hombre, a los que han atribuido acciones juguetonas e indiferentes, para distinguirlos de los malos demonios que inspiran a los hombres el crimen y el pecado, que los maltratan y les causan la muerte y una infinidad de males. Pero ¿qué mayores males se pueden temer de los verdaderos demonios y de los más malignos espíritus que los que los revinientes de Hungría causan a las personas que chupan hasta matarlos?

5. Otros dicen que no son los muertos los que se comen sus propias carnes o vestiduras, sino serpientes, o ratas, topos, linces o cualesquiera otros animales voraces, o incluso los que los paganos llamaban estrigas[148], que son unos pájaros que devoran a los animales y a los hombres, y que les chupan la sangre. Algunos han afirmado que estos ejemplos se daban principalmente en las mujeres, y sobre todo en tiempos de peste; pero tenemos ejemplos de revinientes de todo sexo, y sobre todo de hombres; aunque los que hayan muerto de peste, envenenamiento, rabia, ebriedad o de una enfermedad epidémica sean más proclives a volver, al parecer porque su sangre se coagula más difícilmente, y además porque a veces se entierra a algunos que no están muertos del todo, del miedo que hay a dejarlos demasiado tiempo sin sepultura y que puedan contagiar a otros.

Se añade que los vampiros no se conocen sino en ciertos países como Hungría, Moravia o Silesia, que son donde estas enfermedades son más comunes, y donde los pueblos, que están mal alimentados, son propensos a padecer ciertos desarreglos causados u ocasionados por el clima y la alimentación, y aumentados por los prejuicios, la

imaginación y el terror, capaces de producir o de acrecentar las más peligrosas enfermedades, como la experiencia diaria nos lo prueba a cada momento. En cuanto a lo que algunos sostienen que se oye a algunos muertos que comen o mastican como los cerdos en la tumba, esto es manifiestamente fabuloso, y no puede basarse sino en ridículas prevenciones.

48
Los vampiros o revinientes ¿están verdaderamente muertos?

La opinión de los que mantienen que todo lo que se cuenta de los vampiros sea puro efecto de la imaginación, de la fascinación, o de esa enfermedad que los griegos llamaban frenesí o coribantisnio, y que pretendan explicar por ella todos los fenómenos del vampirismo, no nos convencerán jamás de que unas enfermedades cerebrales puedan llegar a producir efectos tan reales como los que hemos referido. Es imposible que, de repente, varias personas crean ver lo que no existe, y que, además, mueran en tan poco tiempo de una enfermedad de pura imaginación. Y ¿quién les ha revelado que un vampiro semejante esté íntegro en la tumba, que esté lleno de sangre, que viva de alguna manera después de la muerte? ¿No existirá ni un solo hombre de buen sentido en todo un pueblo, que esté exento de esta fantasía, o que se haya sobrepuesto a los efectos de la fascinación, de las simpatías y antipatías, y de la magia natural? Y, más todavía, ¿quién nos explicará clara y distintamente lo que estos términos signifiquen, y la manera en que se efectúen tan ocultas y misteriosas operaciones? Es pretender explicar una cosa oscura y dudosa por otra más incierta e incomprensible todavía.

Si estas personas no creen nada de lo que se cuenta de las apariciones, del retorno y de las acciones de los vampiros, pierden bien inútilmente su tiempo proponiendo sistemas y formando razonamientos para explicar lo que no existe sino en las trastornadas imaginaciones de ciertas personas llenas de prejuicios; pero, si todo lo que se cuenta, o, por los menos, una pequeña parte, es verdadero, sus sistemas y razonamientos no satisfarán fácilmente a espíritus que busquen pruebas de distinto valor que aquéllas.

Veamos, pues, si el sistema que pretende que los vampiros no estén verdaderamente muertos está bien fundado. Es cierto que la muerte consiste en la separación del alma y del cuerpo, y que ni el uno ni el otro perece ni es aniquilado por la muerte; que el alma es inmortal, y que el cuerpo privado del alma permanece todavía durante algún tiempo en su integridad, no corrompiéndose más que por partes, a veces en pocos días y otras veces en un espacio más amplio de tiempo; a veces, incluso, permanece sin corromperse durante varios años, y hasta durante varios siglos, bien por efecto de su buena constitución, como en el caso de Héctor y de Alejandro Magno, que estuvieron varios días sin corromperse[149], o por medio del arte del embalsamamiento, o, en fin, debido a la calidad del terreno en que estén enterrados, que tenga la facultad de desecar radicalmente la humedad y los principios de la corrupción. No me detengo a probar todas estas cosas, que son suficientemente conocidas por otra parte.

A veces el cuerpo, sin haber muerto y, por tanto, sin que el alma racional lo haya abandonado, permanece sin embargo inmóvil como muerto, o por lo menos con un movimiento tan lento y una respiración tan débil que resulta casi imperceptible, como sucede en el síncope o cuando a uno le da un soponcio, y en ciertas enfermedades bastante comunes de las mujeres, y también en el éxtasis; como lo hemos señalado en el ejemplo de Pretextato, sacerdote de Cálame. También hemos referido más de un ejemplo de personas enterradas por habérselas dado por muertas; a ellos podemos añadir el del abad Salin, prior de san Cristóbal[150] en Lorena, al cual, estando en el ataúd y a punto de ser enterrado, lo resucitó uno de sus amigos, que le hizo tragar un vaso de vino de Champaña.

Se cuentan diversos ejemplos de la misma naturaleza. Podemos ver[151] en las Causas célebres el de una muchacha que quedó encinta mientras sufría un largo síncope o soponcio: ya hemos hablado de ello. Plinio cita[152] a un gran número de gentes a las que se dio por muertas y que, sin embargo, volvieron y todavía vivieron mucho tiempo después. Habla de un joven que, habiéndose dormido en una caverna, permaneció allí por espacio de cuarenta años sin despertarse. Nuestros historiadores[153]hablan de los siete durmientes, que durmieron igualmente durante ciento cincuenta años, desde el año 253 después de J.C. hasta el 403. Se dice que el filósofo Epiménides durmió en una caverna durante cincuenta y siete años, o según otros, durante cuarenta y siete o solamente cuarenta años, pues los antiguos no se ponen de acuerdo sobre el número de años. Se asegura incluso que el filósofo era dueño de hacer que su alma se ausentase y volviese a voluntad.

Se cuenta lo mismo de Aristeas de Proconeso. Confieso desde luego que esto es fabuloso; pero no se puede contestar la verdad de otras varias historias de gentes que han vuelto en vida después de haber sido tenidas por muertas por espacio de 3, 4, 5, 6 y hasta 7 días. Plinio reconoce que hay diversos ejemplos de personas muertas que se han aparecido después de haber sido enterradas; pero no quiere hablar de ello, porque, nos dice, no refiere prodigios sino obras naturales: post sepulturam quoque visorum exempla sunt, nisi quod naturae opera, non prodigio sectamur. Nosotros creemos que Enoch y Elías están todavía vivos; algunos han creído que san Juan Evangelista no estaba muerto[154], sino que vivía todavía en la tumba. Platón y san Clemente de Alejandría[155]cuentan que el hijo de Zoroastro había resucitado doce días después de la muerte, cuando llevaban su cuerpo a la pira. Flegonte dice[156] que un soldado sirio del ejército de Antíoco, al que habían matado en las Termópilas, se apareció en pleno día en el campamento de los romanos, donde habló a varias personas; y Plutarco refiere[157] que un tal Tespesio que se había caído de un tejado resucitó al tercer día después de que hubo muerto por la caída.

San Pablo escribiendo a los corintios[158]: parece suponer que a veces el alma se transporta fuera del cuerpo para ir a donde está en

espíritu; por ejemplo, dice que ha sido transportado hasta el tercer cielo, donde ha oído cosas inefables; pero añade que no sabe si ha sido en cuerpo o solamente en espíritu: sive in corpore, sive extra corpus, nescio. Deris scit. Ya hemos citado a san Agustín[159], que habla de un sacerdote de Cálame llamado Pretextato, que, al oír la voz de unas personas que se lamentaban, se extasiaba de tal forma que no respiraba ni sentía nada más, y que, aunque lo hubiesen quemado o le hubiesen cortado las carnes, no se habría apercibido de ello; su alma estaba de tal modo ausente u ocupada en las lamentaciones que lo hacía insensible al dolor. En el soponcio, en el síncope, el alma deja de realizar las funciones ordinarias; sin embargo permanece en el cuerpo y continúa animándolo; pero no se apercibe de su propia acción.

Un párroco de la diócesis de Constanza llamado Bayer me escribe que en 1728, habiéndole sido concedido el curato de Rutheim, fue perturbado un mes después por un espectro o por un genio maligno con la forma de un campesino contrahecho, mal vestido y peor encarado, que despedía un hedor insoportable, el cual vino a llamar a su puerta de una manera insolente y, habiendo entrado en el hogar, le dijo que venía enviado de parte de un oficial de su obispo el príncipe de Constanza, que lo había encargado de cierta comisión que luego resultó completamente falsa. Pidió en seguida que le diesen de comer. Le sirvieron carne, pan y vino. Cogió la carne con las dos manos y la devoró con huesos y todo, diciendo: “Ved cómo me como la carne y los huesos. Haced vos lo mismo”. Después tomó el vaso de vino y se lo bebió de un trago; en seguida pidió otra que se bebió de la misma forma. Después de lo cual se retiró sin decirle adiós al párroco; y, habiéndole preguntado su nombre la sirvienta que lo condujo a la puerta, le respondió: “He nacido en Rutsinge, y mi nombre es Jorge Raulin”, lo que era falso. Al bajar la escalera dijo amenazando al párroco en alemán: “Te haré ver quién soy yo”.



Ilustración para el serial *Varney el vampiro* (1845-1847).

Pasó el resto del día en el pueblo, dejándose ver por todo el mundo. Hacia medianoche volvió a la puerta del párroco, gritando tres veces con una voz terrible: "¡Señor Bayer!" y añadiendo: "¡Os enseñaré quién soy yo!". En efecto, durante tres años volvió todos los días hacia las cuatro de la tarde, y todas las noches hasta el amanecer.

Se aparecía bajo diversas formas, tanto bajo la figura de un perro de aguas, Ilustración para el serial *Varney el vampiro*(1845-1847). como bajo la de un león o de otro terrible animal; tanto bajo la forma de un hombre, como bajo la de una mujer o de una muchacha, cuando el párroco estaba en la mesa o en la cama, incitándolo a la impudicia. A veces armaba un estrépito en toda la casa, como si un tonelero estuviese poniendo aros a los toneles. Por momentos se hubiese dicho que quisiera hundir toda la casa por el enorme estruendo que provocaba. Para tener testigos de todo esto, el párroco hizo venir a menudo al mayordomo de la parroquia y a otras gentes del lugar que pudiesen dar testimonio. El espectro despedía por donde iba un hedor insoportable.

En fin, el párroco recurrió a los exorcismos; pero no produjeron ningún efecto. Y como ya casi desesperaba de poder librarse de sus vejaciones, le aconsejaron hacia finales del tercer año que se proveyese de una palma bendita el domingo de Ramos, y de una espada asimismo bendita para esta ocasión, y que se sirviese de ambas contra el espectro. Lo hizo una o dos veces, y desde ese momento no volvió a ser molestado. Esto está atestiguado por un religioso capuchino, testigo de la mayor parte de estas cosas, el 29 de agosto de 1749.

No garantizo todas las circunstancias. El lector sensato sacará las conclusiones que juzgue oportunas. Si son verdaderas, he aquí un verdadero reviniente que bebe, come, habla y da señales de su presencia durante tres años enteros, y sin ninguna muestra de respeto. Veamos ahora otro caso de un reviniente que no se manifestó sino por acciones.

Me escriben desde Constanza el 8 de agosto de 1748 que hacia finales del año 1746 se oyeron como unos suspiros que partían de un rincón de la imprenta del señor Lahart, uno de los consejeros de la dicha ciudad de Constanza. Los mozos de la imprenta no hicieron más que reír en un principio; pero ya en los primeros días de enero del año siguiente 1747 se escuchó más ruido que antes. Golpeaban con rudeza contra el muro hacia el mismo rincón en que al principio se habían oído los suspiros: e incluso los impresores llegaron a recibir bofetadas, y vieron cómo les tiraban los gorros por el suelo. Recurrieron a los capuchinos, que vinieron con los libros necesarios para exorcizar al espíritu. Acabado el exorcismo, se volvieron, y el ruido cesó durante tres días.

Al término de este plazo, el ruido empezó de nuevo más fuerte que antes; el espíritu arrojaba los caracteres de imprimir contra las ventanas. Hicieron venir de fuera de la ciudad a un famoso exorcista, que exorcizó al espíritu durante ocho días. Un día el espíritu dio una bofetada a un muchacho, y se vieron de nuevo los caracteres de imprimir arrojados contra los vidrios; no habiendo podido hacer nada el exorcista forastero con sus exorcismos, se volvió a su lugar de origen.

El espíritu continuó con sus tejemanejes, dando bofetadas a unos, arrojando piedras y demás a los otros, de manera que los cajistas se vieron obligados a abandonar ese rincón de la imprenta. Se colocaron en el medio de la habitación, pero no volvieron a hallar reposo.

En consecuencia, hicieron venir a otros exorcistas, uno de los cuales tenía un trozo de la verdadera cruz, que puso sobre la mesa. No por eso el espíritu dejó de inquietar como acostumbraba a los obreros de la imprenta, y de abofetear tan violentamente al hermano capuchino que acompañaba al exorcista que se vieron obligados los dos a retirarse a su convento. Vinieron otros que, habiendo mezclado arena y cenizas con agua, bendijeron el agua y la echaron por aspersión por toda la imprenta. Extendieron también la arena y la ceniza sobre el pavimento y, habiéndose provisto de espadas, todos los asistentes comenzaron a golpear con ellas en el aire a derecha e izquierda por toda la habitación para ver si así podían alcanzar al reviniente, y para comprobar si éste dejaba alguna huella de sus pies en la arena o en la ceniza que cubría el suelo. Al fin descubrieron que se había encaramado a lo alto del horno, en los ángulos del cual advirtieron huellas de sus pies y de sus manos impresas en la ceniza y en la arena bendecidas.

Por fin se consiguió desalojarlo de allí, y pronto advirtieron que se había deslizado bajo la mesa, y que había dejado marcas en el pavimento de sus pies y manos. La gran polvareda que por todos estos movimientos se había levantado en la tienda hizo que cada cual se dispersase y que tuviesen que cesar de perseguirlo. Pero habiendo arrancado el principal exorcista una tabla del ángulo en que se había escuchado el ruido al principio, encontró en un agujero del muro unas cuantas plumas, tres huesos envueltos en un trozo de tela sucio, unos pedazos de vidrio y una aguja de la cabeza. Encendieron un fuego que él bendijo, y al que hizo que arrojasen todo esto. Pero, apenas había regresado el religioso a su convento, cuando un mozo de la imprenta vino a decirle que la aguja había saltado hasta tres veces de las llamas, y que un muchacho que cada vez con unas tenazas había vuelto a poner la aguja al fuego había sido violentamente golpeado en la mejilla. Habiendo traído al convento de capuchinos los restos de lo

que se había encontrado, lo quemaron sin ninguna dificultad. Pero el muchacho que los había traído vio una mujer completamente desnuda en la plaza pública, y se escucharon ése y los días siguientes como grandes gemidos en la plaza de Constanza.

Unos días después, las infestaciones volvieron a comenzar en la casa del impresor; el reviniente repartía bofetadas, arrojaba piedras y molestaba a los criados de diversas formas. El dueño de la casa, el señor Lahart, recibió una herida de consideración en la cabeza; dos muchachos que estaban acostados en la misma cama fueron arrojados al suelo; de manera que durante la noche abandonaron la casa por completo. Un día de domingo una sirvienta que llevaba ropas de la casa fue atacada a pedradas. Otra vez dos muchachos fueron arrojados abajo de una escalera.

Había en la ciudad de Constanza un verdugo que pasaba por brujo. El religioso que me escribió sospechaba que podía tener parte en todo el tejemaneje, y empezó a exhortar a los que velaban con él en la casa que pusiesen la confianza en Dios y que se afirmasen en la fe. Les dio a entender a medias palabras que el verdugo podía estar en el asunto. Pasaron así la noche en la casa, y a las diez de la noche uno de los compañeros del exorcista se arrojó a sus pies deshaciéndose en lágrimas y le descubrió que esa misma noche, él y un compañero, habían sido enviados a consultar a unos verdugos de Turgau, y esto por orden del impresor el señor Lahart, en la casa del cual sucedía todo este asunto.

El buen sacerdote se sorprendió extrañamente de la confesión, y declaró que no continuaría con el exorcismo si no le aseguraban que no habían hablado a los verdugos para que hiciesen cesar la infestación. Protestaron que no les habían hablado. El padre capuchino hizo que recogiesen todo lo que estaba en la casa ya envuelto y empaquetado y que lo llevaran al convento.

A la noche siguiente dos criados intentaron pasar la noche en la casa del impresor; pero fueron arrojados de las camas y obligados a irse a acostar a otra parte. Hicieron después venir a un campesino del pueblo de Ahnaustorf que pasaba por buen exorcista. Pasó la noche en la casa infestada, bebiendo, cantando y gritando. Pero recibió unos

cuantos bastonazos y otras tantas bofetadas, de tal modo que se vio obligado a confesar que no podía hacer nada contra ese espíritu.

Se presentó luego la viuda de un verdugo para hacer los exorcismos; comenzó haciendo fumigaciones por toda la mansión para expulsar a los malos espíritus. Pero, antes de que las hubiese acabado, viendo que el dueño de la casa era golpeado en el rostro y en el cuerpo por el espíritu, se escapó de la casa sin reclamar su salario.

Llamaron después al párroco de Valburg, que tenía fama de hábil exorcista. Vino con otros cuatro sacerdotes seculares y continuó los exorcismos durante tres días sin ningún éxito. Al cabo de los cuales se volvió a su parroquia, imputando a la poca fe de los asistentes la inutilidad de sus plegarias.

Durante ese tiempo uno de los cuatro sacerdotes fue golpeado con un cuchillo, y después con un tenedor, pero sin que llegase a ser herido. El hijo del señor Lahart, dueño de la casa, recibió en la mandíbula un golpe de un cirio pascual, que sin embargo no le hizo ningún daño. No habiendo servido de nada todo esto, hicieron venir a los verdugos de la vecindad. Dos de los que fueron a buscar fueron golpeados a pedrada limpia. Otro sintió que le apretaban fuertemente el muslo; de suerte que estuvo dolorido durante bastante tiempo. Los verdugos recogieron con cuidado todo lo que encontraron envuelto en la casa, poniendo otras cosas en su lugar; pero el espíritu las cogía y las tiraba a la plaza pública. Después de esto los verdugos persuadieron al señor Lahart que volviese a entrar audazmente con su gente en la casa. Así lo hizo; pero la primera noche, cuando estaban cenando, uno de sus operarios llamado Salomón fue herido en el pie con gran efusión de sangre. Volvieron a enviar, en consecuencia, a buscar al verdugo, que pareció muy sorprendido de que la casa no hubiese quedado liberada por completo; pero él mismo en un momento fue atacado por una lluvia de piedras, golpes y bofetadas, que lo obligaron a ponerse rápidamente a salvo.

Informados de todo esto unos herejes de la vecindad, vinieron un día a la tienda del librero y, queriendo leer en una Biblia católica que había allí, fueron golpeados y abofeteados de lo lindo; pero cogiendo la Biblia calvinista no sufrieron ningún mal. Habiendo entrado en la

tienda dos hombres de Constanza por pura curiosidad, uno fue en seguida arrojado al suelo y el otro se escapó lo más rápido que pudo. Otro más que había entrado también por curiosidad recibió el castigo de su presunción al serle arrojada al cuerpo gran cantidad de agua. Una muchacha de Augsburg, parienta del impresor señor Lahart, fue expulsada a golpazo limpio y perseguida hasta la casa vecina, en la que entró para refugiarse.

En fin, las infestaciones cesaron el 8° día de febrero. Ese día el espectro abrió la puerta de la tienda, entró, hizo algunos estropicios, salió, cerró la puerta, y desde ese momento no volvieron a saber más nada de él.

49
Ejemplo de un tal Curma devuelto al mundo

SAN AGUSTÍN CUENTA a este respecto[160] que habiendo caído enfermo un campesino llamado Curma, que tenía un pequeño empleo en el pueblo de Tulia cerca de Hipona, estuvo durante algunos días sin sentido y sin decir palabra, pero conservando un leve resto de aliento y de respiración que impidieron que lo enterrasen. Al cabo de varios días empezó a abrir los ojos, y envió a que preguntasen lo que pasaba en casa de otro campesino del mismo lugar llamado también Curma como él. Le dijeron que acababa de expirar en el mismo instante en que él había vuelto en sí y resucitado de su profundo entumecimiento.

Entonces empezó a hablar y a contar lo que había visto y oído; que no era Curma el Curial[161] sino Curma el Herrador al que debían llevarse; añadía que, entre aquellos que había visto tratar de diferentes formas, había reconocido a algunos conocidos suyos que habían fallecido, y a otros eclesiásticos todavía vivos que le habían aconsejado que viniese a Hipona para que lo bautizase el obispo

Agustín; que, siguiendo su consejo, había recibido el bautismo en visión, después de lo cual lo habían llevado al paraíso, pero que no había permanecido allí mucho tiempo, pues le habían dicho que, si quería permanecer, era preciso que lo bautizasen. Había respondido: “Ya estoy bautizado”. Pero le dijeron que eso había sido en visión, y que tenía que ir a Hipona para recibir realmente el sacramento. Vino una vez que estuvo curado, y lo bautizaron con los otros catecúmenos.

San Agustín no fue informado de esta aventura más que unos dos años después. Envió a buscar a Curma y supo de sus labios lo que acabo de contar. En consecuencia, es cierto que Curma no vio con los ojos corporales nada de lo que contempló en visión; ni la ciudad de Hipona, ni al obispo Agustín, ni a los eclesiásticos que le aconsejaron que se bautizase, ni a las personas vivas y muertas que vio y que reconoció. Podemos, pues, creer que son efectos de la potencia de Dios, que se sirve del ministerio de los ángeles para advertir, consolar y atemorizar a los mortales, según la profundidad de sus juicios.

San Agustín se pregunta a continuación si los muertos tienen conocimiento de lo que pasa en esta vida. Él lo duda, y muestra que al menos no tienen ningún conocimiento de ello por las vías ordinarias y naturales. Señala que se dice que Dios se llevó del mundo, por ejemplo, a Josías[162], a fin de que no fuese testigo de los males que debían sucederle a su nación; y que todos los días decimos que Fulano es feliz de haberse ido del mundo y no sufrir los males que le han sucedido a su familia o a su patria. Por tanto, si los muertos no saben lo que pasa en el mundo, ¿cómo pueden apenarse porque sus cuerpos estén enterrados o no? ¿Cómo los santos pueden oír nuestras plegarias, y por qué pedimos su intercesión?

Por consiguiente es verdadero que los muertos puedan conocer lo que pasa en la tierra, o por el ministerio de los ángeles, o por el de los muertos que llegan al otro mundo, o por la revelación del espíritu de Dios, que les descubre lo que juzga a propósito y lo que es conveniente que conozcan. Dios puede también a veces enviar a hombres muertos hace mucho tiempo a los vivos, como permitió que Moisés y Elías se

apareciesen en la Transfiguración del Señor, y como una infinidad de santos se han aparecido a los vivos. La Iglesia siempre ha enseñado y practicado la invocación a los santos, lo que supone que oigan nuestras plegarias, que se conmuevan por nuestras necesidades y que puedan ayudarnos con su intercesión. Pero la manera cómo todo esto se haga no está distintamente conocida; ni la razón ni la revelación nos suministran nada con certeza sobre los medios de que Dios se complace servirse para descubrirles nuestras necesidades.

Luciano, en su diálogo titulado Philopsendés o El amante de la mentira, cuenta[163] algo semejante. Un tal Éucrates que había sido conducido a los infiernos fue llevado en presencia de Plutón, que se enfadó con el que se lo presentaba y le dijo: “Éste no ha acabado todavía su carrera, su turno no le ha llegado todavía. Que hagan que venga Demilo, el hilo de cuya vida se ha terminado”. Enviaron, pues, a Éucrates de regreso al mundo, donde anunció que Demilo moriría pronto. Demilo, que vivía en la vecindad, estaba ya un poco enfermo.

Pero poco después escucharon el ruido que hacían aquéllos y aquéllas que lloraban su muerte. Luciano se burla de todo lo que se decía sobre esta materia; pero reconoce que era la opinión común en su tiempo. En el mismo lugar dice que se ha visto a un hombre regresar a la vida después de haber sido dado por muerto durante veinte días.

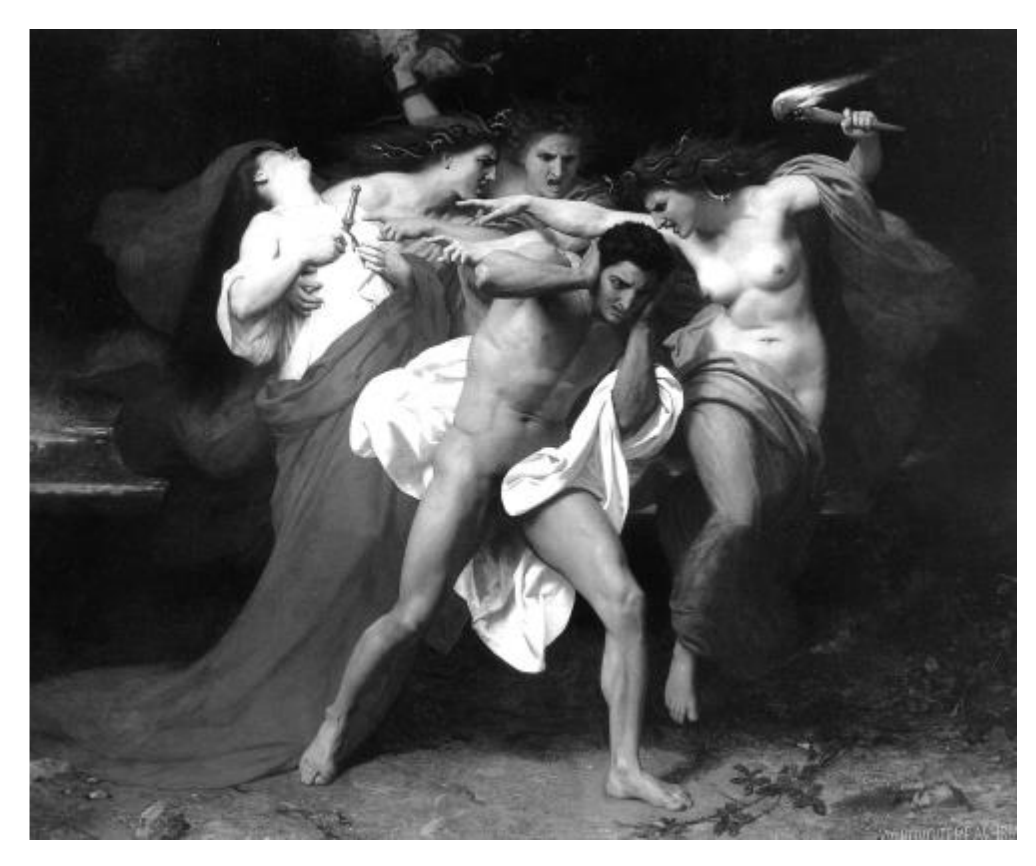
La historia de Curma que acabamos de ver hace que me acuerde de otra casi igual que refiere Plutarco en su libro sobre el alma[164]de un cierto Enarco que, habiendo muerto, resucitó poco después, y contaba que los demonios que llevaban su alma recibieron una severa reprimenda de su jefe, que les dijo que se habían equivocado, y que era Nicandro, y no Enarco, al que debían llevarse. Los envió a Nicandro, al que pronto asaltó la fiebre y que murió el mismo día. Plutarco conocía esta historia del mismo Enarco, que, para confirmar lo que le contaba, le dijo: “Curaréis ciertamente y pronto de la enfermedad que os aqueja”.

San Gregorio Magno cuenta[165] una cosa muy parecida a la que acabamos de ver. Un hombre ilustre y de calidad llamado Esteban, bien conocido de san Gregorio y de su interlocutor Pedro, solía contarle que, habiendo ido por asuntos de negocios a Constantinopla, murió allí; pero, como el médico que debía embalsamarlo no se encontraba ese día en la ciudad, fue preciso que dejasen el cuerpo toda la noche sin enterrar. En este intervalo Esteban fue conducido ante el juez que presidía en los infiernos, donde vio muchas cosas de que había oído hablar pero que no se creía. Cuando lo hubieron presentado al juez, éste rehusó recibirlo, diciendo: “No es éste el que he ordenado que me traigan, sino Esteban el Herrador”. Por lo que en seguida el alma del muerto fue llevada de nuevo a su cuerpo, y en el mismo instante Esteban el obrero del hierro expiró; lo que confirmó todo lo que el primero contaba de la otra vida.

Cuando la peste asolaba la ciudad de Roma en tiempos en que Narsés era gobernador de Italia, un joven liborniano, pastor de profesión y de un carácter bueno y tranquilo, fue atacado por la peste en casa de su amo el abogado Valeriano. Cuando lo creían casi muerto, volvió en sí de repente, y contó que había sido transportado al cielo, donde había sabido los nombres de los que debían morir de la peste en la casa de su amo; habiéndolos nombrado, predijo a Valeriano que los sobreviviría; y para convencerlo de que decía la verdad, le hizo ver que había adquirido por ciencia infusa conocimiento de diversas lenguas; en efecto, él, que nunca había sabido ni hablado más que el italiano, habló en griego a su amo, y otras lenguas a los que las sabían.

Después de haber vivido en este estado durante dos días, cayó en una especie de acceso de rabia y, habiéndose cogido las manos entre los dientes, murió por segunda vez, siendo seguido por aquellos a los que había nombrado. El amo, que sobrevivió, justificó plenamente su predicción. Hombres y mujeres extasiados y extasiadas permanecen, a veces durante varios días, sin probar alimento, sin respirar, y sin que el corazón dé signos de movimiento, como si estuviesen muertos. El famoso contemplativo Taulero sostiene que un hombre puede permanecer en éxtasis durante una semana, un mes, o incluso un año.

Se ha visto a una abadesa que, en el éxtasis en que ella caía a menudo, perdía el uso de sus funciones naturales, llegando a pasar hasta treinta días consecutivos en éxtasis, sin probar alimento y sin tener ninguna sensación. Los ejemplos de éxtasis no son raros en las vidas de los santos, aunque no sean todos de la misma intensidad ni de la misma duración.



Orestes perseguido por las Furias, de William Adolphe Bouguereau.

Las mujeres en las pasiones histéricas permanecen asimismo a veces varios días como muertas, sin voz, sin sentido, sin pulso. Galeno habla de una mujer que estuvo seis días en este estado. Ved el Tratado de la incertidumbre de las señales de la muerte, t. 2, p. 404, 407 y siguientes. Algunas pasan diez días enteros sin moverse, sin sentir, sin respirar, sin probar alimento.

Se ha visto a personas que estaban sin movimiento como muertas, y que sin embargo disfrutaban por completo del uso del oído, escuchaban lo que se decía a su alrededor, se esforzaban por hablar y

por demostrar que no estaban muertas, pero sin que, no obstante, pudiesen ni hablar ni dar ninguna señal de vida[166].

Podría añadir aquí infinidad de éxtasis de santos de uno y otro sexo que, en sus raptos en Dios, permanecían inmóviles en la oración, sin sentido, casi sin respiración, sin sentir siquiera lo que se hacía a su alrededor y hasta lo que se hacía a ellos mismos.

50
Ejemplos de personas que se extasían a voluntad y que permanecen sin ninguna sensación

JERÓNIMO CÁRDANO dice[167] que caía en éxtasis cuando quería; confiesa que ignora si, como el sacerdote Pretextato, no hubiese sentido grandes heridas; pero no sentía ni el dolor de la gota ni los tirones que le daban. Añade: "El sacerdote de Cálame escuchaba la voz de los que gritaban a su alrededor, pero como de muy lejos. Por lo que a mí respecta, dice Cárdano, oigo la voz, pero ligeramente y sin comprender lo que dicen. Y cuando quiero extasiarme, siento en torno al corazón como una separación del alma del resto del cuerpo, lo que se comunica por una puertecilla a toda la máquina, principalmente por la cabeza y por el cerebelo. Entonces no siento nada, sino que estoy fuera de mí mismo".

Podríamos referir aquí lo que se cuenta de los pueblos de Laponia[168], que, cuando quieren saber lo que sucede muy lejos del lugar en que se encuentran, envían a sus demonios o a sus almas por medio de ciertas ceremonias mágicas, y valiéndose del sonido de un tambor en el que golpean, o de un escudo pintado de determinada

manera; luego, de repente, el lapón cae en éxtasis, y así permanece, como sin vida y sin movimiento, a veces hasta veinticuatro horas. Pero es necesario que en este tiempo alguien permanezca a su lado para impedir que lo puedan tocar, que lo llamen o que lo despierten; el mero movimiento de una mosca lo despertaría, y en este caso dicen que moriría al instante o que se lo llevaría el demonio. Ya hemos hablado de ello anteriormente en la Disertación sobre las apariciones.



Lady Lilith **(1868), de Dante Gabriel Rosetti.**

También hemos señalado que las serpientes, los gusanos, las moscas, los caracoles, las marmotas, los lirones permanecen como muertos durante todo el invierno; que se ha encontrado en bloques de piedra a sapos, serpientes y ostras vivas que llevaban allí encerrados por espacio de varios años, y en ocasiones hasta más de un siglo. El cardenal de Retz cuenta en sus memorias[169] que, estando en Menorca, el gobernador de la isla hizo extraer del fondo del mar a fuerza de brazos y de cables unas rocas que, rotas luego a grandes mazazos, se halló que guardaban ostras vivas que después le sirvieron a la mesa y que encontraron muy buenas.

Se encuentran en las costas de Sicilia, de Malta, de Cerdeña, de Italia, etcétera, unos peces llamados “dátiles”, porque tienen la forma de los dátiles de la palmera; este pez se introduce en las piedras por un agujero que no es más grande que el que hace una aguja. Cuando ha entrado, se alimenta de la piedra, y engorda de tal manera que no puede volver a salir, a menos que rompan la piedra para extraerlo. Entonces lo lavan, lo limpian y lo cuecen para servirlo a la mesa. Tiene toda la forma del dátil de la palmera o del dedo de la mano, de donde le viene el nombre de dactylos, que en griego significa dedo.

Supongo incluso que en algunas personas la muerte la causa la coagulación de la sangre, que se hiela y se cuaja en las venas, como les sucede a los que han tomado cicuta, o a los que han mordido algunas serpientes. Pero en otros casos la muerte la causa una ebullición excesiva de la sangre, como en las enfermedades agudas y en ciertos venenos, e incluso, según dicen, en ciertas especies de peste, o cuando se ha muerto de muerte violenta o se ha ahogado uno en las aguas.

En el primer caso los muertos no pueden volver a la vida sin un milagro evidente; para esto sería preciso restablecer la fluidez de la sangre y devolverle al corazón el movimiento peristáltico. Pero en el segundo tipo de muerte, se puede a veces hacerlos revivir sin milagro, suprimiendo el impedimento que retarda el movimiento del corazón o que lo suspende, como vemos en los péndulos a los que se devuelve el movimiento quitándoles el cuerpo extranjero, un cabello, un trozo de hilo, un átomo, un cuerpo casi imperceptible que los detiene.

51
Aplicación de estos ejemplos a los vampiros

SUPONIENDO ESTOS HECHOS, que me parecen incontestables, ¿no se podrá creer que los vampiros de Hungría, de Silesia y de Moravia sean hombres que han muerto de enfermedades calientes y que han conservado en la tumba un resto de vida, aproximadamente como esos animales de que hemos hablado y como esos pájaros que se hunden en el invierno en los lagos y en las marismas de Polonia y de los países septentrionales? Están sin respiración y sin movimiento, pero sin embargo no sin vida. Recobran el movimiento y la actividad cuando, al regreso de la primavera, el sol calienta las aguas, o cuando les aproximan un fuego moderado o les acercan una estufa encendida con un calor templado; entonces se les ve cómo reviven y vuelven a realizar sus funciones ordinarias, que el frío había suspendido.

Del mismo modo los vampiros en sus tumbas recobran vida después de cierto tiempo, y el alma no les abandona absolutamente más que después de la completa disolución y descomposición de las partes del cuerpo, cuando, estando ya los órganos estropeados por completo, corrompidos y alterados, no puede cumplir por medio de ellos ninguna de las funciones vitales; de donde viene que los pueblos de que hemos hablado los empalen, les corten la cabeza y los quemen, para quitar a sus almas toda esperanza de animarlos de nuevo y de servirse de ellos para molestar a los vivos.

Plinio, hablando[170] del alma de Hermotimo de Clazómenas, que se ausentaba del cuerpo y contaba diversas cosas alejadas que decía haber visto, y que, en efecto, no podía conocer sino una persona que hubiese estado presente, dice que los enemigos de Hermotimo, llamados Cantáridas, quemaron el cuerpo, que no daba casi ninguna

señal de vida, y quitaron así al alma el medio de volverse a alojar en su estuche: dones cremato corpore interim semia nimi, remeanti animae velut vaginam ademerint.

Orígenes había sin duda bebido en los antiguos lo que enseña[171]de que las almas, que son por su naturaleza espirituales, tomen al salir del cuerpo terrestre otro cuerpo sutil, de una forma completamente semejante al cuerpo grosero que acaban de abandonar, que es a su respecto como una especie de vaina o estuche, y que es con este cuerpo sutil con el que ellas se aparecen a veces en torno a su tumba. Funda su opinión en lo que se dice en el Evangelio de Lázaro y del rico epulón[172], que tienen los dos un cuerpo, porque se hablan y se ven, y el rico epulón pide una gota de agua para refrescarse la lengua.

No defiendo la opinión de Orígenes; pero lo que dice del cuerpo sutil que tiene la forma del cuerpo terrestre de que el alma estaba revestida antes de la muerte, es completamente semejante a la opinión de los antiguos de que hemos hablado en el capítulo IV.

Que los cuerpos que han muerto de una enfermedad violenta, o a los que han ejecutado en plena salud, o que están simplemente desvanecidos, vegeten en sus tumbas bajo tierra; que les crezcan la barba, los cabellos y las uñas; que arrojen sangre; que estén flexibles y manejables; que no huelan mal; que expulsen excrementos o cosas semejantes; todo esto no es lo que nos embaraza. La vegetación del cuerpo humano puede producir todos estos efectos; que coman incluso y que devoren lo que hay a su alrededor. La rabia que debe apoderarse de un hombre enterrado vivo, cuando se despierte de su entumecimiento o del síncope, debe naturalmente llevarle a estos violentos excesos. Pero la gran dificultad está en explicar cómo los vampiros salgan de sus tumbas para venir a infestar a los vivos, y cómo vuelvan a entrar después; pues todas las relaciones que tenemos suponen la cosa como cierta, sin explicarnos ni la manera ni las circunstancias, que sin embargo sería lo que habría de más interesante en todo este asunto.

¿Cómo un cuerpo cubierto de cuatro o cinco pies de tierra, sin ninguna facilidad para moverse y desembarazarse, envuelto en mortajas, tapado con tablas, puede salir y volver a tierra, para allí causar los efectos que se cuentan; y cómo, después de esto, vuelve a su primer estado y entra de nuevo bajo tierra, donde lo encuentran sano, entero, lleno de sangre y en la situación de un cuerpo vivo? ¿Diremos que los cuerpos penetran las tierras sin abrirlas, como es el caso del agua y los vapores que entran y salen de la tierra, sin alterar sensiblemente las partes? Sería de desear que las relaciones que nos han dado del retorno de los vampiros se hubiesen explicado mejor al respecto.

Suponiendo que los cuerpos no se muevan de la tumba y que sean solamente unos fantasmas los que se aparezcan a los vivos, ¿cuál será la causa que producirá estos fantasmas y quién los animará? ¿Será el alma del difunto, que no lo ha abandonado todavía, o algún demonio que hará que se aparezcan con un cuerpo prestado y fantástico; y, si se trata de cuerpos puramente fantásticos, cómo es que vienen a chupar la sangre de los vivos? Siempre volvemos a caer en la misma cuestión embarazosa, a saber, si estas apariciones son naturales o milagrosas.

Un sacerdote de buen espíritu me contó hace poco que, viajando por Moravia, lo había invitado el señor Jeanin, canónigo de la catedral de Olmuz, para que lo acompañase a un pueblo llamado Liebava, del que había sido nombrado comisario por el consistorio del obispado, para que informase del hecho de cierto famoso vampiro que había provocado mucho desorden en el pueblo de Liebava unos años antes.

Procedieron a oír a los testigos, siguiendo las reglas ordinarias del derecho. Los testigos declararon que cierto notable habitante del pueblo de Liebava había inquietado a menudo a los moradores de dicho lugar durante la noche; que había salido del cementerio y se había aparecido en diversas casas tres o cuatro años antes; que habían cesado sus importunas visitas, porque un extranjero húngaro que pasaba por el pueblo en esa época se había enorgullecido de que

acabaría con ellas y con el vampiro. Para cumplir la promesa se subió al campanario de la iglesia, y observó el momento en que el vampiro salía de la tumba y dejaba al lado de la fosa el sudario en que estaba amortajado, para irse a continuación al pueblo a inquietar a sus habitantes.

Habiéndolo visto, pues, el húngaro salir de la fosa, desciende rápidamente del campanario, coge las mortajas del vampiro y se las lleva consigo a la torre. Habiendo vuelto el vampiro de su gira y no encontrando sus vestiduras, se pone a gritarle furiosamente al húngaro, que le hace signos desde lo alto de la torre, diciéndole que, si quiere volver a verlas, que venga a buscarlas. El vampiro se siente en la obligación de subir al campanario; pero el húngaro lo arroja de la escalera y le corta la cabeza con una laya. Tal fue el fin de la tragedia.

El que me ha contado la historia no había visto nada de ello, ni él ni el señor que había sido enviado como comisario; ellos solamente oyeron el relato de los campesinos del lugar, gente muy ignorante, supersticiosa y crédula, e infinitamente prevenida sobre el hecho del vampirismo.

Como tenemos todo lo que se cuenta en este hecho por vano y frívolo, cuanto mayor absurdo y contradicción haya en las diversas narraciones que se hagan, tantas más pruebas habrá para confirmarnos en el juicio que le otorgamos.

Pero, suponiendo que haya alguna realidad en el hecho de las apariciones de los vampiros, ¿las atribuiremos a Dios, a los ángeles, a las almas de los revinientes o al demonio? En este último supuesto, ¿diremos que el demonio sutiliza los cuerpos y les da el poder de penetrar la tierra sin descolocarla, de deslizarse a través de las ranuras y las junturas de las puertas, de pasar por el hueco de las cerraduras, de agrandarse y de empequeñecerse, de reducirse a la naturaleza del aire y del agua para penetrar las tierras; en fin, de ponerse en el estado en que creemos que estarán los cuerpos de los bienaventurados después de la resurrección, y que era el de Nuestro Salvador después de su resurrección, que no se dejaba ver sino a los que juzgaba

oportuno, y que, sin abrir las puertas[173], se apareció de repente en medio de los discípulos: Jesus venit januis clausis?






Galería sarcástica de espectros dibujada por J. J. Grandville.

Pero, incluso si admitiésemos que el demonio pudiera reanimar los cuerpos y darles movimiento por algún tiempo, ¿podría también agrandar, empequeñecer, rarificar, sutilizar los cuerpos de los revinientes, y darles la facultad de penetrar la tierra, las puertas, las ventanas? No existe ninguna garantía de que haya recibido de Dios este poder, y no se concibe ni siquiera que un cuerpo terrestre, grosero y material pueda reducirse a un estado de sutileza y de espiritualidad sin que se destruya la configuración de sus partes y sin que se arruine la economía de su estructura: lo que iría contra la intención del demonio, y situaría al cuerpo sin posibilidad de aparecerse, de hacerse ver, actuar y hablar, y, en fin, de ser reducido a pedazos y de ser quemado, como se ve que se practica habitualmente en Moravia, Polonia y Silesia. Las mismas dificultades subsisten en el caso de aquéllos de que hemos hablado, que, estando excomulgados, se levantaban de las tumbas y salían de la iglesia a la vista de todo el mundo.

Hay, pues, que permanecer silenciosos en este asunto, ya que no ha placido a Dios revelarnos ni hasta dónde se extiende el poder del demonio, ni la manera en que estas cosas puedan hacerse. Hay incluso muchas posibilidades de que todo lo que se dice en esta materia no sea sino mera ilusión; y, en cualquier caso, si hubiese alguna realidad en todo ello, podríamos perfectamente consolarnos de nuestra ignorancia al respecto, ya que existen tantas cosas naturales que suceden en nuestros cuerpos y a nuestro alrededor, cuya causa y cuya manera de operar nos son por entero desconocidas.

52
Examen de la opinión que pretende que el demonio fascine los aquellos a los que se aparecen los vampiros

LOS QUE RECURREN a la fascinación de los sentidos para explicar lo que se cuenta de las apariciones de los vampiros, se ponen en una situación más embarazosa todavía que los que reconocen de buena fe la realidad de estos sucesos; pues la fascinación consiste o bien en la suspensión de los sentidos, que no pueden ver lo que pasa ante su vista, como era el caso de la que sufrieron los habitantes de Sodoma[174], que no podían descubrir la puerta de Lot, aunque estuviese ante sus ojos; o la de los discípulos de Emaús, de que se dice[175] que sus ojos estaban cerrados para que no pudiesen reconocer a Jesucristo, que les hablaba en el camino, y al que no reconocieron hasta la fracción del pan; o bien consiste en que se represente un objeto a los sentidos de forma diferente a como es en sí mismo, como era el caso de los moabitas[176], que creyeron ver las aguas tintas en

sangre de los israelitas, aunque no fuesen sino simples aguas sobre las que se reflejaban los rayos del sol, haciendo que pareciesen rojizas; o el de los soldados sirios enviados para prender a Eliseo[177], que el profeta condujo hasta Samaria, sin que reconociesen ni al profeta ni a la ciudad.



Detalle de *La muerte y la doncella*, de Hans Baldung Grien.

Esta fascinación, de cualquier manera que se la conciba, está ciertamente por encima de las fuerzas ordinarias y conocidas de los hombres; por consiguiente, ningún hombre puede naturalmente

producirla; pero ¿está también por encima de las fuerzas naturales de un ángel o de un demonio? Es lo que no sabemos y, por tanto, nos obliga a suspender el juicio en esta cuestión.

Hay otra especie de fascinación, que consiste en que la vista de una persona o de una cosa, la alabanza que se le dé o la envidia que se le tenga, produzcan en el objeto ciertos malos efectos, contra los cuáles los antiguos tenían gran cuidado de precaverse y de poner a salvo a sus hijos, haciendo que llevasen al cuello algunos preservativos o amuletos.

Podríamos al respecto traer gran número de pasajes de los griegos y de los latinos, y me consta que incluso hoy, en algunos lugares de la cristiandad, se está persuadido de la eficacia de estas fascinaciones. Pero hay que confesar tres cosas: primero, que el efecto de estas presuntas fascinaciones resulta muy dudoso; segundo, que, aunque fuese cierto, es muy difícil, por no decir imposible de explicar; y, en fin, tercero, que no puede aplicarse razonablemente al asunto de las apariciones ni al de los vampiros.

Si los vampiros o revinientes no están realmente resucitados, ni sus cuerpos espiritualizados y sutilizados, como creemos haberlo probado, y si la fascinación nos engaña a nuestros sentidos, como acabamos de verlo, dudo que haya otro partido a tomar en esta cuestión que el de negar absolutamente el retorno de los vampiros, o creer que no están más que dormidos o entumecidos; pues, si verdaderamente han resucitado y todo lo que se cuenta de su regreso es verdadero, si hablan, actúan, razonan, chupan a los vivos la sangre, entonces deben saber lo que pasa en la otra vida, y deberían instruir al respecto a sus parientes y a sus amigos, lo que en ningún caso hacen. Antes al contrario, los tratan como enemigos, los atormentan, les quitan la vida, les chupan la sangre, los hacen perecer de languidez.

Si se encuentran entre los bienaventurados, ¿de dónde viene que inquieten y atormenten a los vivos, a sus más próximos parientes, a sus hijos, y todo esto a propósito de nada, simplemente por hacer mal? Si les queda todavía algo por expiar en el purgatorio y tienen necesidad de las plegarias de los vivos, ¿por qué no se explican sobre su estado? Si están entre los réprobos y los condenados, ¿qué vienen

a hacer a la tierra? ¿Se puede comprender que Dios les permita venir así sin razón, a molestar sin necesidad a sus familias y a causarles la muerte?

Si los revinientes están realmente muertos, sea cual sea el estado en que se encuentren en el otro mundo, juegan un mal papel, y lo representan todavía peor.

53
Ejemplos de resucitados que cuentan lo que han visto en la otra vida

ACABAMOS DE VER que los vampiros o revinientes no hablan nunca de la otra vida, ni piden ni misas ni oraciones, no dan ningún consejo a los vivos para corregirlos en sus costumbres y para llevarlos a una vida mejor. Es seguramente un gran obstáculo contra la realidad de su regreso del otro mundo; por el contrario, su silencio en esta materia puede favorecer la opinión que sostiene que no están verdaderamente muertos.

Es cierto que tampoco leemos que Lázaro, resucitado por Jesucristo[178] , ni el hijo de la viuda de Naín[179] , ni el de la mujer de Sunam resucitado por Eliseo[180] , ni el israelita que recibió la vida al tocar el cuerpo del mismo profeta Eliseo[181] , hayan después de su resurrección descubierto nada a los hombres sobre el estado de las almas en el otro mundo.

Pero vemos en el Evangelio[182] que al rico epulón, que había rogado a Abraham que le permitiese enviar a alguien al mundo, para advertir a sus hermanos que debían vivir mejor y preocuparse por no caer en el desgraciado estado en que él se veía, le respondieron: “Tienen la ley y los profetas; pueden escucharlos y seguir sus instrucciones”. Y como

el rico epulón insistiese diciendo: “Si alguien volviese de la otra vida, harían penitencia”, Abraham respondió: “Si no han querido escuchar a Moisés y a los profetas, tampoco se dejarán persuadir por un hombre que volviese del otro mundo”. El muerto resucitado por san Estanislao respondió lo mismo a los que le pedían noticias de la otra vida: “Tenéis la ley, los profetas y el evangelio; escuchadlos”.

Los paganos muertos que han vuelto a la vida, y algunos cristianos que han regresado igualmente al mundo por una especie de resurrección, y que han visto lo que pasaba fuera de este mundo, no han permanecido, sin embargo, en el silencio, sino que han contado pormenorizadamente lo que han visto y oído al salir de sus cuerpos.

Ya nos hemos referido a la historia de un tal Er el Armenio, del país de Panfilia[183], al cual, que habían herido en una batalla, encontraron diez días después entre los muertos. Lo llevaron a su casa sin conocimiento y sin movimiento. Dos días después, cuando iban a ponerlo en la pira para quemarlo, resucitó y empezó a hablar y a contar de qué manera juzgaban a los hombres después de la muerte, y cómo los buenos eran recompensados y los malos castigados y atormentados.

Dijo que, habiéndose separado el alma de su cuerpo, se encontró en una gran reunión en un lugar agradable, donde se veían como dos grandes aberturas por las que entraban los que venían de la tierra, y otras dos para ir al cielo. Vio en ese lugar a unos jueces que examinaban a los que venían del mundo, y enviaban arriba a la derecha a los que habían vivido bien, y abajo a la izquierda a los que encontraban culpables por los crímenes cometidos; cada cual llevaba a sus espaldas un letrero en el que se indicaba lo que había hecho de bien o de mal, y que había sido causa de su condenación o de su absolución.

Cuando le llegó el turno a Er, los jueces le dijeron que tenía que regresar a la tierra para que anunciase a los hombres lo que sucedía en la otra vida, y que debía observar bien todas las cosas para que pudiese hacer un fiel relato de ello a los vivos. Fue, pues, testigo del desgraciado estado de los malvados, que debía durar por mil años, y de las delicias de que gozaban los justos: pues tanto los buenos como

los malos recibían, o la recompensa o el castigo por sus buenas o malas acciones, diez veces más grande que lo que era la medida de sus crímenes o de sus virtudes.

Advirtió, entre otras cosas, que los jueces preguntaban dónde estaba un tal Andeo, hombre célebre en Panfilia por sus crímenes y su tiranía. Les respondieron que todavía no había venido, y que no vendría; en efecto, habiéndose presentado con grandes esfuerzos y penalidades en la gran abertura de que hemos hablado, lo rechazaron y lo volvieron a enviar abajo con otros criminales como él, a los que atormentaban de mil modos diferentes, y a los que siempre rechazaban con violencia, cuando intentaban volver a subir.

Vio además a las tres Parcas, hijas de la Necesidad o del Destino. Estas hijas son Laquesis, Cloto y Atropos. Laquesis anunciaba las cosas pasadas, Cloto las presentes y Atropos las futuras. Las almas estaban obligadas a comparecer ante estas tres diosas. Laquesis echaba las suertes al aire, y cada alma cogía la que pudiese alcanzar; lo que no impedía que cada cual no pudiese escoger todavía el género de vida más conforme a la justicia y a la razón.

El añadía que había advertido que algunas almas intentaban entrar en cuerpos de animales; por ejemplo, Orfeo, por odio del sexo femenino que le había causado la muerte, entró en el de un cisne, y Tamiras en el de un ruiseñor. Ayax, hijo de Telamón, escogió el cuerpo de un león, por odio a la injusticia de los griegos, que le habían rehusado las armas de Héctor, que pretendía que se las debían. Agamenón, disgustado por los reveses que había sufrido en la vida, escogió el cuerpo de un águila. Atalanta escogió la vida de los atletas, encantada con los honores de que se les colma. Tersites, el más feo de los mortales, el de un mono. Ulises, harto de los males que había sufrido en la tierra, pidió vivir sin estorbos como un hombre privado. Tuvo dificultades en encontrar una suerte para este género de vida; al fin la encontró, arrojada en tierra y olvidada, y la recogió con alegría.

Er aseguraba también que había almas de bestias que entraban en los cuerpos de los hombres; y, al contrario, que las almas de los malos entraban en animales salvajes y crueles, y las almas de los justos en animales dulces y domésticos.

Después de las diversas metempsicosis, Laquesis daba a cada cual un guardián o defensor, que lo conducía y lo protegía durante el resto de su vida. Er fue después conducido al río del olvido, que quita la memoria de todas las cosas; pero le impidieron que bebiese de él. En fin, decía que no sabría decir cómo había vuelto a la vida.

Platón, después de haber referido esta fábula, como él la llama, o este apólogo, concluye que el alma es, pues, inmortal, y que, para llegar a la vida bienaventurada, debemos vivir en la justicia, que nos conduce a los cielos, donde gozaremos de la beatitud de mil años que se nos ha prometido.

Vemos aquí: 1° Que un hombre puede vivir durante bastante tiempo sin dar ninguna señal de vida, sin comer y sin respirar. 2º Que los griegos creían en la metempsicosis, en la beatitud para los justos y en las penas de mil años para los malvados. 3° Que el destino no impedía que el hombre pudiese hacer el bien o el mal. 4° Que tenía un genio, o un ángel, que lo guardaba y que lo guiaba. Creían en un juicio después de la muerte, y que las almas de los justos entraban en lo que llamaban los Campos Elíseos.

54
Las tradiciones de los paganos sobre la otra vida provienen de los hebreos y de los egipcios

TODAS ESTAS TRADICIONES se ven claramente en Homero, Virgilio y en los demás autores griegos y latinos; procedían sin duda originariamente de los hebreos, o, más bien, de los egipcios, de los que los griegos tomaron su religión, adaptándola a su gusto. Los hebreos

hablan de los réphaïms[184] , unos gigantes impíos “que gimen bajo las aguas”. Salomón dice[185] que los malos descenderán con los réphaïms. Isaías, al describir la llegada del rey de Babilonia a los infiernos, dice[186] “que los gigantes se han levantado para venir a recibirlo con honores, y le han dicho: «¿También a ti te han debilitado las plagas como a nosotros? Tu orgullo se ha precipitado en el infierno; tu lecho será la podredumbre, y los gusanos serán tu cobertura»”.

Ezequiel describe[187] igualmente el descenso del rey de Asiria a los infiernos: “El día que Asuero descendió a los infiernos ordené un luto general, cerré sobre él el abismo, y detuve el curso de los ríos. Hete aquí al fin reducido al fondo de la tierra con los árboles del Edén; allí dormirás con todos los que han muerto por la espada; allí se encuentra el faraón con todo su ejército”, etc. En el evangelio[188] “hay un gran abismo entre el seno de Abraham y donde mora el rico epulón” y los semejantes a él.

Los egipcios llamaban Amenthés, es decir, el que recibe y da, a lo que los griegos llamaban Hades o infierno, o reino de Hades o de Plutón. Creían que Amenthés recibía las almas de los hombres cuando morían, y se las devolvía cuando regresaban al mundo; que a la muerte del hombre su alma pasaba al cuerpo de otro animal por la metempsicosis, primeramente al de un animal terrestre, después al de un animal acuático, luego al de un pájaro, y, en fin, después de haber animado todo tipo de animales, volvía a entrar al cabo de tres mil años en el cuerpo de un hombre.

Es de los egipcios que Orfeo, Homero y los demás griegos tomaron la creencia de la inmortalidad del alma, así como el antro de las ninfas descrito por Homero, que dice que tiene dos puertas, una al norte, por la cual las almas entran en el vacío, y otra al mediodía, por donde salen de la morada de las ninfas.

Un cierto Tespesio, nativo de Solos en Cilicia, muy conocido de Plutarco[189], y que, habiendo pasado gran parte de su vida en el libertinaje, se había arruinado por completo, se puso, para ganarse la vida, a ejercer toda clase de infames oficios, y se desempeñó tan bien

en ellos que llegó a reunir una pequeña fortuna; pero a costa de perder absolutamente la reputación. Habiendo enviado a consultar al oráculo de Anfiloquia, le respondieron que sus asuntos irían mejor después de la muerte. Poco tiempo después se cayó desde lo alto de su casa, se rompió el cuello y se murió. Tres días después, cuando iban a hacer los funerales, resucitó, y cambió tan radicalmente de vida que no se conocía a nadie en Cilicia que fuese más piadoso ni más hombre de bien que él.

Cuando le preguntaban la razón de semejante cambio, decía que en el momento de la caída había sentido lo mismo que un piloto que cayese desde lo alto de la tilla al mar; que después su alma se sintió elevada hasta las estrellas, cuya inmensa grandeza y brillo admirable estuvo admirando; que las almas, al salir del cuerpo, se izan en el aire, y entran en una especie de globo o de torbellino inflamado, al escapar del cual unas se elevan hacia lo alto con una rapidez increíble, y otras piruetean en el aire y se mueven en diversos sentidos, tanto hacia arriba como hacia abajo. La mayoría le parecían muy confusas, y lanzaban gemidos y gritos espantosos; las otras, en menor número, se elevaban y se regocijaban con sus semejantes. En fin, supo que Adrastea, hija de Júpiter y de la Necesidad, no dejaba nada sin castigo, y que trataba a cada uno según sus merecimientos. Explica esto con gran detalle, y narra los diversos suplicios con los que los criminales son atormentados en la otra vida.



Dante y Virgilio en el infierno, de Eugène Delacroix.

Agrega que un conocido suyo le había dicho: "Tú no estás muerto; pero por el permiso de Dios tu alma ha venido a este lugar, dejando todas sus facultades ilesas en tu cuerpo". Al final fue reintegrado en su cuerpo como por un canal, y sintió como si un aliento impetuoso lo impulsase.

Podemos hacer sobre este relato dos reflexiones: la primera, sobre el alma que dejó su cuerpo por tres días, para volver después y seguir animándolo; la segunda, sobre la certeza del oráculo, que prometió a Tespesio una vida más feliz cuando hubiese muerto.

En la guerra de Sicilia[190] entre César y Pompeyo, Gabinio, comandante de la flota de César que había sido apresado, fue decapitado por orden de Pompeyo. Permaneció todo el día al borde del mar, su cabeza únicamente unida al cuerpo por un débil hilo. A la tarde rogó que hiciesen venir a Pompeyo o a alguno de los suyos, porque venía de los infiernos y tenía cosas importantes que comunicarle. Pompeyo envió a algunos de sus partidarios, a los que Gabinio declaró que la causa y el partido de Pompeyo habían agradado

a los dioses de los infiernos, y que triunfaría en todo según sus deseos; que le habían ordenado que se lo anunciase, y, añadió, “en prueba de la verdad de lo que digo, debo morir en seguida”, lo que, en efecto, sucedió. Pero no vemos que el partido de Pompeyo haya triunfado; sabemos, al contrario, que sucumbió, y que César fue el victorioso. Pero el dios de los infiernos, es decir, el demonio, lo encontraba muy bueno desde su punto de vista, ya que le enviaba tantas desgraciadas víctimas de la venganza y de la ambición.

55
Ejemplos de cristianos resucitados y devueltos al mundo. Visión de Vetino, monje de Augie

LEEMOS EN UNA OBRA antigua escrita en tiempos de san Agustín[191]que, habiendo sido aplastado un hombre de la ciudad de Upzala en África por una muralla que cayó sobre él, su mujer corrió a la iglesia para invocar a san Esteban, mientras que se disponía todo lo necesario para enterrar al hombre, que daban por muerto. De repente vieron que abría los ojos y que se movía un poco; y después de un cierto tiempo, se incorporó y contó que su alma, que había abandonado el cuerpo, se había encontrado con una multitud de almas de otros muertos, a algunos de los cuales conocía y a otros no; que un joven con hábito de diácono había entrado en la habitación en que estaba él y, separando a todos esos muertos, le había dicho hasta tres veces: “Da lo que has recibido”. Comprendió al fin que se refería al Símbolo, que recitó al instante; también recitó la oración dominical; después el diácono (san

Esteban) le hizo la señal de la cruz sobre el corazón, y le dijo que se levantase completamente sano.

Un joven catecúmeno[192] que había muerto hacía tres días, y que fue resucitado por las plegarias de san Martín, contaba que, después de su muerte, lo llevaron en presencia del tribunal del Soberano Juez, que lo había condenado y enviado con un gran tropel de gente a unos lugares tenebrosos; que entonces dos ángeles habían alegado al Juez que por este hombre había intercedido san Martín, y que el Juez había ordenado a los ángeles que lo enviasen de vuelta al mundo y que se lo devolviesen a Martín; lo que fue ejecutado. Fue bautizado y vivió mucho tiempo después.

San Salví, obispo de Albi[193], que había sido atacado por una gran fiebre, fue dado por muerto. Lo lavaron, lo vistieron y lo pusieron en una camilla, y pasaron toda la noche rezando a su lado. A la mañana siguiente vieron que se removía; parecía despertarse de un profundo sueño; abrió los ojos y, levantando las manos al cielo, dijo: “¡Ay, Señor! ¿Por qué me has devuelto a este sitio tenebroso?”. Se levantó completamente curado, pero no quería hablar.

Unos días después contó cómo dos ángeles lo habían llevado al cielo, donde había podido ver la gloria del paraíso, pero, a su pesar, lo habían devuelto para que viviese todavía sobre la tierra. San Gregorio de Tours pone a Dios por testigo de que había sabido la historia de los labios mismos de san Salví.

Un monje de Augie la Rica, llamado Vetino o Guetino, que vivía en el 824 y que había caído enfermo, estaba acostado en su lecho con los ojos cerrados; pero, sin estar dormido todavía, vio entrar a un demonio bajo el hábito de un clérigo de una horrible deformidad, que le mostraba unos instrumentos de tortura que tenía en la mano, y que le amenazaba con hacerle pronto sentir sus rigurosos efectos. Al mismo tiempo vio entrar en la habitación a una multitud de malos espíritus, que llevaban instrumentos como para construirle una tumba o un ataúd, y encerrarlo en él.

A continuación aparecieron unos personajes solemnes y con aire grave, con hábitos de religiosos, que echaron a los demonios. Después Vetino vio a un ángel rodeado de luz que vino a presentarse al pie de su cama, y que lo condujo por un camino muy agradable entre montañas de una altitud extraordinaria, al pie de las cuales fluía un gran río, en el que estaban gran multitud de condenados que sufrían los más diversos tormentos, según la calidad y la enormidad de sus crímenes. Conocía a algunos de ellos, entre otros a unos prelados y a unos sacerdotes culpables de incontinencia, que estaban atados por la espalda a unas estacas y a los que quemaba un fuego encendido a sus pies; las mujeres cómplices suyas sufrían el mismo tormento en frente de ellos.

Vio también a un monje que se había dejado llevar por la avaricia, y que había poseído dinero propio, que ahora debía expiar su crimen encerrado en un ataúd de plomo hasta el día del juicio. Vio a abades, a obispos y hasta al mismísimo emperador Carlomagno, que expiaban sus faltas por medio del fuego, pero que iban a ser redimidos al cabo de cierto tiempo. Observó también la morada de los bienaventurados en el cielo, cada uno según su rango y sus méritos. El ángel del Señor le declaró luego los pecados que eran los más comunes, y los más odiosos a los ojos de Dios. Nombró en particular a la sodomía como el pecado más abominable.

Después del oficio nocturno, el abad vino a visitar al enfermo, que le contó pormenorizadamente toda la visión, y el abad hizo que le escribiesen al instante. Vetino vivió todavía dos días más, y habiendo predicho que el tercero sería su último día, se recomendó a las plegarias de los religiosos, recibió el santo viático y murió en paz el 31 de octubre del 824.



Cristo en el Limbo (entre 1497-1511), xilografía de Alberto Durero.

56
Visión de Bertoldo transmitida

por Hincmar, arzobispo de Reims

El famoso Hincmar[194], arzobispo de Reims, en una carta circular que escribió a sus obispos sufragáneos y a los fieles de su diócesis, refiere que un hombre llamado Bertoldo conocido suyo, que había caído enfermo y recibido los santos sacramentos, estuvo durante cuatro días sin tomar ningún alimento. El cuarto día estaba tan débil que a penas si palpitaba y respiraba un poco. A la medianoche llamó a su mujer y le dijo que hiciese venir rápidamente a su confesor.

Apenas el sacerdote hubo llegado al patio de delante de la casa, cuando Bertoldo dijo: “Poned aquí un asiento, que va a venir el sacerdote”. Entró y dijo algunas oraciones, a las que respondió Bertoldo; después le contó la visión que había tenido. “Al salir de este mundo, dijo, he visto a cuarenta y un obispos, entre los que estaban Ebbón, Leopardelo y Eneas, que estaban cubiertos de malos hábitos negros, sucios y quemados por las llamas. Estaban tanto quemados por las llamas por un lado, como por otro helados por un frío insoportable”. Ebbón le dijo: “Ve a mis clérigos y a mis amigos, y diles que ofrezcan por nosotros el santo sacrificio”. Bertoldo obedeció y, regresando luego a donde había visto a los obispos, los encontró bien vestidos, afeitados, bañados y llenos de alegría.

Un poco más lejos vio al rey Carlos[195], que estaba como roído por los gusanos. El príncipe le rogó que fuese a decirle a Hincmar que lo aliviase en sus males. Hincmar dijo la misa por él, y el rey Carlos se encontró aliviado. Vio a continuación al obispo Jessé de Orleáns, que estaba en un pozo, y a cuatro demonios que lo sumergían en pez hirviente, y que acto seguido lo arrojaban en agua helada. Rezaron por él, y fue aliviado. Vio después al conde Otario, que asimismo padecía tormentos. Bertoldo suplicó a la mujer de Otario y a sus amigos y vasallos que hiciesen por él oraciones y limosnas, y fue liberado de los tormentos. Bertoldo recibió después la santa comunión, y empezó a

sentirse mejor, con esperanza de vivir todavía catorce años más, como se lo había prometido el que lo había conducido y le había mostrado lo que acabamos de contar.

57
Visión de san Fursí

LA VIDA DE SAN FURSÍ[196], que fue escrita poco después de su muerte, sucedida en tomo al año 653, refiere diversas visiones del santo. Habiendo caído gravemente enfermo y no pudiendo moverse, se vio en medio de las tinieblas como levantado por las manos de tres ángeles, que se lo llevaron fuera del mundo y que después lo volvieron a traer e hicieron que su alma entrase de nuevo en el cuerpo para concluir aquello a que Dios lo destinaba. Entonces se encontró en medio de varias personas que lo lloraban como si hubiese muerto, y que le contaron cómo la víspera de repente había caído desfallecido, de tal modo que pensaban que había fallecido. Hubiese deseado tener en este instante a personas inteligentes a quienes contar lo que había visto. Pero no habiendo a su lado más que gente rústica, pidió y recibió la comunión del cuerpo y la sangre del Salvador, y vivió todavía tres días más.

El martes siguiente cayó en un desfallecimiento semejante a la mitad de la noche; sus pies estaban fríos, y elevando las manos en signo de oración, recibió la muerte con alegría; después vio que descendían los mismos tres ángeles que ya lo habían conducido antes. Lo elevaron como la primera vez; pero, en vez de los cantos melodiosos y agradables que entonces había oído, no escuchó sino los aterradores aullidos de los demonios, que comenzaron a combatir contra él y que le lanzaban dardos inflamados. El ángel del Señor los detenía con su escudo y los apagaba. El demonio reprochó a Fursí algunos malos pensamientos y algunas debilidades humanas; pero los

ángeles lo defendían diciendo: “Si no ha cometido pecados capitales, no perecerá”.

No pudiendo el demonio reprocharle nada que fuese digno de la muerte eterna, vio a dos santos de su país, san Beán y san Medán, que lo consolaron y le anunciaron los males con que Dios debía castigar a los hombres, a causa principalmente de los pecados de los doctores de la Iglesia y de los príncipes que gobiernan a los pueblos; los doctores por su negligencia en anunciar la palabra de Dios, y los príncipes por los malos ejemplos que daban a sus pueblos. Después de lo cual lo enviaron de regreso a su cuerpo.

Entró en él con repugnancia, y comenzó a contar todo lo que había visto. Le dieron friegas en el cuerpo con aguardiente, y sintió gran calor entre los dos hombros. Después de esto se puso a predicar por toda la Hibernia; y Beda el Venerable[197] dice que había en su monasterio un viejo monje que decía que había conocido a una persona muy grave y digna de fe, que había oído contar las visiones al mismo san Fursí. El santo no dudaba que su alma no se hubiese separado del cuerpo cuando fue raptado en éxtasis.

58
Visión de un protestante de York y otras visiones

HE AQUÍ OTRO EJEMPLO sucedido en 1698 a un presunto reformado[198]. A un ministro de la provincia de York, del lugar llamado Hipley, que se llamaba Enrique Vatz, y que había caído el 15 de agosto víctima de una apoplejía, lo pusieron el 17 en el ataúd para enterrarlo. Pero, cuando iban a meterlo en la fosa, dio un grito enorme que asustó a todo el cortejo; lo sacaron con rapidez del ataúd y, una vez que volvió en sí, contó cosas sorprendentes, que decía que le habían sido reveladas mientras estuvo en éxtasis, el cual había durado cuarenta y

ocho horas. El 24 del mismo mes pronunció un discurso muy conmovedor a los que lo habían acompañado el día que lo llevaban a la tumba.

Si se quiere, se calificará todo lo que acabamos de contar de visiones y de cuentos; pero no se puede negar que no se reconozca, en estas resurrecciones y en los relatos de los hombres que han vuelto después de la muerte verdadera o aparente, la creencia de la Iglesia en el infierno, el paraíso y el purgatorio, la eficacia de las plegarias por los muertos, las apariciones de los ángeles, las de los demonios que atormentan a los condenados, y las de las almas a las que queda todavía algo por expiar en la otra vida.

Vemos también lo que se relaciona visiblemente con la materia que aquí tratamos, personas realmente muertas, y otras dadas por muertas, que recobran la salud y viven todavía por mucho tiempo. En fin, se advierten las creencias sobre el estado de las almas después de esta vida, aproximadamente las mismas en los hebreos, los griegos, los romanos, los pueblos bárbaros y los cristianos. Si los revinientes de Hungría no hablan de lo que han visto en la otra vida, ello se debe a que o no están muertos de verdad, o incluso a que todo lo que se cuenta sobre ellos es quimérico y fabuloso. Añadiré todavía algunos ejemplos más, que servirán para constatar la creencia de la Iglesia primitiva respecto a las apariciones.

Santa Perpetua, que sufrió el martirio en África en el 202 o en el 203, cuando estaba en prisión a causa de la fe, vio a su hermano Dinócrates, que había muerto a la edad de siete años de un cáncer en la mejilla; lo vio como si estuviese muy lejos, de manera que no podían aproximarse. Estaba como en un depósito de agua, pero cuyos bordes eran más altos que él, de suerte que no podía alcanzar el agua, lo que parecía alterarlo mucho. Perpetua se conmovió mucho de ello, y comenzó a rogar a Dios con lágrimas y gemidos que lo aliviase. Unos días después volvió a ver en espíritu a Dinócrates, pero esta vez estaba bien vestido, lavado y refrescado, y con el agua de la piscina que no le llegaba más que hasta el ombligo, y en el borde una copa con la que

bebía, sin que el agua nunca le faltase, y la piel de la mejilla curada del cáncer, de manera que no le quedaba más que la cicatriz. Ella comprendió en seguida que Dinócrates estaba ya libre de penas.

Dinócrates estaba allí, al parecer[199] , para expiar algunas faltas que había cometido después de bautizarse; pues Perpetua dice un poco antes que solamente su padre había permanecido en la infidelidad.

La misma santa Perpetua, cuando estaba en la prisión unos días antes de su martirio[200], tuvo una visión del diácono Pomponio, que había sufrido el martirio algún tiempo antes, y que le dijo: “Ven, te estamos esperando”. La llevó por un camino sumamente tortuoso y difícil, hasta que llegaron a un anfiteatro en que tuvo que luchar con un egipcio muy feo, que estaba acompañado de otros como él. Perpetua se encontró convertida en hombre, y empezó a combatir desnuda, ayudada de otros jóvenes muy bellos que habían venido a prestarle socorro.



Xilografía de Michael Wolgemut para el Liber Chronicarum publicado en Nuremberg en 1493.

Entonces vio que aparecía un hombre de una talla extraordinaria que gritó en voz alta: “Si el egipcio se lleva la victoria, la matará con su espada; pero si ella lo vence, tendrá por recompensa esta rama adornada con manzanas de oro”. Perpetua comenzó a combatir y, habiéndolo tirado por tierra, le pisó la cabeza. El pueblo gritó victoria y, acercándose Perpetua al que tenía la rama de que hemos hablado, éste se la dio y le dijo: “La paz sea contigo”. Entonces Perpetua se despertó, y comprendió que tendría que luchar, no con las bestias, sino con el demonio.

Saturio, uno de los compañeros de martirio de santa Perpetua, tuvo también una visión, que contó así: Habíamos sufrido el martirio, y nos habíamos desprendido ya de esta carne mortal. Cuatro ángeles, sin tocarnos, nos llevaron hacia el oriente. Llegamos a un lugar de una

inmensa claridad. Perpetua estaba a mi lado; le dije: "Esto es lo que el Señor nos tenía prometido".

"Entramos en un gran jardín lleno de árboles y de flores; los cuatro ángeles que nos habían llevado nos pusieron en las manos de otros ángeles, que nos llevaron por un camino muy espacioso hasta un lugar en que encontramos a Jocundo, Saturnino y Artaces, que habían sufrido el martirio antes que nosotros y que nos invitaron a venir a saludar al Señor. Los seguimos, y vimos en medio del lugar al Todopoderoso, rodeado de una inmensa luz, y escuchamos que en torno de Él se decía sin cesar: «¡Santo, Santo, Santo!». Nos alzaron hasta Él; nos detuvimos delante de su trono y lo besamos, Él nos pasó la mano por el rostro. Salimos y vimos delante de la puerta al obispo Optato y al sacerdote Aspasio, que se arrojaron a nuestros pies; hicimos que se levantasen y nos abrazamos; reconocimos en este lugar a varios de nuestros hermanos y a algunos mártires". Tal fue la visión de Saturio.

Existen toda clase de visiones, de santos mártires y de santos ángeles. Se cuenta de san Exuperio, obispo de Toulouse[201], que, habiendo concebido el designio de trasladar las reliquias de san Saturnino, antiguo obispo de esta iglesia, para colocarlas en una nueva iglesia edificada en su honor, le costaba trabajo resolverse a sacar el cuerpo del santo de la tumba, temiendo que esto pudiera desagradar al santo o disminuir el honor que le era debido. Pero, estando en esta duda, tuvo una visión que le hizo comprender que el traslado no podía ni herir al respeto debido a las cenizas del santo mártir, ni perjudicar a su honor; que, al contrario, redundaría en la salvación de los fieles y en la mayor gloria de Dios.

Unos días antes de que san Cipriano, obispo de Cartago[202] , sufriese el martirio en el año 258, tuvo una visión, cuando todavía no estaba completamente dormido, en la que un joven de una talla extraordinariamente grande lo conducía al pretorio, delante del procónsul, que estaba sentado en su tribunal. El magistrado, habiendo visto a Cipriano, empezó a escribir la sentencia, antes de interrogarlo

como suele ser costumbre. Cipriano no sabía lo que decía la sentencia. Pero el joven de que hemos hablado, y que estaba situado detrás del juez, le hizo un signo a Cipriano abriendo la mano y extendiéndola en forma de espada para indicar que había sido condenado a que le cortasen la cabeza.

Cipriano comprendió fácilmente lo que el signo quería decir, y habiendo instado mucho para que le concediesen un día de plazo para poner en orden sus asuntos, el juez, que le había acordado la demanda, se puso a escribir de nuevo en sus tablillas, y el joven por el movimiento de la mano le dio a conocer de nuevo que le habían concedido el día de plazo. Las predicciones se cumplieron exactamente. Y vemos muchas otras en las obras de san Cipriano.

San Fructuoso, obispo de Tarragona[203] , que sufrió el martirio en el año 259, fue visto cuando subía a los cielos en compañía de sus diáconos, que lo habían sufrido con él; aparecían como cuando los habían atado a las estacas antes de que los quemasen. Los vieron dos cristianos, que se lo hicieron saber a la mujer y a la hija de Emiliano, que era el que los había condenado. El santo se apareció al mismo Emiliano, y a los cristianos que habían recogido sus cenizas, y les ordenó que las reunieran todas en un mismo lugar.

Vemos apariciones semejantes[204] en las actas de Santiago, de san Mariano, mártires, y de algunos otros que sufrieron en Numidia en el 259.

Asimismo se ven[205] en las actas de los santos Montano, Lucio y otros mártires de África en el 259 o el 260, en las de san Vicente mártir en España en el 304, y en la vida de san Teodoro mártir en el 306, cuya pasión la escribió san Gregorio Niseno. Todo el mundo sabe lo que le sucedió a Sebastián en Armenia, en el célebre martirio de los cuarenta mártires de que escribió el elogio san Basilio el Grande. Uno de los 40, vencido por el frío, extremo en exceso, se arrojó al baño caliente que estaba preparado allí cerca. Entonces uno de los guardianes, viendo a los ángeles que traían las coronas de los 39 que habían perseverado

en los sufrimientos, se despojó de sus vestiduras y, uniéndose a ellos, se declaró cristiano.

Todos estos ejemplos por lo menos prueban irrefutablemente que en los primeros siglos de la Iglesia los más grandes y sabios obispos, los santos mártires y el común de los fieles, estaban por completo persuadidos de la posibilidad y de la realidad de las apariciones.

59
Conclusión de esta disertación

PARA RESUMIR EN POCAS PALABRAS todo lo que hemos referido en esta disertación, hemos mostrado que la resurrección propiamente dicha de un hombre que lleve muerto un tiempo considerable, y cuyo cuerpo esté corrompido y hediondo, o por lo menos próximo a corromperse, como era el caso de Pedro, enterrado hacía tres años y resucitado por san Estanislao, o el de Lázaro, que llevaba ya cuatro días en la tumba y despedía un olor cadavérico, que una resurrección semejante es únicamente obra de la onmipotencia de Dios.

Que personas ahogadas, víctimas de síncopes, o caídas en un estado letárgico, o en éxtasis, o dadas por muertas por cualquier otra causa, se pueden curar y volver a la vida, y recobrar perfectamente su salud sin recurrir al milagro, sino por las solas fuerzas de la medicina y de la industria natural, y de la paciencia, esperando que la naturaleza se restablezca por sí misma en su primer estado, que el corazón recupere el movimiento y que la sangre fluya de nuevo libremente por las venas y las arterias, y los espíritus vitales y animales por los nervios.

Que los upiros o vampiros o revinientes de Moravia, Hungría, Polonia y otros lugares, de que se cuentan cosas tan extraordinarias, tan detalladas, tan circunstanciadas, y revestidas de todas las formalidades capaces de que parezcan creíbles, y de que puedan probarse incluso ante los jueces, en los tribunales más exactos y

severos; que todo lo que se dice de su regreso a la vida, de sus apariciones, de las perturbaciones que causan en las ciudades y en los campos, de la muerte que dan a las personas chupándoles la sangre o dándoles señales de que las siguen, que todo esto no es más que mera ilusión y la consecuencia de imaginaciones alteradas y de fuertes prejuicios. No se puede citar a un solo testigo serio, sensato y sin prejuicios, que pueda testimoniar haber visto, tocado, interrogado, sentido y examinado con sangre fría a los revinientes, que pueda asegurar la realidad de su retorno y de los efectos que se les atribuyen.

No negaré que no haya habido personas que hayan muerto de terror, imaginándose que veían a sus parientes que los llamaban a la tumba; que otros hayan creído que oían que llamaban a sus puertas, que los hostigaban, que los inquietaban, en una palabra, que les causaban enfermedades mortales; y que estas personas, interrogadas jurídicamente, hayan respondido que habían visto y oído lo que sus perturbadas imaginaciones les habían presentado. Pero pido testigos sin prejuicios, sin miedo, sin interés, sin pasión, que aseguren después de serias reflexiones que han visto, oído, interrogado, a los vampiros, y que han sido testigos de sus operaciones; y estoy persuadido de que no se encontrará a ninguno de esta clase.

Tengo en la mano una carta que me escribió desde Varsovia el 3 de febrero de 1745 el señor Sliviski, visitador de la provincia de los sacerdotes de la misión de Polonia. Me dice que, habiendo estudiado con gran detenimiento esta materia y habiéndose propuesto componer al respecto una disertación teológica y física, había reunido muchas memorias con esta intención; pero que las ocupaciones de visitador y de superior de la casa de su congregación en Varsovia no le habían permitido ejecutar el proyecto. Que después ha estado buscando inútilmente estas memorias, que probablemente estén en poder de algunos a los que se las había comunicado. Que entre las memorias había dos resoluciones de la Sorbona, prohibiendo ambas que se cortase la cabeza y que se infligiese vejaciones a los cuerpos de los presuntos upiros. Añade que se podrían encontrar estas decisiones en los registros de la Sorbona del año 1700 al 1710. Transcribiré más adelante una decisión de la Sorbona sobre este asunto del año 1693.

Dice también que en Polonia se está tan persuadido de la existencia de los upiros que mirarían casi como a herejes a los que pensasen de otra manera. Hay diversos hechos en esta materia que consideran incontestables, y citan para esto a infinidad de testigos. “Me he tomado el trabajo, dice, de ir hasta las fuentes, y de examinar a los que citan como testigos oculares; he encontrado que no había nadie que se atreviese a afirmar que había visto los hechos de que se trataba, y que no eran sino ilusiones e imaginaciones causadas por el miedo y por mal fundados razonamientos”. Es lo que me escribe este sabio y juicioso sacerdote.

He recibido después otra carta de Viena de Austria, escrita el 3 de agosto de 1746 por un barón lorenés[206] que siempre ha seguido a su príncipe. Me dice que en 1732 Su Majestad Imperial, entonces Su Alteza Real de Lorena, hizo que se efectuasen varios procesos verbales sobre unos casos sucedidos en Moravia. “Los tengo todavía, los he leído y releído y, a decir verdad, no he encontrado la más mínima sombra de verdad, ni tan siquiera de probabilidad, en lo que se afirmaba”. Sin embargo son actas como éstas las que en aquellos países miran como el evangelio.


Ejecución de un vampiro, de R. de Moraine.

60
Imposibilidad moral de que los revinientes salgan de las tumbas

HE PROPUESTO YA la objeción fundada en la imposibilidad de que los vampiros salgan de las tumbas y vuelvan a entrar en ellas, sin que parezca que hayan removido la tierra al salir y al entrar; nadie nunca ha podido responder a esta dificultad, ni responderá jamás. Decir que el demonio sutiliza y espiritualiza los cuerpos de los vampiros es afirmar una cosa sin prueba ni verosimilitud.

La fluidez de la sangre, la color bermeja, la flexibilidad de los vampiros no deben sorprendernos, ni tampoco que les crezcan las uñas y los cabellos, ni que los cuerpos permanezcan incorruptos. Vemos todos los días cuerpos que no experimentan corrupción y que conservan un color bermejo después de la muerte. Esto no resulta extraño en los que mueren sin enfermedad de muerte súbita, o de ciertas enfermedades conocidas por los médicos que no quitan la fluidez de la sangre ni la flexibilidad de los miembros.

Respecto al crecimiento de los cabellos y de las uñas en los cuerpos que no están corrompidos, la cosa es completamente natural. Sigue existiendo en estos cuerpos una cierta circulación lenta e imperceptible de los humores que causa ese crecimiento de las uñas y de los cabellos, del mismo modo que vemos todos los días las cebollas ordinarias y los bulbillos crecer y aumentar, aunque sin ningún alimento ni humedad extraídos de la tierra.

Podemos decir otro tanto de las flores, y en general de todo lo que depende de la vegetación en los animales y en las plantas.

La persuasión en que están los pueblos de Grecia del retorno de los brucolacos no está mejor fundada que la de los vampiros y revinientes. Únicamente la ignorancia, el prejuicio y el terror han dado nacimiento entre los griegos a esta vana y ridícula creencia que se ha mantenido hasta nuestros días. La relación que hemos referido del señor de Tournefort, testigo ocular y buen filósofo, bastará para desengañar a los que todavía pretendiesen mantenerla.

La no corrupción o la incorruptibilidad de los que han fallecido en la excomunión está todavía menos fundada que el retorno de los vampiros y las vejaciones que los brucolacos causan a los vivos: la antigüedad no ha creído en nada semejante. Los griegos cismáticos y

los herejes separados de la iglesia romana, que han muerto ciertamente en la excomunión, deberían, pues, según este principio, permanecer incorruptos, lo que es contra la experiencia y repugna al buen sentido; y si los griegos pretenden ser la verdadera iglesia, entonces todos los católicos romanos, que han dejado de estar en comunión con ellos, deberían permanecer también incorruptibles. Los ejemplos citados por los griegos o no prueban nada o prueban demasiado. Los cuerpos que no se han corrompido, ¿estaban realmente excomulgados o no? Si no estaban señaladamente y realmente excomulgados, su no corrupción no prueba nada; e, incluso, si hubiesen estado verdadera y señaladamente excomulgados, todavía habría que probar que no existía ninguna otra causa de su no corrupción, lo que no se probará jamás.

Además, una cosa tan equívoca como la no corrupción no puede emplearse como prueba en una materia tan seria como ésta. Se conviene en que a menudo los cuerpos de los santos son preservados de la corrupción; esto pasa por cierto entre los griegos como entre los latinos; por tanto, no se puede concluir que esta misma no corrupción sea una prueba de que una persona esté excomulgada.

En fin, la prueba es unívoca y general, o solamente particular: quiero decir, todos los excomulgados permanecen incorruptos, o solamente algunos. No se puede sostener que todos los que mueren en la excomunión sean incorruptibles. Sería preciso para esto que todos los latinos respecto a los griegos, o los griegos respecto a los latinos, fuesen incorruptibles, lo que no es el caso. La prueba es, pues, frívola y no concluye nada. Desconfío mucho de todas las historias que se refieren para probar la presunta no corrupción de los excomulgados. Si las examinásemos de cerca, encontraríamos sin duda muchas falsedades.



Cómo el espíritu sombrío llega a las chicas, ilustración de José Roy.

61
La resurrección de un muerto es obra únicamente de Dios

POR MÁS RESPETO QUE TENGA por san Gregorio Magno, que refiere ejemplos de muertos excomulgados que salían de la iglesia a la vista de todo el mundo, y por más consideración que merezcan los demás autores que he citado y que cuentan otros hechos semejantes e, incluso, más increíbles todavía, no puedo persuadirme de que tengamos todas las circunstancias de estas historias; y, aparte de las razones para dudar que he expuesto a continuación de las mismas, creo poder añadir todavía que Dios, para inspirar a los pueblos un mayor miedo a la excomunión y un mayor respeto a las sentencias y censuras de la Iglesia, ha querido en estas ocasiones, por razones que no conocemos bien, hacen brillar su poder y obrar milagros a la vista de los fieles; pues ¿cómo explicar todo esto sin recurrir al milagro?

Todo lo que se dice de muertos que mastican en la tumba bajo tierra es tan ridículo y pueril que no merece seria reputación. Todo el mundo conviene en que no sucede sino demasiado a menudo que se entierre a gentes que no han muerto del todo. Tenemos sobrados ejemplos de ello en todas las historias antiguas y modernas. La tesis del señor Vinflow, con las notas añadidas del señor Bruhier, es muy adecuada para probar que tenemos pocos signos ciertos de una verdadera muerte, fuera del hedor y la putrefacción del cuerpo al menos incipientes. Existen infinidad de ejemplos de gentes a las que se ha dado por muertas, y que han regresado, incluso después de que las hubiesen enterrado. Hay no sé cuántas enfermedades en que el enfermo permanece mucho tiempo sin habla, sin movimiento, sin sensible respiración. A algunos ahogados que se creía ya muertos se les ha hecho volver en sí sangrándolos y socorriéndolos.

Todo esto es bien conocido y puede servir para explicar cómo se ha podido extraer de la tumba a algunos vampiros que han hablado, gritado, aullado y arrojado sangre; todo ello porque no estaban todavía muertos. Los que han hecho morir decapitándolos, traspasándoles el corazón o quemándolos, y en esto han cometido un gran error; pues el pretexto fundado en su presunto regreso para inquietar a los vivos, causarles la muerte y maltratarlos, no es razón suficiente para el trato que se les ha dado. Por otra parte, jamás se ha

probado su presunto retorno ni constatado de una manera que pueda autorizar a nadie a hacer uso de semejante inhumanidad, ni a deshonrar y dar una muerte ignominiosa, en base a vagas y frívolas acusaciones nunca probadas, a personas ciertamente inocentes del cargo de que se les acusa.

Pues nada tan mal fundado como lo que se dice de las apariciones, vejaciones y molestias que causan los presuntos vampiros y brucolacos. No me sorprende que la Sorbona haya condenado las ejecuciones sangrantes y violentas que se practican sobre los cuerpos de esta clase de muertos; pero resulta extraño que el poder secular y los magistrados no empleen su autoridad y la severidad de las leyes para reprimirlas.

Los conjuros mágicos, las fascinaciones, las evocaciones de que hemos hablado, son obras de las tinieblas y operaciones de Satanás, si es que tienen alguna realidad, lo que apenas me creo respecto a los conjuros y las evocaciones de los manes o de las almas de los muertos; pues, por lo que concierne a las fascinaciones o a las ilusiones de los sentidos, parece que sería torpe no admitir algunas, como cuando creemos ver lo que no existe, o que no vemos lo que está presente, o que creemos oír lo que no impresiona nuestro oído o al contrario. Pero decir que el demonio pueda dar la muerte a alguien porque se haya formado su estatua en cera, o que se le haya dado su nombre en unas ceremonias supersticiosas, y que la hayan conjurado de manera que la persona sienta que se muere a medida que la estatua de cera se consume, esto es conceder demasiado poder al demonio y demasiada eficacia a la magia. Dios puede, cuando quiere, aflojar las riendas al enemigo del género humano, y permitirle que nos cause el mal que él y sus huestes se esfuerzan por hacernos; pero sería ridículo creer que la magia pueda determinar al Dueño Soberano de la naturaleza a que permita al demonio que nos dañe, o imaginarse que el mago tenga el poder de hacer obrar contra nosotros al demonio, independientemente de Dios.

El ejemplo de ese campesino de Dalhem, que entregó su hijo al diablo, al que el diablo quitó la vida y luego se la devolvió, es uno de esos hechos extraordinarios y casi increíbles que a veces se encuentran

en la historia, y que ni la teología ni la filosofía saben cómo explicarnos. ¿Era un demonio el que animaba el cuerpo del niño, o era el alma del niño que había vuelto a entrar en el cuerpo por el permiso de Dios? ¿Por qué autoridad pudo el demonio quitarle al niño la vida y luego devolvérsela? Dios pudo permitirlo para castigar la impiedad del desgraciado padre, que se había dado al demonio para contentar una pasión vergonzosa y criminal. Y, todavía ¿cómo la pudo contentar con un demonio que se le apareció bajo la forma de una muchacha a la que amaba? En todo esto no veo más que tinieblas y dificultades que dejo que resuelvan otros más hábiles y audaces que yo.

EXTRACTO DE UNA CARTA ENVIADA DE POLONIA A PARÍS EL 9 DE ENERO DE1693[207]

SUCESO

Cierta muchacha no hace mucho fue afligida por un espíritu, y del dolor que sentía se despertó gritando y pidiendo auxilio, y dijo que el espíritu representaba la figura de su madre muerta hacía ya mucho tiempo. La muchacha se debilitaba y adelgazaba perceptiblemente. Fueron al sepulcro de la madre, y encontraron el cadáver blando, flexible, inflado y rubicundo; le amputaron la cabeza y le abrieron el corazón, y salió gran cantidad de sangre; la muchacha convaleció de su enfermedad y languidez, hasta que se restableció por completo.

Sacerdotes dignos de fe estuvieron presentes en esta ejecución, y vieron a la muchacha, que les contó toda la historia.

Preguntamos qué debe hacer el confesor y de qué modo debe comportarse, tanto respecto a los que hacen esas ejecuciones, como respecto a los que piden que se abra la tumba y que se decapite al cadáver, cuando se presente un suceso como el anterior.

RESOLUCIÓN DE LOS DOCTORES DE LA SORBONA

Nosotros los infrascritos estimamos que tanto los que hacen estas ejecuciones como los que piden visitar las sepulturas con ese fin pecan gravísimamente, y que los confesores deben advertir a tales personas y explicarles el mal que hacen en estas ocasiones, y denegarles la absolución si perseveraren en estas perversas prácticas. Esto se funda en dos razones: una deriva del honor debido a los cuerpos de los difuntos, otra del hecho particular de que se trata.

PRIMERO, siempre se les debe gran honor y respeto a los cuerpos de los difuntos, así como la religión nos enseña que los guardemos siempre honorablemente y que procuremos que sus sepulturas permanezcan inviolables. Cod. de sepulchro violato, lib. 9, t. 19, donde se asignan penas contra los violadores de la santidad de los sepulcros, y se dice que son sacrílegos y que hay que proceder contra ellos como tales, cuando osen revolver en los monumentos en que descansan los cuerpos de los fieles para llevarse algo de los mismos. "Llega la audacia (son las palabras del código) hasta atreverse con los bustos de los difuntos y con los materiales consagrados. Cuando se removiesen las lápidas de estos lugares, se trastocase la tierra y el césped se arrancase, nuestros mayores siempre lo tuvieron por próximo al sacrilegio. Y deliberando sobre ello, para que no se desvirtúe la veneración debida a los difuntos y se caiga en falta, prohibimos que se hagan estas cosas bajo pena de sacrilegio". Mayor es el atrevimiento todavía, y según la fuerza de la ley merecedor de una pena mayor, cuando se visitan las tumbas no para destruirlas ni para llevarse de ellas ningún ornamento, sino para amputarles la cabeza a los difuntos que yacen en las mismas.

En el derecho canónico, los que amputan una parte o varias del cuerpo de un difunto quedan excomulgados en el acto: y el Papa Bonifacio VIII, que hizo la ley c. detestanda, Extrav. de sepult., quiere que su absolución esté reservada a la Santa Sede, y dice que es impío y cruel tratar así a los cuerpos de los difuntos. "No se trate así impía y cruelmente a los cuerpos de los difuntos".

Es cierto que este capítulo trata de aquellos que cortan en pedazos los cuerpos de los que han muerto fuera de la patria para que sea más fácil trasladarlos a ella; también es verdad que el caso propuesto no tiene un pretexto tan favorable, y consecuentemente merece que sea condenado con mayor severidad. Y ciertamente el motivo de este canon no es otro que esa razón general que exige que se trate con respeto a los cuerpos de los difuntos. Y la glosa nos enseña así: "Según la fe católica, la naturaleza humana es digna de respeto, estimación que no la pierde el cuerpo humano después de la muerte".

En el texto ut defunct., tit. 15, collat. 5, se dice con estas palabras: “Al que, por consiguiente, no muestra respeto por la naturaleza humana hay que condenarlo a pagar con su dinero, con su reputación y con todas las demás cosas”. Se refiere a aquellos que infieren injurias a los muertos. Se pueden ver sobre la misma materia otros varios cánones que indica Antoni. 3. part., lib. 35, tit. 12 et in Canon. paenit. 8, tit. 4, 1. 7.

SEGUNDO, el fin que se persigue en estas visitas a las tumbas y con estas amputaciones muestra una causa peor, porque, como se confiesa, esto se hace para evitar las vejaciones del demonio y para recobrar la salud; se come pan hecho con la sangre que sale de los cadáveres, o con la que sale cuando le cortan la cabeza al muerto que yace en la tumba. De donde se puede presumir que la razón es que esto se haga por pacto con el demonio, y que se pretenda por medio de un maleficio anular otro, porque ese pan mezclado con sangre, como también la amputación de la cabeza, naturalmente no pueden restituir la salud a ningún pariente de la persona muerta, ni expulsar al demonio que lo veja. No puede tampoco decirse que eso se produzca por un milagro de Dios. La sola narración de lo que se hizo a la madre de la muchacha de que se trata muestra claramente que Dios no inspiró esta forma de actuar, y que ninguna virtud sobrenatural interviene de ese modo para procurar la salud de la muchacha en cuestión. Hay que suponer, pues, que haya pacto tácito con el demonio, y hay que decir que el demonio mismo se retire en presencia de un maleficio por él inspirado.

Gerson, en un opúsculo hecho contra la doctrina de cierto médico de Montpellier, dice que la Facultad de París propuso el siguiente argumento: “Toda observación cuyo efecto se espere de otro modo que por la razón natural o por un divino milagro, debe racionalmente reprobarse, y sospecharse enérgicamente que se haga por pacto diabólico oculto o manifiesto. Así lo determinó la sacra Facultad de Teología de la Universidad de París”.

Cuando así sean las cosas, no está permitido con un maleficio contrarrestar otro. Santo Tomás in 4. dist. 34, art. 3, y el decreto de la Facultad de París, que consigna al final de sus obras el Maestro de las

Sentencias, art. 6, sobre si sea lícito o esté permitido con un maleficio contrarrestar otros maleficios. Error que tiene dos secuelas; y práctica que hay que condenar, pues está rechazada por ambos derechos, y también por la ley divina, que dice que no hay que hacer el mal para conseguir un bien. Segundo, que si por el dictamen de médicos expertos y piadosos no se descubre la causa natural que produzca estos efectos, ni coadyuvar a la curación por algún remedio natural, hay que dejarlo todo a la divina providencia: pues mejor es padecer estos males con paciencia, e incluso exponerse a la muerte, que ofender a Dios. En esta ocasión puede recurrirse a otros medios para defenderse de las vejaciones del demonio; y éstos se exponen en el capítulo si per sortiarias. 33, q. 2: "Si por brujerías y maleficios, permitiéndolo el oculto pero nunca injusto juicio de Dios, y preparándolo el demonio", etc. Hay que exhortar a aquellos a los que suceden estas cosas para que, con el corazón contrito y el espíritu humillado, hagan confesión pura a Dios y al sacerdote de todos sus pecados, y con profusión de lágrimas, y dando limosnas, y haciendo oraciones y ayunos, a Dios satisfagan, y usando de los exorcismos y de los demás remedios que provee la medicina de la Iglesia, los ministros de la misma, cuanto Dios lo permita, procuren sanarlos. Esta es también la opinión de Bartholomaeus de Spinâ, maestro en otro tiempo del sagrado palacio, en Tract. de strigibus, c. 33, quienes, por consiguiente, en estos y otros maleficios observasen los medios de curación que enseña el capítulo si per sortiarias, 33, q. 2 fácilmente por la misericordia de Dios quedarán curados.

Deliberado en la Sorbona en 1693.

G. Fromageau

C. de Precelles

Thomas Durieraz

OTRA RESOLUCIÓN DE UN DOCTOR PARTICULAR DE PARÍS SOBRE LA DIFICULTAD PROPUESTA

Creemos que no deba permitirse que se visiten las tumbas para amputarles la cabeza o abrirles el corazón a los difuntos, que se recoja sangre de sus cuerpos para hacer pan que se coma o para beberla, y que nada de lo predicho se haga bajo ninguna causa o bajo ningún

pretexto; porque parece que sean cosas malas y supersticiosas, que fueron descubiertas y enseñadas por el demonio, y que por sí no tienen ninguna virtud ni eficacia para aminorar o suprimir las vejaciones del demonio; sino que él mismo es el que opera los efectos que a ellas se atribuyen y que parecen tener, y que el uso de las mismas supone algún tipo de pacto hecho con él, al que se adhiere, aunque sea implícitamente, y del que deriva que esas cosas se ejecuten. Probablemente aquellos que suelen hacer estas ejecuciones, y que conocen a menudo a las personas atormentadas, tienen algún comercio con el demonio; y los confesores deben inquirir de ellos por qué medios conocen que tales personas estén atormentadas, y quién los enseñó a usar de estos remedios. A tales personas conviene dirigirlas, para que recurran a Dios por medio de frecuentes oraciones, y que imploren el auxilio y la intercesión de la Santa Virgen y de los santos ángeles y del resto de los santos, para que haciendo confesión se encuentren en estado de gracia y nada haya en sus conciencias de que pueda acusarles el demonio; para que devotamente comulguen, procuren celebrar misas para sus intenciones, ayunen, den limosnas y hagan otras buenas obras. También será bueno usar los exorcismos, y las bendiciones y oraciones instituidas por la Iglesia, y de las que se usa para exorcizar al diablo y para impedir que pueda dañar a los hombres. Por fin, gran remedio será procurar que el pueblo afligido esté bien instruido y sepa los misterios y las verdades de la religión, y de todas nuestras obligaciones a las que la profesión del cristianismo nos obliga, y que vivan cristiana y piadosamente; porque, donde se conoce a Dios, se le adora y se le sirve fielmente, poca potestad tiene el demonio, y las supersticiones allí no caben. Véase Vallensis Jus can. lib. 3, tit. 30, § 9, de paraeciis et parochianis, donde con multas civiles de 100 monedas de oro y con la pena capital se castiga a los violadores de los sepulcros.

62
Notas sobre la disertación concerniente al espíritu aparecido en Saint Maur des Fossés

La disertación siguiente sobre la aparición sucedida en Saint Maur, cerca de París, en 1706, me era completamente desconocida. Un amigo que tenía algo que ver con mi obra sobre las apariciones me preguntó por carta si me parecería bien que la imprimiesen a continuación de mi escrito; consentí sin dificultad, por el testimonio que me dio de que era obra de una mano hábil, y que merecía que se la preservase del olvido en que había caído. He sabido después que estaba impresa en el cuarto tomo del Tratado de las supersticiones del R. P. Le Brun, del Oratorio.

Después de la impresión, un hábil religioso[208] me escribió desde Amiens, en Picardía, que había notado en esta disertación cinco o seis proposiciones que le parecían falsas.

1. Lo que dice el autor, que todos los santos doctores convienen en que no le queda a los demonios ningún medio con que engañarnos más que la sugestión, que Dios les ha dejado para probar nuestra virtud.
2. Respecto a todos los prodigios y maleficios ordinarios, que el pueblo atribuye a los sortilegios y al comercio con el demonio, es evidente que se puede obrarlos únicamente por la magia natural. Es la opinión de la mayor parte de los padres de la Iglesia que han hablado de ellos.

3. La participación que tienen los demonios en las prácticas criminales de los que se suelen llamar brujos es solamente la sugestión, por la cual los invitan a la búsqueda abominable de todas las causas naturales que puedan dañar al prójimo.
4. Aunque los que han querido sostener el error popular del retorno de las almas del purgatorio se hayan esforzado por apoyarse en diferentes pasajes extraídos de san Agustín, de san Jerónimo, de santo Tomás, etc., resulta claro que todos estos padres no hablan más que del retorno de las almas de los bienaventurados para manifestar la gloria de Dios.
5. De qué no podemos creer que la imaginación no sea capaz, después de tan fuertes pruebas de su poder? ¿Podemos dudar que, de todas las presuntas apariciones que se cuentan, ella no obre solamente las de los ángeles y las almas de los bienaventurados, y las que proceden de la malicia de los hombres?
6. Después de haber establecido suficientemente que todas las apariciones que no pueden atribuirse a los ángeles o a las almas de los bienaventurados, las producen una de estas tres causas: primero, la fuerza de la imaginación; segundo, la extrema sutileza de los sentidos; y tercero, la depravación de los órganos, como sucede en la locura y en las fiebres calientes.

El religioso que me ha escrito sostiene que la primera proposición es falsa; que los antiguos padres de la Iglesia atribuyen al demonio la mayor parte de los efectos extraordinarios que se hacen por ciertos tonos de voz, por figuras y fantasmas; que los exorcistas de la primitiva Iglesia expulsaban a los demonios, según confesaban los mismos paganos que los ángeles y los demonios se han aparecido a menudo a los hombres; que nadie ha hablado con mayor fuerza de las apariciones, de las obsesiones y del poder del demonio que los antiguos padres; que la Iglesia siempre ha empleado los exorcismos con los niños presentados en el bautismo, y con los obsesos y posesos por el demonio. Añádase que el autor de la disertación no cita a ningún padre en apoyo de su proposición.

La segunda proposición es también falsa; pues si debemos atribuir a la magia natural todo lo que se atribuye a los brujos, entonces no existen brujos propiamente dichos, y la Iglesia se engaña en las plegarias que hace contra ellos.

La tercera proposición es falsa por la misma razón.

La cuarta es más falsa todavía, y absolutamente contraria a santo Tomás, que, hablando en general de los muertos que se aparecen, dice que esto sucede, o por un milagro, o por un permiso particular de Dios, o por la operación de los buenos o de los malos ángeles, 1ª parte, cuestión 89, artículo 8 en el 2.

La quinta proposición es más falsa aún, y contraria a los padres, al sentimiento del común de los fieles y a las prácticas de la Iglesia. Si todas las apariciones que no provienen de los ángeles o de los bienaventurados, o de la malicia de los hombres, no proceden más que de la imaginación, ¿qué sucede con todas las apariciones de los demonios contadas por los santos y sucedidas a los mismos? ¿Qué sucede en particular con las historias de los santos ermitaños, de san Antonio, de san Hilarión, y de otros? ¿Y qué hay de las plegarias y de las ceremonias de la iglesia contra los demonios que obsesionan, que poseen y que infestan, y que se aparecen a menudo en las obsesiones, en las posesiones y en las infestaciones?

La sexta proposición es falsa por las mismas razones y por otras muchas que podrían añadirse.

“Esto es, añade el reverendo padre que me escribe, lo que me hace dudar si la tercera disertación ha sido añadida a las otras dos cuya autoría confiesa. He sospechado que el impresor motu proprio, o persuadido por gentes mal intencionadas, habría podido añadirla por sí mismo y sin vuestra participación, aunque puesta bajo vuestro nombre: pues, me decía a mí mismo, o el reverendo padre aprueba esta disertación o no la aprueba; pero parece que la aprueba, porque dice que procede de una mano hábil y que quiere preservarla del olvido.

”En consecuencia. ¿cómo aprueba una disertación falsa en sí misma, contraria a él mismo? Incluso, si no la aprobase, ¿no resulta demasiado unir a su obra una mala pieza llena de mentiras, de verdades encubiertas, de razonamientos falsos y débiles, opuesta a la creencia común, a los usos y a las plegarias de la iglesia, peligrosa por lo tanto y completamente favorable a los espíritus fuertes e incrédulos que atestan nuestro siglo? ¿No debería más bien combatirla y mostrar su debilidad y la falsedad y los peligros que encierra? Esta es, mi reverendo padre, toda mi dificultad.”

Otros me han dicho que hubiesen deseado que hubiese tratado la materia de las apariciones con el espíritu del autor de esta disertación, es decir, desde un punto de vista puramente filosófico, y con la intención de destruir la creencia en su realidad, más bien que con el designio de apoyar la creencia en las apariciones tan bien señaladas en las escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, en los santos padres y en los usos y oraciones de la iglesia. El autor de que hablamos cita a los padres, pero en general y sin señalar los testimonios y los pasajes expresos y formales no sé si hace gran caso de ellos y si está muy versado en su lectura; aunque no lo parece por su obra.

El gran principio sobre el que se apoya toda esta tercera disertación es que, desde la venida y la muerte de Jesucristo, el poder del demonio se limita a seducir, a inspirar y a persuadir al mal; pero en todo lo demás se encuentra atado como un león o un perro en su prisión. Puede ladrar y amenazar; pero no puede morder, a menos que uno no quiera aproximarse y entregarse a él, como lo ha dicho verdaderamente san Agustín[209], mordere omnino non potest nisi volentem.

Pero pretender que Satán no pueda dañar ni a la salud del hombre ni de los animales, ni los frutos de la tierra, ni atacamos con sus artimañas, con su furor y con su malicia, ni atormentar a los que obsesiona o que incluso posee; que los magos y los brujos no puedan usar sortilegios y encantamientos para causar a hombres y animales enfermedades graves y hasta la muerte; pretender esto significa ir

contra la fe de la Iglesia, contra las sagradas escrituras y contra las más sagradas prácticas, y también contra la opinión no solamente de los santos padres y de los mejores teólogos, sino también de las leyes y ordenanzas de los príncipes, y de las sentencias de los más respetables parlamentos.

No citaré aquí los ejemplos sacados del Antiguo Testamento, al haberse limitado el autor a lo que ha pasado después de la muerte y resurrección del Salvador, porque, dice, Jesucristo ha destruido el reino de Satán y el príncipe de este mundo está ya juzgado: Princeps hujus mundi jam judicatus est[210] .

San Pedro, san Pablo, san Juan y los demás evangelistas, conociendo bien las palabras del Hijo de Dios y el sentido que debía dárseles, nos enseñan que Satanás busca a los apóstoles de Jesucristo para ahecharlos como trigo[211] , es decir, para probarlos con las persecuciones y hacer que renuncien a la fe. ¿No se queja san Pablo del ángel de Satanás que lo abofetea?[212] Los que por sus crímenes entregó a Satanás[213], ¿no sufrieron nada en sus cuerpos? Los que comulgaban indignamente y que eran asaltados por las enfermedades e incluso por la muerte, ¿no sufrían estos castigos por la acción del demonio?[214] El apóstol advierte a los corintios que no se dejen sorprender por Satanás, que se disfraza a veces de ángel de luz[215] . El mismo apóstol, hablando a los tesalonicenses, les dice que el Anticristo se aparecerá antes del último día[216] acompañado del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos. En el Apocalipsis, el demonio es el instrumento de que Dios se sirve para castigar a los mortales y hacerles beber el cáliz de su cólera. ¿No nos dice san Pedro que el demonio anda rondando como león rugiente, buscando a quién devorar?[217]¿Y san Pablo a los efesios[218] que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tener contra los espíritus malos de los aires?

Los padres de los primeros siglos hablan a menudo del poder que los cristianos usaban contra los demonios, contra los que se decía que

poseía el espíritu de pitón, contra los magos y demás huestes diabólicas, contra los posesos, sobre todo, que eran entonces bastante frecuentes, y que se han visto luego de vez en cuando en la iglesia y fuera de la iglesia; siempre se ha usado contra ellos con éxito los exorcismos y demás oraciones de la iglesia. Reyes y emperadores han hecho uso de su autoridad y del rigor de las leyes contra los que se han entregado a los demonios y utilizado sortilegios, encantamientos y demás medios que el demonio emplea para seducir y hacer que perezcan hombres y animales y que se arruinen los frutos del campo.

Podríamos añadir a las observaciones del reverendo padre dominico otras proposiciones de la misma obra; por ejemplo, lo que dice el autor "que los ángeles conocen todas las cosas de aquí abajo: pues, si es por medio de las especies que Dios les comunica todos los días, como lo cree san Agustín, no se puede creer que no conozcan las necesidades de los hombres, y que no puedan, para consolarlos y fortalecerlos, aparecerse a ellos con el permiso de Dios, sin necesidad de recibir siempre una orden expresa".

Esta proposición es arriesgada; no es cierto que los ángeles conozcan todas las cosas de aquí abajo. Jesucristo, en Mateo 24, 36, dice que los ángeles no saben el día de su advenimiento. Más dudoso todavía es que los ángeles puedan aparecerse sin una orden expresa de Dios, y que así lo haya enseñado san Agustín.

Dice poco después "que los demonios se han aparecido a menudo antes de J.C. con figuras imaginarias, que tomaban de la misma manera que las toman los ángeles, es decir, con cuerpos aéreos que organizaban; mientras que, en el presente, y desde la venida de Jesucristo, los prodigios y maleficios tan frecuentes, que el pueblo atribuía al sortilegio y comercio con los demonios, está claro que no pueden operarse más que por la magia natural, que es el conocimiento de efectos secretos por causas naturales, y algunos por la sola sutileza del arte; es la opinión de la mayor parte de los padres de la Iglesia que han hablado de ello."



La danza de la vida (1899-1900), de Edvard Munch.

Esta proposición es falsa, y contraria a la doctrina y a la práctica de la Iglesia: no es cierto que sea la opinión de la mayor parte de los padres, debería haber citado a algunos.

Dice que "el libro de Job y el cántico de Ezequías están llenos de testimonios, que el Espíritu Santo parece haber querido darnos, de que las almas no pueden volver a la tierra después de la muerte, hasta que Dios no las haya convertido en ángeles."

Es cierto que las sagradas escrituras hablan de la resurrección y del retorno de las almas a sus cuerpos como de una cosa imposible según el orden natural. El hombre no puede ni resucitarse ni resucitar a su semejante sin intervención de la omnipotencia de Dios. Las almas de los difuntos tampoco pueden aparecerse a los vivos sin orden ni permiso de Dios. Pero es falso decir que Dios convierta a nuestras almas en ángeles, y que entonces puedan aparecerse a los vivos. Nuestras almas no se convertirán jamás en ángeles; pero J.C. nos dice que, después de la muerte, nuestras almas serán como ángeles en el cielo (Mateo 22, 30), es decir, espirituales, incorporales, inmortales y exentas de todas las debilidades y necesidades de la vida presente; pero no dice que nuestras almas deban convertirse en ángeles.

Afirma que “lo que ha dicho J.C. que los espíritus no tienen ni carne ni huesos, lejos de posibilitar la creencia en que los espíritus puedan volver, prueba al contrario evidentemente que no pueden sin milagro aparecerse a los hombres; porque necesitan absolutamente una substancia corporal y órganos para hacerse percibir, lo que no resulta adecuado a las almas, que no pueden naturalmente someterse a nuestros sentidos.”

Esto no es más imposible que lo que ha dicho antes de las apariciones de los ángeles, porque nuestras almas después de la muerte del cuerpo son como ángeles en el cielo, según el evangelio; él mismo reconoce con san Jerónimo contra Vigilancio que los santos que están en el cielo se aparecen a veces visiblemente a los hombres.

¿De dónde viene que “los animales tienen también memoria como nosotros, pero no las reflexiones que la acompañan y que no proceden más que del alma que no tienen”?

Pero la memoria ¿no es la reflexión sobre lo que se ha visto, hecho y oído? Y, en los animales, la memoria ¿no es seguida de la reflexión, ya que se vengan de los que les han hecho daño, evitan a los que los han molestado y prevén lo que puede sucederles si caen en las mismas faltas?

Después de haber hablado de la palingenesia natural, concluye: “Así vemos qué poca razón hay en atribuirles al retorno de las almas, o a los demonios, como hacen los ignorantes.”

Si los que cantan las maravillas de la palingenesia natural, y admiten el retorno natural de los fantasmas en los cementerios y en los campos de batalla, lo que no creo que pueda suceder naturalmente, mostrasen que estos fantasmas hablan, obran, se mueven, anuncian el porvenir y, en fin, hacen todo lo que se refiere del regreso de las almas y de las demás apariciones, sea de los buenos o de los malos ángeles, se podría concluir que no hay ninguna razón para atribuirlas a las almas, a los ángeles o a los demonios; pero, primero, nunca se ha podido hacer que se aparezca el fantasma de un hombre muerto por

ningún arte secreto; y, segundo, aunque hubiésemos podido suscitar su sombra, jamás le podríamos inspirar el pensamiento ni el razonamiento, al contrario de lo que sucede con las almas, los ángeles y los demonios que se aparecen, los cuales razonan y actúan como seres inteligentes y dotados de conocimiento del presente, del pasado y, en ocasiones, hasta del porvenir.

Niega que vuelvan las almas del purgatorio; pues, si pudiesen volver, "no habría nadie que no recibiese visitas semejantes de parte de sus parientes y amigos, porque todas las almas estarían en la misma disposición. Se puede creer, dice, que Dios les concedería el mismo permiso; y, si ellas tuviesen este permiso, las personas de buen sentido no comprenden por qué deberían acompañar sus apariciones con todas las locuras que se detallan en las historias."

Se puede responder a esto que el retorno de las almas no depende ni de su disposición ni de su voluntad, sino de la voluntad de Dios, que concede el permiso a quien quiere, cuando quiere y como quiere.

El rico epulón suplica que Lázaro vuelva al mundo[219] para que advierta a sus hermanos que no caigan en la misma desgracia que él; pero no puede conseguirlo. Hay infinidad de almas en el mismo caso y en la misma disposición, que no llegan a obtener el permiso de que ni ellas ni otras almas puedan volver.

Si se ha acompañado algunos relatos de almas que vuelven de circunstancias poco serias, esto no atenta contra la verdad de los hechos; por una relación imprudentemente embellecida con circunstancias poco ciertas, tenemos mil muy sensata y seriamente escritas y de una manera muy conforme a la verdad.

Sostiene que todas las apariciones que no pueden atribuirse a los ángeles o a las almas de los bienaventurados, las producen una de estas tres causas: la fuerza de la imaginación, la extrema sutileza de los sentidos, o la depravación de los órganos, tal como sucede en la locura y en las fiebres calientes.

Esta proposición es temeraria, y ya ha sido refutada antes por el R. P. Richard.

El autor cuenta lo que se ha dicho del espíritu de Saint Maur, reduciendo el movimiento del lecho en presencia de tres personas bien despiertas, los gritos redoblados de un ser que nadie veía, la puerta cuyos cerrojos se echan por sí mismos, los golpes dados en los muros, los vidrios arrojados violentamente en presencia de tres personas sin que se descubriese al autor del movimiento, reduciéndolo todo a un trastorno de la imaginación, a la sutileza del aire y los vapores existentes en el cerebro de un enfermo. ¿Por qué no niega todos los hechos? ¿Por qué tomarse el trabajo de componer con tanto esmero una disertación para explicar un fenómeno que en su opinión no tiene ninguna verdad ni realidad?

Por lo que a mí respecta, me congratulo en advertir al público que no adopto ni apruebo la disertación del anónimo, que, por otra parte, no he conocido sino después de la impresión, que tampoco conozco al autor, y que ni tengo parte en ello ni ningún interés en defenderlo. Si el tema de las apariciones fuese puramente filosófico, y se pudiese, sin dañar a la religión, reducirlo a problema, me habría comportado de muy otra manera para destruirlo, y habría dejado correr libremente a la razón y a la imaginación.

63
Disertación de un anónimo sobre lo que se debe pensar de la aparición de los espíritus, con ocasión de lo sucedido en Saint Maur en 1706

SE HA ANTICIPADO, señor, en el asunto del espíritu de Saint Maur, que tanto tumulto causa en París; pues estaba resuelto a enviarle un pequeño resumen de los acontecimientos, a fin de que me comunicase sus reflexiones en materia tan delicada y que tanto interesa al público. Pero, puesto que ya ha leído la relación, no puedo comprender que haya dudado un instante antes de determinar lo que debía pensar al respecto. Lo que me hace el honor de decirme, que ha suspendido el juicio hasta que yo le hubiere comunicado el mío, me halaga demasiado para que pueda decidirme a creerlo, y, antes al contrario, pienso que es una prueba que me pone para ver de qué manera salgo de paso tan embarazoso. Sin embargo, no puedo resistirme a las súplicas, o, mejor, órdenes de que está llena su carta; y antes prefiero exponerme a las burlas de los espíritus fuertes, o a los reproches de los crédulos, que a la cólera de las personas con que me amenaza.

Me pregunta si creo que haya espíritus que vuelvan, y si puede atribuirse el hecho sucedido en Saint Maur a alguna de estas substancias incorporales.

Para responder a sus dos preguntas en el mismo orden que me las propone, le diré primeramente que los antiguos paganos reconocían varias clases de espíritus, que llamaban lares, lamias, larvas, lémures, genios, manes.

Por lo que a nosotros respecta, sin detenernos en las locuras de nuestros filósofos cabalistas, que imaginan espíritus en todos los elementos, llamando silfos a los que pretenden que habitan en el aire, gnomos a los de la tierra, ondinas a los del agua, y salamandras a los del fuego, no reconocemos más que tres clases de espíritus creados, a saber, ángeles, demonios, y las almas que Dios ha unido a nuestros cuerpos y que se separan de ellos en la muerte.

La sagrada escritura habla en demasiados lugares de las apariciones de los ángeles a Abraham, a Jacob, a Tobías, y a otros santos patriarcas y profetas, para que podamos dudar de ello. Por otra parte, como su mismo nombre indica, habiendo sido creados por Dios

para ser los mensajeros y ejecutores de sus órdenes, es fácil creer que se hayan aparecido a menudo visiblemente a los hombres, para anunciarles la voluntad del Todopoderoso. Casi todos los teólogos convienen en que los ángeles se aparecen con cuerpos aéreos de que se revisten.

Para comprender de qué manera toman y forman estos cuerpos para hacerse visibles a los hombres y darse a ellos a entender, hay que explicar en primer lugar cómo se produce la visión, la cual no es sino la relación de la especie con el órgano de la vista. Esta especie es el rayo de luz modificado al chocar con los cuerpos, en los cuales, formando diferentes ángulos, la luz se transforma en colores. Pues un ángulo de cierta forma da lugar al rojo, otro al verde, al azul o al amarillo, y así a todos los colores, como los percibimos en el vidrio triangular, en el cual el rayo de sol al reflejarse forma los diferentes colores del arco iris; el espacio visible no es, pues, otra cosa más que el rayo de luz que brota desde el objeto con el que choca hasta el ojo.

Ahora bien, la luz no choca más que sobre tres clases de objetos o de cuerpos, de los cuales unos son diáfanos, otros opacos, y los otros participan de las dos cualidades, siendo en parte diáfanos y en parte opacos. Cuando la luz choca con un cuerpo diáfano, formado por infinidad de pequeños poros, como el aire, por ejemplo, pasa a su través, sin reflejarse en él. Cuando la luz choca con un cuerpo enteramente opaco, como por ejemplo una flor, al no poder penetrarla, el rayo se refleja en la superficie y vuelve de la flor al ojo, al que lleva la especie de aquélla, haciendo percibir sus colores, según los ángulos formados por la reflexión. Si el cuerpo con el que choca la luz es en parte opaco y en parte diáfano, como es el caso del vidrio, por ejemplo, pasa a través de lo diáfano, es decir, por los poros del vidrio que penetra, y se refleja en las partes opacas, es decir, que no son porosas. Así el aire resulta invisible, porque la luz lo penetra por completo. La flor devuelve al ojo su color, porque, siendo impenetrable para la luz, la obliga a reflejarse; y el vidrio no es visible sino porque contiene algunas partes opacas, que, según la diversidad

de los ángulos que forma el rayo de luz que choca en su superficie, reflejan diferentes colores.

Ésta es la manera como se forma la visión, de suerte que, siendo invisible el aire a causa de su gran diafanidad, un ángel no puede revestirse de él para hacerse ver más que espesándolo de tal modo que de diáfano se convierta en opaco, y capaz, entonces, de reflejar el rayo de luz hasta el ojo del que lo percibe. Por lo demás, como los ángeles tienen conocimientos y poderes muy por encima de lo que podamos imaginarnos, no hay que extrañarse de que puedan formar unos cuerpos aéreos que sean visibles al convertirlos en opacos. Respecto a los órganos necesarios a estos cuerpos aéreos para que puedan formar sonidos y hacerse oír, sin recurrir a la disposición de la materia, hay que atribuirlo por completo al milagro.

Es así como los ángeles se han aparecido a los santos patriarcas. Es así como las almas gloriosas que participan de la naturaleza de los ángeles pueden revestirse con un cuerpo aéreo para hacerse visibles, y que los mismos demonios pueden, espesando y condensando el aire, formarse unos cuerpos para hacerse visibles a los hombres por un permiso completamente particular de Dios, y para cumplir los secretos designios de la providencia; como se dice que se aparecieron a san Antonio ermitaño y a otros santos para tentarlos.

Perdóneme, señor, esta pequeña digresión física, de que no he podido dispensarme para explicar la manera cómo los ángeles, que son substancias puramente espirituales, puedan caer en el campo de nuestros sentidos corporales.

Lo único en que los santos doctores no están de acuerdo en este asunto es en saber si los ángeles se aparecen a los hombres por su propia iniciativa, o si no pueden hacerlo más que por una orden expresa de Dios. Me parece que nada puede ayudarnos mejor a resolver esta dificultad que el determinar la forma en que los ángeles conozcan las cosas de aquí abajo; pues, si es por medio de las especies que Dios les comunica siempre, como lo cree san Agustín, no hay lugar para dudar que no conozcan las necesidades de los hombres, y que no

puedan, para consolarlos y fortificarlos, hacerse visibles a ellos con el permiso de Dios, sin necesidad de recibir siempre una orden expresa; lo que podemos concluir de lo que dice san Ambrosio sobre las apariciones de los ángeles, que por su naturaleza son invisibles, pero que su voluntad los vuelve visibles: hujus naturae est non videri, voluntatis, videri[220].

Por lo que concierne a los demonios, es cierto que su poder era mucho mayor antes de la venida de Jesucristo, porque Él mismo los llama poderes de las tinieblas y príncipes de este mundo. No podemos dudar que durante mucho tiempo no hayan engañado a los hombres con los prodigios que hacían realizar a los que se les entregaban más particularmente; que algunos oráculos no hayan sido efecto de su poder y de sus conocimientos, aunque una parte se deba atribuir al ingenio de los hombres; y tampoco que no se hayan aparecido bajo figuras imaginarias, que tomaban de la misma manera que los ángeles, es decir, formando unos cuerpos aéreos. La sagrada escritura nos asegura incluso que se apoderaban de los cuerpos de personas vivas. Pero Jesucristo nos dice demasiado expresamente que ha destruido el imperio de los demonios y que nos ha liberado de su tiranía, para que podamos razonablemente pensar que tengan todavía sobre nosotros el poder que tuvieron en otro tiempo, y que les hacía realizar cosas que parecían milagrosas; como se cuenta de esa vestal que llevó el agua en una criba para probar su virginidad, y de la que, simplemente con su cintura, hizo remontar en el Tíber un barco que había encallado de tal modo que ninguna fuerza humana podía removerlo. Casi todos los santos doctores convienen en que no les queda otro medio con que engañarnos más que el de la sugestión, que Dios ha querido dejarles para probar nuestra virtud.

No perderé el tiempo combatiendo todas las imposturas que se han publicado de los demonios íncubos y súcubos, de que algunos autores han infestado sus escritos, ni tampoco respondiendo a las presuntas posesiones de las muchachas de Loudun, o de Marta Brossier[221], que tanta conmoción causaron en París a comienzos del último siglo, porque tenemos ya las reflexiones al respecto de diversos sabios que

nos han hecho ver que los demonios no tenían en ello ninguna parte; y la última sobre todo fue perfectamente esclarecida por la relación que nos hizo el célebre médico Marescot, comisionado por la Facultad de Teología para que examinase a esa muchacha autora de tantas maravillas. Éstas son sus propias palabras, que pueden servir de respuesta general a todas las aventuras de esta clase: a natura, plura ficta, a daemone nulla. Es decir, que el temperamento de Marta Brossier, que era al parecer muy melancólica e hipocondríaca, tenía mucho que ver con sus entusiasmos, que ella fingía todavía más, y que el demonio no tenía ninguna parte.

Si algunos padres, como santo Tomás, creen que los demonios obran a veces efectos sensibles, añaden siempre que no puede ser sino por un muy particular permiso de Dios, en pro de su gloria y de la salvación de los hombres.

Respecto a todos los prodigios y maleficios ordinarios, que el pueblo atribuye a los sortilegios y al comercio con los demonios, es evidente que no pueden obrarse sino por la magia natural, que es el conocimiento de los efectos secretos de las causas naturales, y algunos por la sola habilidad del arte. Es la opinión de la mayor parte de los padres de la Iglesia que han hablado de ello; y, sin necesidad de buscar testimonios en los autores paganos como Jenofonte, Ateneo y Plinio, cuyas obras están llenas de infinidad de maravillas completamente naturales, vemos en nuestro tiempo efectos de la naturaleza tan sorprendentes como los del imán, del acero o del mercurio, que sin duda atribuiríamos a los sortilegios como hicieron los antiguos, si no dispusiésemos de demostraciones completamente manifiestas. Vemos también a prestidigitadores y malabaristas que hacen cosas tan extraordinarias y tan opuestas en apariencia a la naturaleza, que miraríamos como magos a estos charlatanes, si no supiésemos por experiencia que solamente con su habilidad unida a la práctica continuada es como realizan tantas cosas que nos parecen maravillosas.

La participación que tienen los demonios en las prácticas criminales de los que se acostumbra a llamar brujos es solamente la sugestión, por la cual los incitan a la búsqueda abominable de todas las causas naturales que puedan dañar al prójimo.

Heme aquí, señor, llegado al fin al punto más delicado de su pregunta, que consiste en saber si nuestras almas pueden volver a la tierra, después de haberse separado del cuerpo.

Como los antiguos filósofos se equivocaban tanto sobre la naturaleza del alma, los unos creyendo que no era más que un fuego que nos animaba, los otros un aire sutil, otros más asegurando que no era otra cosa sino la buena combinación de toda la máquina del cuerpo, lo que venía a ser no admitirla en nosotros no más que en las bestias, por todo ello no resulta extraño que hayan tenido ideas tan groseras sobre su estado después de la muerte.

El error de los griegos, que ellos han comunicado a los romanos y éstos a nuestros antiguos galos, era que las almas cuyos cuerpos no hubiesen sido solemnemente inhumados por el ministerio de los sacerdotes del culto, erraban fuera de los infiernos sin encontrar reposo, hasta que no hubiesen quemado el cuerpo y recogido las cenizas. Homero hace que se aparezca Patro-clo, al que había matado Héctor, a su amigo Aquiles durante la noche, para pedirle sepultura, sin la que se le priva, dice, de la dulzura de pasar el río Aqueronte. Únicamente las almas de los ahogados creían que no podían volver después de la muerte; de lo que encontramos una divertida razón en Servio, intérprete de Virgilio, que dice que la mayoría de los sabios del tiempo de Virgilio, y Virgilio mismo, creían que el alma no era sino el fuego que anima y hace moverse al cuerpo, por lo que estaban persuadidos de que el fuego era apagado por completo por el agua, como si lo material pudiese obrar sobre lo espiritual. Virgilio explica claramente su opinión sobre las almas en los versos:

Igneus est ollis vigor et coelestis origo.[222]

Y poco después:

...totos infusa per artus mens agitat molem, et toto se corpore miscet,[223]

hablando del alma universal del mundo, en la que creía al igual que la mayor parte de los filósofos de su tiempo.

Otro error común entre los paganos consistía en creer que las almas de los que habían muerto antes de la edad justa, que ponían al fin del crecimiento, erraban vagabundas hasta que hubiese llegado el tiempo en el que debían naturalmente ser separadas del cuerpo. Platón, más penetrante y mejor instruido que los demás, aunque compartiese su mismo error, decía que las almas de los justos, que habían seguido la virtud, subían al cielo, y las de los impíos, estando todavía contagiadas de la materia terrestre del cuerpo, erraban sin cesar en torno a los sepulcros, y se aparecían como sombras y fantasmas.

Pero nosotros, a los que la religión nos enseña que nuestras almas son substancias espirituales creadas por Dios, y unidas por algún tiempo al cuerpo, sabemos que existen tres diferentes estados para el alma después de la muerte.

Las que gozan de la beatitud eterna, completamente abismadas, como hablan los santos doctores, en la contemplación de la gloria de Dios, no dejan de interesarse aún por lo que concierne a los hombres, cuyas miserias han experimentado; y como han llegado a la felicidad de los ángeles, todos los escritores sagrados les atribuyen el mismo privilegio de poder, con cuerpos aéreos, hacerse visibles a sus hermanos que todavía están en la tierra para consolarlos y darles a conocer la voluntad divina, de lo que nos refieren diversas apariciones que siempre han sucedido por permiso particular de Dios.

Las almas que por la abominación de sus crímenes se encuentran sumergidas en esa sima de tormentos que la escritura llama el infierno, y que, estando condenadas a permanecer allí eternamente sin esperanza de recibir nunca el más mínimo alivio, no poseen el permiso de poder venir a hablar a los hombres bajo cuerpos imaginarios. La escritura nos señala manifiestamente la

imposibilidad del retorno por el discurso que pone en boca del rico epulón en el infierno, al que nos presenta dirigiéndose a Abraham; no pide permiso de ir él mismo a advertir a sus hermanos que están en la tierra, para que eviten los tormentos que sufre, porque sabe que esto no es posible, sino que ruega a Abraham que envíe a Lázaro, que está en la gloria; y, para señalar de paso qué raras son las apariciones de las almas de los bienaventurados y de los ángeles, Abraham le responde que sería inútil, porque los que están en la tierra ya tienen la ley y los profetas, que no tienen más que seguirlos.

La historia del canónigo de Reims en el siglo XI, que, en medio del servicio solemne que se hacía por el reposo de su alma, habló en voz alta, y dijo que estaba juzgado y condenado, ya la han refutado tantos sabios[224], que han puesto bien de manifiesto que el hecho, que no se encuentra en ningún autor contemporáneo, ha sido supuesto, que no creo que ninguna persona ilustrada pueda objetármela. Pero, aun cuando fuese tan incontestable como sabemos que es apócrifa, me sería fácil responder que la conversión de san Bruno, que ha ganado tantas almas para Dios, era un motivo suficientemente grande para dar lugar a que la divina providencia hiciese tan sorprendente milagro.

Me queda por examinar si las almas que están en el purgatorio, expiando el resto de sus pecados antes de pasar al lugar de los bienaventurados, pueden venir a hablar con los vivos y pedirles que recen por el fin de sus sufrimientos.

Aunque los que han querido sostener este error popular se hayan esforzado por apoyarlo en diferentes pasajes extraídos de san Agustín, de san Jerónimo y de santo Tomás, resulta claro que todos estos padres no hablan más que del retorno de las almas de los bienaventurados para manifestar la gloria de Dios, y que san Agustín dice precisamente que, si fuese posible que las almas de los muertos se apareciesen a los vivos, no habría día que no lo hubiese visitado su madre santa Mónica.

Tertuliano en su tratado sobre el alma se burla de los que en su tiempo creían en las apariciones. San Juan Crisóstomo, hablando de Lázaro, las niega formalmente, así como el glosador del derecho canónico Juan Andreas, que llama fantasmas de una imaginación enferma y vanas apariciones lo que se publica de las almas que se pretende ver y escuchar. El séptimo capítulo de Job y el cántico del rey Ezequías referido en el capítulo 38 de Isaías están llenos de testimonios que el Espíritu Santo parece haber querido darnos de esta verdad, que nuestras almas no pueden volver sobre la tierra después de la muerte, hasta que Dios las haya convertido en ángeles.

Pero para dejarla mejor establecida, hay que responder a las más fuertes objeciones de los que la combaten. Traen a colación la opinión de los judíos, que pretenden probar con el testimonio de Josefo y de los rabinos; las palabras de Jesucristo a los apóstoles, cuando se les apareció después de la resurrección: la autoridad del Concilio Iliberitano[225]; algunas palabras de san Jerónimo en su tratado contra Vigilancio; sentencias dadas en diferentes parlamentos, por las cuales se han rescindido los contratos de alquiler de diversas casas, debido a los espíritus que venían diariamente a atormentar a los arrendatarios; en fin, un número infinito de ejemplos que se encuentran en todas las historias.

Para refutar en pocas palabras a todas estas autoridades, en primer lugar digo que no se puede sacar la conclusión de que los judíos creyesen en el retorno de las almas después de la muerte porque Josefo asegure que el espíritu que la pitonisa hizo que se apareciese a Saúl era el de Samuel; pues, además de que la santidad de este profeta lo había situado en el número de los bienaventurados, se dan en esta aparición circunstancias que han hecho dudar a la mayor parte de los santos doctores[226] que fuese el espíritu de Samuel, pensando que pudiese tratarse de un engaño de la pitonisa, que hacía que Saúl creyese que veía lo que anhelaba ver.

Lo que refieren diversos rabinos de los patriarcas, profetas y reyes que vieron en la montaña de Garisim, no prueba tampoco que los

judíos creyesen en el retorno de las almas de los muertos, porque, además de que no era sino una visión producida en el éxtasis, en el que se cree ver lo que no se ve verdaderamente, todos los que componían esa aparición eran personas de cuya santidad estaban convencidos los judíos. Lo que Jesucristo dijo a los apóstoles, que los espíritus no tienen ni carne ni huesos, lejos de facilitar la creencia en el regreso de los espíritus, prueba al contrario evidentemente que no pueden sin milagro hacerse visibles a los vivos, ya que resulta imprescindible una substancia corporal y órganos para darse a entender; lo que de ningún modo concuerda con las almas, que, siendo substancias puras y exentas de toda materia, son invisibles y no pueden naturalmente someterse a nuestros sentidos.

El Concilio Provincial Iliberitano, que se celebró en España bajo el pontificado de Silvestre I, y que prohibió encender de día cirios en los cementerios de los mártires, alegando como razón que no había que perturbar a los espíritus de los santos, no es de ninguna consideración; porque, además de que estas palabras están sujetas a diferentes interpretaciones y pueden incluso haber sido añadidas por algún copista, como lo piensan algunos sabios, en cualquier caso no conciernen sino a los mártires, cuyas almas no podemos dudar que no formen parte del número de los bienaventurados.

Respondo lo mismo al pasaje de san Jerónimo; porque, combatiendo al heresiarca Vigilando, que calificaba de ilusiones todos los milagros que se hacían en las tumbas de los mártires, se esfuerza en probarle que los santos que están en el cielo toman siempre parte en las miserias de los vivos, a los que se aparecen a veces visiblemente para fortalecerlos y consolarlos.

Por lo que respecta a las sentencias que han anulado los contratos de alquiler de diversas casas, debido a las molestias que los espíritus causaban a los arrendatarios, basta examinar los medios y las razones por los que se han obtenido, para comprender que o bien los jueces se han dejado inducir en el error por los prejuicios de su infancia, o bien que, como les resulta forzoso decidir conforme a las pruebas que se

presentan, a menudo incluso contra sus mismos conocimientos, han sido engañados por la impostura o la simplicidad de los testigos.

Respecto a las apariciones que llenan todas las historias, una de las más fuertes que se me pueda objetar, y a la que me siento obligado de responder, es la que se pretende sucedida en París en el último siglo, y de que se citan más de quinientos testigos que han examinado con una atención particular la verdad de los hechos. Veamos la aventura tal como la refieren los que escribieron en el tiempo en que sucedió.

El marqués de Rambouillet, hermano mayor de la señora duquesa de Montauzier, y el marqués de Précy, primogénito de la casa de Nantouillet, los dos de edad comprendida entre los 25 y los 30 años, eran íntimos amigos y se disponían a ir a la guerra, como van en Francia todas las personas de calidad. Un día en que estaban juntos conversando sobre el otro mundo, después de diversos discursos que dejaban bastante claro que de ningún modo estaban convencidos de lo que se decía al respecto, se prometieron el uno al otro que el primero que muriese vendría a traerle noticias a su compañero. Al cabo de tres meses el marqués de Rambouillet partió para Flandes, donde había guerra entonces, y el de Précy se quedó en París, retenido por una gran fiebre. Seis semanas después de Précy oyó sobre las seis de la mañana que se corrían las cortinas de su lecho y, volviéndose para ver quién era, vio al marqués de Rambouillet. Se levantó de la cama para abrazarlo y testimoniarle la alegría que le daba volver a verlo; pero Rambouillet retrocedió unos pasos para atrás y le dijo que esas caricias estaban fuera de lugar; que no venía sino para cumplir la palabra que le había dado; que lo habían matado la víspera en una batalla; que todo lo que se decía del otro mundo era pero que muy cierto; que debía pensar en vivir de otra manera, y que no tenía tiempo que perder, porque moriría en el primer peligro en que se encontrase.

No se puede expresar lo que este discurso sorprendió al marqués de Précy. No dando crédito a lo que escuchaba, se esforzó de nuevo por abrazar a su amigo, pensando que éste quería burlarse de él; pero no abrazó sino al viento, y Rambouillet, viendo que se mostraba

incrédulo, le enseñó el lugar en que lo habían herido, que era en los riñones y de donde parecía brotar sangre todavía. Después de lo cual el fantasma desapareció, dejando a Précy sumido en un horror más fácil de comprender que de describir. Llamó al instante a su ayuda de cámara, despertando a toda la casa con sus gritos. Acudieron varios, a los que contó lo que acababa de presenciar. Todo el mundo atribuyó la visión al ardor de la fiebre, que había alterado su imaginación; le rogaron que se volviese a acostar, haciéndole ver que era preciso que hubiese soñado lo que decía. El marqués, desesperado de ver que lo tomaban por un visionario, contó todos los pormenores que acabo de referir; pero, por mucho que protestó que había visto y oído a su amigo estando bien despierto, siguieron pensando lo mismo hasta que llegó el correo de Flandes, por el que supieron la muerte del marqués de Rambouillet.

Habiendo resultado verdadera esta primera circunstancia y de la manera como lo había dicho Précy, aquellos a los que había contado el suceso empezaron a pensar que podía haber algo de verdad en ello, ya que a Rambouillet lo habían matado precisamente la víspera del día que había dicho, y resultaba imposible que lo hubiese sabido naturalmente. Habiéndose extendido la noticia por París, se pensó que era el resultado de una imaginación perturbada, o un cuento inventado para servir de recreo, y por más que pudiesen decir los que habían examinado la cosa con seriedad, permaneció siempre en los espíritus una sospecha que únicamente el tiempo podía disipar. Ello dependía de lo que le sucediese al marqués de Précy, amenazado de morir a la primera ocasión. Así, cada cual consideraba su suerte como el desenlace de la obra; pero no tardó en disipar las dudas; pues, una vez curado de su enfermedad y habiendo estallado las guerras civiles, quiso ir al combate de san Antonio, por más que sus padres, que temían la profecía, hicieron lo posible por impedirlo; allí encontró la muerte para desgracia de su familia.

Suponiendo que sean verdaderas todas las circunstancias del hecho, esto es lo que puedo decir para destruir las consecuencias que se pretenden extraer.

No es difícil de comprender que la imaginación de Précy, recalentada por la fiebre y turbada por el recuerdo de la promesa que el marqués de Rambouillet y él se habían hecho, le haya representado el fantasma de su amigo, que sabía que estaba expuesto a los golpes y en todo momento en peligro de muerte. Las circunstancias de la herida del marqués de Rambouillet y la predicción de la muerte de Précy, que se reveló cierta, parecen cosas más graves. Sin embargo, los que han experimentado cuál puede ser la fuerza de los presentimientos, cuyos efectos se ven todos los días, no tendrán dificultad en concebir que el marqués de Précy, cuyo espíritu, agitado por el ardor de la enfermedad, seguía a su amigo en todos los azares de la guerra, esperándose siempre verse anunciar por su fantasma lo que debía sucederle a él mismo, haya previsto que habían matado al marqués de Rambouillet de un golpe de mosquete en los riñones, y que el ardor que él mismo sentía por batirse lo haría perecer a la primera ocasión. Veremos por las palabras de san Agustín que citaré a continuación, cuánto este doctor de la Iglesia estaba convencido de la fuerza de la imaginación, a la que atribuía el conocimiento de las cosas por venir. Estableceré todavía la autoridad de los presentimientos por un ejemplo de los más singulares.

Una inteligente dama que conozco particularmente, estando residiendo en Chames, tuvo un sueño por la noche en que veía el paraíso, que aparecía como una sala magnífica en la que estaban, en diferentes grados, los ángeles, los espíritus bienaventurados, y Dios, que presidía en medio en un trono brillante. Oyó que llamaban a la puerta de este lugar lleno de delicias y, habiéndola abierto san Pedro, vio aparecer a dos niños muy pequeños, de los que uno estaba vestido con un traje blanco y el otro completamente desnudo. San Pedro tomó al primero de la mano y lo condujo al pie del trono, y al otro lo dejó a la puerta llorando amargamente; en este momento se despertó, y contó el sueño a varias personas, que lo encontraron muy curioso. Una carta de París que recibió a primeras horas de la tarde le dio a conocer que una de sus hijas había parido a dos niños, que habían muerto, y de los que solamente uno había llegado a recibir el bautismo.

¿De qué no podemos creer que la imaginación no sea capaz, después de tan fuerte prueba de su poder? ¿Podemos dudar que, de todas las presuntas apariciones que se cuentan, ella no obre solamente las de los ángeles y las almas de los bienaventurados, y las que proceden de la malicia de los hombres?

Para explicar más detenidamente lo que da lugar a los fantasmas, cuyas apariciones se han referido en todos los tiempos, y sin dejarme llevar por la ridícula opinión de los escépticos, que dudan de todo y aseguran que nuestros sentidos, por más sanos que sean, no hacen sino imaginar falsedades, señalaré que los más sabios filósofos sostienen que la abundante melancolía, la cólera, el frenesí, la fiebre, la depravación o la debilidad de los sentidos, sea natural o producida por un accidente, pueden hacer que se imagine ver y oír multitud de cosas sin ningún fundamento.

Aristóteles dice[227] que, al dormir, los sentidos interiores actúan por el movimiento local de los humores y de la sangre, y que esta acción desciende a veces hasta los órganos sensitivos, de manera que al despertar las personas más sensatas creen que ven las imágenes con las que han soñado.

Plutarco, en la vida de Bruto, refiere que Casio persuadió a Bruto que un espectro que éste declaraba que había visto despierto, era producto de su imaginación. Éste es el razonamiento que pone en su boca:

“El espíritu del hombre, siendo por naturaleza extremadamente activo, se encuentra en continuo movimiento, lo que hace que esté siempre produciendo alguna fantasía; y, sobre todo, los melancólicos como tú, Bruto, están más expuestos a que se formen en su imaginación especies que llegan a menudo hasta los sentidos exteriores.”

Galeno, tan hábil conocedor de todos los resortes del cuerpo humano, atribuye los espectros a la extrema sutileza de la vista y del oído.

Parece apoyar la opinión de Galeno un suceso que he leído en Cárdano. Dice que, estando en la ciudad de Milán, se extendió el rumor de que había un ángel en el aire que se veía perfectamente. Habiendo acudido al lugar en cuestión, él mismo lo vio, así como más de dos mil personas. Cuando los más sabios estaban admirando el prodigio, un hábil jurisconsulto que se encontraba allí, y que había examinado atentamente el asunto, puso bien de manifiesto a los otros que lo que veían no era un ángel, sino la figura del ángel de piedra que se encontraba en lo alto del campanario de san Gotardo, la cual figura, proyectada en una espesa nube por medio de un rayo de sol que le daba encima, se reflejaba en los ojos de los que tenían la vista más aguda. Si el hecho no lo hubiese esclarecido de inmediato un hombre exento de toda prevención, habría quedado establecido que había sido un ángel de verdad, ya que lo habían visto más de dos mil personas y entre ellos los más ilustres habitantes de la ciudad.

El célebre Du Laurent, en el tratado que escribió sobre la melancolía, le atribuye los más sorprendentes efectos, de los que refiere infinidad de ejemplos que parecen sobrepasar el poder de la naturaleza.

San Agustín, consultado por Evodio, obispo de Upzala, sobre el asunto que tratamos, le respondió en estos términos: “Respecto a las visiones, incluso de aquéllas en que se nos enseña algo del porvenir, no es posible explicarlas cómo se hacen, a menos que sepamos antes lo que sucede en nosotros cuando pensamos; pues vemos claramente que en nuestra alma se excita un número infinito de imágenes que nos representan lo que ha impresionado nuestra vista o los demás sentidos; lo experimentamos todos los días y a todas horas”. Y poco después añade un ejemplo: “En el momento en que dicto esta carta, te veo con los ojos del espíritu sin que estés presente ni sepas nada de ello, y me represento, por el conocimiento que tengo de ti, la impresión que mis palabras causarán en tu espíritu, sin saber sin embargo y sin poder comprender cómo se produce todo esto en mí.”

No creo, señor, que me exija nada más preciso que estas palabras de san Agustín para convencerse de que hay que atribuir a la fuerza de la imaginación la mayor parte de las apariciones, incluso de aquéllas en que aprendemos cosas que no pueden conocerse naturalmente; y me dispensará de tratar de explicarle cómo opera la imaginación todas estas maravillas, ya que hasta el santo doctor confiesa que él mismo no puede comprenderlo, aunque esté convencido de ello.

Solamente le diré que la sangre que circula sin cesar por venas y arterias, una vez purificada y calentada en el corazón, echa unos vapores delicados que son sus partes más sutiles y que se llaman espíritus animales, los cuales, al llegar a las cavidades del cerebro, ponen en movimiento a la pequeña glándula donde, según dicen, reside el alma, y de esta forma despiertan y resucitan las especies de las cosas que se han visto y oído en otro tiempo y que están como sepultadas, formando el razonamiento interior que llamamos pensamiento. De donde viene que los animales tengan también memoria como nosotros, pero no las reflexiones que la acompañan y que no proceden más que del alma que no tienen.

Si lo que el señor Digby, sabio inglés y canciller de la reina Enriqueta de Inglaterra, el P. Kircher, célebre jesuita, y el P. Schott de la misma Compañía, y Gaffarel y Vallemont pregonan del admirable secreto de la palingenesia o resurrección de las plantas tiene algún fundamento, se podrían explicar las sombras y fantasmas que diversas personas han asegurado que habían visto en los cementerios.

Veamos la manera en que llegan estos curiosos a la maravillosa operación de la palingenesia.

Cogen una flor, la queman y recogen las cenizas, cuyas sales extraen por medio de la calcinación. Ponen las sales en un frasco de vidrio, en el que las mezclan con ciertas composiciones capaces de ponerlas en movimiento cuando las calientan, formándose un polvo cuyo color tira al azul; de este polvo, excitado suavemente por el calor, se eleva un tronco, hojas y una flor; en una palabra, percibimos la aparición de una planta que sale de sus propias cenizas. Una vez que el calor cesa,

el espectáculo se desvanece, la materia se descompone, precipitándose al fondo de la vasija, para allí formar un nuevo caos. El retorno del calor resucita siempre el fénix vegetativo oculto en sus cenizas; y así como la presencia del calor le da la vida, su ausencia le provoca la muerte.

El P. Kircher, procurando explicar este admirable fenómeno, dice que la virtud seminal de cada mixto se concentra en sus sales, y que, una vez que el calor las pone en movimiento, se elevan enseguida y circulan como en un torbellino en la vasija de vidrio. Las sales en suspensión, que las pone en libertad de componerse, toman la misma situación y forman la misma figura que la naturaleza les había dado primitivamente. Conservando la inclinación a convertirse en lo que eran, vuelven a su primera forma, y se ordenan como lo estaban en la planta viva. Cada corpúsculo de sal vuelve a desempeñar el primer papel que tenía por naturaleza, y así, los que estaban al pie de la planta vuelven a colocarse allí y, del mismo modo, los que componían la altura del tallo, las ramas, las hojas y las flores vuelven a situarse en primera posición, formándose una perfecta aparición de la planta entera.

Se asegura que la misma operación se ha realizado con un gorrión[228], y los señores de la Real Academia de Inglaterra, que han realizado diversas experiencias, esperan poder hacerla también con hombres.

Ahora bien, según el principio del P. Kircher y de los más sabios químicos, que dicen que la forma substancial de los cuerpos reside en las sales, y que estas sales, puestas en movimiento por el calor, forman la misma figura que la naturaleza les había dado, no es difícil de comprender que, una vez consumidos los cadáveres en la tierra, las sales que exhalan junto con los vapores por medio de las fermentaciones que tan a menudo se producen en este elemento, puedan de nuevo reordenarse en la superficie de la tierra, formando las sombras y los fantasmas que han asustado a tantas gentes. Así

vemos qué poca razón hay en atribuirlos al retorno de las almas, o a los demonios, como hacen los ignorantes.

A todas las autoridades por medio de las cuales he combatido las apariciones de las almas del purgatorio, añadiré todavía algunas reflexiones completamente naturales. Si las almas del purgatorio pudiesen venir aquí a pedir oraciones para pasar antes a residir en la gloria, no habría nadie que no recibiese súplicas semejantes de parte de sus parientes y amigos, porque, estando todas las almas en la misma disposición, se puede creer que Dios les concedería el mismo permiso. Por otra parte, si ellas tuviesen esta libertad, las personas de buen sentido no comprenden por qué deberían acompañar sus apariciones con todas las locuras que se detallan en las historias, como correr una cama, abrir las cortinas, sacar las mantas, tirar los muebles y hacer un ruido horroroso. En fin, si estas apariciones tuviesen alguna realidad, resulta moralmente imposible que, después de tantos siglos, no encontrásemos ninguna tan bien comprobada que no pudiésemos dudar de ella.

Después de haber establecido suficientemente que todas las apariciones que no pueden atribuirse a los ángeles o a las almas de los bienaventurados, las producen una de estas tres causas, la fuerza de la imaginación, la extrema sutileza de los sentidos, y la depravación de los órganos, como sucede en la locura y en la fiebre caliente, pasemos a ver lo que se deba pensar del hecho sucedido en Saint Maur.

Aunque usted ya haya visto la relación que se hizo de ello, creo, señor, que no le parecerá mal que refiera aquí con algún detalle las circunstancias más particulares del suceso; procuraré no omitir nada de todo lo que se hizo para establecer la verdad del hecho, y me serviré incluso lo más posible de los propios términos del autor, para que no se me pueda acusar de haber aminorado la aventura.

El señor de S., a quien sucedió, es un joven de baja estatura, bien proporcionado en su talla, y de 24 ó 25 años de edad. Después de haber oído varias veces, estando acostado, que llamaban con grandes

golpes a la puerta, sin que la criada que enseguida acudió encontrase a nadie, y que corrían las cortinas de su lecho, aunque no hubiese más que él en el cuarto, el 22 de marzo último sobre las once de la noche, estando controlando una serie de obras en su gabinete con tres jóvenes criados, escucharon todos distintamente hojear papeles en la mesa: sospecharon responsable al gato; pero el señor S., que había cogido un candelabro e inspeccionado con atención, no encontró nada. Habiéndose metido en la cama poco después, y enviado a los que estaban con él a acostarse en la cocina, que estaba al lado de su habitación, volvió a escuchar el mismo ruido en el gabinete. Se levantó para ver lo que era, y no habiendo encontrado nada lo mismo que la vez anterior, quiso cerrar la puerta; pero encontró resistencia. Entró, pues, para ver de dónde pudiera venir el obstáculo. Oyó al mismo tiempo un ruido en el aire hacia el rincón, como si diesen un gran golpe en el muro, lo que le hizo dar un grito al que sus gentes acudieron; aunque asustado él mismo, procuró tranquilizarlas, y no habiendo encontrado nada, se fue de nuevo a acostarse y a intentar dormir. Apenas los criados habían apagado la luz, cuando al señor de S. lo despertó una sacudida tal como pudiera ser la de un barco que chocase contra el arco de un puente. Se sintió tan afectado que llamó a los sirvientes; y cuando hubieron traído la luz, se sorprendió extrañamente de ver desplazado su lecho cuatro pies por lo menos, y comprendió que el choque que había sentido era el que había hecho la cama contra el muro. Habiendo vuelto a colocar la cama en su sitio, vieron con tanto asombro como terror que todas las cortinas se abrían al mismo tiempo, y que la cama corría hacia la chimenea; el señor de S. se levantó enseguida, y pasó el resto de la noche al lado del fuego. Habiendo hecho una nueva tentativa de dormir sobre las seis de la mañana, tan pronto se acostó cuando la cama volvió a hacer el mismo movimiento otras dos veces, y eso en presencia de sus sirvientes, que sujetaban las patas de la cama para impedir que se desplazase. En fin, viéndose obligado a abandonar la partida, se fue a pasear hasta la hora de comer, después de lo cual intentó de nuevo descansar un rato, pero la cama volvió a cambiar dos veces más de lugar, por lo que envió a buscar a un hombre que vivía en la misma casa, tanto para

tranquilizarse con él, como para tenerlo por testigo de tan sorprendente hecho; pero la sacudida que sucedió una vez llegado el hombre fue tan violenta que se rompió la pata izquierda de la cabecera de la cama, lo que lo dejó tan sorprendido que, pese a las instancias que se le hicieron para que presenciase una segunda, respondió que lo que había visto, junto con el espantoso ruido que había oído toda la noche, era suficiente para convencerlo de la verdad del hecho.

Fue así como la cosa, que hasta entonces había permanecido entre el señor de S. y su servidumbre, pasó a ser de dominio público. Habiéndose difundido con rapidez el rumor, y llegado a los oídos de un gran príncipe que acababa de llegar a Saint Maur, Su Alteza tuvo la curiosidad de informarse y se tomó el trabajo de examinar con atención la calidad de los hechos que le refirieron. Como la aventura era el tema de todas las conversaciones, pronto no se escucharon más que historias de espíritus contadas por los más crédulos, y burlas por parte de los espíritus fuertes. Sin embargo, el señor de S. se esforzaba por tranquilizarse, para meterse la noche siguiente en el lecho y hacerse digno de la conversación del espíritu, que no dudaba que no tuviese algo que decirle; durmió hasta las nueve de la mañana, sin que hubiese sentido otra cosa que una pequeña agitación, como si el colchón se hubiese elevado en el aire, lo que no había servido más que para mecerlo y provocarle el sueño. El siguiente día transcurrió con tranquilidad; pero el 26 el espíritu, que parecía haberse vuelto sensato, volvió a las andadas, y ya por la mañana empezó con un gran ruido en la cocina; se le habría perdonado el juego, si todo hubiese quedado ahí; pero fue mucho peor por la tarde. El señor de S., que confiesa que sentía una atracción particular por su gabinete, una atracción sin embargo no exenta de repugnancia, entró en él sobre las seis, fue hasta el fondo y, volviendo a la puerta, para entrar de nuevo en su habitación, quedó muy sorprendido al ver que se cerraba sola, echándose los dos cerrojos. Al mismo tiempo las dos hojas de un gran armario se abrieron a sus espaldas, obscureciéndose un tanto el gabinete, ya que la ventana que estaba abierta se encontraba detrás de una de las hojas.

Un terror más fácil de imaginar que de describir invadió al señor de S.; sin embargo, tuvo la suficiente sangre fría para oír distintamente en su oído izquierdo una voz procedente de un rincón del gabinete y que le parecía situada alrededor de un pie por encima de su cabeza; la voz le habló en muy buenos términos por espacio de la mitad de un miserere, y le ordenó tuteándolo que hiciese cierta cosa, sobre la que le recomendó que guardase el secreto. Lo que él ha divulgado es que le dio catorce días para cumplirlo; que le mandó que fuese a un lugar donde encontraría a gente que le diría lo que tenía que hacer; y que lo amenazó con venir a atormentarlo, si no lo obedecía. La conversación acabó con un adiós.

Después de esto el señor de S. se acuerda de haber caído desvanecido sobre el borde de un cofre, de lo que sintió dolor en un costado. El gran ruido y los gritos que dio a continuación hicieron que acudiesen varias personas, que, habiéndose esforzado inútilmente por abrir la puerta del gabinete, iban a echarla abajo con un hacha, cuando escucharon al señor de S. que se arrastraba hacia la puerta, que abrió al fin con mucho trabajo. En el desorden en que apareció, y sin poder pronunciar palabra, lo llevaron junto al fuego, y luego a su lecho, donde recibió la compasión del gran príncipe de que he hablado ya, que se presentó al primer rumor del acontecimiento. Su Alteza hizo recorrer todos los rincones y recovecos de la casa, pero no encontraron nada, y también quiso que sangrasen al señor de S., pero el cirujano no le encontró el pulso, por lo que pensó que era peligroso hacerlo.

Cuando volvió de su desvanecimiento, su alteza, que quería descubrir la verdad, lo interrogó sobre lo sucedido; pero no supo sino las circunstancias de que he hablado, encareciéndole el señor de S. que no podía decirle más sin riesgo de su vida. El espíritu no dio que hablar durante quince días; pero al cabo de este tiempo, sea que no hubiesen ejecutado con fidelidad sus órdenes, sea que hubiese juzgado adecuado venir a agradecerle al señor de S. por su exactitud, cuando estaba durante la noche acostado en una pequeña cama junto a una ventana de su habitación, su señora madre en el lecho grande y uno de sus amigos en un sillón junto al fuego, escucharon los tres que

golpeaban varias veces contra el muro, y que daban un golpe tan grande contra la ventana que pensaron que se habían roto todos los cristales. El señor de S. se levantó al instante y fue a su gabinete, por si el importuno espíritu tenía todavía algo que decirle; pero ni encontró ni escuchó nada. Así es como terminó esta aventura que tuvo tanta repercusión, y que atrajo a Saint Maur a tantos curiosos.

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre las circunstancias más fuertes y capaces de causar impresión.

El ruido que escucharon varias veces durante la noche el dueño de la casa, la criada y los vecinos es completamente equívoco, y hasta los más predispuestos no podrían negar que pudo ser producido por diferentes causas completamente naturales.

Lo mismo se puede decir sobre los papeles que escucharon hojear, ya que un vientecillo o un ratón pudieron moverlos.

El movimiento del lecho parece algo más serio, porque se refieren diversos testigos del hecho; pero espero que una reflexión al respecto nos dispensará de tener que recurrir a unos brazos fantasmales para explicarlo.

Representémonos una cama en cuyos pies hay unas ruedecillas; alguien con la imaginación alterada, o que tiene ganas de regocijarse asustando a sus criados, se encuentra acostado en ella, y se mueve mucho, quejándose de que lo atormentan. ¿Resulta sorprendente que se vea moverse la cama, sobre todo si el suelo de la habitación está encerado? Pero, se dirá, hay testigos que incluso se esforzaron inútilmente en impedir el movimiento. ¿Quiénes son los testigos? Dos son dos jóvenes a sueldo del paciente, a los que el miedo les hacía temblar por completo, y que no eran capaces de examinar los resortes secretos que provocaban el movimiento; y el otro, que podemos considerar el más importante, ha dicho después a varias personas que daría diez doblones por no haber asegurado que había visto que el lecho se movía solo.

Respecto a la voz de que se ha conservado el secreto con tanto cuidado, como no ha habido ningún testigo, no podríamos juzgar de ello más que por el estado en que encontraron en ese momento al que había sido favorecido por la presunta revelación.

Los gritos redoblados de un hombre que, al oír que iban a echar abajo la puerta del gabinete, abre los cerrojos que al parecer había echado él mismo, los ojos desorbitados y el extraordinario desorden que aparecía en toda su persona, habrían hecho que los antiguos paganos lo tomasen por una sibila en pleno entusiasmo, y nos deben parecer más bien consecuencia de unos movimientos convulsivos que de la conversación con una substancia espiritual.

En fin, los golpes dados en el muro y en los cristales, de una extrema violencia, durante la noche, en presencia de dos testigos, podrían causar alguna impresión, si estuviésemos seguros de que el paciente, que estaba acostado bajo la misma ventana en una pequeña cama, no había tenido en ello ninguna parte; pues, de los dos testigos que escucharon el ruido, uno era la madre y el otro un amigo particular, que, incluso reflexionando sobre lo que ha visto y oído, proclama que no pudo ser sino el efecto de un maleficio.

Por bien que usted mire a esta región, no creo, señor, que lo que acabo de observar sobre las circunstancias de la aventura, le comprometa a creer que lo ha honrado una aparición angélica; más bien temo que, atribuyéndolo al desorden de la imaginación, pueda acusar a la sutilidad del aire que allí reina de haber provocado el desorden. Como estoy interesado en que no haga esta injuria al clima de Saint Maur, me veo en la obligación de añadir alguna cosa a lo que he dicho sobre la persona de que se trata, a fin de hacerle conocer el carácter.

No hay que ser muy experto en el arte de la fisionomía para advertir en su rostro que la melancolía domina su temperamento. El humor negro, junto a la fiebre que lo aquejaba desde hacía algún tiempo, llevaba vapores a su cerebro que muy bien podían hacerle creer que oía todo lo que ha revelado, además de que las ganas de divertirse

asustando a su servidumbre podía también haberlo llevado a fingir varias cosas, sobre todo cuando vio que la aventura había llegado a oídos de un príncipe, en el que comprobó que su broma no le perjudicaba. Por eso pienso, señor, que juzgará como yo que la relación del célebre Marescot sobre la famosa Marta Brossier conviene perfectamente a nuestro melancólico, y explica bien su aventura: a natura multa, plus ficta, a daemone nulla.

Su temperamento le ha hecho imaginar, ver y oír muchas cosas; ha fingido todavía más para sostener lo que su extravío o su juego le habían hecho asegurar, y ningún espíritu de ningún tipo ha tenido parte en la aventura. Sin detenerme a referir diversos efectos de su melancolía, señalaré solamente que se embarcó uno de los últimos días de carnaval, saliendo a las diez de la noche para dar en el río la vuelta a la casi isla de Saint Maur, en un barco en el que se había recubierto de paja a causa del frío, lo que pareció tan singular al gran príncipe de que he hablado que se tomó el trabajo de interrogarlo sobre los motivos de un viaje semejante a hora tan inoportuna.

Añadiré que el discernimiento de Su Alteza le ha hecho juzgar fácilmente de dónde procedía la aventura, y que la conducta que ha tenido en esta ocasión ha hecho conocer bien que no resultaba sencillo engañarlo. No creo que me esté permitido omitir el juicio que hizo el señor de S. padre, que es un hombre de mérito señalado, sobre la aventura de su hijo, cuando supo las circunstancias por una carta de su esposa, que estaba en Saint Maur; dijo a varios que estaba convencido que el espíritu que actuaba en esta ocasión era el de su mujer y el de su hijo. El autor de la relación ha tenido razón en esforzarse por aminorar un testimonio semejante; pero no sé si se enorgullece de haber triunfado, diciendo que el que lo ha dado es un espíritu fuerte que se honra de ser de la opinión a la moda por lo que concierne a los espíritus.

En fin, para dejar establecido su juicio y terminar agradablemente esta pequeña disertación en la que me ha comprometido, no sé nada mejor que referirle las palabras de una princesa[229] no menos

distinguida en la Corte por la delicadeza de su espíritu que por la grandeza del rango y los encantos de la persona. Cuando conversaban en su presencia sobre la singular aventura sucedida en Saint Maur, "¿Por qué os extrañáis tanto?", dijo con ese aire gracioso que les es tan natural. "¿Es sorprendente que el hijo tenga comercio con los espíritus, cuando la madre ve tres veces por semana al Padre eterno? La mujer es afortunada", añadió esta ingeniosa princesa; "por lo que a mí respecta, no pediría otro favor que verlo una sola vez en mi vida".

Ríase con sus amigos de esta agradable reflexión; pero, sobre todo, guárdese, señor, de hacer pública mi carta; es la única recompensa que le pido por la exactitud con la que he obedecido en ocasión tan delicada. Soy, señor, su muy humilde, etc.

En Saint Maur, el 8 de mayo de 1706.

Para ilustrar este volumen se han utilizado, aparte del archivo editorial, los siguientes volúmenes de la biblioteca de Luis Alberto de Cuenca: Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c. en dos tomos (París, Debure, 1751); The Annotated Dracula (Nueva York, Clarkson N. Potter, 1975); Le Musée des Vampires (París, Henri Veyrier, 1976), y Literatura Fantástica (Madrid, Siruela, 1985).



Notas

[1]Se refiere al Tratado de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas de los difuntos, que es el tomo I del Tratado de las apariciones de los espíritus y de los vampiros, del que la presente obra es el tomo II. (Las notas en romanos son del traductor.)

[2]Juan 11, 39.

[3]Job 21, 25.

[4]2 Reyes l3, 20-21.

[5]2 Reyes 4, 8-37.

[6]Ezequiel 37, 1-10.

[7]Juan 12, 2.

[8]2 Reyes 8, 5.

[9]En el capítulo XLVI, "Razonamientos sobre las apariciones", del tomo citado en n. I.

[10]Los RR. PP. Bolandistas han creído que la vida de san Estanislao que han hecho imprimir era antigua y aproximadamente del tiempo del martirio del santo, o por lo menos que estaba basada en una vida de un autor casi contemporáneo y original. Pero se me ha hecho notar desde la primera edición de esta disertación que la cosa no era de ningún modo cierta, que el señor Baillet al 7 de mayo, en la tabla crítica de los autores, alega que la vida de san Estanislao no fue escrita más que 400 años después de su muerte, a partir de memorias poco ciertas y mutiladas. Y en la vida del santo confiesa que no se cuenta más que con la tradición de los escritores del país para hacer creíble la de la resurrección de Pedro. El señor abad Fleury, tom. XIII de la Histoire eccles., 1. 62., bajo el año 1079, no acepta tampoco lo que está escrito en esa vida ni lo que le ha seguido; sin embargo el milagro de la resurrección de Pedro está referido como cierto en un discurso de Juan de Polemac, pronunciado en el Concilio de Constanza del año 1433, tom. XII Concil., pág. 1397.

[11]Mateo 17, 3.

[12]Mateo 27, 53.

[13]2 Macabeos 15, 14-15.

[14]Véase n. I.

[15]Orígenes, Contra Celsum, lib. 1, pág. 123-124.

[16]Herodoto, lib. 4.

[17]Flegonte, De mirabilib., t. 8. Gronov., Antiq. graec., pág. 2.694.

[18]San Agustín, De cura pro mortuis.

[19]Rosweid., Vit. P. P., 1. 2, pág. 480.

[20]Sozómeno, Hist. eccl., lib. 1, c. XI.

[21]Vit. P. P., lib. 2, pág. 650.

[22]Véase cap. X, n. 19.

[23]Esta historia es al parecer la misma que hemos referido antes bajo el nombre de haidamaque, sucedida en 1729 ó 1730.

[24]Supplem. ad visa erudit. Lips. an 1738, t. 2.

[25]Tertuliano, De resurrect. initio.

[26]"Tributan honores a los difuntos, y ciertamente con vehementísimo afán, siguiendo sus hábitos, y según las épocas de los comestibles, pues, aunque algunos nieguen que los muertos puedan sentir, consideran que echan en falta el alimento."

[27]Tobías 4, 17.

[28]San Agustín, Confesiones, 1. 6, c. 2.

[29]No se dé ninguna ocasión de saciarse a los borrachos.

[30]Idem, Epist. 22 ad Aurel. Carthag., Epist. 29 ad Alipi., De moribus eccl., c. 34.

[31]Idem, lib. 8 de La ciudad de Dios, c. 27.

[32]Idem, Serm. 35 de sanctis. nunc in appendice, c. 5. Serm. cxc, cxci, p. 328.

[33]Antiquité expliquée, t. 4, pág. 86.

[34]Mela, lib. 2, c. 4.

[35]Véase Moréri, en la voz Stryges.

[36]Parece que lo que sigue no es más que una repetición de lo que ha sido ya dicho antes en el cap. X.

[37]Horacio, Arte poética, verso 340.

[38]“No sirvan las vivas entrañas del niño para alimento de las lamias.”

[39]“Dicen que arrancan las entrañas de los lactantes con el pico, y que de lo bebido tienen la garganta llena de sangre. Se les da el nombre de estrigas.”

[40]Capitul. Caroli Magni pro partibus Saxoniae, I, 6: Siquis a diabolo deceptus crediderit secundum morem paganorum, virum aliquem aut foeminam srtrigem esse, et homines comedere, et propter hoc ipsum incenderit, vel carnem ejus ad comedendum dederit, vel ipsam comederit, capitis sententia puniatur.

[41]Le Loyer, Des spectres, 1. 2, p. 427.

[42]Mich. Glicas, part. 4 Annal.

[43]San Agustín, Epist. 658 y 258, pág. 361.

[44]Thomas Bartholin, De causis contemptus mortis a danis, lib. 2, c. 2.

[45]Pues luego corté con el hierro su cabeza, y atravesé con un palo el funesto cuerpo.

[46]Guillermo de Malmesbury, lib. 2, c. 4.

[47]El cadáver del hombre vicioso, después de la muerte, por obra del demonio, anda de un lado para otro.

[48]Destruiré con el fuego tus miembros en el sepulcroy en los bosques, a pesar de los sortilegios estigios,para que la sombra no escuche los cánticos de ningún mago.

[49]Andr. Alciato, Parergon juris, 8, c. 22.

[50]Petrus Venerab. Abb. Cluniac., De miracul., lib. 1, c. 28, pág. 1.293.

[51]L. 2 de La ciudad de Dios, cap. 24.

[52]L. 2 de La ciudad de Dios, cap. 25.

[53]Tritemio, Chron. Hirs., pág. 155, ad an. 1013.

[54]Idem, tom. 2 Chron. Hirs., pág. 227.

[55]Vita S. Leonis Papae.

[56]Plutarco, Vida de Antonio.

[57]Gregorio Magno, lib. 2 Dialog., c. 23.

[58]Agustín, De St. Virgin., c. XIV, pág. 364.

[59]Proporciona la autoridad eclesiástica clarísimo testimonio, para que sea conocido por los fieles cuándo en el sacramento del altar se citan los nombres de los mártires y cuándo los de las religiosas que han fallecido.

[60]Gregorio, lib. 2 Dialog., c. 24.

[61]Amphilo., In Vita S. Basilii.

[62]Véase Balsamon., ad Canon. 83 Concil. in Trullo, y Concill. Carthagin., III, c. 6, Hipon., c. 5, Antissiod., c. 12.

[63]Vit. S. Othmari, c. 3.

[64]Vit. S. Cutberti, lib. 4, c. 2, apud Bolland. 26 martii.

[65]Amalar., De offic. eccl., lib. 4, c. 41.

[66]Menard, not, in Sacrament. S. Greg. Magn., pág. 484-485.

[67]Humbert Card., Bibliot. P. P., lib. 18, y tom. IV Concil.

[68]Vit. S. Gothardi, saecul. 6, Bened. parte 1, pág. 434.

[69]Tom. IX, Concil., an. 1.031, pág. 702.

[70]Joan Bromton, Chronic., véase Bolland. 26 maii, pág. 396.

[71]Tertuliano, De anima, c. 5, pág. 597, edit. Pamelii.

[72]Chronic. Turon. inter Opera Abaelardi, pág. 1.195.

[73]Bolland., t. 2, pág. 315, 13 januar.

[74]No uno, ni diez, ni ciento lo vieron, sino toda la multitud que vino a su sepultura.

[75]Evagrius Pont., lib. 4, c. 53.

[76]Jean Mosch, Prat. spirit., c. 88.

[77]Melchior, L. de statu mortuorum.

[78]Concil. Meld. in Ca. nemo 41, n. 43. D. Thom., IV distinct. 18, q. 2, art. 1. "Quaestiuncula in corpore", etc.

[79]S. Leo, Canone commun., 1, a. 4, q. 2. Y Clemens III, In Capit. sacris, 12, "De sepult. eccl."

[80]Eveillon, Traité des excommunicat, et monitoires, c. 4.

[81]D. Thom., In 4 sentent. dist. 1, qu. 1, art. 3, "Quaestiunc. 2 ad 2".

[82]Goar, Not. in Euchology., pág. 688.

[83]Véase Malva., lib. 1 Turcograecia, pág. 26-27.

[84]Véase Bolland. mense Augusto, t. 2, pág. 201-203, y Allati Epist. ad Zachiam, n. 12.

[85]Calógero = Monje griego de la orden de san Basilio. — Candiota = Natural de Candía.

[86]Art. 11, pág. 14.

[87]Marcos 6, 16-17.

[88]Mateo 16, 14.

[89]Éxodo 4, 24-25.

[90]Éxodo 12, 12.

[91]1 Corintios 10, 10. Judit 8, 25. 78.

[92]Números 22.

[93]Tobías 3, 7.

[94]Salmos 35, 5-6. 1

[95]Corintios 11, 30. 1

[96]Timoteo 1, 20.

[97]Juan 13, 26-27. 1

[98]1 Reyes 2, 6.

[99]Mateo 24, 24.

[100]Clem. Alex., Itinerario. Hegesippus, De excidio.Jerusalem, c. 2.

[101]Apulei Plondo. lib. 2.

[102]Aelian., De animalib., lib. 9, c. 77.

[103]Tertuliano, De anima, c. 22.

[104]Le Loyer, Des spectres, 1. 2, p. 376, 392-393.

[105]Plinio, 1. 7, c 52.

[106]P. 412-414.

[107]Teócrito, Idilios, 2.

[108]Horacio, Serm., lib. 1, sat. 81.

[109]Virgilio, *Églogas*.

[110]Luciano, en *Philops*.

[111]Números 14, 49 y 21, 3.

[112]Deuteronomio 7, 2-3 y 12. 1-3, etc.

[113]Números 22, 5-6.

[114]Plinio, 1. 3, c. 5 y 1. 28, c. 2.

[115]Macrobio, lib. 3, c. 9.

[116]Tácito, Anales, 1. 2, art. 69.

[117]Hector Boëthius, Hist. Scot., lib. XI. c. 218-219.

[118]Biblioth. Chiniac., De miraculis, 1. 1, c. 7, pág. 1.290.

[119]Baronius, ad an. Christi 401, tom. 5, Annal.

[120]Stephani Damalevini Historia, pág. 291, apud Rainald., Continuat. Baronii, ad an. 1545, t. 21, art. 62.

[121]Le Loyer, 1. 1, p. 46-47.

[122]San Agustín, De cura gerend. pro morhuis, c. 13, pág. 526.

[123]09 El hecho es más que dudoso. Zovius, por haberlo expuesto basándose en otras fuentes, fue calificado de Bovius, es decir, gran buey. Vale más, pues, atenerse a lo que pensaba Moreri. “Los enemigos de Escoto difundieron, dice, que, habiendo sido atacado de apoplejía, lo enterraron de inmediato, y que, después de cierto tiempo luego de superado el accidente, murió de desesperación, mordiéndose las manos... Pero se ha refutado tan satisfactoriamente esta calumnia avalada por Pablo Jovio, Latome y Bzovius, que no se encuentra a nadie que le preste asentimiento”.

[124]Larrey, en Enrique VIII, rey de Inglaterra, p. 536.

[125]Lilius Giraldus, Hist, poët., diálogo 8.

[126]Celso, lib. 2, c. 6.

[127]El P. Le Clerc, antes procurador de los pensionistas del Colegio de Luis el Grande.

[128]Misson, Voyage d’Italie, tom. 1, carta 5. Goulart, Des hist. admirables et mémorables, impreso en Ginebra, en 1678.

[129]Misson, Voyage, tom. 3.

[130]Goulart. loco citato.

[131]M. Graffe, Epitre á Guil. Frabri, centurie 2. Observ. chirurg. 516.

[132]Guill. Derham, Extrait. Peclin, c. X De aere et alim. def.

[133]Vita S. Suitberti apud Surium 1 martii.

[134]Le Clerc, Hist. de la médecine.

[135]Corneille le Bruyn, t. 1. pág. 579.

[136]Cronstaud. Philosoph. veter. restit.

[137]Gaspard Reyes, Campus Elysius jucund.

[138]Página 167 de las adiciones del señor Bruhier.

[139]Mich. Rauff, Altera dissert., art. LVII, página 98-99, y art. lix, pág. 100.

[140]De nummis in ore defunctorum repertis, art. IX en Beyermuller, etc.

[141]Richer. Senon., tom. 3, Spicileg. Dacherij, pág. 392.

[142]Rauff, art. 42, p. 43.

[143]Juvenal. Sat. 3, v. 174.

[144]Y por fin llega a los estrados el fin de nuestra farsa, cuando para no ver a esa lívida persona que abre esa espantosa boca. Se esconde en el seno de la madre el ingenuo niño.

[145]Rauff, art. 12, pág. 15.

[146]Rauff, art. 21, pág. 14.

[147]Rudiger, Physio. div., 1. 1, c. 4. Theofrasto Paracelso. Georg. Agrícola, De anim. subterran., pág. 76.

[148]Ovidio. 1. 6. Véase Del Río, Disquisit. magic., 1. 1, p. 6 y 1. 3, p. 355.

[149]Homero, sobre Héctor, Ilíada. 24, v. 411. Plutarco, sobre Alejandro, en la vida del mismo.

[150]Hacia el año 1680. Murió después en el año 1694.

[151]Causes célebres, t. 8, pág. 585.

[152]Plinio, Historia natural, lib. 7, c. 52.

[153]S. Gregor. Turon., De gloria martyr., c. 95.

[154]He tratado esta materia en una disertación particular a la cabeza del Evangelio de san Juan.

[155]Platón, La república, lib. 10. Clemente de Alejandría, lib. 5 Stromat.

[156]Flegonie, De mirabil., c. 3.

[157]Plutarco, De sera numinis vindicta.

[158]2 Corintios 12, 2.

[159]San Agustín, La ciudad de Dios. lib. 14, c. 24.

[160]San Agustín, Lib. de cura pro mortuis, c. 12, página 524.

[161]La palabra curialis significa un pequeño empleo en un pueblo.

[162]2 Reyes 22, 20.

[163]Luciano, en Philopseud., p. 830.

[164]Plutarco, De anima, apud Euseb., De praep. erang., lib. 11, c. 18.

[165]Gregorio, Dial., 1. 4, cap. 36.

[166]Incertitude des signes de la mort, t. 2, pág. 504-506, 514.

[167]Hieron. Cardanus. 1. 8 De varietate rerum, c. 34.

[168]Olaus Magnus, 1. 3 Epitom. hist. septent. Perecer, De variis divinat. generib., pág. 282.

[169]Mémoires du Cardinal de Retz, tom. 3, 1. 4, p. 297.

[170]Plinio, Historia natural, lib. 7, c. 52.

[171]Orígenes. De resurrect.fragment., lib. 1, p. 35, nov. edit, y Contra Celsum. lib. 7, pág. 679.

[172]Lucas 16, 22-23.

[173]Juan 20, 26.

[174]Génesis 19, 11.

[175]Lucas 24, 16.

[176]2 Reyes 3, 22-23.

[177]2 Reyes 6, 19-20.

[178]Juan 11, 14.

[179]Lucas 7, 11-12.

[180]2 Reyes 4, 25-37.

[181]2 Reyes 13, 21.

[182]Lucas 16, 27-31.

[183]Platón, La república, lib. 10, pág. 614.

[184]Job 26, 5.

[185]Proverbios 9, 18.

[186]Isaías 14, 9 y siguientes.

[187]Ezequiel 31, 15-18.

[188]Lucas 16, 16.

[189]Plutarco, De his qui sero a numine puniuntur.

[190]Plinio, Historia natural, lib. 7, c. 52.

[191]Lib. 1 De miracul. Sancti Stephani, cap. 4, pág. 28. Lib. 7 Oper. san Aug. in appendice.

[192]Sulpit. Sever. in Vita S. Martini, n. 3.

[193]Gregor. Turon., lib. 7, c.1.

[194]Hincmar, lib. 2, pág. 805.

[195]Al parecer, Carlos el Calvo, muerto en 875.

[196]Vita Sti. Fursci, apud Bolland. 16 januarii, pág. 37-38 y 47-48. Saecul. XI Bened., pág., 299

[197]Beda, lib. 3 Hist., c. 19.

[198]Larrey, Hist. de Louis XIV, an. 1698, p. 68.

[199]San Agustín, 1. 1 De origine animae.

[200]Ibíd., pág. 97.

[201]Ibíd., pág. 132.

[202]Acta martyr. sincera, p. 212. Vita et passio san Cypriani, p. 268.

[203]Ibíd., p. 219 y 221.

[204]Ibíd., p. 226.

[205]Ibíd., p. 231-233 y 237.

[206]El señor barón Toussaint.

[207]Desde aquí hasta "…se castiga a los violadores de los sepulcros.", en página 188, texto en latín.

[208]Carta del R. P. Richard, dominico de Amiens, del 29 de julio de 1746.

[209]San Agustín, Serm. de temp., 197.

[210]Juan 16, 11.

[211]Lucas 22, 31.

[212]2 Corintios 12, 7.

[213]1 Timoteo 1, 20.

[214]1 Corintios 11, 30.

[215]2 Corintios 2, 11 y 11, 14.

[216]2 Tesalonicenses 2, 9.

[217]1 Pedro 5, 8.

[218]Efesios 6, 12.

[219]Lucas 16, 27-28.

[220]San Ambrosio, Com. sur san Luc, 1, c. 1.

[221]Marta Brossier, hija de un tejedor de Remorantin, fue tenida por demoníaca en 1578. Véase al respecto la Historia del Sr. de Thou, libro CXXIII, y el tomo V del Diario de Enrique III, edición de 1744, página 206, etc. El asunto de Loudun tuvo lugar bajo Luis XIII, y se acusó al cardenal Richelieu de haber provocado la tragedia para causar la perdición de Urbano Grandier, sacerdote de Loudun, que había escrito contra él una acerada sátira.

[222]Ígneo es su vigor y su origen celeste.

[223]...infusa en todos los miembros,el alma mueve la mole y se mezcla con todo el cuerpo.

[224]El señor de Launoy ha escrito al respecto una disertación particular, De causa secessus S. Brunonis, donde refuta sólidamente la fábula. Sin embargo, el suceso se encuentra pintado en los bellos cuadros del pequeño claustro de la Cartuja de París.

[225]Concilio Iliberit., año 305 ó 313, en el reino de Granada. Otros han creído que era Collioure, en el Rosellón, pero equivocadamente.

[226]Jesús, hijo de Sirac, autor del Eclesiástico, cree verdadera esta aparición (Eclesiástico 46, 23).

[227]Aristóteles, Tratado del sueño y de la vigilia.

[228]El señor abad de Vallemont, en su libro Sobre las singularidades de la vegetación, en 12.°, París, vol. 1.º.

[229]La señora duquesa madre, hija del difunto rey Luis XIV y madre del señor duque recientemente fallecido, del señor conde de Charolois y del señor conde de Clermont.